

HIJOS DE LAS SOMBRAS 1

Siena Fengári



Bajo
la
Sombra
de
HORUS

NOVELA FINALISTA DEL 1º PREMIO
LITERARIO VANIR ACADEMY

HIJOS DE LAS SOMBRAS 1

Siena Fengâri



Bajo
la
Sombra
de
HORUS

NOVELA FINALISTA DEL 1º PREMIO
LITERARIO VANIR ACADEMY

BAJO LA SOMBRA DE HORUS

HIJOS DE LAS SOMBRAS I

Siena Fengári



Derechos de autor © 2020 Siena Fengári

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Siena Fengári

Imágenes de Portada: Pixabay

España

*Esta es mi primera novela y como tal quiero dedicarsela de forma especial a mi profesora de
Primaria, Mariángeles Canales. Ella siempre decía que me dejaran soñar...
Y cómo no, a mis chicas del círculo: Virginia, Idoia, Palmira, Noemí y Conchi.
Con una mención especial a las Olímpicas...*

También para todos vosotros que espero que disfrutéis esta historia

Con cariño de Siena Fengári

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Dedicatoria</u>	
<u>PRÓLOGO</u>	
<u>CAPÍTULO 1</u>	
<u>CAPÍTULO 2</u>	
<u>CAPÍTULO 3</u>	
<u>CAPÍTULO 4</u>	
<u>CAPÍTULO 5</u>	
<u>CAPÍTULO 6</u>	
<u>CAPÍTULO 7</u>	
<u>CAPÍTULO 8</u>	
<u>CAPÍTULO 9</u>	
<u>CAPÍTULO 10</u>	
<u>CAPÍTULO 11</u>	
<u>CAPÍTULO 12</u>	
<u>CAPÍTULO 13</u>	
<u>CAPÍTULO 14</u>	
<u>CAPÍTULO 15</u>	
<u>CAPÍTULO 16</u>	
<u>CAPÍTULO 17</u>	
<u>CAPÍTULO 18</u>	
<u>EPÍLOGO</u>	
<u>GLOSARIO</u>	

PRÓLOGO

Era un viejo caserón de piedra gris, el glorioso recuerdo de un pasado casi olvidado. Las enmarañadas enredadera de hojas verdes y gruesas tomaban de forma salvaje los muros, cubriendo por completo algunos ventanales. La madera asomaba podrida en algunas de sus partes y debía ser sustituida si querían que ese ruinoso lugar fuera habitable. Por suerte, las vigas permanecían intactas; para evitar problemas futuros serían reforzadas, ya que el clima en aquella zona era húmedo en exceso. La lluvia caía de forma ligera y constante, mojando su ropa a pesar del paraguas. Observó el tejado; parecía mantenerse en buen estado. En la inmobiliaria le informaron que tan solo ciertas zonas necesitaban alguna reparación. Semanas atrás, la casa solariega todavía estaba habitada. Su propietario falleció sin dejar descendencia directa, siendo legada a unos parientes lejanos. Tras el funeral, tomaron la decisión de ponerla a la venta y solo volverían al lugar para la firma de las escrituras. No todos los mortales estaban preparados para convivir con un fantasma...

La Sombra recorría lúgubre los pasillos... El cielo encapotado apenas dejaba pasar un resquicio de luz solar, inundándolo todo de un triste y apagado gris. El silencio y la soledad caían como una pesada losa sobre el caserón. Penaba buscando el eco de una risa infantil, un canto alegre de mujer, el sonido de pasos correteando por los rincones. Nada quedaba. Solo una tristeza profunda depositada en la oscuridad de las estancias; el vacío de la última alma tras partir del infortunado lugar. Atrapado en aquel apocado encierro, únicamente podía acceder al jardín trasero, donde reposaban los vetustos huesos de la familia. Allí, contemplaba el paso del tiempo en las estaciones; los gorriones que brincaban de rama en rama y aquellos valientes animalillos cuya curiosidad era superada por el temor.

El sonido chirriante de una puerta sorprendió a la Sombra y una figura con forma de mujer cruzó el dintel. No había humanidad en ella a pese a su

forma. Era un ser de luz, hipnótico, hermoso. Un ángel. Ella lo miró... ¡Oh, sí! ¡Podía verlo! Unos ojos de pantera se clavaron en su translúcida silueta. Y le habló:

—Pronto serás libre. Cuando todo esto acabe, serás perdonado y podrás continuar tu camino.

Sus labios se abrieron en la sonrisa más bella que vio jamás, llenando cada rincón de su alma de algo que hacía mucho, muchísimo tiempo, había perdido: La esperanza...

CAPÍTULO 1

Año 1996
Miami
California

Despertó temprano. Apenas la noche iniciaba su declive para dar paso al día. Podía sentir el ascenso del sol en cada poro de su piel, elevándose poderoso para gobernar otro día más en los cielos. Un cuerpo yacía a su lado con los miembros enredados entre los suyos. Era un chico guapo, de ojos azules y cuerpo de atleta. Se sintió atraída, la noche anterior, por su actitud de macho dominante, acompañado de una sonrisa picarona. Qué divertido e ingenuo...

Logró escapar con cuidado de la cama para no despertarlo. Quería salir de su vida de la misma manera en que había entrado, de forma rápida y con pocas palabras. Había esperado hasta su última noche en el hotel para darse un caprichito.

Sheritra no era una gran belleza, sin embargo, tenía algo especial que atraía al otro sexo. Su pelo era de color castaño dorado, abundante y espeso; sus rasgos, sencillos: nariz recta, pómulos marcados y rostro más bien cuadrado. En su boca, el labio inferior era algo grueso, mientras el superior quedaba casi desdibujado; eso sí, siempre con una sonrisa bailando entre ellos. Lo fascinante eran sus ojos: un poco rasgados, de un color entre verde y avellana; cambiantes a la luz del sol o con su humor. Emanaba de ella un halo especial. Una sensualidad vibrante, junto con sus femeninas y abundantes formas que podían enloquecer a un hombre.

Los *Waej* ^[1] habían sido convocados. Debían abandonar el calor de las playas californianas, las fiestas nocturnas y viajar al norte de España, donde una de las líderes se pondría en contacto para encomendarles una nueva

misión. El avión salía a las ocho de la mañana de Miami rumbo a Madrid, y de allí, al diminuto aeropuerto de Bilbao. Después, le recogería un vehículo que la trasladaría a su nueva ubicación. Lanzó una última mirada al chico que dormía a pierna suelta, y moviendo la cabeza divertida al recordar la fogosa noche, cerró suavemente la puerta al salir.

Su amiga y compañera se movía entusiasmada por el dormitorio que ambas compartían. Siora era una hermosa pelirroja, de bellos ojos azules, grandes y límpidos como el cielo en un claro día de verano. Su cara surcada de deliciosas pequitas de color canela, salpicaban su pálida piel, logrando que su rostro ovalado pareciera más adorable.

Las maletas preparadas desde la noche anterior estaban hacinadas en la puerta, esperando la llegada del botones, que las llevaría en un carrito hasta el vestíbulo.

—Ya he pedido en recepción que llamen a un taxi. Como sé lo nerviosa que te pones cuando viajamos, cuanto antes nos marchemos al aeropuerto, mejor —bromeó guiñándole un ojo.

Cómo la conocía... Le sacó la lengua, respondiendo a la burla y sonrió contagiada por su entusiasmo. Llevaban juntas los veinte últimos años, cinco de ellos dedicados a corretear por aquella zona; se querían como hermanas, a pesar de que muchas veces el explosivo genio de la pelirroja les acarreaba montañas de problemas. Cerraban un ciclo e iniciaban otro. La fortuna quiso que pudieran seguir juntas; habían sido llamadas al mismo lugar, algo fuera de lo común. Lo habitual era que, tras un tiempo prudencial, les concedieran destinos y compañeros diferentes. ¿Qué les depararía esta nueva aventura? Lo ignoraba. Desde que las pesadillas la acosaban, deseaba marcharse y empezar de nuevo.

Era una mañana gris de marzo cuando aterrizaron en Bilbao. A lo lejos, entre el gentío, podía verse a un tío grandote agitando una enérgica mano para llamar la atención de las chicas y saludando a grito limpio. Era muy alto y musculoso, lo que volvía inevitable que las mujeres que pasaban cerca se quedaran clavadas observándolo, incluso corriendo el peligro de

ser golpeadas por el entusiasmo implícito de sus gestos. Rubio, con el cabello y las barbas onduladas, sonreía y saltaba como un crío. Aun así, todas deliraban de deseo, porque era uno de esos hombres por los que a una mujer se le caen las bragas. Siora suspiró ruidosa y a Sheritra se le escapó una risita. Hacía siglos que no lo veía y nada podía hacerla más feliz que él las recibiera.

—¡Egil! —gritó su nombre, feliz, lanzándose a sus brazos de oso.

El hombretón la encerró entre ellos, elevándola por los aires; un viejo ritual que repetían cada vez que se encontraban. Menos mal que su constitución no era nada delicada, sino la habría partido en dos. Su primer maestro, su Hermano. Otra costumbre entre ellos cuando se veían, era la de tirarle los trastos; algo inherente a su persona pues era un ligón nato. Y su amiga se creía en poder de la patente... ¡Ja! Miedo le daban esos dos juntos... Cuando al «oso» le dio por soltarla, fijó la mirada en su compañera y lanzó un silbido apreciativo.

—Vaya, vaya... Sherit, cariño ¿Quién es esta preciosidad? —ronroneó con voz grave, devorándola con una ardiente mirada.

Siora desató su poder de seducción. Con una coqueta caída de ojos, sonrió como solo ella sabía hacer; unos preciosos hoyuelos se marcaron en su rostro y aumentaron su pícaro belleza.

—Siora, de *Britannia*^[2]. —se presentó ella, extendiendo lánguidamente la mano.

Él la tomó con delicadeza, plantándole un sonoro beso en la palma.

—Egil, de *Ísland*^[3] —saludó en el mismo tono y con un marcado acento.

Siora gorjeó:

—*Mmmm...* un vikingo —y emitió un sonido similar a un gemido.

Sheritra viendo el percal, soltó un sonoro bufido. Temía el largo troteo que podían traerse esos dos.

—¡Venga ya! —exclamó quejosa—. Dejad el concurso de ligoteo para cuando estemos asentadas, en algún lugar donde pueda darme una ducha y entrar en calor. Aquí hace un frío de mil demonios y venimos de un clima cálido. Así que, por favor, Egil, sácanos de aquí. Después, os dejaré tranquilos para que os sigáis conociendo... —remarcó con sarcasmo.

Intentando contener el mal humor que le provocaba el cansancio por el viaje, cogió sus maletas. Y sin mirar si aquellos dos tarugos la seguían o no, se dirigió directa hacia la salida del aeropuerto.

«Descansaba en la orilla, sobre la fresca hierba. Los pies descalzos jugueteaban horadando la negra tierra y mis dedos se arrugaban como los de un felino satisfecho. El sol calentaba la morena piel desnuda, salvo por un liviano faldellín que ocultaba mi feminidad. Me sentía relajada... Los peces chapoteaban en el agua, saltando para alimentarse de los insectos que revoloteaban por la superficie; un pato alzó el vuelo, provocando un pequeño alboroto con su aleteo; una rana brincó asustada salpicándome en un brazo... Mi mente y mi corazón por fin estaban en paz, al igual que mi joven alma. No existía la tristeza ni el dolor. Ya no. Un futuro brillante se abría ante mí y me hacía sonreír. Escuché los sigilosos pasos de un cazador que me pusieron en guardia. Fingí no darme cuenta. Una sombra alargada se cernió sobre mí, cubriéndome el sol. En ese instante, abrí los ojos. Era él. Piel dorada y cuerpo de guerrero, con la mirada de un león. Ya no era una niña y él me observaba como a una mujer. Extendió su poderosa mano, admirando con mal disimulo mis jóvenes pechos. La tomé; cuando sus brazos me rodearon, me sentí en casa...».

«Fuego. El pueblo ardía envuelto en llamas. Mis ojos lloraban irritados por el humo. La garganta me dolía, faltaba el aire en mis pulmones y el miedo se aferraba atormentado a mi pecho. Sonidos retumbantes provenían del cielo; gritos de dolor y angustia por doquier; explosiones...Tenía que escapar de allí. Algo estalló a varios metros de distancia y alcanzó una de mis piernas. El dolor se extendía por toda la extremidad, recorriéndome todo el cuerpo hasta impactar en el cerebro. No podía detenerme. Con lágrimas escociendo en las irritadas mejillas, seguí corriendo, arrastrando la pierna mientras la sangre descendía por ella y punzadas de agonía me travesaban a cada movimiento. Allí, a lo lejos, encontraría la paz...».

«Sangre... Mucha sangre... Me cubría los brazos, el cuello, el torso. Las manos pegajosas sujetaban el arma con tanta fuerza, que los nudillos se tornaron blanquecinos. Pánico, asco, arrepentimiento... Mi corazón latía

desaforado, histérico... A mis pies un cuerpo yacía decapitado. Era él... Era él... Luego, solo oscuridad...».

Abrió los ojos. La luz que entraba por una de las ventanas la deslumbró, cegándola y obligándola a cerrarlos de nuevo.

—Otra vez, no... —murmuró con la voz desgarrada por el grito contenido en su garganta y apretando la almohada contra su cara.

Las pesadillas cada vez eran peores; más nítidas, más claras, más intensas. Al principio, eran sensaciones: imágenes inconexas que la dejaban con un vacío en el interior al despertar. Cada día, cada noche, iban tomando forma, llenando su mente de detalles; se mantenían durante las primeras horas de la mañana, dejando un dolor sordo en el pecho. Cada noche, cada día, ese dolor aumentaba. A veces, era la angustia por la pérdida, acompañada de lágrimas y emociones desconocidas para ella; otras, despertaba aterrorizada, su corazón latiendo desbocado, empapada en sudor y temblando; las peores eran como las de esa misma noche: dolor, sufrimiento y sangre...

Quería gritar, frustrada, porque un millón de sensaciones le escocían en el pecho. Sobre todo, una de ellas; la dejaba inmóvil, paralizada y... confusa. Sus recuerdos, su experiencia de la vida se remontaban al día en que se inició como *Waej*. Todo lo demás, borrado. No tenía un pasado del que preocuparse, solo un futuro por el que luchar. Ese era el pago. Los recuerdos, su vida, su alma.

Se levantó de la cama, temblando todavía. Maldito *jet lag* que le había jugado una mala pasada. Cuando estaba cansada, su cerebro era cruel con ella; en vez de otorgarle un sueño reparador, la castigaba de forma despiadada. Intentó recordar... Sangre... Sólo veía sangre manar de una herida. Como si esa circunstancia le hubiera importado alguna vez. La cantidad de veces que la había sentido entre sus manos eran innumerables, y jamás le había afectado de manera alguna. Era una asesina ¿Por qué en sus sueños sí sufría al verla? ¿A quién pertenecía esa sangre para que la alterara de tal forma? Preguntas absurdas, tontas, e imposibles de responder. «Mejor me dejo de tonterías y me centro en lo importante» pensó.

Se sacudió el pelo, como venía haciendo todas las mañanas nada más levantarse. Era un hábito inconsciente, de siempre, algo que nunca se había planteado. «Dios mío, qué rara estoy». Suspirando ruidosamente para darse

ánimos, enarboló en su rostro una sonrisa y descalza, acudió al baño para vaciar la vejiga que tenía a punto de explotar.

Una vez aseada, se puso algo sexy para levantar ese humor torcido que tenía. En el armario le habían dejado preparadas varias prendas de invierno, ya que no traían nada adecuado para el clima norteco español. Tomó unos pantalones de cuero negro, suaves y flexibles, que se adaptaban a sus formas como una segunda piel; un jersey de cuello cisne ceñido al talle y a su más que abundante pecho; y para rematar, una americana oscura de ante, larga y con cremallera, que parecía bastante cálida por dentro y muy suave al tacto por fuera. Se tomó unos instantes para darse un suave toque de maquillaje en párpados y labios. Satisfecha con el resultado, se miró en el espejo varias veces. Su largo pelo castaño caía en suaves ondas después del cepillado. La piel brillaba translúcida, sin una marca. Ni ojeras, ni manchas, ni siquiera arrugas por la edad. En su rostro se había detenido el tiempo. Sus ojos, de espesas y rizadas pestañas, brillaban con un poderoso color verde aceitunado; una mancha ambarina rodeaba la pupila como un sol. Se veía bien. Normal. Como siempre. Aunque algo se rompía poco a poco en su interior. Sacudió la cabeza, como si de esa forma lanzara los malos pensamientos lejos de ella. Centrándose en otro objetivo, abandonó el cuarto para buscar a sus compañeros.

Como sospechaba, Egil y Siora no habían perdido el tiempo y estaban juntos, tonteando descaradamente en un rincón de la cafetería del hotel. Era un domingo tranquilo, de finales de marzo. La primavera comenzaba a asomar tímidamente su rostro, pero en comparación del lugar donde venían, hacía un frío horroroso. Siora lucía un vestidito estampado muy sexy, de manga larga y faldita corta. Lo conjuntaba con unas medias blancas hasta medio muslo y unas altas botas de tacón. «Como si le hicieran falta...» gruñó envidiosa para sus adentros. Los rizos rojos brillaban con fuerza ante el reflejo del sol de la tarde, y sus ojos ardían, devorando al hombre que observaban. «No tienen remedio, ninguno de los dos. Dios los cría y ellos se juntan». Suspirando resignada, se acercó a la acaramelada pareja.

—¡Hola, chicos! —exclamó.

Ambos levantaron las miradas y en los ojos de su amiga apareció un deje de preocupación.

—¿Han vuelto las pesadillas? —preguntó arrugando el ceño.

Egil la miró con intensidad, estudiándola como a un bicho raro.

—¿Pesadillas? ¿Tienes pesadillas, Sherit?

Asintió ligeramente. No le apetecía hablar del tema, bastante vueltas le había dado ya en el dormitorio.

—Nada importante. Debe ser por los cambios. Cada vez que nos toca viajar, tiendo a ponerme nerviosa. Soy un animal de costumbres, ya me conoces —afirmó bromeando y restándole importancia.

Por supuesto, Egil la conocía muy bien. Demasiado bien, para su gusto. Y pudo ver en sus ojos que no se había tragado ninguna de sus palabras, aunque lo dejó correr. No sin antes lanzarle una extraña mirada a Siora, que no supo descifrar.

Merendaron copiosamente. Se moría de hambre y lo cierto es que la comida que daban en los aviones, no era la más deliciosa del mundo. Y no hay nada como la mediterránea. Pan con queso y jamón serrano. «Dios mío, cómo lo echaba de menos» alabó en su mente saboreando el primer mordisco. España era su tierra natal. No sabía nada de su vida anterior, pero por lo menos sí conocía su procedencia. Era lo único que se les dejaba conservar de su verdadera identidad: su lugar de origen.

Mientras ellas terminaban con un delicioso café, Egil se levantó a pagar la cuenta del hotel. Alguien vendría después a recoger sus cosas y las mandaría a la nueva dirección, al cuartel general donde les esperaban. De todas formas, lo más seguro es que encontraran también allí los armarios llenos. Era el proceder habitual. Lo que evitaba pérdidas de tiempo, sobre todo cuando surgía alguna emergencia. No sería la primera vez que abandonaban un país a toda prisa... ni la última. Estaba segura de ello.

Egil tenía su propio vehículo. Era un precioso Land Rover Discovery de color negro, con asientos de cuero y una radio con CD, todo un lujo. No pararon de parlotear durante todo el camino. En algunos momentos, el inquieto vikingo cortaba la conversación, soltando unos estridentes berridos al emocionarse con algunas de las canciones de Metallica, que salían a todo volumen por los altavoces.

Sheritra observaba el paisaje, ignorándolos. Había algo reconfortante en aquellos valles y montañas, salpicados de casas aquí y allá; cercados con

vacas pastando tranquilas a la orilla de las carreteras; kilómetros y kilómetros de campas en diferentes tonos de verde; enormes pinos americanos y otros árboles que no supo identificar, casi todos ellos en flor o con pequeños retoños. Le transmitía paz. Se sentía... como en casa.

Tras varias largas horas de viaje y ya bien entrada la noche, Egil tomó un desvío internándose más profundo entre los montes. Siguió subiendo hasta que alcanzó un viejo camino de piedra, por el que traquetearon hacia una casa que se alzaba en la lejanía. Era noche cerrada. El cielo seguía encapotado y la lluvia conocida como *xirimiri*, no paraba de caer. La humedad se calaba hasta los huesos, aunque a ellos no les afectaba. Al salir del vehículo, un familiar olor a leña quemada llenó sus fosas nasales. Siora, que adoraba el fuego, inspiró ruidosamente llenando sus pulmones del aroma a madera.

—Vamos dentro. La puerta está abierta —les urgió el vikingo.

Empujó el enorme portón, que se abrió con un sordo chirrido y entraron. El calor las acogió nada más traspasar el umbral. En la entrada habían colocado una gran estufa de queroseno y por ella fueron recibidos. Allí vieron asomarse un rostro sonriente.

—Venid aquí. En el salón se está más a gusto. Tenemos la chimenea encendida—. Les guiñó un ojo y se esfumó.

Los tres siguieron la dirección que la misteriosa cabeza les había indicado y llegaron a una estancia amplia, cálida y luminosa. Unas lámparas con pantallas de cristal, iluminaban la sala con una luz amarilla y alegre, acompañadas del brillante fuego bailarín de la gran chimenea que dominaba el lugar.

—El fuego del hogar —dijo la misma voz que les había recibido.

La joven sonrió. Era exótica, tenía el pelo negro peinado con miles de trencitas y ojos de pantera. Se acercó con una dulce sonrisa, fundiéndose en un abrazo con ellas. Akhesa era la más grande de las *Hem-Netjeret*^[4] y una especie de madre cariñosa para todos los *Waej*.

—Bienvenidas a vuestro nuevo hogar. Éste es el *Per-Mut* ^[5] desde el que iniciaremos las operaciones en esta zona. Mañana al atardecer, cuando estéis todos instalados, nos reuniremos aquí mismo y se os darán las nuevas directrices.

Al ver las preguntas reflejadas en los ojos de las chicas, sonrió y continuó:

—Ya sé que no es el método habitual, pero esta vez trabajaremos en equipo. Habrá más grupos repartidos en otras zonas cercanas y mi ocupación es mantener el contacto entre todos. Hay movimientos extraños por estos lugares y no queremos sorpresas. Dejemos por hoy el trabajo. Descansad y ya hablaremos mañana. Seguidme.

Akhesa salió del salón y les guio a través de un largo pasillo. Por el camino iba explicando las diferentes estancias y lo que había en cada una de ellas. Llegaron a unas viejas escaleras de madera, recientemente restauradas. Subieron por ella y tomaron otro largo pasillo. Allí les fue distribuyendo en diferentes cuartos.

Con sorpresa, descubrieron que no iban a ser compartidos, sino que cada uno tendría uno propio con balcón al exterior. Una auténtica maravilla. Cada dormitorio era diferente, con una pequeña similitud entre sí en el espacio y la forma.

El de Siora estaba decorado con toques célticos y muebles de roble, muy apreciados por los habitantes de su tierra; la habitación de Egil era bastante espartana, con adornos rúnicos aquí y allá en las paredes de piedra y una enorme cama de madera en el centro; y la de Sheritra era una habitación coqueta, con cortinas de encaje y un bello cabecero forjado. Los muebles eran de pino, robustos y oscuros, algo clásicos. Se enamoró del lugar al instante. Las vistas daban a un pequeño jardín vencido por la maleza. Se imaginó pasando las horas muertas trabajando en él. Le encantaban las plantas. Olía a tierra húmeda y a madera. Todas las habitaciones tenían su propio hogar, en los que ardían pequeñas brasas, lo justo para caldear el dormitorio antes de acostarse. Suspiró satisfecha dejándose caer sobre la cama. El próximo día les deparaba una nueva aventura y esperaba que las pesadillas no volvieran a acosarla.

—Ha comenzado —le dijo Egil entrando en la cocina.

Ésta era una de las pocas estancias que había sido completamente remodelada. Todos los muebles eran modernos, y estaba equipada con lo último en electrodomésticos para hacer su permanencia allí lo más cómoda

posible. Por la mañana vendría una mujer de la localidad a ocuparse del desayuno y realizar las labores del hogar.

—Lo sé —respondió Akhesa—. Lo he visto en sus ojos.

Egil se sentó en uno de los taburetes y se frotó el rostro preocupado.

—Es demasiado pronto, Akhesa. Ni siquiera ha pasado un siglo. ¿Cómo va a sobrevivir al Despertar? No está preparada.

Ella le miró con cariño. Egil fue el mentor de Sheritra. La trajo desmayada entre sus brazos, depositándola con cuidado en una cama y no soltó su mano hasta que despertó. La muchacha había logrado suscitar su admiración, con apenas veinte años; ella sabía que no era algo fácil de conseguir en un primer encuentro con el duro vikingo. Cuando Sheritra abrió los ojos, se creó entre ellos un vínculo muy especial, pasando a ocupar el lugar del hermano perdido de la chica. Y pagó el precio por unirse a ellos. Pero los recuerdos volvían en forma de tortuosos sueños tarde o temprano. Y después de vivir libre de ellos, sin responsabilidades, sin pérdidas emocionales que lo ataran a uno, sin tristeza... Enfrentarte nuevamente a todo de golpe y sin tiempo para ir sanando heridas, era una dura prueba que no todos lograban superar. El dolor podía arrastrarte hacia la locura, incluso a la muerte. Y sí, muchos se perdían y necesitaban una tregua para reponerse, si es que sobrevivían a la experiencia. Esperaba que ella también pudiera disfrutar de ese tiempo...

—Ella es especial, lo superará. Su alma es muy antigua, pude verlo el día que vino a nosotros. Ningún *Remetj*^[6] reaccionaría como ella lo hizo. Habría muerto o... algo mucho peor —dijo sirviéndole una cerveza—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Asintió poco convencido, pegando un trago de su vaso. Su cara se torció con un gesto de repugnancia y escupió al suelo.

—¡*Puag!* ¿Qué mierda...?

La chica intentó contener la risa, pero acabó estallando en carcajadas. A duras penas pudo quitarle el vaso de las manos y cambiarlo por uno de agua. Entre risotadas le dijo:

—Olvidaba que no te gusta lo que aquí llaman cerveza. En España se toma fría. Mañana prepararé algo de hidromiel —y siguió riendo sin parar.

El vikingo escupía una y otra vez, jurando por todos los Dioses del *Valhalla*. Apuró el agua del tirón, para quitarse el mal sabor del veneno que la egipcia había puesto en sus manos.

—Tú quieres liquidarme, mujer. Si fueras otra persona te habría apuñalado —refunfuñó.

Si las miradas matasen... Gruñendo todavía por el mal trago, dejó el taburete y se dirigió a su cuarto. Una risa cantarina seguía resonando tras su espalda. «Malditos egipcios y malditos sus licores del demonio. Ni Loki crearía un bebedizo tan nauseabundo». Le quedaban tan solo dos puertas para alcanzar su destino, cuando unas manos blancas de largos dedos, lo agarraron y le lanzaron contra un lecho que no era el suyo. Sintió un metal frío envolviendo sus muñecas y se sintió esposado a la cama. Sonrió perverso.

«Es un lugar frío y oscuro. Puedo sentir la humedad envolviéndome, como si mi cuerpo se encontrara recubierto por el rocío de la mañana. Una niña abraza una estructura de mármol. Lloro desconsolada, agitando su cuerpecito entre hipidos y con la carita escondida entre sus brazos. Lloro por su madre... Intento tocar su cabecita para darle consuelo, pero mis dedos la atraviesan. Soy... un fantasma. Un sarcófago de mármol es mi tumba, pálido como la muerte y adornado con escritos que narran una larga historia. Mi historia. Quien fui en vida y ya no soy. Y embelleciendo su superficie, una hermosa estatua. Una mujer desafiante, con los brazos y la mirada elevados hacia el cielo, un rostro de ojos sonrientes y soñadores y unas preciosas alas extendidas a punto de lanzarle a las alturas. En una de sus manos porta una lanza y en la otra, una espada. El cabello ondea al viento y su pie derecho está preparado para iniciar una bella danza. La niña levanta el rostro y me mira fijamente. Puede verme y me sobresalta su mirada. Son sus ojos, idénticos a los míos, los que me observan desde una carita preciosa, de mejillas sonrosadas y piel dorada...».

El resto del equipo llegó al día siguiente de forma escalonada y sin armar demasiado alboroto. Estaban tan acostumbrados a las mudanzas, que les

resultaba muy fácil acomodarse en cualquier parte. Las primeras en aparecer fueron otras dos chicas, tan opuestas como la noche y el día.

Ladè era de ascendencia minoica y atlante, con un aspecto casi élfico y de elevada estatura. Tenía el pelo tan blanco como la leche y los ojos de un índigo quimérico. Era una chica muy seria; parecía tener poco o nulo sentido del humor, siendo una compañera fiel y leal como ninguna. Y Layla, una exótica morena como solo una hija de la Alhambra podía ser. De sensual belleza, ojos gatunos como musgo, labios carnosos y curvas muy peligrosas.

Ambas se instalaron en silencio, ocupando unos dormitorios tan hermosos como los suyos. El de la minoica estaba pintado en tonos ocre y rojos, con pequeñas pinceladas azules. Un jergón sencillo, sin grandes adornos, con las paredes recubiertas de murales. La granadina tenía una habitación de estilo oriental. Una cama mullida, llena de cojines coloridos, muebles de madera oscura y cortinas de seda. Destacaban los rojos, verdes y azules intensos.

La calma se rompió como el frágil cristal tras una inesperada llegada. Las chicas se encontraban en el salón. Ladè y Sheritra jugaban una partida de ajedrez, estudiándose la una a la otra, repasando una y otra vez el tablero. Estaban tan absortas en su cometido que brincaron sobresaltadas al escuchar el brusco juramento de Siora. Ésta, yacía cómodamente repantingada en un enorme sofá viendo la televisión, cuando escuchó una voz ronca, con un hermoso acento, que la dejó perpleja:

—Saludos pelirroja.

No podía creérselo. Giró su rostro con brusquedad y quedó paralizada al ver a su interlocutor.

—Ha pasado mucho desde la última vez —dijo entrando a la sala— ¿Qué estábamos haciendo entonces...? —preguntó, fingiendo esforzarse por recordar.

Seguía siendo demasiado guapo para su bienestar y arrolladoramente masculino. Su oscura mirada brillaba con malicia y los carnosos labios sonreían burlones. Le faltaba el aire, no podía respirar. Su corazón volvió a latir veloz.

—¡Ah, sí! —siguió él, metiendo el dedo en la llaga—. Estabas intentando matarme...

El rostro de Siora se ensombreció al instante. Palideció al principio; poco a poco fue alcanzando tonos purpúreos que amenazaban con explotar sus mejillas. La ira estalló en ella y el odio nubló su juicio. Sorprendida, Layla posaba sus ojos en uno y otra, como si se encontrara viendo un interesante partido de tenis. Soltando un juramento, se levantó furiosa del sofá. Cruzó por su lado evitando tocarle, tras maldecir en diferentes idiomas, y corrió escaleras arriba para refugiarse en su dormitorio. El potente portazo hizo vibrar todas las piedras del edificio.

Aquella tarde se reunieron nuevamente en el salón principal de la casa. La celta tuvo que ser arrancada de su habitación a regañadientes y casi a rastras, pero allí estaban todos. El último en llegar fue Jacques, con su acento francés algo medieval. Un hombretón grande, tosco y barbudo, afable y muy gentil.

En total, los *Waej* presentes en la casa eran seis mujeres y cuatro hombres. Frente a ellos se encontraba Akhesa, en compañía de un hombre fascinante y desconocido para Sheritra. Ella era la más joven y la que menos tiempo llevaba entre ellos, así que, a diferencia de los demás, no conocía a todos sus miembros.

Dejando a un lado los modos cariñosos utilizados durante la bienvenida, Akhesa tomó las riendas, emanando una fuerte autoridad; el otro, quedó en un segundo plano, ignorándolos y dedicándose a escuchar a la Líder.

—Como la mayoría de vosotros ya conocéis, soy Akhesenamon, tercera hija del *Nesu*^[7] Akhenaton y de Nefertiti. *Ta Hemet Nesu*^[8] de Tutankhamon, señora de la bella *Kemet*^[9] bañada por el río *Iteru*^[10]. Soy una *Hem-Netjeret*. Una de las primeras en recibir la Sangre de la *Netjeret*^[11]. *Ast*^[12]. Acción que salvó mi vida, pero me apartó de mi familia para siempre. He sido puesta al mando de este grupo porque los *Am-Mut*^[13], guiados por el general más cruel de *Sutej*^[14], se están movilizand por esta zona de manera bastante sospechosa. No queremos que inicien otro conflicto bélico como el de hace sesenta años. Los tiempos han cambiado en profundidad y las guerras son cada vez más peligrosas para la humanidad. No sé qué es lo que andan buscando. Quiero erradicarlos definitivamente. Me gustaría que Erzsébet desapareciera de una vez y para siempre. Sería un golpe maestro para nuestro enemigo... y un alivio para todos.

El grupo concentrado en sus palabras, asintió levemente. Johanna, una preciosa rubia de la realeza austríaca, con carita de muñeca, suspiró frustrada. Sheritra pensó que debía conocer a la tal Erzsébet por su expresión huraña. Y al parecer, no sentía demasiada simpatía hacia ella. Akhesa hizo una pausa y los observó de uno en uno, para asegurarse de que sus palabras habían calado hondo, e iba a continuar con sus indicaciones cuando el vikingo levantó la mano.

—Dime, Egil —le ofreció la palabra.

—No he entendido casi nada... —comentó contrito.

Akhesa sonrió y el resto se lanzó a reír. El rostro del guerrero fue adquiriendo un tono granate, más por enfado que por vergüenza. Sheritra apoyó una mano tranquilizadora sobre su hombro, sonriendo con la mirada, lo que logró tranquilizarlo.

—Tienes razón. A veces olvido que somos muy pocos los que conocemos los Modos Antiguos y no habláis el viejo idioma de los Dioses. Casi todos vosotros conocéis sus nombres griegos, que se usaron tras la conquista de Alejandro Magno —comentó risueña—. Bien. Vamos a recuperar el viejo Rito Matrimonial de los *Hem-Netjeru*^[15]. Formaréis parejas, Parejas Sagradas elegidas por *Ast*. Ella así lo desea.

Sheritra no comprendió sus últimas palabras. ¿A qué se estaba refiriendo? Alex, el hombre que desataba la furia ciega de su amiga, se frotó el pecho nervioso. Era de los pocos que conocían los Modos Antiguos y aquello no pintaba nada bien...

—Todavía faltan otros por llegar, que debido al cariz que poseen sus misiones actuales, se incorporarán más tarde. De momento, uniremos tres parejas que completarán el Matrimonio Sagrado. El resto os dividiréis de la misma forma, sin necesidad de compromiso alguno.

Jacques que había sido uno de los encargados en buscar y reunir al equipo, se removía inquieto en su silla, por lo que Akhesa le hizo un gesto para que hablara.

—Mi señora... —empezó inseguro, algo que contrastaba en un hombre tan grande con aspecto de bárbaro guerrero—, ¿Por qué ahora? ¿Por qué resucitar algo que lleva milenios muerto?

Dos simples preguntas que encerraban las principales dudas que todos compartían. Akhesa consciente de que la situación se iba a poner cada vez más difícil, suspiró antes de continuar.

—Es necesario. Y es lo que hay que hacer. Tras los Misterios, como siempre sucede, se os será revelado el motivo. Ahora, debéis conformaros con aprender a conocer a vuestros compañeros para combatir juntos—. Empezaba a hacer mucho calor en aquella sala y pronto saltarían las chispas—. Las tres parejas son: Jacques y Johanna —les hizo un gesto con la mano para que se colocaran junto a ella.

Jacques envarado se acercó a la Líder y Johanna lo miró desconfiada. Estuvo casada anteriormente y no sentía ningún deseo de quedar de nuevo bajo el yugo de ningún hombre. Además, le parecía tosco y simplón. Estaba acostumbrada a jóvenes con un mayor refinamiento. Se acercaron al centro de la sala, estudiándose con poco disimulo y demostrando mutuamente el disgusto que aquello les suponía, aunque permanecieron en silencio.

—Guillaume y Layla.

El joven así llamado dejó escapar una perpleja exclamación. «¿Una mujer? Y no cualquiera, sino esa mujer. De todos es sabido que no siento ninguna atracción hacia el sexo femenino. Prefiero mil y una veces ocupar el lugar concedido a la rubia» gruñó para sus adentros. Le costó mucho, muchísimo esfuerzo comprender su verdadera naturaleza, para que una Diosa desalmada lo emparejara con una fémica. Incorporándose disgustado, acudió al lugar donde la sensual morena le esperaba; quien lo observaba con ojos apreciativos y parecía gustarle lo que veía. «Qué sorpresa se va a llevar...».

—La última pareja son *Aleksanders* y Siora.

«¡Oh, Oh...! Se va a liar...» pensó Sheritra llevándose una mano a la frente.

—¡No! —gritó la celta— ¡Me niego! ¡Rotundamente, no!—. Furiosa se acercó a la Líder, encarándola y echando chispas por los ojos—. Esta orden por muy primordial que sea no pienso acatarla, Akhesa. Lo sabes. ¡Jamás! ¡Jamás de los jamases me uniré a ese maldito y asqueroso romano! ¡Lo *jur*...!

—¡Basta! —rugió el joven que hasta ese momento había aguardado tras la sacerdotisa.

Siora se calló a mitad del juramento sorprendida. Akhesa hizo un gesto y él se adelantó.

—No puedes obligarme —dijo la pelirroja algo más calmada—. No lo haré —insistió tozuda.

El joven alzó la mano. El amuleto de color rojo y en forma de escarabajo que portaba Siora se iluminó, y ésta palideció. El *Kheper*^[16] salió disparado de su cuello, quebrando la gruesa cadena a la que estaba sujeto, hacia las manos de aquel que lo había llamado. Susurró unas palabras en la lengua antigua y la celta comenzó a envejecer ante los atónitos ojos de sus compañeros.

—¡Para! —gritó Alex, corriendo a recoger el marchito cuerpo de Siora antes de que golpeará contra el suelo—. ¡Lo hará! ¡Yo la convenceré, pero para! —suplicó aterrorizado mientras se consumía entre sus brazos.

Vieron cómo el alma de la joven abandonaba su cuerpo y se dirigía con tristeza hacia el amuleto.

—Siora —replicó el joven con dureza—, tu *ba*^[17] nos pertenece. Me lo entregaste el día que te uniste a la guardia de los *Waej*. A mi guardia.

Sheritra contuvo el aliento sorprendida. Ante ellos se encontraba un Dios. El mismísimo Horus.

—Puedo obligarte. Es nuestro deseo que un hijo de la estirpe de mi padre y una hija de la estirpe de Morrigan, se unan en el Sagrado Rito. No te vuelvas a revelar, porque entonces no encontrarás un cuerpo al que regresar y tu *ka*^[18] se perderá para siempre en la *Duat*. ¿Cumplirás las órdenes? —preguntó frío.

El espectro que se había detenido frente al Dios asintió lentamente. Horus volvió a susurrar y el cuerpo de Siora floreció de nuevo; mucho más rápido de lo que había tardado en marchitarse. Y su alma fue aspirada hacia el interior. Abrió los ojos, todavía conmocionada y los clavó en los nubosos de Alex. Él la soltó suavemente, temiendo que se deshiciera entre sus manos y se giró furioso hacia el Dios.

—Déjalo estar, Alex —increpó Akhesa—. Creo que esta reunión ha finalizado por hoy. El resto de las parejas sin compromiso son las siguientes: *Sherit-Ra* y Egil; Nemutawy y Ladè. Podéis marcharos—. Y diciendo esto, abandonó la sala en compañía de Horus.

Un pesado silencio incidió sobre ellos. La noticia los había pillado por sorpresa. Si les cayera una bomba encima, el impacto habría sido menor. Los ritos de los *Hem-Netjeru* se perdieron milenios atrás, por culpa de la traición de un Faraón. Muchos cayeron, fueron momentos trágicos. Madres e hijos masacrados; jóvenes violados y torturados frente a sus compañeros

de vida; bebés nonatos arrancados de las entrañas de sus madres... La desolación, la pérdida de la Madre fue tal, que sus lamentos se escucharon por todo Egipto. Ni la muerte de su amado esposo le provocó tal pesar. Con tristeza, los dejó partir a la *Duat*^[19] guiados por Anubis. Isis y su hermana Neftis, juntas una vez más en la desgracia, lloraban viendo los miembros despedazados de sus amados hijos. La historia se repitió con mayor crueldad. Una jugada maestra de Seth, que asestó un golpe fatal. Apenas hubo supervivientes y nunca llegaron a curar sus heridas del alma. Para que ninguno de sus hijos volviera a sentirse vulnerable, Isis prohibió los Ritos Sagrados. Los *Hem-Netjeru* desaparecieron. Los Templos se cerraron, dedicándose única y exclusivamente al culto ordinario de los simples mortales, que acudían a realizar sus peticiones y dejar sus ofrendas. Los pocos que quedaron se unieron a los *Waej*, la guardia de élite de Horus. Guerreros que luchaban contra los *Am-Mut* en primera fila, los demonios que habían destrozado su mundo, sus vidas.

Entre estos ritos se encontraba el del Matrimonio Sagrado. Para los *Hem-Netjeru* era una iniciación. La dualidad de las dos fuerzas principales, la masculina y la femenina, una simbiosis de ambas que juntas, creaban vida.

En los aquellos tiempos, para ser un *Waej* había que pasar primero por los *Hem-Netjeru*. Hombres y mujeres se unían en juramento ante la Diosa, entregando sus almas por esta vida y la siguiente, compartiendo juntos el servicio a la Madre Sagrada.

Todo eso murió con el ataque al Templo. Al prohibir la ceremonia principal, sus ejércitos se volvieron estériles. La Diosa secó vientres y semillas, impidiendo el nacimiento de más criaturas indefensas entre sus filas.

A partir de aquel momento, los *Waej* pasaron a ser seres solitarios, individualistas, a las órdenes de los pocos sacerdotes que quedaban y viviendo en la clandestinidad. Con el devenir del tiempo y la caída en desgracia de Dioses y civilizaciones, los *Waej* siguieron su labor entre las sombras; reclutando entre aquellos que ya no pedían nada a la vida y se encontraban cerca de las puertas de la muerte, incapaces de continuar una existencia vacía. Y los Ritos cambiaron. Se volvieron agresivos, crueles. Sólo aquellos que de verdad querían servir a la Diosa eran aceptados. Los que albergaban dudas o no eran sinceros, se perdían o morían en el intento. Entregaban su *ka*. Con él marchaban los recuerdos, hasta el día en que regresaban de forma despiadada. Si el Iniciado deseaba seguir su camino,

entonces llegaba el Rito del Despertar, donde si sobrevivía, entregaba su alma y pasaba a formar parte, para siempre, del ejército de la Diosa. Hasta el día de la batalla final.

En todo esto pensaba Nemutawy observando impaciente al resto de sus compañeros. Ella estuvo allí.

La egipcia poseía un hermoso cabello de color cambiante: bajo la luz del sol brillaba con un rojo tan oscuro como la misma sangre, intenso y radiante; pasando por negro en los lugares en penumbra o cerrados. Sus ojos eran dorados y tan fieros como los de un león. Su cara, un óvalo perfecto de rasgos marcados, mentón fuerte y labios generosos; poseía una belleza arrebatadora, acentuada por el contraste entre sus colores. Piel dorada, cuerpo exuberante y bien formado. Alta, atlética y poderosa, casi divina. Ella estuvo allí. Fue una de las últimas y pese al tiempo transcurrido, aún lloraba a sus seres queridos. Recordó los rostros de sus hijos, sus sonrisas, sus voces...

Lo que sí logró borrar el tiempo, fueron las lágrimas. Sus ojos se secaron de tanto llorar, pero la herida del corazón sangraría por toda la eternidad. Por suerte, Isis la había respetado.

En cuanto al resto de sus compañeros... La pelirroja seguía afectada por su encontronazo con el Dios. Menuda estupidez enfurecerlo. Como deidad guerrera era implacable y estaba acostumbrado a que sus soldados le obedecieran sin remisión. Mas los celtas estaban hechos de otra pasta y tenían la mala costumbre de pelearse con sus propios Dioses.

La vio coger temblando un vaso de agua que le ofrecía la chica rubia. Ésta era muy bonita, de rostro dulce, con ademanes suaves y elegantes. Su pareja elegida era todo lo opuesto a ella, pero confiaba en la Diosa. Si los unía era porque formaban el complemento perfecto. El guerrero, ya que su pose y su actitud lo gritaba a los cuatro vientos, la observaba entre afligido y desconfiado. De vez en cuando agitaba su barbudo rostro y lanzaba miradas al cielo, como si rezara una plegaria a algún Dios que pudiera socorrerlo. Algunos hombres eran así. Ningún temor a la muerte, lanzándose a una batalla cuerpo a cuerpo con una espada o fusil en la mano, y aterrorizados ante las lides del matrimonio. La rubita podía sentirse agradecida, el hombretón tenía su punto. Bajo la holgada ropa que llevaba

podía apreciar un cuerpo duro y fuerte; una potencia contenida que, no dudaba, disfrutaría si pudiera probarla.

La otra pareja era la que no comprendía. La sensual morena de curvas arrolladoras se encontraba fascinada con su nuevo compañero. Le observaba con ojos hambrientos, como un gato famélico a punto de lanzarse sobre un plato de leche. En cambio... él estaba claro que sentía preferencia por el vikingo con el que conversaba, embelesado ante los musculosos brazos del nórdico, que se tensaban a cada movimiento de sus manos al gesticular. Prácticamente babeaba por el rubio islandés. Habría que esperar para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

CAPÍTULO 2

Aquella mañana, Siora se levantó de muy mal humor. Los Dioses se confabulaban para jugarle una mala pasada, una más entre todas ellas. Casi prefería reposar bajo la tierra, junto a los restos de su madre y hermana, en vez de estar ahí peleando por... ¿Por quién? ¿Por unas deidades que no la apreciaban y consideraban que era moneda de cambio? Creía que en los tiempos que corrían, ese tipo de costumbres habían sido erradicadas por completo. Qué equivocada estaba. El Dios tenía razón, hizo un juramento y era su deber mantenerlo, incluso con los problemas que éste iba a provocarle.

En su fuero interno, se sublevaba contra su funesto destino. Era rebelde por naturaleza, así sentían los hijos de *Dannu*^[20]. Las pasiones llevaban a los de su sangre a cometer locuras, sólo bastaba con ver cómo acabó su propio pueblo. La libertad era más importante que la vida y jamás renunciarían a ella.

Mirándose al espejo, tomó la decisión de hacerle pasar un muy mal rato al romano. Él iba a pagar las consecuencias por los actos de sus coetáneos. Se acicaló con esmero, poniendo especial énfasis en su cabello, cualidad que sabía fascinaba al hombre. Se conocieron mucho tiempo atrás... Como todos sus Hermanos, olvidó su vida anterior; su familia, a su gente. Olvidó las humillaciones, las vejaciones y la cruel traición sufrida. Y él era tan guapo...

Asqueada por el derrotero que tomaban sus pensamientos, lanzó furiosa contra la cama el peine que sostenía en la mano. Le esperaba un duro trago. Comerse su orgullo una vez más. Pero se aseguraría que los Dioses jamás olvidaran que con ella no se jugaba.

Alex esperaba nervioso. Conocía demasiado bien a la pelirroja. Estaba loca, como todos los malditos celtas. Renegó de la estupidez que lo llevó un día a mezclarse con ella, sabiendo de sobra cómo era su caprichosa

naturaleza. Suspiró frustrado. Los Dioses se la habían jugado. Hasta sentía en algunos momentos una ligera tentación de cambiar de bando... Lo cierto es que estaba acojonado. Ni siquiera el propio Seth podía infundirle tanto temor como una buena pataleta de la colérica *britannia*.

Al salir de la cocina, Akhesa posó una mano comprensiva en su hombro. Adivinaba en él la resignación de quien aceptaba su destino con tristeza. Y sonrió. Su vida tampoco fue fácil. Y allí estaba, con ellos. Protegiéndolos.

Él recogió su mano y se la llevó a sus labios, en un galante y cariñoso beso de aprecio.

—Mi *Vasilissa*^[21] —dijo moviendo la cabeza con un respetuoso gesto.

Akhesa devolvió la sonrisa y acarició con dulzura su rostro.

—No te preocupes—. Levantó su mentón y lo miró a los ojos con orgullo—. Un descendiente de mi casa debe tener las agallas y el valor suficiente para enfrentar su destino. En nuestros tiempos, los matrimonios también se concertaban. Antes de mi amado Tut, me desposé con mi propio *it*^[22] y yací con él. El Amo y Señor de *Kemet* no era precisamente de apariencia agradable... Todavía desconozco qué fue lo que mi hermosa *mut*^[23] vio en él, pero... era mi deber. La Sangre Real debía permanecer lo más pura posible. Y el fanático de mi *it* lo llevó a grandes extremos.

Su mirada se perdió en el pasado. Recordaba las enclenques manos de su padre, recorriendo su cuerpo todavía infantil. En cuanto la primera sangre de su menstruación dejó de manar, fue llamada inmediatamente a su lecho.

—Mi hermana murió por unas fiebres. El parto la debilitó demasiado. Murió dándole una hija a mi *it* para mantener el linaje real. Otra niña más, para calentar su lecho y engendrar más herederos. Por suerte para ella, no sobrevivió mucho más a la *mut*.

—Son negros recuerdos —aceptó el joven—. No es necesario que los compartas para ofrecerme consuelo. Gracias, Akhesa. Mi respeto por ti es mayor todavía.

Le dio un par de palmaditas en la espalda, en señal de reconocimiento, y lo dejó solo en el vestíbulo.

El resto de Hermanos fueron apareciendo. Entre ellos, la fuente de sus pesares. Estaba espléndida. Lucía un vestido de terciopelo azul con manga larga. La falda se abría en forma de campana sobre sus caderas, cayendo hasta las rodillas. Unas altas botas negras de tacón complementaban el atuendo. Se la veía muy sexy, con los alocados rizos rodeando su rostro

pecoso y esos ojos azules, que le amenazaban de muerte con cada mirada. Él sí que estaba loco por ella.

Los ánimos se habían calmado un poco. El desayuno lo preparó una agradable y risueña mujer llamada Maritxu, con un gran acento de la tierra y sus miles de *maitia*^[24] y *bihotza*^[25]. Los trataba con mimo y se desvivió por contentar a cada uno de ellos. Después, Akhesa los reunió nuevamente en el salón. Sin más explicaciones, pidió a las parejas que la acompañaran y se marchó en su compañía.

De los que quedaron, Egil y Ladè decidieron darse una vuelta por la propiedad para conocer mejor el terreno. Nemutawy prefirió volver a su cuarto y Sheritra quedó sola y libre.

Aprovechó aquel rato de tranquilidad para buscar el jardín que llamó su atención el primer día. El caserón era bastante grande y no respondía a ningún patrón concreto de construcción, por lo que no sabía por dónde empezar. Hasta que vio algo que despertó su interés. Era una Sombra. Una Sombra con forma humana, que cruzó veloz frente a ella. Curiosa, pues no era la primera vez que veía alguna, se decidió a seguirla.

La Sombra aparecía y desaparecía, cruzaba las paredes o flotaba sobre ellas. Parecía burlarse de su infructuosa persecución. Si algo tenía Sheritra, era tiempo y mucha paciencia para sobrellevarlo, así que siguió insistente hasta llegar a una vieja puerta oxidada y en mal estado. Le resultó extraño, ya que la casa acababa de ser restaurada y era llamativo que hubieran dejado aquella zona sin tocar. Le costó un esfuerzo sobrehumano poder abrirla. Los goznes estaban muy mal y la madera se había podrido e hinchado por la humedad. Con un estridente chirrido, que podría despertar a todas las almas errantes del lugar, cedió. Y descubrió «su» jardín tras ella. Tiempo atrás debió ser un lugar precioso, pero las malas hierbas habían conseguido arruinar toda su belleza. Solo un solitario rosal lleno de tiernos brotes, que tarde o temprano abrirían, lograba sobrevivir a duras penas. Cerró los ojos e intentó imaginárselo.

«Es como si pudiera verlo. De la puerta salía un pequeño caminito de piedra gris, aislado del resto por unas rosadas buganvillas que creaban un arco perfecto sobre la cabeza. Al finalizar el caminito, se abría un espacio de suave y verde césped, salpicado aquí y allá por parterres de diferentes flores. Los muros estaban rodeados de hermosas campanulas azules. Y

junto al rosal, una mujer de ojos verdes y dulce sonrisa lo cuidaba con esmero. Agitó sus manos en un alegre saludo e hizo un gesto para que se acercara. Caminó hacia ella. Cuando se acercó lo suficiente, elevó su mano, señalando un lugar bajo un viejo sauce llorón. Se dirigió allí, encontrándose con un pequeño cementerio. Dos tumbas atrajeron su atención. Se arrodilló frente a una de ellas y pudo leer un simple nombre escrito en la lápida; sin fecha, apellidos o alguna otra palabra que pudiera identificarlo: Manuel...».

Algo se agitó en su pecho y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¿Le recuerdas? —susurró una voz en su oído— porque yo sí, Mari.

Con un escalofrío despertó de su ensueño. Se encontraba arrodillada bajo el sauce, entre la maleza rebelde que envolvía todo. Su corazón latía a mil por hora y descubrió sus mejillas mojadas por la humedad. Había llorado. Comenzó a arrancar las zarzas que la rodeaban, guiada por un presentimiento. Sus manos se llenaron de arañazos y heridas sangrantes. No cejó en su empeño y ahí aparecieron. Dos sencillas lápidas, con solo un nombre grabado sobre cada piedra. En una ponía «Manuel» y en la otra... en la otra podía leerse: «María...».

Templo de Isis

Egipto

Una vez finalizado el Rito, las tres parejas abandonaron el recinto algo aturdidas. La Líder suspiró mirando los rostros de sus guerreros... Estaban conmocionados. Desconocían aún el Poder de la Sangre que corría por sus venas, la fuerza con la que les dotaba y las repercusiones de aquel acto realizado entre ellos... poco a poco irían descubriéndolo. Observó las viejas paredes que la rodeaban y los recuerdos acudieron con fuerza a su mente. Ella también Renació allí, en aquel templo. Su llegada al mundo de los *Hem-Netjeru* fue un tanto diferente. No tuvo opción. No pudo elegir...

Año 1319 a.C.

Ciudad de Waset

Kemet

El cuerpo de mi segundo *het*^[26] no ha tenido tiempo de enfriarse y ya temo nuevamente por mi vida. Los largos dedos de la hermana de mi *mut*, la princesa Mutnedymet, se acercan lentamente, deseosos de rodear mi garganta y asfixiarla. Mis padres cometieron tantos errores en vida, que su dinastía jamás podrá limpiar la deuda contraída contra su amada *Kemet*, la fértil tierra bañada por el sagrado *Iteru*. El *Netjer*^[27] *Hapy* nos ha abandonado. Llevamos varios años de escasez y las tierras negras están ahora rojas, agrietadas y reseacas.

El que fuera *Tyaty*^[28], *it*^[29] de mi *mut*, está siendo lavado por las damas del *Jeneret*^[30] y acicalado con sus mejores prendas, para iniciar su último viaje. Los Embalsamadores del *Per-Nefer*^[31] esperan pacientes a que las mujeres finalicen sus funciones, para tomar el relevo y preparar los hechizos protectores que lo protegerán a su paso por la *Duat*.

¿Qué puedo hacer yo? Una *Ta Hemet Nesu* doblemente viuda. El viejo Ay tomó las riendas de *Kemet* tras la inesperada muerte de mi joven *het*, mi siempre amado Tut. Unas fiebres de los pantanos abatieron una vez más a la bella *Waset*^[32], llevándose a muchos de sus habitantes; entre ellos, al último *Nesu* de la dinastía junto a nuestra hija nonata. Dejándome sola, vacía, sin un descendiente varón que amparase mi posición y con el estigma que pendía sobre nuestra estirpe. Muchos susurran que estoy maldita. La herejía de mi *it*, aquel cuyo nombre no debe ser pronunciado, fue tan grande y enfureció tanto a los *Netjeru*^[33], que éstos envenenaron mi sangre impidiéndome concebir un *Iry-Pat*^[34]. Estoy maldita y soy la última de las seis hermanas nacidas de la misma *mut*, la bella Nefertiti: *Ta Hemet Nesu* por derecho propio, única amada por mi *it*, el Hijo de Aton... Su impía obsesión y los celos, la llevaron a cometer crímenes brutales en el *Jeneret*. Ninguna podía igualarla; ninguna pudo opacar su belleza; ninguna complacía al hombre más poderoso de todo *Kemet* como ella. Yo misma fui testigo, a mis tiernas ocho crecidas, de cómo mi idolatrada *mut*, de hipnótica y oscura mirada, con los sedosos cabellos de ébano recogidos en

una gloriosa trenza y vestida con el diáfano lino real, acababa con la vida de la princesa Beketaton.

A pesar de poseer una gracia regia natural y ser de la misma sangre de mi *it*, siempre permaneció a la sombra de la favorita del *Nesu*. Hasta que dio a luz un hijo varón, el primero y único de la estirpe del *Nesu* Hereje. Lo que la colocó en una posición privilegiada y a su bebé en el primer lugar de la línea sucesoria, que la Gran Consorte reservaba para su primogénita: mi hermana Merytaton. Fueron varios los intentos de acabar con su vida, pero la elevada posición de la princesa la protegía de sus enemigos. Hasta que una noche, mi *mut* se dejó llevar por sus instintos más primarios.

Desde el momento en que el bebé nació, me sentí fascinada por aquella criaturita. De piel morena y enormes ojos negros, era un gracioso y regordete niño, que sonreía feliz cada vez que cosquilleaba su adorable barriguita.

Llegaron las fiebres, las primeras de muchas que diezmarían tanto a la población como a la Familia Real. El pequeño *Iry-Pat* y las princesas contrajeron la virulenta enfermedad, que se cebó con la sagrada ciudad de Aton; entre ellas mis hermanas: la dulce Meketaton que esperaba ansiosa el nacimiento de su primer hijo y Setepenra, la más pequeña de todas nosotras.

El *Iry-Pat* logró sobrevivir, con secuelas que condicionarían el resto de su vida y le arrastrarían temprano a la tumba. Mis hermanas no disfrutaron de esa misma suerte y nuestros padres enloquecieron de dolor...

El pequeño Tut desarrolló una deformidad en su extremidad izquierda, provocándole una dolorosa cojera que le acompañaría hasta sus últimos días. Solía acudir a sus habitaciones para entretener al pequeño con dulces y cantarle melodiosas nanas. Era mi consuelo tras la pérdida de mis adoradas hermanas. Beketaton agradecía aquellas visitas, que calmaban los berrinches y las pataletas del joven Señor.

Aquella noche, la amorosa *mut* no acunaba al pequeño entre sus brazos, paseándolo de un lado a otro de la estancia para adormecerlo. Aquella noche yacía inmóvil, el rostro bañado en lágrimas y la mirada perdida en el infinito. Un *khopesh*^[35] atravesaba buena parte de su rostro; la sangre fluía veloz por la mortal herida, tiñendo de rojo el lino real y las sábanas de la cama.

Con rostro pétreo, mi *mut* sostenía la empuñadura, intentando arrancarla del hueso en que había quedado incrustado. Un grito ahogado escapó de mis labios y ella, enfurecida, giró su rostro preparada para un nuevo ataque. Al

verme, palideció. El horror fue tomando sus crueles facciones y angustiada por ser descubierta en tamaña fechoría, huyó del lugar.

Nadie dijo nada. Nadie comentó nada. Solo se escuchaban ligeros susurros, lejanos murmullos que enmudecían a su paso. La princesa Beketaton fue enterrada deprisa, sin mucha ceremonia, y el *Iry-Pat* enviado a la antigua capital de *Waset*.

Las epidemias se sucedieron y la familia siguió sucumbiendo a ellas. Hasta la muerte de mi *mut*, tras la conjura en la que fue descubierta intentando colocar en el trono real a un príncipe extranjero, sin sangre divina, tan solo para mantener el poder entre sus manos. El niño *Tutankhaton* regresó a *Aketaton*, para ser coronado como nuevo señor de *Kemet*. Fueron unos años gloriosos en que poco a poco regresaron las antiguas costumbres y trasladamos de nuevo la capital a *Waset*.

Nuestra primera hija no llegó a nacer, pero durante los diez años que duró nuestro matrimonio, fuimos muy felices, incluso con los fuertes dolores que mi *het* sufría. Mi amor lo calmaba más que las propias medicinas. Tut demostró ser un gran gobernante e intentó restaurar el caos que nuestros antecesores dejaron. No dispuso del tiempo suficiente para lograrlo...

Cuando los embalsamadores de *Per- Nefer* accedieron a las habitaciones reales, un pesado silencio se apoderó del palacio. Yo, Akhesenamon, *Ta Hemet Nesu* de *Kemet* y viuda, hui por una puerta trasera, en compañía de la única hija nacida del matrimonio real y acompañadas por el *Iry-Pat* Nakhtmin. Gracias a mis fieles servidores, descubrí que se conspiraba contra nuestras vidas. La hermana de Nefertiti, relegada a segundo lugar por ésta, poseía la misma ansia que mi finada *mut*. Amaba el poder sobre todas las cosas, manipulando entre las sombras los hilos que movían las intrigas palaciegas destinadas a hacernos desaparecer.

Ella fue quien logró la caída en desgracia de su propia hermana, con su posterior ejecución. Nakhtmin creía que era también la ejecutora del último *Nesu*. A pesar de su avanzada edad, su partida fue prematura. Nacido ya en

el ocaso del padre, el joven quería ponernos a salvo, y como general de los ejércitos solo confiaba en sus hombres más cercanos para ayudarlo.

Su amigo Horemheb estaba desposado con mi enemiga y encaprichado conmigo. Estallaría furioso si descubriera que me ayudaba a escapar. Deseaba unir su sangre a la mía, tomando también mi cuerpo. Era casi una obsesión y el desencadenante fatal de los celos de su *hemet*^[36]. Mutnedymet deseó la muerte de su hermana Nefertiti, la de toda su descendencia y ahora deseaba más que nunca la mía. Por supuesto, su *het* desconocía los funestos planes de su señora.

Atravesamos por calles oscuras. Tan frágil como su propio padre, mi niña duerme plácidamente entre los brazos del soldado. El calor sofocante del viento del desierto seca las bocas y agrieta los labios. La reseca tierra cruje bajo nuestros pasos y los sudorosos cuerpos se mueven veloces en la noche. Por momentos, me creo desfallecer, pero el miedo da alas a mis doloridos pies. Queremos llegar al *Hut-Netjer*^[37] de la *Netjeret Ast*, la *Mut* Compasiva. Allí encontraremos refugio y estaremos protegidas por los Sagrados *Hem-Netjeru* que lo custodian. La guardia de *Hor-Hur*^[38], los *Waej*, cuidarán de nosotras. No lo alcanzamos a tiempo...

Un grupo de hombres nos rodeó, o eso pensé que eran. Salieron de las sombras y lanzándose sobre el joven Iry-Pat, lo derribaron de un solo golpe. Aterrada, intenté salvar a mi niña, arrancada de forma brutal de mis brazos y descuartizada ante mis ojos.

El *Iry-Pat* Nakhtmin no corrió mejor suerte, y yo... profanaron mi cuerpo. Se introdujeron en él cientos de veces, de forma cruel y violenta. Disfrutaban con mi sufrimiento, estimulados por mis gritos de dolor. Y luego se alimentaron...

Me mordían por todas partes; los colmillos se clavaban aquí y allá, vaciando las venas de mi sangre. Sangre que descendía del linaje de la misma *Netjeret* a la que acudía en busca de protección. Y como última ofensa hacia Ella, me abandonaron moribunda frente al *Hut-Netjer* de *Ast* con apenas un triste hálito de vida. Querían que allí, tirada como un juguete roto, muriera a sus puertas.

Mutnedymet ganó. El trono era suyo...

Año 1996

Templo de Isis

Egipto

Siora no era capaz de aceptar lo sucedido en el interior del Templo. Horus los transportó hasta un viejo santuario de piedra caliza y allí, hicieron el Juramento Sagrado de los *Hem-Netjeru*. Sus votos. Alex era ahora su esposo... El último rey de la dinastía ptolemaica. Quien según la historia fue su madre *Kleópatra*. Ella también descendía de la realeza celta. Su padre fue un gran Rey de un pueblo aguerrido y poderoso... Golpeó su frente con fuerza, estaba desvariando.

—Siempre has estado un poco loca, pero el auto maltrato no te pega nada.

Le lanzó una mirada torcida. No podía comprender su reacción en el interior del Templo. Por un momento se sintió amada, querida; como un tesoro precioso que debía ser conservado y protegido. Fruto del deseo de su corazón y de las drogas, porque estaba segura que algo de eso le habían dado a beber de la copa. Era imposible que ellos hubieran hecho... eso...

Alex deseaba tomarle la mano. Seguía confuso. Y ella se distanciaba otra vez. Sentía cómo a cada paso que daban alejándose del sagrado lugar, el abismo se hacía mayor entre ellos. Deseaba... Quería volver a tenerla entre sus brazos y susurrarle todas aquellas palabras que morían en su pecho. Condenado a una eternidad amando a una mujer que jamás compartiría su corazón... Ella pertenecía a los fantasmas del pasado que poblaban sus recuerdos, a los sueños rotos de una niña deshonrada. Derrotado tras probar las mieles de un futuro inviable...

Durante los últimos siglos pasados, se convenció a sí mismo de que sus sentimientos fueron fruto de la novedad y del momento. Qué equivocado estaba. Siempre con él, atesorando los recuerdos en un corazón roto por la ascendencia de su sangre. Su maldito linaje se la jugaba una vez más.

Horus los llamó. Era hora de volver a casa. Unieron sus manos a la del Dios y los llevó de vuelta.

Bergara, País Vasco España

Perdió la noción del tiempo... De rodillas entre las dos tumbas, Sheritra permanecía extraviada en sus pensamientos. ¿Quién sería la mujer del rosal? Tal vez era la Sombra que la llevó hasta allí... O un recuerdo del lugar que, debido a sus sentidos más despiertos que los de cualquier otro ser, era capaz de advertir. Mas la voz que le habló no era la de una mujer. Era una voz masculina, profunda, con un acento marcado, como si le costara hablar en su mismo idioma.

Desbarraba... Las pesadillas nocturnas provocaban que sus nervios se encontraran a flor de piel; eso la sensibilizaba de tal forma que sus ideas se volvían extravagantes. Podía recordar el olor de las flores, el cálido aliento del sol en su piel, transportándose a aquel momento. Miró las tumbas. Simples y sencillas. Excavadas bajo la tierra y con lápidas en piedra gris, la misma de la que parecía estar hecha la casa. No había fechas, solo sus nombres... y estaban demasiado cerca para albergar dos nichos diferentes. Daba la impresión de que, en realidad, formaban una sola. Como si aquellas dos personas quisieran permanecer juntas por toda la eternidad. Sería un matrimonio y sus hijos decidieron darle junta sepultura. Y la voz... la llamó Mari. ¿Se refería a ella o a la mujer de la visión? Era una locura. Su nombre era... «¡Mierda! Ni siquiera sé cuál es mi verdadero nombre». Sheritra era un nombre egipcio que la propia Akhesa le regaló el día de su Renacimiento. Y la Líder lo pronunciaba de una manera especial, con una cadencia que le hacía sonar diferente y mágico.

Todos los *Waej*, sin excepción, entregaban sus recuerdos como tributo a la Diosa Madre. Era algo muy práctico, porque a pesar de sacrificar su identidad, los liberaba completamente del pasado, cortando todos los lazos que pudieran conservar con sus vidas anteriores. Cuando Renacían eran solo ellos, su esencia más pura. Y comenzaban a vivir de nuevo en cuanto se les otorgaban un nombre. Les permitían elegir, eso sí, antes de que comenzara el ritual: mantener el suyo, tomar uno que les gustara o recibir otro como regalo de la Diosa.

Escuchó un murmullo de hojas secas a su espalda y se sorprendió al descubrir allí al Dios. Horus se acercó a ella lentamente, paseando descuidado por la maleza y vio su triste mirada.

—¿Un mal día? —preguntó.

Distraída como estuvo el día anterior, no pudo apreciar la belleza del ser que ahora le sonreía. Sus ojos eran amarillos y brillantes. Durante toda nuestra existencia, las viejas esculturas y estatuas del viejo Egipto nos muestran a personas con rasgos más bien exóticos; rostros morenos y oscuros, ojos negros y cabellos en la misma tonalidad. Pero el Dios no poseía esa apariencia. También hay que decir en defensa de aquellos hombres, que siempre lo mostraban con cabeza de halcón; y sí, sus ojos eran igual de intensos que los de dicho animal: impactantes y de mirada aguda. Sus rasgos diferían bastante del ave rapaz. Su piel era dorada, de un tono casi playero y mucho más clara que aquellos que pasan hora tras hora bajo el sol. El cabello, en cambio, era de un color indefinido; se mezclaban negro, castaño y hasta algo de blanco, curiosamente el mismo colorido que poseen las plumas de un halcón. Estaba claro que aquel cabello no pertenecía a ningún humano. Era hermoso y simulaba poseer vida propia, derramándose sobre los hombros y tras su espalda. Su rostro marcado y muy masculino, de rasgos duros y pómulos bien cincelados. Los labios eran gruesos, de risa fácil y gesto áspero, cuando se endurecía para tomar el control. El cuerpo parecía labrado en granito, con músculos bien definidos y fuertemente desarrollados. En fin, el sueño erótico de toda mujer. Llevaba el torso al descubierto, adornado por un collar de cuentas de diferentes gemas, entre las que destacaban unas piedras de color azul, más conocidas como turquesas. Un cinturón del mismo material y un faldellín que suponía era de lino, completaban su escaso atuendo. Las piernas mostraban potencia y Sheritra comenzó a acalorarse.

Era uno de los grandes defectos o virtudes, según se mirase, que adquirirían al convertirse en *Waej*: tenían una libido desmesurada y sus cuerpos se excitaban con rapidez.

Al percatarse de su bochorno, los ojos del Dios brillaron divertidos.

—Acaba de mejorar —sonrió ella disfrutando de las vistas.

Pavoneándose ante la joven, Horus se acucilló en el suelo junto a ella. «Qué bien huele...» pensó. A una mezcla especiada y muy masculina. «¿Usarán los Dioses algún perfume o es el olor de su piel?» se preguntó la joven inhalando con disimulo.

Era la primera vez que estaba tan cerca de una deidad. En la ceremonia de su Renacimiento, la misma Isis estuvo presente, aunque ese día estaba más preocupada en los cambios que modificaban su propio cuerpo que en quienes la rodeaban. El joven Dios lanzó una curiosa mirada a las tumbas que Sheritra había descubierto y estiró su mano hacia ellas, apoyándola en la tierra. Susurró unas palabras que, a los oídos de la chica, sonaron musicales y esperó. Luego la miró, quedando atrapada por la intensidad de sus ojos amarillos. Sus palabras cortaron de golpe sus pensamientos:

—¿Qué encuentras tan interesante en una tumba vacía?

—¿Vacía...? —repitió Sheritra como una tonta.

—Sí, vacía —aseguró el Dios retirando la mano y sacudiéndola para limpiarse—. Solo hay tierra cubriendo este lugar. Hay otras más allá que sí contienen cuerpos en descomposición —al decir eso, hizo una mueca. Los egipcios eran partidarios de conservar los cadáveres lo más intactos posible —, pero éstas y otras dos de ahí —añadió señalando hacia su derecha— están vacías. Solo hay tierra y piedra.

Sheritra caviló en silencio, hasta que la divina nariz del Dios la sacó de sus pensamientos. La había introducido entre su cabello, demasiado cerca de su escote y aspiraba con placer. Las manos de la deidad estaban muy pegadas a sus piernas y si alguien los viera desde lejos, pensaría que su cabeza se encontraba metida entre sus pechos. Además de que, en esa posición, tendría una estupenda panorámica de éstos. Sheritra exclamó ofendida y Horus ni se inmutó.

—Hueles bien —dijo poniendo carita de inocencia.

Lo empujó para sacárselo de encima, haciéndolo trastabillar y perder el equilibrio. Con una agilidad asombrosa, se recuperó y sus cabellos se agitaron. En ese momento parecían plumas encrespándose sobre su cabeza. Sheritra olvidó el enfado y se quedó observándolo fascinada. El gesto del

Dios mostraba fastidio. Estaba demasiado acostumbrado a salirse con la suya, y no le agradaba la sensación de sentirse rechazado por primera vez en su existencia.

—¿Son plumas? —preguntó olvidándose de la situación anterior.

Extendió el dedo, curiosa. No se atrevió a tocarlo sin su permiso, a diferencia de Él, que parecía gustarle tomar confianzas que nadie le había dado. Horus sonrió.

—No, pero se comportan de la misma forma. Su textura es similar y mucho más suave. Tienen una composición molecular muy parecida. Por algo se dice que soy el Dios Halcón —anunció con espontaneidad y sin prepotencia, guiñando un ojo de forma traviesa.

Tenía muy asumida su condición divina.

—Pues son... es... precioso... ¿Puedo...? —preguntó deseando tocarlo.

La sonrisa de Horus la deslumbró. Sus dientes eran tan blancos que casi relucían y su rostro se llenó de luz. «¡Qué guapo es!» exclamó para sus adentros.

Éste asintió con un gesto, disfrutando de su triunfo y de la fascinación reflejada en la mirada de la chica. Había algo en ella que le gustaba. No era una belleza como muchas otras *Waej*, mas la luz de su *ka* era deslumbrante. Sus ojos algo rasgados lo tenían obnubilado.

Sheritra extendió el brazo y acarició su pelo. Era muy suave, tenía una textura diferente y cobraba vida entre sus dedos. El Dios hizo un ruido extraño, una especie de arrullo similar al de las aves. Entonces, clavó en él su mirada y ambos quedaron atrapados...

—¡*Hor-Hur!* —llamó una voz a sus espaldas, rompiendo el hechizo.

El Dios se levantó molesto. Akhesa lo fulminaba desde la puerta, taladrándolo con sus ojos felinos y una mirada reprobadora en ellos. Recuperado de la sorpresa inicial y seguro de sí mismo, se aproximó hasta ella con paso firme y la estrechó entre sus brazos, removiéndole el pelo como si fuera una niña.

—¿Cómo está mi *Hem-Netjeret* favorita? —bromeó divertido, disfrutando de la incomodidad de la Líder y haciéndole cosquillas.

No pudo resistirse ante el carisma juguetón del Dios y, entre risas, le amenazó de mil diferentes muertes si no la soltaba. Sheritra los observaba ufana. Abandonó sus oscuros pensamientos junto a las tumbas vacías y se unió al juego.

Entre Akhesa y ella, lograron derribarlo y lo inmovilizaron contra el suelo del jardín. El Dios se dejó hacer, pidiendo clemencia a gritos mientras las damas lo manoseaban de forma inocente. Adoraba a Akhesa. Y hacerla reír, después de a todo lo que tuvo que renunciar por ellos, era uno de sus grandes placeres. Sabía que después, en la intimidad, iba a caerle una buena bronca. La Waej había despertado su interés...

—¿Se puede saber en qué estabas pensando?

Akhesa paseaba furiosa por la habitación. Estaban en su dormitorio, y Horus miraba impávido por la ventana.

—Me gusta —respondió sencillamente, como si aquello justificara todos sus motivos, encogiendo los poderosos hombros.

La Líder clavó sus preciosos ojos en él. Si las miradas matasen, el Dios habría estallado en millones de pedazos.

—¡A ti te gustan todas! —exclamó exasperada—. Ella no es para ti. Está aquí por otro motivo y tú deberías saberlo. No quiero que vuelvas a importunarla con tus tonterías hasta que todo esto haya acabado —afirmó clavando uno de sus estilizados dedos en el pecho del Dios.

Éste hizo una pequeña mueca. La pequeña Reina se tomaba sus responsabilidades demasiado en serio. Los planes trazados entre su Divina Madre y ella solían traerle sin cuidado, pero la guerra comenzaba a recrudecerse y cualquier paso en falso podía inclinar la balanza hacia el bando equivocado. Suspiró pesaroso. Tendría que dejar a la chica en paz. De momento...

CAPÍTULO 3

Nada más llegar, Siora corrió a su cuarto cerrando la puerta de golpe.

—Si sigue así, va a dejarnos sin un techo sobre nuestras cabezas — comentó Layla divertida.

Era la única que se sentía dichosa, lo que confería un brillo especial a su hermoso rostro. Alex también se retiró apenado. Necesitaba meditar sobre todo lo que estaba sucediendo, despejar su mente para poder enfocarla en lo que de verdad importaba: su lucha contra los *Am-Mut*.

Jacques tomó a Johanna con galantería del brazo y juntos salieron a dar un paseo. Necesitaban hablar en intimidad y compartir confidencias. Guillaume se marchó silencioso hacia la biblioteca, no sin antes hacer un gesto a su esposa para que no le acompañara.

Ella se quedó allí, sola, con el corazón latiendo feliz en su limbo personal. No le preocupaba en absoluto la actitud del joven, había pasado por cosas mucho peores y para ella, era el paraíso.

Después de unos interminables días de lluvia, por fin el sol brillaba. Jacques y Johanna paseaban tranquilos entre la hierba. El cuartel general era una casa solariega, bastante antigua, transformada en caserío por sus últimos habitantes. Curiosamente, todavía mantenía algunos terrenos en propiedad, a diferencia de muchas otras residencias de la zona que poco a poco habían ido vendiendo sus tierras. Dominaba la montaña en lo alto del pueblo de Bergara, al que pertenecía. Kilómetros y kilómetros de pastos verdes rodeaban el lugar.

Johanna disfrutaba del paseo y de la silenciosa compañía del caballero. Tenía que pensar, en soledad, sobre los misterios recibidos durante el ritual. En otro tiempo estuvo desposada y no fue un matrimonio bien avenido. Acabaron por tolerarse mutuamente, pero en el fondo sabía que jamás se soportaron. Lo único bueno que sacó de aquella tortura conyugal fueron sus pequeños...

Jacques percibió la tristeza que provocaban los derroteros por los que discurrían sus pensamientos y tomó su mano. Le dio un suave apretón para hacerle saber que comprendía sus sentimientos.

Ella le miró. Ya no parecía tan tosco. Simplemente gustaba de la sencillez. Acostumbrado a vivir con recursos limitados prácticamente toda su existencia, se había habituado a una existencia frugal. Llevaba el oscuro cabello cortado de forma peculiar, con el flequillo ladeado cayendo sobre el rostro, casi ocultando sus facciones. La barba espesa y gruesa cubría un rostro muy masculino. Ahora que se fijaba bien, veía que sus rasgos eran más bien suaves. Tenía unos preciosos ojos almendrados, con motitas grises. De sonrisa afable, con un carácter tranquilo y reposado. Tenía un cuerpo grande y fuerte, duro, marcado. El cuerpo de un guerrero habituado a soportar el peso de una cota de malla, con espadas grandes y aparatosas. Debía reconocer que le gustaba. No se parecía en nada a los hombres afeminados de su época, vestidos con volantes y sedas, maquillados y afectados. No... Jacques era todo lo opuesto a ellos. Hasta su nombre poseía una pronunciación poderosa. Jugó con él entre sus labios, apreciando su sonido. Entrelazó los dedos con los suyos. Él le lanzó una sonrisa y llevándola a su boca, besó el dorso de su mano. Prefería que la besara en los labios, aunque se mantuvo silencio. Tenían toda la eternidad para conocerse y explorarse mutuamente.

Jacques sentía impaciencia por una vez en su vida. No quería besar tan solo su mano. Quería devorar esa boquita jugosa que lo tentaba desde el mismo instante en que la vio. Aquella hermosura de carita de muñeca lo traía loco desde el primer minuto en que posó sus ojos en ella. Tenía la melena dorada y resplandecía bajo la luz del sol, que solía caer en suaves ondas sobre sus menudos hombros. En ese momento, lo llevaba recogido y tenía que apretar con fuerza los puños, evitando así la tentación de meter sus dedos entre los suaves mechones y liberarlos de su prisión. Su rostro, un óvalo perfecto, estaba enmarcado por unos grandes ojos azules, redondos y rodeados de tupidas pestañas, tan doradas como sus cabellos. Unas finas cejas, algo más oscuras, completaban el dibujo de su mirada. De boca pequeña, compuesta por labios carnosos, se abría en una dulce sonrisa que incitaba a probarlos, a comérselos. Y todo ello acompañado de una deliciosa figura de talle esbelto, cintura diminuta y curvas exquisitas.

Ardía por dentro, como un volcán en erupción a punto de estallar. Y todo por ella. No podía creer en su suerte al poseer semejante criatura en cuerpo y alma. Porque era suya. Y desafiaría a cualquiera que lo pusiera en duda. Los Dioses habían sido benévolos con él, premiando con aquella joya sus duros años de servicio; la impotencia que sintió tras no poder socorrer a sus hermanos.

Siora permanecía hecha un ovillo en la cama. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y los recuerdos inundaban su mente. Cómo las quería. Admiraba a su madre, su regia belleza, su disciplina, su poder. Y su dulce hermana... a ella la adoraba. Tan aguerrida como la madre, con un punto de ternura que la edad había borrado de *Bodica*^[39]. Sí, su madre era *Bodica*, la Reina de los *Icenos*, su pueblo natal. Y su hermana se llamaba Isolda...

Año 60 d. C

Ear air Anglia

Britannia

Mi *Athair*^[40] ha muerto. Los ritos funerales para despedir al *Rìgh*^[41] de los *Icenos* han finalizado. *Màthair*^[42] escribe una carta al *Caesar*^[43] para notificar el cambio de liderazgo en nuestro pueblo. Mi gente la ha elegido para mantener la regencia hasta la mayoría de edad de Isolda, la primogénita y heredera de *Athair*. El fuego arde en el hogar y mi *piuthar*^[44] solloza apagadamente en un rincón. Observo con tristeza las llamas. Al igual que el humo, los *Tuatha*^[45] elevan el espíritu de *Athair* hasta las estrellas. Un búho ulula en el exterior. Siento frío. Un oscuro

presentimiento anida en mi interior. Poseo el *awen*^[46], el don de la profecía. El anciano *Drwidy*^[47] de nuestro pueblo quiere que parta con él en su próximo viaje a *Ynys Dywyll*^[48] para convertirme en su aprendiz. *Màthair* se ha negado, dice que soy una *Banphrionsa*^[49] y me debo a mi gente. Mi destino es desposarme con algún *Rìgh* de otro pueblo y establecer así una alianza beneficiosa para los *Icenos*. Solo que... No deseo desposarme. Quiero viajar, conocer otros lugares.

Mi mayor deseo es viajar a Roma y conocer la ciudad del *Caesar*. Cuentan que sus palacios son de mármol blanco, tan pulido que destella con el sol. En el *Circus*, las luchas entre *gladiatores* salpican la arena de rojo sangre y los vítores del público llenan de ecos sus calles... Suspiro por vestir peplos de seda y recoger mis cabellos en complicados peinados a la moda. Sí... sueño con la grandeza de Roma... y *Màthair* siempre me replica que su grandeza, solo es superada por mi estupidez.

Ella es así de franca. No tiene tapujos a la hora de expresarse. Sé que nos ama. Lo sé por sus abrazos, sus besos. Sus juegos antes de llevarnos a dormir. Solo que ahora está triste. *Athair* la ha dejado sola y las responsabilidades que recaen sobre sus espaldas son harto numerosas. Además, le preocupa el *Caesar*, porque nuestras costumbres son diferentes. Pero *Athair* lo dispuso todo para que nada nos faltara; por eso mi *piuthar* y yo hemos sido puestas bajo su directa protección.

Año 1996

Bergara, País Vasco.

España

Su madre tenía razón. Su estupidez superaba a la grandeza de Roma. De nada valía lamentarse por el pasado. Estaba más que demostrado. Tal vez, debería seguir los consejos de la Diosa: hacer borrón y cuenta nueva. Además, tenía hambre.

Pensó en Alex. Si cerraba los ojos, podía ver su cuerpo desnudo, desde sus enormes pies hasta los más pequeños detalles de su venoso miembro. Era tan joven cuando se conocieron... Apenas una niña cuando le permitieron unirse a los *Waej*. Su cuerpo comenzaba a florecer y él ya era

todo un hombre. Se sintió fascinada por aquellos ojos grises que la taladraban apreciativos cada vez que lograba un éxito. *Aléxandros* era su maestro. Acogió a la pequeña pelirroja bajo su tutela y con el correr del tiempo, la muchacha convertida ya en mujer, se ganó su corazón. Más de mil años pasaron desde aquel momento y aun así, tras el tiempo transcurrido, su corazón se saltaba un latido cada vez que sentía su presencia...

Layla tropezó con Horus en el pasillo. El Dios desató todo su encanto ante la morena belleza y ésta lo ignoró. Tenía cosas más importantes a las que prestar atención. Sobre todo, en cómo hacer que su querido monje colgara definitivamente el hábito y no huyera de ella. Pasó de largo, perdida en sus pensamientos y dejando a la deidad plantado y con la sorpresa pintada en el rostro.

Aquellas mujeres debían estar locas, todas ellas sin excepción. Por ese motivo, su Madre las había reunido allí. Era la única explicación posible. Se encogió de hombros y siguió su camino. Tenía planes en mente y quería ejecutarlos antes de que Akhesa se diera cuenta...

Guillaume se encerró en la biblioteca, escapando de su cariñosa esposa. Lo tenía acobardado. Llevaba siglos derramando la sangre de los *Am-Mut*, pero esa pequeña mujer lograba trastocarlo por completo. No comprendía nada de su situación, ni quería hacerlo tampoco. Y durante el ritual... Ella logró lo imposible: la había tomado... ¡Por Dios! Si aborrecía su cuerpo; tantas curvas, tantos pliegues que formaban su silueta. Un cuerpo blando, suave. A él le gustaba la rudeza, la aspereza. Y yació con ella ¡Con ella! Si por lo menos le hubiera tocado en suerte la chica minoica con su belleza andrógina. Le hubiera resultado mucho más coherente. Mas no... Su malhayada suerte quiso que la más fémica entre las mujeres, acabara pegada como una enfermedad a su lado. Lo peor de todo era que sentía el hambre crecer en sus entrañas y el perfume a neroli que llenaba sus fosas nasales le indicaba que se encontraba cerca....

Aquella misma tarde volvieron a reunirse. La Líder tenía organizadas las identidades de cada uno de ellos, sus profesiones y las funciones que cumplirían dentro del grupo. Alex, el Artesano, traía preparados varios «juguetes». Suyo era el Don de Ptah, el Dios de la Magia, por lo que dominaba el Arte de la Ciencia Divina. Era uno de los pocos elegidos para producir aquellas que se conocían como *Iry-Seuser*^[50] o Armas Sagradas, forjadas con una aleación especial extraída de Otros Mundos; las únicas capaces de matar a los *Am-Mut*.

Creaciones del Dios Oscuro, los Demonios de Sangre eran inmortales; por sus venas corría la sangre de un monstruo ctónico, más conocido como Medusa.

La leyenda contaba que fue derrotada por el héroe griego Perseo. El joven vencedor para jactarse de su hazaña, guardó la cabeza de la Gorgona y se la regaló en su Sagrado Templo a la Diosa Atenea, con un pomposo acto altruista para engrandecer su ya de por sí elevado ego. A la deidad no le quedó más remedio que quedarse con aquel regalo tan espantoso. Era tan peligrosa aquella cabeza sin cuerpo que la colocó en su propio escudo, transformándose en una poderosa arma. Hasta que el Dios egipcio del Caos se la robó. Regalándole un nuevo cuerpo a Medusa, la convirtió en su nueva consorte y juntos crearon a los *Am-Mut*. Éstos eran una perversión que emulaba en forma de burla la resurrección de Osiris.

Los primeros *Am-Mut* fueron sacerdotes del Dios, ofrecidos en sacrificio. Ávida de sangre humana, Medusa se alimentó de ellos hasta casi matarlos. Justo en el límite de la vida, los hombres tomaron la infecciosa sangre de la Gorgona; al poco de ingerirla, sus gritos retumbaron por todo el Templo... y cayeron muertos tras una larga y dolorosa agonía.

Cuando el poderoso veneno invadió sus inertes cuerpos, volvieron a levantarse... Tal era el poder dual de la sangre de Medusa: conceder la muerte, y la vida. Seres sin alma, sin *ka*; peles en las manos del Dios de

los desiertos, con su *ba* atrapado y una gran adicción por la sangre humana. Era ésta lo que los mantenía con vida...

El alejandrino tenía varias armas colocadas en meticuloso orden sobre una de las mesas. Tomó una enorme espada. En la empuñadura, creada con un metal similar a la plata, tenía dibujadas las runas *dawaz*, *wunjo*, *inguz* y *othila*. En la hoja, bellamente labrada con símbolos de Odín, resaltaba la runa *eihwaz*. Ésta era de un color azulado y tan pulida como un espejo. Podía verse reflejado en el doble filo. Una pieza bellísima que encajaba a la perfección en la mano del vikingo.

—¿Te gusta? —preguntó su orgulloso creador, conociendo de antemano la respuesta.

El vikingo solo atinó a hacer un leve gesto con la cabeza, de tan embobado como se hallaba con su espada.

—Freyja —dijo.

Los demás le miraron sorprendidos. Percibiendo la confusión de sus amigos y muy lejos de haber enloquecido, rio feliz.

—Una beldad como esta espada solo puede tener un nombre. Freyja, la *Ásynjur*^[51] más hermosa de todas. Y la más letal —sentenció solemne.

Agitó su espada, dando mandobles a diestro y siniestro, como si fuera un juguete de madera.

El guerrero francés lo esquivó varias veces. El rubio era muy hábil con el arma, mas un hombre precavido como él prefería evitar el peligro. Le gustaba cómo quedaba su cabeza sobre los hombros; se encontraba muy cómodo de aquella forma y deseaba seguir manteniéndola en su sitio.

Alex extrajo una lanza. La punta era dorada, hecha de un metal rosado. La base tenía la misma textura y tonalidad. Estaba hermosamente decorada con varios *lauburu*^[52]. Con el pulgar presionó el centro del más grande y la base se transformó en otra punta. Volvió a presionar y ésta desapareció. Justo debajo había un anillo, también rosado, que giró con cuidado para que percibieran el movimiento: la lanza se desvaneció. En su lugar quedó una bonita pulsera del mismo color que el arma, unida por el anillo que había girado. Una pieza de joyería que pasaría desapercibida en cualquier parte.

—¡Eh! —exclamó el vikingo—. Yo también quiero que haga ¡*Puff!* —pidió gesticulando con los brazos y señalando su espada.

La feliz propietaria de la lanza se acercó a él y tomó su arma.

—Déjame adivinar... —bromeó Sheritra.

Guiñó un ojo al sonriente artesano y blandió la espada.

—Cuidado, que pesa —se burló Egil.

Su amiga le lanzó una mirada divertida y mostrándole triunfal la espada, presionó la runa *dawaz*. Se transformó rápida en un medallón, con dicho símbolo dibujado en el centro. Egil exclamó sorprendido.

—¿Cómo diablos lo has sabido, pequeñaja? —preguntó boquiabierto.

Ella le entregó el colgante; con su dedo índice empujó ligeramente la mandíbula de su amigo para que cerrara la boca. Los demás estallaron en carcajadas. Estuvieron así un rato, porque el vikingo seguía estupefacto y dando vueltas a la medalla, como si ahí pudiera descubrir los secretos del universo. Con lágrimas en los ojos por la risa, Sheritra respondió a su pregunta:

—Parece mentira que seas tú el vikingo, gigante estúpido—. Egil siempre la llamaba pequeñaja porque no llegaba al metro sesenta y él era un tío grandote de casi dos metros de altura—. Muy fácil: *dawaz* es la runa del cambio; si lo que quieres es «cambiar» la espada...

—¡Ah...! —volvió a exclamar comprendiendo la lógica del argumento.

Y cómo no, comenzó a jugar con la runa hasta que, histérico al ver que su laborioso trabajo podía irse al garete, Alex se la arrancó de las manos. Siguió explicando el resto de armas a sus compañeros y cómo camuflarlas para que no pudieran ser detectadas.

Ladè también tenía una lanza, de una composición y aleación diferentes; Siora una espada similar a la del vikingo, con nudos célticos; a Johanna le correspondieron dos dagas gemelas, afiladas y ricamente ornamentadas; Jacques recibió un fantástico *claymore*^[53], un espadón enorme y tan sobrio como él; Nemutawy recibió una especie de sable curvo en tonos dorados y lleno de jeroglíficos, destacando entre ellos el ojo de Horus; Guillaume recibió un látigo muy especial y Layla un arco largo, de color blanco, con bellas flechas llenas de plumas del mismo color; Alex había reservado para sí, un hacha de doble hoja. Y todavía quedaban muchas armas menores: horquillas para el pelo con veneno, puñales, cuchillos...

Akhesa aprovechó ese momento para traer el «Aliento de *Inpu*^[54]». Era una especie de veneno creado para deshacerse de los *Am-Mut*. Una sola

gotita de dicho brebaje y estallaban en llamas. Siempre llevaban con ellos uno de aquellos frascos, ya que nunca se sabía dónde podías tropezarte con una de esas alimañas, y... ¿Qué hacer después con el cuerpo? Evitaba muchas preguntas y encontronazos con las autoridades policiales. Una llama azulada se extendía por todo el cadáver en cuestión de segundos y... ¡Plof! Se deshacía. La sangre se evaporaba y el *ba* de la criatura, encarcelado en ese cuerpo, era liberado y podía descansar al fin.

CAPÍTULO 4

«La tormenta acecha. El viento sopla fuerte, levantando remolinos de arena que maltratan los cuerpos con dureza. El calor se eleva del suelo, quema mis pies a pesar de las sandalias. Con las palmas sudorosas, sostengo la jabalina con fuerza. Mi maryen[55] sujeta las riendas del carro y posa una mano paciente en mi hombro. Giro mi rostro hacia él y sonrío. Siempre dice que al mirarme ve salir el sol, nunca se cansa de repetírmelo. Sus ojos dorados prometen placeres que vendrán en la oscuridad y soledad de nuestra tienda. El viento del desierto se eleva con más fuerza. Sutej se acerca...».

Despertó acalorada, con los jirones del sueño evaporándose en su mente. La habitación estaba a oscuras. Miró el reloj que reposaba en la mesilla y bufó molesta. Las tres de la mañana. Salió de la cama con paso sigiloso; descalza se acercó a la ventana y apartó las cortinas. Una luna casi llena saludaba desde un cielo despejado y cubierto de estrellas. Intentó recordar el sueño, pero se había esfumado. Solo le quedaba un extraño anhelo, conduciéndola al borde de una profunda melancolía. Ignoraba que esos sentimientos existieran en su interior.

Era una noche preciosa y completamente desperdiciada. Más práctica que emocional, su mente se negó a dejarse llevar por los sombríos pensamientos que, noches como aquella, intentaban colarse en su psique. Sabía que el sueño no iba a regresar, y antes que pasar la noche dando vueltas y más vueltas en la cama, prefería hacer algo productivo.

Se vistió deprisa y evitando hacer ruido. Dudó en si despertar o no a Egil. Seguramente dormía desparrado en su enorme cama, roncando a pierna suelta. El guerrero se había relajado mucho durante el último siglo. Conocía por otras compañeras que compartieron su lecho con él en el pasado que, al mínimo ruido y por muy sutil que fuera, despertaba rápido en posición de ataque. Ni siquiera sabían de dónde sacaba la espada...

Decidió dejarlo dormir. Las órdenes eran para las parejas y ellos tan solo formaban equipo. O esa sería su excusa... Con una sonrisa traviesa y disfrutando del momento, se descolgó por el balcón. Deslizándose suavemente entre la maleza del jardín y sosteniéndose con fuerza entre las enredaderas que envolvían el muro, saltó la tapia hasta el exterior.

Feliz de verse libre en una noche tan hermosa, aulló a la luna entusiasmada y corrió ligera por los campos, saltando helechos, esquivando árboles y piedras, hasta llegar al pueblo.

Caminaba despreocupadamente por los oscuros callejones, iluminados tan solo por el astro nocturno. En su cuello colgaba un *Kheper* de lapislázuli, con unas alas doradas labradas en madera de roble que lo envolvían, sosteniendo en sus patas delanteras una esfera de labradorita. En su muñeca izquierda, una pulsera de metal rosado se balanceaba con suavidad. Iba descalza. Le encantaba sentir el frío suelo deslizarse bajo sus pies. Le hacía sentir viva. La noche era su elemento y ella una de sus criaturas. El silencio la envolvía llenándola de júbilo.

Un olor asqueroso la alcanzó... La labradorita se iluminó parpadeando tres veces. Su instinto le indicaba que estaba muy cerca y el *Kheper* confirmaba su presencia. Se acercó lentamente, manteniéndose entre las sombras, casi flotando sobre el asfalto. Sus pies descalzos amortiguaban el sonido de los pasos, silenciosa como un felino al acecho y pendiente de cada detalle que le rodeaba.

Y allí estaba. En sus brazos, una joven yacía desfallecida con un perro muerto a los pies; tenía partido el cuello. La vida escapaba del cuerpo de la chica y ante sus ojos, exhaló el último aliento.

El *Am-Mut* la desechó, dejándola caer al suelo, descartada como si fuera simple basura. Se encontraba insatisfecho, nunca se llenaba, con un hambre siempre atroz. El monstruo limpió la sangre de su boca, alejando de una patada el cadáver del animal y enviándolo a un rincón de la calle. Y la olió... Su perfume lo envolvió, escrutando con sus ojos entre las sombras para poder localizarla.

Ella se acercó despacio, dejando que el Poder se apoderara de su ser. El Demonio de Sangre se hallaba fascinado, observando hipnotizado cada uno

de sus movimientos. Una pequeña gota de sudor resbaló por el cuello de la chica, perdiéndose entre sus pechos. Vestía un mono del color de la noche ceñido a cada una de sus curvas. Su cintura y caderas poseían forma de guitarra; sus piernas, torneadas; y sus pechos... sus pechos llenaban el escote, mostrando unos bellos montículos del color de la nata. El cabello oscuro parecía flotar alrededor de su cuerpo, como mecido por una suave brisa. Y sus ojos... rasgados, gatunos... lo tenían clavado al suelo. Apenas podía moverse, tan solo mirarla... desearla...

Ella se acercó, apoyando una de sus pequeñas manos en su pecho y... antes de poder siquiera rozarla, su cabeza cayó al suelo. Sheritra giró el anillo de la lanza y la devolvió a su muñeca. ¡Vaya, sí que estaba afilada! Alex era increíblemente bueno creando Armas Sagradas.

Sacó una bolsita del cinturón, donde guardaba el Aliento de *Inpu* y destapándolo con mucho cuidado con los dientes, vertió una gota sobre cada uno de los cadáveres. Lo sentía por la familia de la chica, pero era mejor que desapareciera. Ambos explotaron bajo una luz azul, desvaneciéndose; quedó un poco de polvo en el suelo que el viento se encargaría de esparcir.

Unos aplausos resonaron contra las paredes de los edificios. Alarmada, Sheritra se giró con su arma nuevamente preparada. ¿Por qué no lo había percibido...?

Llevaba días siguiéndole la pista. Sabía que el *Am-Mut* se encontraba muy cerca, podía olfatear el hedor a podrido que dejaba a su paso. Sujetó su *khopesh* con fuerza, listo para cualquier posible sorpresa. Iba descalzo, lo que amortiguaba el sonido de sus pasos firmes sobre la carretera. El asfalto rozaba sus pies y el frío se colaba hasta las rodillas. Hacía ya mucho, muchísimo tiempo, que aquello había dejado de molestarle. Vestía de negro, mimetizándose con la oscuridad de la noche, rota tan solo por el refulgente brillo de la luna. Deslizándose entre los rincones, escalando paredes y saltando sobre los muros, al igual que un silencioso felino.

La esfera de su *Kheper* se iluminó y parpadeó tres veces. Estaba muy cerca... Se desplazó hasta el tejado de una casa cercana, para poder tener una vista panorámica de la zona y así localizar con más facilidad a su presa.

Lo encontró alimentándose de forma sucia. Se preparaba para el ataque, cuando el pequeño granate que reposaba bajo el cuerpo del escarabajo se iluminó, parpadeando una sola vez. «Vaya, compañía» pensó divertido.

Esperaría hasta que el *Waej* se presentara y luego... ya verían quien de los dos se llevaba el premio. Anticipándose a la diversión que iba a producirle la doble escaramuza, su boca se ladeó en una perversa sonrisa.

Un ligero perfume rozó su nariz, trayendo el recuerdo de un rostro amado... Ojos grandes de verde agua, limpios y profundos, demasiado sabios para su edad; cabello negro y lacio, desparramándose por una estilizada espalda hasta alcanzar sus preciosas rodillas. Alta, bella, delgada como un junco. Sus pechos pequeños y deliciosos como fruta madura se perdían entre sus grandes manos. La piel morena y tostada por el sol. Unos labios tentadores, siempre dispuestos para un ardoroso beso. Su amanecer, su vida, su amor... Ella olía así, a flores de los pantanos...

Una silueta femenina se recortó en la noche y su cuerpo se tensó. La luz de la luna la iluminó, mostrando un rostro sencillo. «No es ella» suspiró decepcionado. Era una figura menuda, muy diferente de aquella que le robaba el sueño. Pero su perfume era el mismo, exhalado por su piel para embotar los sentidos del cazador. Y el Halo de Hathor emanaba de su *ka*, envolviendo a todo ser viviente en un hechizo de seducción del que era imposible escapar.

Al igual que ella... Ese era también su Don... Observó fascinado cómo el Demonio de Sangre no tenía ninguna posibilidad frente a la chica. Desde aquella distancia, pudo ver el reflejo de su sonrisa y el brillo de unos ojos rasgados y gatunos. Vestida con una prenda oscura que se adherida a cada curva de su cuerpo, semejaba una pantera a punto de despedazar a su presa.

Una lanza se materializó de la nada entre sus manos y de un solo tajo, decapitó a la criatura. Fue tan rápido y limpio, que la sangre no manó hasta que el cuerpo cayó desplomado al suelo. Siguiendo el ritual, la *Waej* se deshizo de los cuerpos.

Necesitaba acercarse a ella, saber quién era. Y por qué se parecía... «No» se corrigió. «Por qué se ha apropiado de las cualidades de mi *hemet*». Realizó un mudo salto, bajando de las alturas donde se encontraba. Al llegar al suelo, batió las palmas en un ruidoso aplauso para atraer su atención.

Era muy rápida, la punta de la lanza ya amenazaba su cuello.

No era un *Am-Mut*, de eso estaba completamente segura. Parecía un *Waej*... incluso portaba un *Kheper* muy parecido al que ella llevaba en su

cuello. Algo en él, una especie de aura letal que lo rodeaba, le advirtió que era diferente.

—Eres un maldito Renegado... —soltó confusa —, pero...

Una extraña sensación, un *dejavú*, la recorrió como un escalofrío. Sus ojos la taladraban. Poseía una mirada profunda, de esas que penetran hasta el fondo de tu alma y te hacían sentir completamente desnuda e indefensa. Sus facciones eran muy masculinas; de mandíbula marcada, pómulos altos y bien definidos. La nariz recta y no demasiado grande, le daba un toque armonioso al conjunto. Labios gruesos y bien dibujados, rodeados por una barba de varios días. El cabello caía leonino sobre sus hombros, con la frente despejada. Tenía un cuerpo bien formado, musculoso y potente. De las mangas de su camiseta sobresalían unos bíceps hinchados y poderosos. Y era terriblemente alto y... grande. Se sentía ridícula, torciendo el cuello para poder mirarlo a la cara. Nunca se había sentido tan pequeña y eso que muchos de sus compañeros no eran pitufos precisamente, sólo había que echar un ligero vistazo al vikingo. Algo en él... la dejaba sin respiración y sin fuerzas... Mas no estaba dispuesta a sucumbir a sus locos instintos.

—Sí —dijo él.

Había olvidado la pregunta. «¡Ay, Dios mío! Me acabo de correr...» pensó tragando saliva. El escueto monosílabo salido de su garganta reverberó por todo su cuerpo. Aquella voz, con ese toque extranjero, debería estar prohibida. Y qué decir de su sonrisa. La comisura de uno de sus labios se elevó, revelando un profundo hoyuelo en ese lado.

—¿Qué? —preguntó atontada.

—Me has preguntado si era un *In-Tep*^[56]—respondió divertido. Él también sentía la misma confusión, aunque tuvo la suerte de reponerse antes de revelar su presencia.

De verdad que había olvidado qué era lo que le había dicho. Su mente se había derretido como un helado al sol. Preocupada por la fuerza que iban cobrando sus instintos, decidió acabar cuanto antes con aquel asunto y liberó su Don. El Halo de Hathor la rodeó, fundiendo su esencia con la de la Diosa. Capturaría al Renegado y se lo llevaría a Akhesa. Ella sabría qué hacer con él. Algo en ella se resistía a matarlo.

La sonrisa del guerrero se acentuó más todavía, volviéndose peligrosa y acelerando sus ya de por sí revolucionadas hormonas.

—Puedes guardar tu Halo para otra ocasión. Soy inmune —dijo encogiéndose de hombros, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

Jamás en su larga existencia, aunque no lo fuera tanto como la de sus Hermanos, se resistió nadie a su Don. Éstos eran entregados por los Dioses el día de la Iniciación, durante el Renacer; ningún ser mortal o inmortal, exceptuando a los mismos Dioses, podían escapar de ellos.

Aprovechó el desconcierto de la joven para cambiar las tornas. Arrancando la lanza de sus manos, se pegó a su espalda. Con uno de sus poderosos brazos rodeó su cuerpo, inmovilizándola; con el otro, usó el arma para dominarla, apretándola contra su cuello.

—Nunca muestres tus debilidades ante un enemigo —susurró cerca de su oído chasqueando la lengua—. Es un error muy tonto. Los *Am-Mut* y los *In-Tep* no son los únicos seres a los que debes temer...

Sheritra se removió molesta. Sentía la dureza de su ingle presionando contra la espalda. El maldito estaba cachondo. Lo peor era que aquel roce la estimulaba, enviando pequeños chispazos a su zona púbica...

—Estate quieta —gruñó inhalando el perfume de su cabello—. Si sigues moviéndote así, vas a acabar en el suelo... abierta de piernas y conmigo dentro. Sigue retorciéndote... y no podré contenerme. Estoy seguro que lo vamos a disfrutar. ¿No te parece... pequeña? —amenazó con voz dura.

Se detuvo al instante. Su mente analítica trabajaba a toda velocidad, elaborando un plan para liberarse. Pero colapsó cuando sintió sus labios recorrerle el cuello, desde el lóbulo de su oreja hasta la nuca.

Durante el forcejeo, la punta de la lanza había lacerado su piel, provocándole un pequeño corte. Unas gotitas de sangre escaparon de él, deslizándose por la garganta hasta llegar al esternón. Bajó por su cuello, siguiendo el rastro con los labios y guiado por el olfato. Deslizó la lengua por la piel femenina, de forma lenta y sensual, paladeando el dulce sabor en su boca. «¡Maldita seas, *Ast!*!» juró en silencio. «Tú y todos los *Netjeru* malnacidos que te siguen».

La lanza reverberó con un sonido metálico al golpear contra el suelo, despertándola del hechizo en que la habían sumergido sus labios. Sheritra volvió a la realidad de golpe y miró a su alrededor. Estaba sola... El Renegado, o lo que demonios fuera, había desaparecido.

Regresó furioso a casa. Necesitaba desfogarse y sacar la rabia que corroía sus entrañas. Dejó las armas encima de una mesa, quitándose la camiseta que lanzó al suelo sin mirar y se dirigió al gimnasio. Fue directo al saco de boxeo y lo golpeó con fuerza. Al tercer impacto, reventó. El relleno se desparramó a su alrededor, al igual que la frustración que le envolvía. Como no podía seguir aporreando nada sin destruirlo, optó por otro tipo de entrenamiento.

En la barra de dominadas colgó sus pies, quedando boca abajo. Suspendido como un murciélago, ejercitó su potente cuerpo flexionando su tronco arriba y abajo, contra la fuerza de la gravedad. A cada movimiento, con cada esfuerzo, juraba y perjuraba.

—¡Maldición! —rugía una y otra vez.

El sudor se deslizaba por su poderosa espalda, la dorada piel brillando por el esfuerzo. *Ast* se la había vuelto a jugar. Era un castigo por su traición, por abandonarlos y dejarse llevar por la locura. Su pelo rojo se adhería molesto a la cara.

—No quiero una compañera —gruñía.

Imprecaba también a su *mut* por traerle a la vida, a aquel mundo estúpido y sin sentido. Y su maldita erección que no bajaba. Los músculos se movían fuertes, hinchados, remarcando cada detalle del cuerpo de un luchador.

El monótono timbrado del teléfono lo sacó del círculo vicioso en el que su mente se hallaba envuelta. Bajó de un salto de la plataforma con una ágil pirueta y aterrizó con los pies bien firmes en el suelo, al estilo de los superhéroes de cómic; eso era él, un super guerrero, un semidios.

Tomó una toalla que tenía colgada en uno de los percheros y la colgó del cuello para poder aliviar las molestias ocasionadas por la transpiración. Sus inquisitivos ojos dorados se clavaron en el ruidoso aparato, que no paraba de sonar. Descolgó y contestó con un gruñido.

—Estoy por colgar y llamar en otro momento —oyó decir a una risueña voz desde el otro lado.

—Cómo me gustaría que estuvieras aquí para darte un buen puñetazo —rugió—. La verdad que me vendría de maravilla. Y sin dientes estarás mucho más guapo.

—¡*Auch!* —exclamó fingiendo dolor—. Me alegro por mí de estar a una distancia prudencial.

Una estruendosa risa estalló del otro lado. Joss era así. No importaba el maligno humor del que hiciera gala, siempre buscaba el lado divertido,

ridiculizando sus enfados y logrando que se sintiera estúpido.

—En serio, Joss —suspiró calmando su ánimo—. Me vendría muy bien que estuvieras aquí. Ni te imaginas cómo me siento ahora...

Y procedió a contarle lo sucedido. Su amigo escuchaba en silencio, analizando cada detalle, sopesando cada palabra. De temperamento menos visceral que él, meditaba fríamente sobre el asunto.

—Así que una compañera... —pensó en voz alta.

Hizo una dramática pausa, acrecentando sus ya de por sí crispados nervios. Tanta calma hacía mucho que no iba con él. Era un hombre de acción. Joss era todo cerebro y él, potencia. Se conocieron cuando el joven Renegado pasaba un mal momento e intentaba comprender qué le sucedía. Perdido, desorientado y con el corazón roto, lo acogió y protegió como a tantos otros durante los milenios que llevaba de vida.

Joss demostró ser un gran líder, frío y calculador. Deseaba venganza y pasó a convertirse en el segundo al mando, su hombre de confianza y el mejor amigo posible. Lo escuchó reír. Su maligno cerebro era de temer. No sabía si prefería escuchar su idea o colgar.

—¡Joder, Ramsés! Sácale partido. Conviértelo en una ventaja.

—¿Cómo? —exclamó ofuscado, revolviéndose el pelo, como si al sacudirlo pudiera hacer lo mismo con sus preocupaciones.

—¿No dices que es tu compañera?

—¡Maldición, sí! —rugió—. Cometí el error de probar su sangre y...

—¿Qué problema hay...? Yo la tomo todos los días. Me acuesto con ellas, pero no me siento tentado de proponerles matrimonio —le cortó burlón.

—No estoy para bromas, Joss. Sabes de sobra que para vosotros es diferente. El intercambio de sangre para los de mi... especie... es vinculante. Además... ¡Tiene su misma esencia! No sé cómo lo ha hecho... *Ast* debe estar burlándose de mi en este instante. Puso la trampa y caí como un tonto.

Comenzó a pasear como un león enjaulado, de un lado al otro, el espacio justo que el cable del teléfono le permitía.

—Pues no lo dejes ¡Cambia las tornas! Demuéstrale quién eres—. Su voz dejó la diversión a un lado, poniéndose serio—. Tómalala, Ram. Toma a tu compañera. Para ti es una ventaja. Secuéstrala si hace falta. En el momento que tome tu sangre, la necesidad la empujará hacia ti. Esclavízala. Hazla tuya. Y la trampa se volverá en su contra.

—Pero...

—¡No! —cortó Joss—. Olvídalo. Mantenla en tu corazón si así lo deseas. No dejes de amarla jamás... —Su voz se tiñó de tristeza.

Ramsés supo que estaba recordando a la mujer con la que quiso compartir su vida. Ambos perdieron lo que más amaban, tal vez por ello se comprendían tanto.

—No puedes alcanzarla. Si tu hija no te perdonó, su madre tampoco lo hará. Además, pertenece a los Dioses... —Suspiró ruidosamente—. Lo siento, Ram... Ya te abandonó una vez por ellos... Y si no recuerdo mal, tenías más esposas. No creo que te resulte difícil añadir otra al lote—. El humor había vuelto a su voz. Se burlaba otra vez.

Ramsés asintió. Su amigo tenía toda la razón. Ella siempre hizo lo correcto, jamás defraudaría a sus *Netjeru*. Y... desconocía dónde se hallaba... *Sutej* y su maldito engaño... Su *ka* se hallaba perdido, al igual que su cuerpo...

—La sangre duplica tu poder. Con esa chica a tu lado serás mucho más fuerte. Tómala. Por cierto, ¿está buena...?

—Joss... —gruñó como advertencia.

—¿Qué? —rio— No todo es «comida». Si tiene unas buenas tetas y un culo prieto, mejor que mejor.

—¡Joss! —rugió apretando el auricular, a punto de aplastarlo en su mano.

Escuchó una profunda carcajada y sus instintos asesinos se despertaron. Deseaba cortar a su amigo en pequeños trocitos, lenta y dolorosamente.

—Creo que ya has tomado tu decisión sin darte cuenta. Apuesto lo que quieras a que tus ojos están brillando enrojecidos y tienes los colmillos fuera, marcando territorio como un animal —comentó riendo.

—Está bien —respondió, tomando una decisión que no tenía más remedio que adoptar—. Iré por ella.

Joss suspiró aliviado. Algunas veces, razonar con el viejo Faraón era complicado.

—Ese es mi chico —bromeó—. Te dejo, Ram. Hoy hay derbi y los muchachos no quieren perderse el partido. Me tomaré unas cervezas en tu honor y... Quiero ser el padrino en la boda.

Entre carcajadas y antes de colgar rápidamente el aparato, pudo escuchar los insultos que el grandullón le lanzaba. Ramsés siguió jurando, ya divertido. A veces, Joss era un capullo integral, pero no podía quitarle la

razón. Le encantaba tener siempre la última palabra, que casualmente, estaba especialmente dedicada a tomarle el pelo.

Más calmado, se dirigió a la ducha muy pendiente de sus pantalones. Aquel bicho no quería descansar. Escuchó música y ansiaba irse de fiesta. Tendría que «echarle una mano». Estaba decidido. Tomaría a la mujer, la uniría a él. Al probar su sangre no le iba a resultar muy difícil localizarla, solo debía saber dónde buscar.

Yacía en la cama desnudo con el cuerpo todavía húmedo tras la ducha. Y aquella cosa no quería relajarse. La piel brillaba enrojecida por la intensa fricción a la que había sido sometida. Y nada. Tieso como un palo. Le dolían los huevos y estaba incómodo, acalorado y agobiado.

El perfume a loto azul seguía impregnado en sus fosas nasales. El metálico sabor de la sangre, con ese toque especiado a canela, paladeaba en su lengua. Sus papilas gustativas intensificaban su potencia y ni siquiera la pasta dentífrica mentolada, podía arrancarlo de su boca. Su polla palpitaba y el hambre corroía sus entrañas. Cansado, lo intentó una vez más.

En la soledad de su dormitorio, un rostro jamás olvidado sacudió sus recuerdos. Y un nombre brotó de sus labios: Nefertari...

1286 a.C.

Ciudad de Waset

País de Kemet

Caminaba con paso enérgico por los pasillos del palacio tras ser recibido por el *Nesu* y la altiva Tanedyemy, su *Ta Hemet Nesu*. El disgusto en su frío rostro era palpable. El título era suyo, pero el corazón del *it* pertenecía a mi *mut*, relegada por la corona a un segundo lugar.

Procedíamos de una familia humilde. El abuelo *Rameses*, anterior Señor de Kemet y cuyo nombre portaba con orgullo, recibió la corona a una edad ya madura. Los ojos de su antecesor estaban puestos en su hijo, un líder nato y guerrero poderoso, que contaba ya con descendencia masculina. Ambos, mi abuelo y mi *it*, eran soldados, al igual que yo lo era. Para poder legitimar el trono, *Suteji* tuvo que desposarse con una princesa de Sangre Real. Su *hemet* Tuya, que ya le había dado tres hijas y dos hijos varones, se hizo a un lado, obligando a su esposo a aceptar a la nueva consorte.

Jamás visitó el lecho de la *Ta Hemet Nesu*. El poder del *Jeneret* era suyo, sí, mas languidecía en soledad, con el vientre seco y sin conocer las caricias de hombre alguno. Triste destino le deparó su Real Sangre. Y soportaba no solo que la corona pasase algún día a mis manos, sino que ya compartía la corregencia con mi *it*. Los ejércitos del *Nesu* me pertenecían en corazón y alma. Los hombres de *Kemet* madurábamos con rapidez. Con catorce crecidas era ya *it* de dos fuertes varones y otro hijo más llenaba el vientre de mi *hemet* más amada.

Victorioso tras una de las incursiones realizadas en el país de *Kush*, deseaba refugiarme entre los dulces brazos de mi *hemet*. Me encontraba decepcionado, porque esperaba que ella me aguardara en la sala del trono, junto al *Nesu*. Y estaba ausente...

Recordé nuestra última campaña juntos, antes de que eligiera permanecer en palacio para cuidar de nuestro hijo. Fue una dura batalla contra los *Am-Mut*. La bella *Hem-Netjeret* luchó con fiereza, devastando al escuadrón enemigo. Siempre era un placer verla en plena lucha. Sujeta al carro, portando una jabalina y un largo escudo para guardar mi flanco... O disparando el arco en plena carrera, manteniendo el equilibrio con sus pies descalzos, mientras yo dirigía los caballos a todo galope... Espalda contra espalda, protegiéndonos uno al otro y perfectamente mimetizados, bailábamos una poderosa danza de la muerte... Esa misma noche en la tienda que compartíamos, los susurros y suspiros que acompañaban el acoplamiento resonaron por todo el campamento y nuestros *Waej* brindaron por la pronta llegada de otro heredero. Cuán proféticas fueron sus palabras.

Tras finalizar el protocolo, una esclava llamó mi atención para invitarme a sus habitaciones. ¿Se encontraría mal el pequeño Amenher...? ¿Estaría enfermo mi primogénito...? No temía por ella y su nuevo embarazo. La sangre de la *Netjeret* era demasiado fuerte.

Apresuré el paso, recorriendo veloz los pasillos para llegar a mi destino.

Nefertari me esperaba reclinada en una silla, con un tablero de *senet*^[57] sobre la mesa. Era una experta estratega; durante las incursiones, mi fiera leona dirigía las campañas con mano firme. Había nacido para ello, por eso *Hor-Hur* la puso al frente de su milicia.

Me sentí contrariado. Mi querida *hemet* me solicitaba en sus habitaciones para jugar una partida muy diferente de la que yo traía en mente.

—¿Está bien el bebé? —pregunté decepcionado.

—Perfectamente —respondió ella sin dejar de estudiar el tablero.

La noche había caído y la estancia se encontraba en penumbra. Solo una vela iluminaba la mesa, arrancando destellos a su cabellera. Al acercarme, quedé deslumbrado y no por la luz de la llama. Su pelo caía suelto sobre la espalda. Un ligero maquillaje acentuaba su preciosa mirada, del mismo color que sus ojos. Sobre la cabeza, un tocado dorado representaba a la *Netjeret Nejbet*, la protectora de los partos... y de las guerras. Una deidad a la que honraba en todos sus sentidos. Rodeando su bella garganta, descansaba el *Kheper* de lapislázuli que la *Mut* nos entregó en el Rito del Matrimonio Sagrado. Llevaba el vestido de finísimo lino real abierto por el frente, justo bajo sus pechos. Los oscuros pezones despuntaban bajo la tela, con sus mamas hinchadas por el nuevo embarazo. En su mano izquierda, sujetaba un dorado abanico de plumas.

Era una imagen de una belleza arrebatadora. Comencé a salivar. Siguió sentada, sin apenas inmutarse, hasta que levantó el rostro y clavó en mí sus ojos. Aquella mirada pícara me desarmaba. Sonrió con dulzura, haciéndome un gesto para que me sentara frente a ella. Me derrumbé sobre la silla, acomodando el miembro que se había inflamado en respuesta a la sensualidad de mi *hemet*, y comenzamos la partida.

—¿Ha sido una buena campaña? —preguntó realizando el primer movimiento

—Sí. Nuestros hombres han luchado con valor y bravura —contesté de forma casual, siguiendo su juego.

—Como debe ser.

Seguimos conversando de aquella forma, entre miradas de deseo y desafío. No podía apartar la mirada de su bello rostro, su cuerpo, sus pechos. Me desconcentraba con facilidad y ella aprovechaba para sacarme ventaja. Hasta que cometió un error y se vio arrinconada.

Nefertari decidió jugar sucio. Movi6 lánguidamente el abanico, fingiendo calor. La brisa levantada por el aleteo de las plumas movió su vestido, dejando un maduro seno al descubierto. Mis ojos quedaron clavados en la deliciosa fruta que acababa de ser revelada. Siguió agitando el abanico con más fuerza y, suspirando, se levantó de la silla para alcanzar una copa de agua. Lo tenía todo perfectamente planeado. Aquel movimiento reveló mucho más que el vaivén del abanico, abriendo completamente su vestido y mostrando lo que se escondía debajo.

No pude resistirme más. Lancé de un manotazo el tablero al suelo y tomando a mi *hemet* por las caderas, la coloqué con brusquedad sobre la mesa. Sin ceremonias ni preliminares, penetré en su interior de una sola estocada. Con un jadeo nacido en lo más profundo de su garganta, rodeó mis caderas con sus muslos, apretándome con fuerza. Una risa cristalina surgió de sus labios.

—Sigo invicta —alardeó.

—Serás tramposa —dije antes de devorarle la boca.

Bombeé en su interior con fuerza, mientras mi leona arañaba y mordía. Nuestros labios se buscaban sin cesar, las lenguas jugueteando entre ellas, peleando por dominar al otro. Juntos alcanzamos el clímax y continuamos abrazados con nuestros cuerpos sudorosos. Ella seguía sobre la mesa con las piernas abiertas y sus pies, calzados con bellas sandalias, sujetándose a mi espalda. Los brazos rodeaban mi cuello y la perfecta mejilla se apoyaba en mi pecho. Seguía dentro de ella; los estertores de su vagina estimulaban mi miembro, que pronto alcanzó de nuevo la madurez. Era su prisionero. Mis manos tomaron sus llenos pechos...

Año 1996

Bergara, País Vasco España

Ramsés eyaculó. La polla se liberó entre sus manos, otorgándole la paz que ansiaba. Se dejó caer sobre la cama con el recuerdo de aquella noche tan lejana. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Eran tan felices, tan jóvenes... Se amaban tanto...

Aquel momento quedó inmortalizado para siempre. En la tumba de su *hemet* más amada, de su *Ib*^[58], hizo pintar aquella escena: ella estaba sentada, jugando al *senet* con los Dioses; la misma imagen fascinante y arrebatadora que él encontró aquella noche. El regalo de la hermosura de su *meryt*^[59] para la eternidad. Su Nefertari, aquella por la que sale el sol...

CAPÍTULO 5

—¿Qué te ha tocado? —preguntó Sheritra mirando por encima de su hombro.

Ladè estaba sentada en uno de los taburetes de la cocina, sorbiendo tranquila un café y revisando unos papeles. Levantó la cabeza divertida y le sonrió a su curiosa Hermana.

—Camarera. ¿Y a ti? —preguntó a su vez.

—Lo mismo. Resulta de lo más original —soltó con sarcasmo—. Y con un plus añadido. Enseño idiomas en... —extendió los brazos para abarcar la sala— ¡*Ta chán!* Esta casa-escuela.

La minoica levantó una ceja de forma inquisitiva. Sheritra rio y procedió a explicarle su función de tapadera. Para el resto del mundo era una pariente muy lejana del anterior propietario y estaba alquilando las habitaciones a extranjeros que desearan aprender el idioma de su tierra natal.

—Así que estáis aquí para aprender castellano y euskera —afirmó.

Ladè no pudo contener la risa y ambas acabaron carcajeándose.

—¿Conoces ese idioma? —preguntó la chica de cabello blanco.

—Lo estoy hablando, ¿no? —dijo sacudiendo la cabeza.

Tomó una taza del armario que estaba sobre la cabeza de Ladè. Ésta tuvo que agacharse para que Sheritra pudiera alcanzarla. Aun así, se puso de puntillas y estiró su cuerpo al máximo. Tomó la cafetera que reposaba sobre la mesa y se sirvió un chorrito. La otra la observaba en silencio. Se dirigió al frigorífico y extrajo la leche, llenando con ella la taza. Y volvió a la mesa para sentarse.

—Hablo del euskera. Solo se habla en esta zona ¿no es cierto?

—Sí y Sí. Por lo que parece, sí lo hablo —comentó algo pensativa, echando su espeso cabello castaño a un lado y haciendo un gesto de duda con sus hombros.

Ladè seguía observándola fijamente, lo que le puso un tanto nerviosa. Aquellos ojos de azul índigo, con diferentes gamas del mismo tono, eran demasiado indagadores. Pegó un sorbo a su café e hizo una mueca de asco.

Había olvidado ponerle azúcar. Se levantó nuevamente, algo espesa, y se puso a rebuscar por los armarios.

—Está en la mesa.

Sheritra se sintió estúpida. Empezaba bien la mañana. Tampoco es que terminara demasiado bien antes de acostarse...

—¿Una mala noche? —inquirió Ladè bebiendo de su taza.

Enrojeció hasta la raíz del cabello. Aquella noche también había soñado. Su confrontación con el extraño Renegado la había dejado muy confusa. Estaba tan afectada cuando regresó a su dormitorio y se echó a dormir, que soñó con él. No podía decirse que aquello fuera una pesadilla... No recordaba bien los detalles: una mesa y unos brazos fuertes rodeándola. Se levantó tan acalorada, que tuvo que echar mano de uno de los juguetitos que guardaba en un cajón cercano a su cama.

Cuando el sol la despertó y abrió los ojos, llegó a creer por un momento que todo aquello pertenecía a su retorcida mente onírica. Nada más lejos de la realidad.

El pequeño arañazo provocado por el forcejeo con su propia lanza estaba ahí, para tirar al traste su loca idea. Y por desgracia iba a ser un largo recordatorio. A diferencia de otro tipo de heridas, las de las Armas Sagradas tardaban muchísimo tiempo en cerrarse y la cicatriz permanecería en su cuello para siempre. En resumen: no volvería a olvidar nunca aquella estupidez. Distraída, llevó su mano al cuello y se frotó el pequeño corte. A Ladè no se le escapó el pequeño gesto.

—Déjame ver —dijo acercándose a ella y tocando la pequeña muesca—. ¿Te duele?

Ella recibió muchas de esas heridas y recordaba lo dolorosas que podían llegar a ser. En aquellos tiempos, las Armas eran mucho más rudimentarias y costaba aprender a manejarlas.

«Sólo en el orgullo» pensó Sheritra; era algo que no pensaba compartir porque no estaba dispuesta a alardear de su metedura de pata frente a ninguno de sus Hermanos. Quedaba entre ella y el Renegado... Hasta que volviera a encontrarlo y arrancarle la cabeza. Volvió a enrojecer y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Maldito fuera. Las mismas sensaciones con las que despertó aquella mañana volvieron a sacudirla. Acalorada, terminó su café. Dejó a Ladè sorprendida y con la palabra en la boca, saliendo en busca de un poco de aire.

Ladè volvió a sentarse, con su café y sus papeles. Después de tanto tiempo, pocas cosas le molestaban. Esperaría paciente a que la otra se abriera a ella. Desconocía cómo se había herido, pero recelaba de su extraño comportamiento. Los Despertares eran siempre difíciles y no todos lo sufrían de la misma manera. El suyo fue tan diferente...

Egil entró a la cocina bostezando. El guapo vikingo iba semidesnudo, con su escultural cuerpo disponible a las apreciativas miradas que le encanta recibir. Parecía poseer más músculos que el David de Miguel Ángel. Buena parte de su piel estaba surcada por intrincados tatuajes, recuerdos de antiguas victorias y de sus viejas creencias. Destacaba sobre todos ellos un *valknut* o «Nudo de Odín» que descansaba sobre su hombro derecho. Vestía tan solo unos boxers ajustados de color negro, marcando claramente sus partes nobles, que aumentaron de tamaño frente a los ojos de la chica. Ladè levantó la vista divertida y Egil hizo una graciosa mueca. Estaba muy bien dotado.

—¿Qué? —dijo sacudiendo los hombros—. Mi amigo tiene vida propia —exclamó levantando sus brazos contrariado.

Ella rio.

—Deberías dejar descansar al pequeño Egil y hablar con Sherit —dijo volviendo a sus papeles—. Anoche salió. Sola.

El rostro del vikingo se crispó. Adoraba a su niña. A veces era algo cabezota e independiente y le gustaba ir por libre. En aquellos momentos en que su mente no se hallaba demasiado firme, podía ser peligroso.

—Gracias Ladè —inquirió echando mano a un bote lleno de galletas. Era muy goloso—. En cuanto desayune, hablaré con ella. Aunque no puedo prometer que no vuelva a hacerlo —suspiró— ¿Por qué Akhesa me pone a mí de niño? —gruñó exasperado.

—Mejor que no te oiga—. Rio ella—. Te haría comerte al pequeño Egil. Por cierto —apuntó—, tiene un corte en el cuello. Mejor no le digas nada sobre él. No sé qué le sucedió en su salida, pero se puso muy nerviosa cuando le revisé la herida.

El vikingo asintió, con el humor ya negro. Un presentimiento se movía en su interior... No le gustaba aquello. No le gustaba nada...

Sheritra escapó al jardín. Aquel lugar le transmitía paz y el misterio de las tumbas vacías la atraía como la luz a una polilla. Ese día no había ninguna Sombra, ningún fantasma. Solo la maleza, las flores silvestres y los insectos. Más tarde hablaría con Akhesa. Planeaba limpiar el lugar y devolverle parte de su belleza. De esa forma, también podría despejar su cabeza durante el día, ya que esa misma noche volverían al trabajo.

Era posible encontrarse a los *Am-Mut* bajo la luz del sol pasando por simples humanos, al igual que hacían ellos. Mas estaba prohibido la confrontación. Bajo los dominios de Ra, ni los *Waej* ni los Demonios de Sangre podían enfrentarse. Tenían que esperar a que Éste se ocultara. Por ese motivo salían de caza solo por las noches, momento en el que los *Am-Mut* quedaban libres para cometer sus atrocidades.

Un ruidoso movimiento entre los helechos sacó a la chica de sus pensamientos. Se acercó al lugar, buscando al animalillo causante del escándalo y descubrió un bello pájaro enredado entre las zarzas. Se había quedado atrapado y forcejeaba nervioso para liberarse. Con mucho cuidado, ya que parecía una pequeña ave rapaz, Sheritra extendió sus manos y liberó a la criatura.

Era un pequeño halcón de plumaje castaño y gris. Una de sus alas permanecía en un ángulo un tanto extraño y dedujo que estaba rota. Los ojillos amarillos la observaban asustados y pegaba pequeños saltitos, moviendo sus plumas e intentando alzar el vuelo. Sheritra sintió lástima. Si lo dejaba, algún gato u otro animal salvaje acabaría por matarlo.

Dejó ir su poder. Liberó el Halo de Hathor para calmar al asustado animalillo y así poder cogerlo entre sus brazos. Sus plumas eran muy suaves y el ave apoyó la orgullosa cabecita entre sus manos, confiado. Sonrió con ternura. Había hecho un nuevo amigo y se iba a asegurar de que pudiera volar de nuevo.

Primero acudió en busca de Alex. El Artesano era un amante de las rapaces y estaba acostumbrado a practicar la cetrería. Preparó una tablilla

improvisada para sostener su ala; con ayuda de la chica, colocó el miembro en su sitio con muchísimo cuidado, y procedió a entablillarla. Una vez hecho esto, dejó al ave reposar tranquila entre los brazos de Sheritra.

—Será mejor que Siora le eche un vistazo. Seguro que ella puede ayudar a que el ala cure más rápido —comentó el joven.

Sheritra vio la tristeza en sus ojos. Aquellos dos todavía se querían. Cualquiera era capaz de darse cuenta a kilómetros de distancia, exceptuándolos a ellos mismos que no veían más allá de sus propias narices. El mal carácter de la sangre celta de su amiga les pasaba una cara factura. Era un problema en el que mejor no meterse. Volvió a acariciar su herida distraída. Cada uno tenía los suyos...

—Gracias, Alex—. Sonrió—. Esperemos que este pequeñajo pueda volver muy pronto a volar.

—No lo mimes demasiado, Sherit —dijo devolviéndole la sonrisa— o no querrá marcharse.

Ella rio. No le importaba. En muy poco tiempo se estaba encariñando con el rapacillo. Acariciarlo calmaba su ansiedad, últimamente a flor de piel y le agradaba su compañía. Cuando toqueteaba sus plumas con delicadeza, el terzuelo gorjeaba feliz. Y tenía un nombre ideal para él. Sonrió traviesa y corrió en busca de su cabezota amiga.

Alex disfrutaba escondido en su taller. Allí creaba todo tipo de artefactos. Lo más complicado era la elaboración de los *Iry-Seuser*; le llevaban semanas de preparación. No solo dedicaba sus horas a aquel cometido. También dominaba la electrónica, la alquimia y la ciencia. El gran Leonardo Da Vinci fue uno de sus mentores y una gran inspiración. Gracias a él, desarrolló un gran amor hacia todas las artes y dada la ventaja que le otorgaba su Don, supo aprovechar todas sus enseñanzas. La era moderna lo tenía fascinado. La tecnología abría puertas que, antiguamente, tan solo podían aplicarse con la magia.

Estaba desarrollando unos nuevos comunicadores para poder mantener contacto entre ellos. Eso facilitaría las labores de rastreo y las incursiones podrían acelerarse. El problema era el tamaño. Las piezas necesarias para elaborar el aparato eran grandes y pesadas. Por eso, dedicaba sus horas a crear un nuevo prototipo más pequeño y ligero. Si lo mezclaba con magia,

lograría un efecto duradero y discreto. Y lo mejor de todo ello, mantenía su mente ocupada.

Encontró a Siora en la cocina, charlando amigablemente con Egil, quien le miró con el ceño fruncido; Sheritra estaba tan concentrada en el ave que no le prestó atención. Cuando la pelirroja vio a la rapaz, estalló en exclamaciones y elogios. Al descubrir el vendaje, fue a colocar sus manos sobre el ave y ésta la atacó.

—Tranquilo, pequeño —susurró Sheritra usando su Don para calmarlo.

Así, la Sanadora pudo hacer su trabajo. De sus dedos emanó una luz dorada que se extendió por todo el plumaje del ave. Entre sus brazos, hacia gorgoritos y revolvía sus plumas con el pico, acicalándose. Cuando la chica finalizó, apartó sus manos del rapaz y asintió satisfecha hacia su amiga.

Quitó el vendaje de su ala, comprobando que estaba en perfecto estado. El pequeño halcón agitó su plumaje y viéndose libre, extendió ambas extremidades. Alzó el vuelo y escapó por una ventana.

Los ojos de Sheritra se empañaron. Su pequeño estaba bien y volvía a casa.

Egil vio las lágrimas en sus ojos, la tristeza en su mirada. Y recordó su juventud. En otro tiempo tuvo un poderoso caballo que lo acompañaba en algunas de sus correrías. Adoraba al animal por su potencia, su fuerza... y la amistad incondicional que le brindaba. En el momento en que el potro y él se vieron por primera vez, se forjó un poderoso vínculo entre ellos que se mantuvo hasta su muerte. Nunca volvió a querer a ningún otro corcel de la misma forma. Por ello, podía entender a la muchacha. Rodeó con sus poderoso brazos los pequeños hombros de la chica y dejó que las lágrimas mojaran su pecho. «Hoy no» pensó. Tenían una conversación pendiente, pero la joven estaba muy sensible y no era el momento oportuno.

Siora se unió al abrazo. Los tres permanecieron así un rato, hasta que Sheritra se calmó. Al ver los preocupados rostros de sus amigos, se sintió mucho mejor. Eran un par de cielos.

Akhesa había repartido aquella mañana las nuevas identidades de cada uno, sus funciones y el trabajo que les correspondía. Al día siguiente se fundirían con las gentes de la localidad, pasando a formar parte de ellos y de su rutina. Ladè, Sherit, Nemutawy y Egil trabajarían también en una conocida discoteca cercana. Últimamente, la desaparición de adolescentes y jóvenes se había acrecentado por la zona. La sociedad creía que se debía al consumo de drogas y el aumento de la delincuencia. Nada más lejos de la realidad. Los *Waej* mantenían colaboradores entre los *Rejmet*. Éstos eran antiguos integrantes que colgaron sus armas o descendientes de familias que llevaban milenios cooperando con ellos. En clandestinidad, tejían sus redes alrededor del mundo para esconder la terrorífica verdad.

Para las parejas habilitaron dos residencias en el pueblo, donde convivirían como jóvenes matrimonios. Jacques y Johanna se harían pasar por una pareja francesa, mudada de la gran capital de su país a un pequeño pueblo vasco en busca de tranquilidad. Ella regentaría una tienda de modas y él se iba a dedicar a la fontanería.

Hubo un poco de cachondeo por el nuevo oficio del guerrero, sobre todo entre los hombres. Bromeaban con comentarios como: «No te va a faltar el trabajo, machote» o «Cuando te abran la puerta en bata, huye». Johanna se cruzó de brazos, regañando a los chicos algo molesta. El francés era suyo y aquellas bromas no le resultaban divertidas. Estaba descubriendo a su pesar que era una mujer celosa.

Guillaume trabajaría en la biblioteca pública y Layla, con Johanna. Alex y Siora permanecerían en el caserío. Era preferible mantener a la pareja vigilada, al menos durante algún tiempo. Ellos serían inquilinos de Sheritra. El Artesano seguiría ocupándose de la armería y la pelirroja asistiría a Akhesa en la oficina. Tras aclarar todos los puntos importantes, se entretuvieron un largo rato en una amigable charla. Poco a poco, fueron dejando el gran salón. Aquella noche comenzaban a patrullar y debían prepararse.

Eran las cinco de la tarde y el cielo se encapotaba. Sheritra encendió la luz de su cuarto para hurgar en el armario. Desechó el mono del día anterior y buscó otra cosa que pudiera resultarle cómoda. A ella y a su compañero

les había tocado otro pueblo cercano. Así evitaría volver a encontrarse con el Renegado y pasar un momento incómodo.

Egil era muy protector con ella, como un hermano mayor. Lo cierto era que le molestaba que cualquiera de los dos resultara herido. El fastidioso Renegado era suyo y ella sola se iba a ocupar de darle una lección.

Unos golpes en su ventana la sobresaltaron, como de piedrecillas lanzadas al cristal. Abandonó lo que estaba haciendo y corrió a mirar qué provocaba aquel ruido. Una sonrisa de felicidad iluminó su rostro.

—¡Horus! —exclamó alegre.

Su pequeño halcón, ya curado, golpeaba con el pico el cristal de su ventana. Sheritra la abrió y el rapaz se lanzó a sus brazos.

Cómo había averiguado el ave cuál era la ventana de su dormitorio, no le preocupó. Solo sabía que su pequeño había vuelto a ella.

Horus la observaba con sus brillantes ojos amarillos. Posado en el cabecero de la cama, clavaba sus garras sobre la noble madera sosteniéndose con fuerza. Sheritra se movía por el cuarto, charlando alegre. Estaba casi lista y se recogía el pelo en una alta coleta, cuando unos toquecitos sonaron en la puerta.

—¿Sí?

—Soy Akhesa —respondió una voz desde el otro lado—. ¿Puedo pasar?

—¡Claro, entra! —exclamó.

La egipcia entró sonriendo. Y se paró en seco al ver el ave.

—¿Eh...? —atinó solo a preguntar, señalándolo.

—Es Horus —dijo Sherit alegre y procedió a contarle su historia.

Akhesa se acercó con recelo al halcón, en sus ojos una clara mirada de sospecha. La rapaz comenzó a revolotear inquieta y a lanzar chillidos irritables. Movía su cabeza de un lado a otro, esquivando sus ojos.

—No te acerques tanto, Akhesa —pidió alejándola del ave—. Te tiene miedo.

—No me extraña... —gruñó sin quitarle la vista de encima.

El halcón cambió de lugar, refugiándose en lo alto del armario.

—Creo que deberías buscarle otro sitio para pasar la noche —comentó exasperada—. Podría abalanzarse sobre ti cuando estas durmiendo —soltó con cierto retintín.

Sheritra se divertía. Le resultaba curiosa la actitud de la egipcia ante el pequeño halcón. Nunca se le ocurriría encerrarlo en algún cuartucho oscuro. Si regresaba a su nido, bien, si no ya le prepararía uno en su propio dormitorio.

—Está bien —reculó viendo que no iba a lograr convencerla de nada—. Ven aquí —pidió cambiando el tono de su voz a otro más cariñoso e invitándola a que se sentara en la cama con ella.

Comenzó a trenzarle el pelo.

—Así estarás más cómoda y podrás llevar esto.

Le mostró una horquilla en forma de mariposa que colocó en la parte alta de la trenza. Después le dio un anillo dorado. Era pequeño y delicado, como sus dedos. Estaba engarzado con un pequeño lapislázuli, a juego con su *Kheper*.

—¿Sabías que esta piedra es tan preciosa para nosotros porque es del color de los ojos de *Ast*? —comentó colocándola en su mano derecha—. La horquilla contiene veneno, unas gotas del Aliento de *Inpu*. Si presionas la piedra se acciona un mecanismo que libera una púa empapada en él. Ya conoces cómo actúa en los *Am-Mut* —dijo acariciándole el rostro de forma maternal.

Akhesa era como una madre para todos y, fuera de las reuniones donde sacaba su carácter de mando, cuidaba de ellos con mimo. Para ella, Sheritra era muy especial. Había sacrificado mucho para estar con ellos. Y el camino que le aguardaba estaba lleno de espinas. Siempre fue su favorita. El *ba* brillaba fuerte en ella y aunque su *ka* había cambiado por completo, mantenía su misma esencia.

—Es la hora, ¿vamos? —dijo mirando el reloj.

Sheritra asintió. Cogió su pulsera del tocador y juntas salieron. Antes de cerrar la puerta, Akhesa lanzó una furibunda mirada al halcón, que se agitó inquieto.

En cuanto el sol escondió su rostro tras los brazos de las montañas, las diferentes parejas salieron de caza. Nemutawy y Ladè montaron junto a Sheritra en el coche del vikingo. El lugar que les correspondía patrullar quedaba de camino, así que Egil se ocuparía de dejarlas en su destino y

recogerlas al amanecer. El resto se fueron con Akhesa, que aprovechaba para reunirse con otros *Waej* de la provincia. Alex y Siora permanecieron en el edificio. El Artesano estaba muy ocupado en sus proyectos y su compañera protegería la vivienda. A pesar de estar escudado por muy poderosos hechizos, un poco de precaución nunca estaba de más.

El Artesano se encerró en su taller y la *britannia* se dedicó a deambular aburrida por la casa. Sabía por qué se quedaban ellos allí y no otros; también que durante muchas noches iba a suceder lo mismo. No confiaban en ella, en su labor como cazadora junto al romano. Porque para ella siempre sería un romano nacido de la semilla de los asesinos de su gente. Se encontraba muy agobiada. Aquella noche hacía calor o, por lo menos, eso le parecía. Sudaba de forma casi febril. El hambre rugía en sus entrañas y una potente necesidad nacía en su interior. El Rito. La culpa era de la endiablada ceremonia del día anterior. Comenzaba a sentirse de la misma forma... y eso la asustaba.

Alex no lo estaba pasando mejor. Transpiraba de igual manera. Sofocado, abrió todas las ventanas del taller en el que trabajaba. El frío de la noche le produjo algo de alivio, mas apenas unos instantes. La calentura iba en aumento, haciéndose más poderosa a medida que transcurrían los minutos. Su miembro endurecido apretaba contra los pantalones y un simple roce, le hacía gemir de dolor. No podría aguantar durante mucho tiempo más. Si continuaba así, acabaría echándose a su loca esposa al hombro y la tomaría por la fuerza si fuera necesario. Apretó el destornillador que sostenía en su mano hasta que lo destrozó. El perfume de Siora llenaba sus sentidos... aulaga y brezo... Flotaba a su alrededor, envolviéndolo todo. Se sentía como un perro al oler a una hembra en celo.

Una silueta femenina se recortó frente a la puerta. Sintió su presencia y levantó el rostro hacia ella. La joven entró silenciosa en el lugar. Sus pies descalzos caminaban indecisos. Llevaba un largo camisón de seda verde que, al trasluz revelaba los detalles de su cuerpo. Alex tragó saliva y se agarró con fuerza a la mesa, poniendo cuidado en no romperla también.

—Yo... —comenzó dudosa—. No... No sé qué hacer...

Sentían lo mismo. Se necesitaban lo quisieran o no, de un modo que escapaba a su comprensión. Las otras parejas sí compartían su intimidad, alguna a regañadientes, pero aceptaban su unión. Ellos no.

—Yo tampoco —respondió apartando la vista.

Si seguía admirando su belleza le sería imposible mantener sus manos alejadas. La deseaba de una forma tan dolorosa que sentía deseos de llorar.

Siora siguió acercándose. Él era como una especie de imán que la empujaba. Estaba tan guapo... Gotas de sudor resbalan por su cuello, allí donde la vena que alimentaba su prodigioso cerebro palpitaba con fuerza. «*Pum-pum, pum-pum, pum-pum*». Podía escuchar sus poderosos latidos. El cabello negro, algo azulado, estaba revuelto y despeinado. Su camiseta descansaba arrugada en la silla, dejando su pecho al descubierto para los devoradores ojos de la celta; brillaba por la transpiración, resaltando los músculos que formaban su fornido cuerpo. Se había dejado algo de barba, de forma descuidada, como si llevara días sin afeitarse.

El calor aumentó. El camisón se adhería a su cuerpo. Ardía por dentro y por fuera. Sus pezones erizados parecían querer atravesar la tela. Se acercó más, hasta quedar casi pegada a él. Con ambas manos tomó su rostro y acercó los labios a su boca.

—Te necesito —susurró.

Ambos se fundieron en un arrebatador beso. Loco de dolor y de deseo, perdiéndose en ella, Alex renegó nuevamente de su linaje...

Año 34 a.C.

Ciudad de Isindireyya

Aígyptos

Apenas recordaba a mi ilustre *patéras*^[60]. Era muy pequeño cuando éste fue asesinado a traición por sus compatriotas. Mi *mitéra*^[61] huyó de Roma conmigo en brazos, llorando la muerte del amado *Generalis*^[62] que la sedujo a pesar de sus diferencias. Era un hombre de edad cuando se conocieron y *Kleópatra* apenas una niña que acababa de alcanzar la madurez sexual. Su inteligencia, junto a la sensualidad que la caracterizaba,

atrajo irremediablemente al maduro *Generalis* que no dudó en llevarla a su lecho y a Roma como su amante, con todos los lujos y honores. Tras su muerte, fue humillada. No me reconoció públicamente y legó la herencia que me correspondía a su sobrino.

Era mi momento. Me encontraba junto a ella que había adoptado la divinidad de la *Theá Ísis* para declarar que era «*Vasilissa* de *Vasiliádes*^[63]»; de la sangre de *Mégas Aléxandros*, *Hegemón*^[64] de la *Hélade* y Faraón de *Aígyptos*; de la estirpe de los antiguos *Theoí*^[65]. Yo, su hijo Ptolomeo Filópator Filómenor Caesar, era el «Faraón de Faraones», nacido de su misma sangre y heredero de Roma.

Mis hermanos, hijos de *Kleópatra* y *Marcus Antonius*, el *Generalis*, también recibieron títulos reales y reinos. Cuando *mitéra* y el romano aprovecharon la ceremonia para contraer nupcias bajo los ojos de las divinidades, el fastuoso día de mi grandeza se ensombreció.

Odiaba a *Marcus*. Lo odiaba con todas mis fuerzas. Yo era Faraón, era uno con la divinidad. Y no pude evitar que mi hermosa y adorada *mitéra* se lanzara a los brazos de aquel borracho.

Desde el mismo instante en que el soldado romano apareció en nuestras vidas, la atención que mi *mitéra* me dispensó desde el nacimiento se esfumó; desapareció al igual que las estrellas al llegar el alba. Siempre dormía con ella, feliz y protegido entre sus brazos. Todas las noches, me contaba las grandes hazañas de mi *patéras* y suspiraba feliz mientras el sueño me tomaba. Tenía seis crecidas cuando el *Generalis* acudió a *Aígyptos*^[66] para visitarnos. Aquella misma noche, fui expulsado de su alcoba y enviado a dormir con la niñera. Los efusivos gimoteos de pasión de la *Vasilissa* y su invitado, los jadeos y suspiros, resonaron por todas las paredes del palacio.

Al año siguiente, los gemelos llegaron al mundo. Por suerte, el *Generalis* tuvo que partir. Mas ya había perdido a mi *mitéra*. Nunca volvió a ser la misma. Estaba locamente enamorada. Sus peleas con el romano durante todos aquellos años fueron la comidilla del reino.

Kleópatra me impuso un instructor. Se empeñó en que me formara y adquiriera grandes conocimientos para ser un gran Faraón. No me gustaban

ni el griego, ni el arameo, ni ninguno de los idiomas que pretendían que dominara. Tan solo me sentía fascinado por las viejas palabras de mi tierra. En uno de sus viajes, la *Vasilissa* me llevó a ver los antiguos monumentos contruidos por nuestros antepasados. Tanto las grandes pirámides como los oscuros *naós*^[67] me absorbieron de tal forma que no deseaba volver a la capital. La grandeza del pasado se escondía entre las arenas del desierto y yo... quería descubrirlas todas.

Una hermosa *Iereía*^[68] de fascinantes ojos de pantera, como las que mi *mitéra* mantenía como mascotas en palacio, me habló de los misterios de aquellos extraños dibujos llamados *Ieroglyfiká*^[69]; el idioma arcaico de mi tierra. Los rostros de los *Theoí* me sonreían desde las paredes de piedra, con sus colores relucientes y los atuendos sagrados. Me sentí atraído por la magia impregnada en aquellos lugares. La joven, cuyo nombre no recordaba, me entregó un amuleto en forma de escarabajo. Si alguna vez necesitaba a los *Theoí* y se lo solicitaba, éste volaría en su búsqueda para que me ayudaran. Desde entonces, siempre lo guardaba bajo mis ropas, escondido, soñando con poder invocarlos algún día para engrandecer mi gloria. Pues yo era Ptolomeo, Grande entre los Grandes, Señor de *Aígyptos* y Roma, de la sangre de *Mégas Aléxandros*, El divinizado *Caesar* y la *Theá Ísis*...

Año 1996
Bergara, País Vasco
España

El frío lo envolvió cuando su hermoso cuerpo se apartó asqueado de él. Sin atreverse a mirarlo, tomó su camisón y huyó del taller. Saciado y a la vez dolido por su actitud, recogió la ropa desparramada por el suelo. Apenas unos instantes atrás, ella se la arrancaba del cuerpo. Tenían que hablar. Aquello no podía seguir así. No era sano para ninguno de los dos. Y estaba muy cansado de luchar contra sus instintos. O todo o nada. Y como no podían elegir, tendría que aceptarlo de una vez y tomarlo todo.

Siora corría desnuda, entre lágrimas, abrazada a su arrugado camisón. No soportaba más aquella situación. El pasado la atravesaba como una espada, partiéndola en dos mitades. Una deseaba rendirse y buscar la felicidad; la otra escuchaba los gritos de la sangre de su pueblo, clamando venganza. Debía tomar pronto una decisión, antes de cometer una locura de la que ya no habría marcha atrás.

Año 60 d. C

Este de Anglia

Britannia

Un grupo de soldados romanos se presentó fuertemente armado en el pueblo. A su frente montaba orgulloso el *Procurator*^[70] Cato Deciano, vestido con hermosas sedas y ricamente ornamentado. Era un hombre tremendamente codicioso y tras leer la carta de la *Regina*^[71], ahora viuda, planificó cuidadosamente las ventajas y beneficios que podían acarrearle dicho suceso. Amparándose en las leyes romanas y bajo la tutela del *Caesar*, reclamó el pago inmediato de las deudas que el finado *Rex*^[72] tenía con Roma. Dado que ni la viuda ni su pueblo podían permitírselo, ordenó que todas las tierras y los bienes fueran confiscados. Ofendida, la *Regina* se

negó en redondo, alegando que sus *filiae*^[73] estaban bajo la directa protección del *Caesar* y que éste, al ser también heredero de su *vir*^[74], debía acarrear por lo tanto con su deuda. Al percatarse que la mujer no iba a ceder sumisamente a su avaricioso reclamo y que tal vez pudiera acudir a Roma para quejarse por su inusual conducta, decidió tomar represalias inmediatas.

Los soldados tomaron a *Màthair* por los brazos y entre forcejeos, la ataron contra un poste a la vista de toda nuestra gente. Una afilada espada apuntaba a su cuello. Todo fue tan rápido que no tuvimos opción de reaccionar. El *Procurator* recibió un látigo de manos de uno de sus hombres y lo acarició observando a *Màthair* con mirada lasciva. Desgarró su vestido por detrás, mostrando la blancura de su piel...

Mi corazón comenzó a latir desbocado y el presentimiento que días antes tocó mi alma, esta vez la estrujó con fuerza. Un golpe... ¡Zas! Dos golpes... ¡Zas!... y así sucesivamente. Mareada, perdí la cuenta de los latigazos que resonaban con fuerza y desgarraban la espalda de mi orgullosa *Màthair*. No emitió ni un solo quejido. La sangre manaba también de su boca, al morderse los labios para no gritar. ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! Aumentaron la cadencia, y nada... ella seguía en silencio. Mi mente turbada, escuchó el final de los golpes cuando unos brazos fuertes me sujetaron, arrebatiéndome las ropas.

Me lanzaron contra el suelo y durante el forcejeo, noté como algo duro irrumpía en mi interior, desgarrándome. Pude escuchar los alaridos de mi *Màthair*, aquellos que el látigo no había logrado arrancar; los sollozos de mi *piuthar* y si la memoria no me falla, mis propios gritos.

Unos y otros se fueron turnando, mordiendo mis pechos aún infantiles, jadeando sobre mi cara y pujando con fuerza hasta derramarse en mi interior. Silenciosas lágrimas escapaban de mis ojos y me quedé ahí, quieta... esperando que acabaran o que la vida abandonara mi cuerpo...

Sé que sangraba, podía sentirla resbalando entre mis muslos mezclada con la asquerosa simiente de aquellos soldados que profanaban mis entrañas. Hasta que todo terminó. Me dejaron en el suelo, deshecha.

A mi alrededor seguían los gritos. Y ya no oía nada... no sentía nada... no veía nada... Unos amorosos brazos me rodearon con ternura. *Màthair*

nos recogió, sacándonos con cuidado de aquel lugar. El caos se había desatado a nuestro alrededor.

Días después, cuando recuperé la cordura, Isolda me contó que los romanos no se habían conformado con nuestra humillación pública, sino que habían sometido el lugar a pillaje y capturado a muchos hombres y mujeres libres, tomándolos como esclavos.

Casi pierdo la vida. *Màthair* permanecía en silencio. Sus ojos azules ardían llenos de furia. Podía ver el color de la sangre y de la muerte revoloteando a su alrededor, formando parte de su aura. Aquello no iba a quedar así. La *Tuatha* Morrigan había despertado y teñiría todo de roja venganza...

CAPÍTULO 6

Año 1996

Basalgo, País Vasco

España

Aparcaron en el arcén de una carretera muy cercana al poblado de Basalgo. Éste estaba situado en un alto, donde las vistas bajo la luz del sol debían resultar espectaculares. Aquella noche tan oscura, apenas se divisaban algunas luces lejanas. Era una población pequeña, salpicada por numerosos caseríos de vieja piedra aquí y allá. Bajaron del coche y se internaron por un camino pedregoso. Hacía fresco y la humedad se adhería a la ropa, pero el Poder era fuerte y el estímulo de la caza palpitaba en sus corazones. En cuanto el sol se ponía, la Sangre de la Diosa recorría sus venas con fuerza, insuflando una energía que despertaba sus sentidos y los llenaba de una potencia sobrenatural.

Egil caminaba delante con paso vigoroso y Sheritra le seguía más ligera. Estaba sedienta de sangre. La noche anterior, su encontronazo con el Renegado le dejó muy mal sabor de boca, a pesar de la satisfacción por eliminar otro *Am-Mut*. Esperaba que esa noche fuera fructuosa y pudiera desquitarse, liberando todo el mal humor que escondía en su interior.

El vikingo dudaba. Sabía por su *Kheper* que estaban solos y temía la reacción de su pupila si sacaba el tema que lo corroía a flote. Sheritra era capaz de enfurecerse y dejarlo plantado sin contemplación alguna. Tal vez, era mejor esperar a que la luz del día calmara su ímpetu... Y otra vez más lo dejó correr.

También temía que las pesadillas provocadas por los viejos recuerdos nublaran su mente durante la batalla. Le preocupaba entrar en combate y

agradecía que Akhesa los enviara a aquel pueblo casi desierto. Ojalá no se encontraran con ningún maldito Demonio de Sangre...

Corrían veloces por las calles, acechando ansiosos en la oscuridad, devorados por el hambre. Ansiaban el dulce néctar que alimentaba sus cuerpos. Sus mentes, un torbellino de caos incontrolable, les arrastraba a obedecer las órdenes de su líder. Ella los manejaba con mano de hierro, sometiéndolos a crueles vejaciones si no consentían todos y cada uno de sus caprichos. Era una de los favoritos de su Amo y como tal, poseía unos privilegios que ellos jamás podrían soñar con alcanzar.

Porque ya no soñaban. No sentían. No amaban... Sólo el hambre voraz y un poderoso anhelo de subyugar a una raza devaluada a fuente de alimento. Los *Am-Mut* buscaban sangre. Ese elixir de vida eterna que los alejaba cada día de los fríos brazos de la muerte. Mataban para llenar el vacío que la parca dejó en ellos al llevarse el *ka* que los completaba. Sus almas penaban, agotando su luz cada vez que enviaban de forma cruel una vida a la *Duat*.

Disfrutaban... Era uno de los pocos placeres de los que podían gozar. Al tomar su existencia, sus cuerpos recuperaban el vigor por un espacio corto de tiempo y aquellos goces que la muerte les había vetado, colmaban de nuevo sus sentidos. El éxtasis casi sexual, similar a un placentero orgasmo, los llevaba a cometer una y otra vez actos deplorables, siendo altamente adictivos para ellos.

Erzsébet observaba en silencio a sus alimañas. Cada cierto tiempo reclutaba entre la peor escoria de la humanidad nuevos esclavos, que se unían sumisos a sus tropas. El Poderoso Seth le otorgó el mando cuando se presentó para solicitar aquello que más ansiaba en la vida: la Eternidad. El Dios vio en ella un gran potencial y supo explotarlo. A diferencia del resto de los *Am-Mut*, creados tan solo con sangre de la pérfida Medusa, Seth compartió una gota de la suya con ella. Era muy distinta a esos monstruos que corrían como animales rabiosos. Mantenía su conciencia intacta, su *ka*, como lo llamaban los *Waej*.

Maldijo entre dientes. Éstos eran una constante molestia, empeñados en estropear todos sus planes y hacerla quedar como una estúpida delante de su

Padre. Pronto acabaría con todos ellos. El final estaba cerca. Muy, muy cerca...

Podían olerlo desde aquella distancia. Se tensaron, preparándose para el ataque. Los *Kheper* se iluminaron, emitiendo los tres destellos que anunciaban la presencia de los *Am-Mut*. Tomaron sus armas, listas para saltar contra el enemigo.

Cinco sombras aparecieron recortadas en la noche. Reían estruendosamente, pasándose a una chica de brazo en brazo como si fuera una simple botella. La pobre humana, tal vez drogada con alguna sustancia, tenía mordiscos por todo el cuerpo. Parecía muy joven, apenas una niña. Por su aspecto le quedaban pocos instantes de vida.

Ladè se lamentó en silencio. Aquellas situaciones le traían tristes y viejos recuerdos, golpeándola como un humillante bofetón.

—¡Eh! —gritó Nemutawy llamando su atención— Dejad a esa niña y meteos con alguien de vuestro tamaño.

Embriagados como estaban por la sangre ingerida, los *Am-Mut* tan solo vieron a dos chicas guapas con las que seguir divirtiéndose. Una de ellas tenía un precioso pelo completamente blanco, recogido en una larga trenza y rostro de ángel. La otra, un cuerpo sensual, de llenos pechos y cabello oscuro como la noche.

—Si te pones a cuatro patas y me dejas metértela por el culo, la suelto —soltó uno de ellos.

El resto coreó su comentario, realizando gestos obscenos. El *Am-Mut* podía imaginarse a la morena con el trasero desnudo, encajada en su polla y agarrándola con fuerza de la coleta para empujar el delicioso cuello hasta sus labios. Sus compañeros disfrutarían compartiendo a la otra. Se relamió, tomando a la niña del cuello y amenazándola con sus garras sino cumplían la orden.

Ladè y Nemutawy se miraron decididas. La atlante invocó a su Diosa y desató la Furia que contenía en su interior. Cuando los Demonios de Sangre quisieron darse cuenta, dos de ellos aparecieron insertados en la lanza de la *Waej*, ambos de un mismo golpe.

La egipcia se lanzó a por los otros dos. Haciendo una finta, golpeó con una patada a uno, partiéndolo al otro en dos con su sable. De un salto, agarró

al segundo y lo decapitó. El bocazas, sorprendido y asustado, soltó a la chica y huyó. La Furia que *Sekhmet* había desatado no lo dejó escapar. Realizando un potente movimiento con el cuello, lanzó su trenza contra el demonio. Liberó el mecanismo que sostenía unas cuchillas escondidas entre sus cabellos, alcanzando las piernas del individuo y sesgando sus músculos y tendones. Cayó al suelo con un sonoro golpe y la «Leona» lo remató, atravesando el corazón con su lanza. Volvió a guardar las cuchillas, presionando el anillo que el Artesano le había dado y devolvió a la Diosa su Poder.

Nemutawy la observaba fascinada. Escasos dones impresionaban tanto como la Furia de *Sekhmet*. La divinidad de la Diosa se superponía sobre su compañera, haciéndose ambas Una. Pocas veces tuvo la suerte de combatir junto a un *Waej* con dicho Don, ya que era más bien escaso debido al peligro que provocaba el control de su furia.

Ladè limpió la lanza con la chaqueta del *Am-Mut* y se acercó a la joven que temblaba asustada en un rincón.

—Ayúdame, Nemutawy —pidió preocupada.

La pobre estaba en estado de shock. El maltrato al que había sido sometida, junto con la pelea y la masacre que las chicas habían organizado, era demasiado para su débil mente. La egipcia la envolvió en un abrazo, susurrándole palabras tranquilizadoras y entonando la Nana de *Ast*. El hechizo hizo efecto. Sus párpados comenzaron a caer y se sumió en un profundo sueño. Limpiaron el lugar y con la chica entre los brazos de la atlante, fueron en busca de ayuda.

Sheritra y su compañero no gozaron de tanta suerte. Antes de que el sol despuntara por el horizonte, tomaron el vehículo y salieron en busca de sus compañeras. Ellas entraron en silencio. El olor a sangre podrida impregnó su nariz y maldijo su suerte en silencio.

—¿Una buena pelea? —preguntó Egil, que conducía relajado.

No compartía su frustración y se lo veía de buen humor. Resultaba un poco curioso, pues el guerrero era el primero en disfrutar de una buena escaramuza. Y estaba segura que ardía en deseos de probar su nueva espada.

—Rápida y limpia —respondió Nemutawy, apoyando el codo en la ventana y sacudiendo pensativa su coleta—. No tenían nada que hacer

contra la Furia.

Ella y su compañera se miraron y juntas, rieron divertidas al recordar la pelea.

—Por eso el más fanfarrón se cagó en los pantalones —dijo sonriendo la atlante.

—Doy fe. El olor de la mierda llegó hasta mi nariz. Y no estaba cerca...

Y arrugó su naricita de un modo cómico. Los cuatro estallaron en carcajadas mientras regresaban a casa.

Llegaron agotados. Amanecía... y en cuanto los rayos del sol iluminaron la mañana, la poderosa energía que recorría sus cuerpos se sumió en un profundo letargo. Las fuerzas les abandonaron y la estadía nocturna pasó su factura. Entraron en la casa y despidiéndose entre bostezos, cada uno se preparó para el alivio del sueño.

Egil era igual que un niño, pero en grande: travieso, escandaloso y activo. Antes de irse a la cama, le gustaba beber un gran vaso de leche caliente. Si lo acompañaba con alguna galleta, mejor que mejor. La excepción era aquellas en las que dormía acompañado, porque entonces le gustaba sorber otras cosas...

El resto se retiró a sus cuartos buscando intimidad. Sheritra acudió al suyo y al abrir la puerta, un estruendoso revoloteo de plumas la sobresaltó. Había olvidado a su Horus por completo. El rapaz brincaba sorprendido por el colchón de su cama. Era un poco raro... Normalmente, las aves dormían sobre lugares altos, enganchándose fuertemente con sus garras y despertando al amanecer. El halcón parecía haberse acostado sobre su cama, en diferentes puntos. Se encogió de hombros y cerrando la puerta, comenzó a desvestirse.

Necesitaba una ducha urgente. Horus la seguía con sus ojillos amarillos, posado nuevamente sobre el cabecero y emitiendo pequeños gañidos. Antes de dirigirse al baño, se acercó desnuda a su preciosa avecilla, realizándole cariñosos mimos y hablando con dulces palabras. El halcón gorjeaba y removía nervioso las plumas, saltando de una pata a otra. Con una sonrisa feliz en su rostro, Sheritra corrió a la lavarse para poder descansar.

«La bestia me persigue. Siento su presencia tras mis huellas y me marea el olor que emana de su cuerpo. Mi corazón late acelerado, bombeando por mis venas y alimentando los músculos de mi cuerpo, obligados a dar lo máximo de sí. Debería sentir miedo, en cambio me invade la euforia. Poco a poco reduzco el ritmo, permitiendo que el cazador me acorrale contra la lóbrega orilla de la rivera. Es una noche sin luna, oscura y cerrada. El sudor corre por mi cuerpo, humedeciendo las escasas prendas que cubren mi desnudez. Sigo reduciendo y puedo escuchar sobre mí la agitada respiración de la bestia. Volteo mi cuerpo y veo sus intensos ojos, taladrándome llenos de hambre. La palpitante vena en mi yugular atrae su mirada y se relame, saboreándola por adelantado. Dejo caer mis brazos a los costados y me entrego a sus afilados colmillos. Sentirlos clavándose en mi garganta es... El placer envuelve mis sentidos y una poderosa vibración se extiende desde mis muslos hacia todo mi cuerpo, llenándome con una poderosa lujuria que tan solo la bestia puede calmar. Con una de sus manos me aprieta contra la dureza en su ingle e introduce la otra entre mis piernas, buscando el lugar donde los húmedos jugos mojan sus dedos. Los inserta en mi interior, siguiendo un ritmo intenso, hurgando entre los pliegues y localizando el punto que me hace desfallecer. Me penetra con ellos y sus labios succionan con fuerza contra mi garganta. No puedo más, voy a explotar...».

Despertó al mediodía de muy mal humor y con un sofocante ardor entre las piernas. Horus estaba ausente, así que imaginó que estaría cazando. Se vistió con unos vaqueros y una camiseta de manga larga, tan negra como su ánimo y la frustración que la llenaba. Tenía el pelo revuelto y un tanto ondulado, efecto de la trenza que Akhesa le hizo la noche anterior. Se lo recogió en una cómoda coleta y salió descalza del cuarto.

En la cocina, Siora comía en silencio. Se había preparado unos espaguetis y los sorbía de forma ruidosa, con el ceño fruncido y muy concentrada en su tenedor.

—¿Qué tal la caza? —preguntó con la boca llena.

Sheritra arrugó el ceño, sorprendida al verla con aquella actitud. Su amiga siempre era muy cuidadosa. De ascendencia real, aprendió desde muy niña normas de etiqueta; con el paso de los siglos fueron modificándose y ella se fue adaptando, manteniendo el refinamiento

conferido por su estatus. Comía con delicadeza, tomando los cubiertos con una elegancia envidiable, alimentándose con fruición. Y allí estaba ahora, empotrando el tenedor en el plato y llenándose la boca de pasta; los morros manchados de tomate y masticando como si le fuera la vida en ello. Hasta habló con la boca llena...

—¿Te pasa algo? —preguntó a su vez.

Siora se la quedó mirando fijamente con el tenedor apuntando a su boca y un montón de espaguetis cayeron salpicándole la camiseta.

—¡Mierda! —exclamó.

Soltó el tenedor con rabia en el plato y dejándolo sobre la fregadera, se marchó enfurecida.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Johanna entrando a la cocina—. Casi me arrolla...

—Nada —dijo perpleja—. Sólo le he preguntado si estaba bien y... se ha enfadado... Así, sin más.

Llevaban juntas muchos años y jamás la había visto comportarse de aquella manera.

—Vaya...

Se acercó al fregadero y recogió el plato. Sheritra se fijó en ella. Estaba radiante. Lucía un brillo especial en su mirada y una sonrisa soñadora bailaba en sus labios. «Está enamorada» pensó. Canturreaba una vieja melodía mientras fregaba el estropicio de la celta. Jacques entró detrás, siguiendo el canto de sirena. Se acercó a su pareja y tomándola de la cintura, depositó un tierno beso en sus labios. La sonrisa de la joven llenó más su rostro y sus ojos brillaron con malicia. El guerrero apretó el abrazo...

—¡*Ejem...*! —carraspeó Sheritra—. Chicos... estoy aquí... —canturreó, saludando con la mano abierta.

Jacques se giró sorprendido y Johanna rio divertida.

—¡Oh, Sherit! Disculpa mis malos modales —dijo un poco contrito, recomponiéndose—. No te había visto. Tan solo a Johanna...

—Ya... Soy consciente de ello. No hace falta que jures que solo tienes ojos para ella... —bromeó—. Os va a venir estupendamente el piso que os han preparado. ¿Ya lo habéis visto?

—Sí —dijo la chica sonrojándose y él sonrió de forma traviesa—. Ayer estuvimos antes de volver a la casa.

«Y por lo que parece, ya lo habéis estrenado» pensó divertida.

—¿Estás lista? —preguntó Jacques solícito.

—Sí —respondió ella secándose las manos con un paño y tomando la suya—. Nos vamos ahora hacia allí. Akhesa quiere que empiece esta misma tarde a preparar la tienda para la apertura de mañana. Y claro, tenemos que organizar el catering, preparar los mostradores con las viandas y arreglar detalles con los publicistas. Quiero que sea un éxito y la tienda más visitada del lugar.

Jacques asentía besando sus dedos. Envidiaba a la pareja. Esperaba tener su misma suerte y encontrar un compañero especial. Ella no era aún un *Waej* al cien por cien, no hasta su Despertar. Y por lo que había escuchado durante todos esos años, le debían quedar unos cientos de años todavía.

El resto de integrantes de la casa fue asomando. Entre chistes y cachondeo, inevitables en presencia del vikingo, las parejas partieron para sus nuevos hogares. Y los que seguirían allí de residentes buscaron algo con lo que entretenerse. Las chicas decidieron revisar sus respectivos armarios. Esa misma noche comenzaban a trabajar en la discoteca y querían despuntar. Las mujeres *Waej* eran unas coquetas irremediables. Les gustaba llevar atuendos muy sexis y llamativos. Y decidieron romper esa noche.

Después de varias pruebas, Sheritra eligió un vestido blanco de mangas largas y ceñido al talle. La falda corta se adhería a sus muslos y resaltaba su trasero respingón. El escote de barco dejaba libre parte de sus hombros y el tejido se ceñía a sus pechos. Para rematar, recogió su cabello en dos coletas, muy de moda en aquellos días.

Ladè vestía de negro. Un minivestido palabra de honor, con una abertura en la falda, que mostraba parte del muslo izquierdo. Llevaba una trenza similar a la de la noche anterior, esta vez recogida sobre la cabeza en un complicado peinado.

Nemutawy vestía de rojo vino, el color de los Dioses y el de su cabello. El vestido era de tirantes, con escote bajo y falda casi acampanada. Llevaba recogido el pelo en un práctico moño. Las chicas se balanceaban sobre unas impresionantes botas de tacón, que llegaban hasta sus rodillas, a juego con el color de sus vestidos.

Egil silbó al verlas descender por las escaleras. Estaban deslumbrantes. Piropeó a las tres y bromeó con ellas, desatando su encanto. Él no se quedaba atrás. Llevaba una ajustada camiseta que resaltaba su poderosa

musculatura y unos vaqueros de talle bajo que, al estirar los brazos, mostraba sus fabulosos abdominales. Por la noche acabaría rodeado de chicas babeando a su paso.

Tardaron una media hora aproximada en llegar. La discoteca Txitxarro se encontraba en el alto de Itziar, una zona apartada de la población en medio de la montaña. Era una discoteca grande, que pasó de la gloria de los conciertos de renombre a la decadencia de la era del bakalao, donde los ritmos del *trance* y *progressive* vibraban por sus oscuras paredes.

Cada chica se situó en una barra y Egil se ocupaba de la seguridad. La noche transcurría, la música explotaba en sus oídos y el olor del tabaco y alcohol impregnaba sus ropas. La gente se agolpaba en la pista, siguiendo el insistente ritmo de aquella música infernal. No podían utilizar allí sus *Kheper*, era algo demasiado llamativo y si algún *Am-Mut* deambulaba por la zona, los descubriría con facilidad. Así que mantenían todos sus sentidos alerta.

Nemutawy hizo un gesto a Sheritra. Abandonó la barra, fingiendo acudir al baño y se escabulló por un lateral. En efecto... la conocida peste que emanaba de los Demonios de Sangre alcanzó su nariz. El *Am-Mut* acechaba a una chica rubia que caminaba borracha hacia la salida. Sheritra se cruzó con ella, atrayendo la atención del depredador. Guiñándole un ojo, salió por la puerta. Tal y como esperaba, el *Am-Mut* la siguió, atraído por una nueva presa.

Ella esperaba en una apartada zona del parking, lejos de posibles intrusiones que pudieran alterar el curso de sus planes. Se apoyó en un coche y aguardó paciente a que la criatura se acercara... No quería manchar el vestido, así que fue rápida. En cuanto estuvo a tiro, giró su cuerpo tomando impulso y lo atravesó con su lanza, con tanta potencia, que el corazón del *Am-Mut* seguía latiendo cuando la punta salió por la espalda.

Recuperó veloz el arma y procedió a deshacerse del cuerpo. Satisfecha, regresó a su puesto.

Un fuerte empujón la lanzó contra la pared y un duro cuerpo se pegó a su espalda. Sintió una lengua recorrer la curva de su cuello, mientras permanecía inmóvil por la sorpresa. En cuanto se recuperó, se escabullo de los brazos que la mantenían retenida. No fue lo suficiente rápida y volvieron a sujetarla, aunque esta vez pudo ver su rostro. El maldito Renegado, otra vez.

Lo peor de todo era que su diabólica sonrisa... le ponía a cien. Llevaba mucho tiempo sin una sesión de buen sexo y la libido de los *Waej* era insaciable. El Renegado enroscó un grueso mechón de su cabello en el puño, evitando así otra posible fuga. Para hacerlo, tendría que arrancarse los pelos de media cabeza. Ella le miró furiosa, echando fuego por los ojos. Múltiples retazos del sueño de la noche anterior la golpeaban con fuerza, estimulando con intensidad sus sentidos.

Cómo le ponía. Y así, atrapada y rabiosa, todavía más. Aspiró el perfume que le traía tan dolorosos recuerdos. Un movimiento de ella le hizo reaccionar y volver al presente.

—Eres una maleducada. No te has presentado todavía —dijo con esa voz ronca que recorría todos los rincones de su cuerpo—. No sé tu nombre.

—Ni yo el tuyo. Y tampoco es que me importe —increpó arisca.

Él rio y se pegó más a ella, si es que eso era posible. Estaban tan unidos que casi se dislocaba el cuello para mirarlo a la cara.

—No tengo ninguna prisa —susurró cerca de su oído—. Pero si me lo dices, te dejo volver al trabajo.

«Mierda» juró. «Este tío es un fastidio». Tener al Renegado pululando por su trabajo y cerca de sus compañeros podía resultar un poco desagradable. Sobre todo, si tardaba en volver, porque Egil saldría a buscarla.

—Está bien —cedió a regañadientes—. Si me sueltas te lo digo. Tengo que volver rápido. No quiero problemas.

—¿Y cómo puedo saber que si te suelto no saldrás corriendo sin decírmelo? —dijo levantándola en el aire y encajando el muslo entre sus piernas, para poner el rostro femenino a su altura.

La cogió de la cintura y la sostuvo como sino pesara nada. Al verlo de frente, descubrió que su barba era rojiza. Tuvo que contener sus ganas de

pasar los dedos por esa zona rasposa, a duras penas. Cometió el error de mirarlo a los ojos: dorados, intensos y felinos, como los de un león...

—¿Qué me dices? —volvió a preguntar al ver que no respondía.

Sheritra sacudió la cabeza y regresó al presente. Su mente divagaba por otros derroteros...

—Soy una *Waej*. Nosotros siempre cumplimos nuestra palabra.

—Es cierto. A veces lo olvido. Los Renegados no somos tan nobles como vosotros.

La soltó. Sheritra sintió deseos de salir huyendo, tal y como él había sugerido, pero primero le debía lo pactado.

—Sheritra —dijo y escapó de su abrazo.

«Serás hija de... ¡un sucio chacal!» gruñó impactado. Se llamaba *Sherit-Ra*. «Pequeño Sol...». *Ast* se burlaba de él con saña...

Año 1255 a.C.

Ciudad de Pi-Rameses

Kemet

El mensaje enviado por el *Tyaty* dejó mi mundo patas arriba. El carro volaba veloz, atravesando la distancia que me separaba del hogar. Abandoné la última de las construcciones en las que me hallaba sumergido en las capaces manos de Amenher, mi primogénito. Era un hombre en plena madurez. Un general autoritario que se había ganado con tesón el cargo que ostentaba. Junto a su esposa Nefertari *Thaserit*^[75], llamada así en honor a su madre, formaban una pareja fuerte y bien avenida; en un futuro lejano, ostentarían el poder real sobre todo *Kemet*. Me sentía orgulloso de mi progenie. A mis cuarenta y ocho crecidas, podía presumir de tener una gran cantidad de hijos e hijas que perpetuarían mi estirpe, una gran dinastía de *Nesu* y *Hemet Nesu*.

Atravesé los canales que rodeaban la «ciudad turquesa», así llamada por los deslumbrados visitantes cuando acudían por primera vez, debido a la predominancia en nuestros muros de aquel color. Me interné por las avenidas que llevaban a palacio, reduciendo la marcha para poder pasar desapercibido.

No quería que anunciaran mi presencia. Esperaba caer de improviso en palacio y ver con mis propios ojos cuán ciertas eran las palabras de Parahotep, mi fiel servidor y amigo. Aprovechando la oscuridad de la noche, me colé entre los edificios, esquivando a los guardias e ingresando a la zona destinada a la Familia Real. Silencioso como una sombra, crucé los pasillos, utilizando las columnas como refugio cuando sentía alguna presencia.

La vida en palacio continuaba con su misma rutina. No sentí nada extraño ni diferente, mas hasta no alcanzar los aposentos de mi *hemet*, no daría fe de la locura que había llevado al *Tyaty* a solicitar con tanta urgencia mi presencia.

Llegué a los salones de lapislázuli, donde la gema preferida de mi *meryt* relucía entre las columnas, combinado con dorado y verde malaquita. Me deshice de las sandalias de cuero para amortiguar mis pasos y poder descubrir personalmente si era cierta aquella noticia que tanta desazón provocaba en mi interior.

Nefertari se encontrada recostada entre lujosos cojines, trenzando con sus delicadas manos los cabellos de Henuttawy, la más pequeña de nuestras hijas. Tenía una carita preciosa, muy parecida a la de su *mut* a su edad. Con los cabellos negros e igual de lacios que su progenitora, la niña poseía mis ojos, que se veían enormes en un rostro tan diminuto. Se la veía triste y silenciosa, cuando lo habitual era que su alegre e incesante parloteo se escuchara por toda la estancia. Permanecía con la mirada baja y un gesto alicaído que me llenó de ternura. Sentí deseos de consolarla con un fuerte abrazo y borrar la pena que la había atrapado. Me limité a observar...

—No lo entiendo —dijo con voz apenada—. Si nosotros te necesitamos ¿Por qué quieren llevarte con ellos?

—Porque todo tiene su tiempo, *tameryt*^[76] —contestó su *mut* continuando con su laborioso trabajo—. El mío está llegando a su fin. Pronto, antes de que la crecida vuelva a anegar las tierras con el negro limo, mi *ba* partirá hacia Occidente. Cuando atraviese las puertas de la *Duat* y supere las pruebas, llegaré hasta el dorado trono de *Usir*^[77]. Allí, *Inpu* con su cabeza de chacal tomará el *ib* que le ofreceré entre mis manos y lo colocará sobre una balanza. *Ma'at* dejará su pluma en el otro lado y si he sido lo suficientemente bondadosa, las doradas puertas se abrirán para mí, haciéndome Uno con los *Netjeru*.

Mi corazón dejó de latir en aquel instante. Era cierto... La misiva no estaba errada y me había lanzado a una loca carrera para descubrir una verdad que me estaba matando por dentro.

—Sí, es una gran aventura —siguió diciendo mi niña con voz contenida—. Pero no entiendo por qué no puedes quedarte aquí con nosotros. Yo te necesito.

La solícita *mut* sonrió con triste ternura. Mi pequeña era muy dulce y a Nefertari le costó un gran esfuerzo no abrazarla; debía comprender que dentro de poco se separarían, hasta que ella fuera reclamada y pudieran reunirse nuevamente en el Reino de Occidente.

—*Tasherit*, los cuerpos que contienen nuestras esencias comienzan a deteriorarse por el paso del tiempo. Ya no soy joven, *nefret*^[78], las fuerzas me abandonan... Solo espero resistir un poco más, hasta que tu *it* termine su nuevo *Hut-Netjer* y vuelva a casa... —suspiró.

Al pensar en mí, las manos comenzaron a temblarle. Temía mi reacción. Llevaba meses ocultándome la verdad. Me conocía más que a sí misma y sabía que la forzaría a una elección no deseada. Nefertari estaba cansada. Agotada. Tantos años al mando del reino mermaron su espíritu. Las intrigas palaciegas, los constantes litigios, la codicia de la nobleza y las disputas con su hermana Astenefret... lograron consumirla de forma lenta, permitiendo que la enfermedad tomara su cuerpo y enraizara en ella. Haría lo imposible por no perderla y ella no se veía capaz de pagar semejante precio. No por *Kemet*. Ya se lo había dado todo. Su último embarazo, un niño nacido muerto, la sumió en una profunda tristeza de la que no se recuperaba.

Temeroso de que algo pudiera sucederle si volvía a dejarla encinta, evité derramar mi semilla en ella, prodigándola sobre aquellas *neferut*^[79] que habitaban el *Jeneret*. Así debía ser y ella misma me alentó. Sé que fue como un cuchillo rasgando sus entrañas.

Seguía oculto, observado incrédulo las señales que de forma inconsciente había pasado por alto. Estaba mucho más delgada; bajo sus ojos podían verse oscuras sombras; y la piel, antes morena, había palidecido de forma alarmante. Sus movimientos eran lentos, no por la delicadeza de sus gestos, sino por la debilidad en sus miembros. Se moría. Mi *ib* se marchaba...

Desolado, abandoné el rincón en sombras que me protegía y me acerqué a la dueña de mis desvelos.

—¿Por qué, *tameryt*? ¿Por qué no me dijiste nada? —imploré arrodillándome a sus pies.

Mi pequeña Henuttawy saltó del regazo de su *mut* para lanzarse a mis brazos. Nefertari la detuvo y le hizo un gesto a la niñera para que se la llevara y nos dejara solos. La princesa salió cabizbaja. A pesar de su corta edad comprendió que necesitábamos esos momentos juntos. Me abracé a los pies de mi *hemet* y los besé con dulzura.

—¡Oh, *Rameses*! —sollozó—. No me hagas esto. Sabía que reaccionarías así y no puedo... No puedo soportarlo. Ahora no...

Tomó mi rostro entre sus manos, depositando un dulce beso en mis labios. La cogí de las manos, sintiendo cómo la tersura de la piel había desaparecido, dejándolas reseca y blandas. Sus dedos hinchados parecían tomar la forma de una garra. Mi bella... mi hermosa Nefertari.

—Dime qué puedo hacer —rugí—. Dime cómo puedo hacer para que te quedes conmigo.

Ella sonrió, con esa deleitosa boca que tantas veces había probado. Acarició mi rostro con afecto. Me amaba con todo su corazón. Para ella no había en el mundo nadie que pudiera comparármelo jamás. Me decía que era su fiero león de ojos dorados, con el fuego en mi cabello y la furia de los *Netjeru*. Aquella iba a ser la más dura de mis batallas. No comprendía que su destino estaba escrito y ya no había vuelta atrás. Que debería tener paciencia... hasta que volviéramos a reunirnos de nuevo.

—Es tarde, *maryen*. El tiempo corre en mi contra —susurró en mi boca.

—¿Y...quién ocupará tu lugar? —pregunté angustiado—. ¿Quién puede ser capaz de mantener a flote nuestro reino...? Sin ti... —Me quedé sin palabras, atribulado.

—Merytamen y Nebettawy se han hecho cargo de mis funciones durante todo este tiempo. Ya las conoces. Meryt es toda una reina, reposada y calmada; inspira confianza a los cortesanos y a veces hasta hablan de más en su presencia; y Ttawy... ¿Qué voy a decirte de ella, si es tu viva imagen en todos los sentidos? Son fuertes, muy fuertes y pueden sostener estos muros mejor incluso que yo —repuso con su orgullo de *mut*.

Se apartó para poder observarme una vez más. En mi rostro, los signos de la edad brillaban por su ausencia. El cabello envolvía mi cabeza de forma salvaje, igual que la melena del rey de los felinos. Mis ojos ambarinos portaban la misma fiereza de antaño.

—Has vuelto a tomar el Elixir... —me riñó dulcemente.

Asentí, arrepentido. La enfermedad no anulaba su agudeza visual. La mente de mi *hemet* siempre fue demasiado despierta. Por eso era mi compañera perfecta y la había encumbrado a lo más alto, siendo recompensado con un reino próspero y feliz. Si ella faltaba...

—Sí —confesé—. Las campañas en Kadesh están siendo complicadas en exceso. Debo estar a la altura de las circunstancias y... aunque Meriatum cuida de mí como un perro fiel y los *Waej* están en vigilancia constante, prefiero luchar mis propias batallas.

Nefertari asintió. Comprendía mi obsesión, ya que ella también la compartía. Pero las obligaciones que le depararon su elección, la apartaron del destino que pudo haber sido solo para ella. Y ya no importaba... Pronto se uniría a los *Netjeru* y aguardaría paciente su momento.

—Hablaré con *Ast*... —dije desesperado—. La traeré aquí y te curarás. Su Sangre puede darte la vida. Lo sabes—. Mis manos nerviosas estudiaban su rostro, su cuerpo—. No sé por qué renunciaste a ella. Eras su *Hem-Netjeret*. No tendrías ni que haber envejecido, como yo. Todavía estamos a tiempo de cambiar eso—. La idea comenzó a brotar en mi mente, creciendo fuerte con cada palabra que liberaba mi boca—. Podemos irnos, dejar todo esto y mudarnos al *Hut-Netjer*. Será como en los viejos tiempos.

Mi sangre se encendió. Recordé a mi *hemet* apenas vestida con un faldellín cruzado sobre sus caderas; la negra cabellera al viento, espesa, brillante y una lujuriosa mirada en sus ojos de agua. Sus pechos firmes y redondos, balanceándose desnudos al ritmo de la respiración. Una mujer sensual y salvaje. Rememoré nuestros encuentros, llenos de erotismo y pasión, asalto tras asalto... La besé con furor y ella me rechazó. Vi el dolor en su rostro, tanto físico como emocional.

—No, *Rameses* —dijo con tristeza—. Nuestro tiempo ya pasó. Te elegí a ti. No me presiones. No me pongas una vez más en la tesitura de decidir...

La abracé con delicadeza, mi ardor ya apagado. Los ojos se me llenaron de lágrimas y se deslizaron silenciosas por mis mejillas.

El final se acercaba... Nefertari yacía en su lecho, sin color y apenas aliento. Iuty, el Médico Real, le suministró un potente calmante que la mantenía hundida en un profundo sueño. Aun así, los dolores que sometían su maltrecho cuerpo eran tan fuertes, que le arrancaban pequeños gemidos.

«No puedo más» pensé llevándome las manos a la cabeza. «Debo hacer algo. No puedes dejarme».

A pesar de mis palabras y de ceder ante ella, acudí al *Hut-Netjer* de la *Netjeret* y extraje a escondidas una pequeña dosis del divino Elixir. Nefertari iba a enfadarse cuando se lo suministrara, aunque acabaría por perdonarme como siempre hacía. Lo guardaba escondido tras un mueble y lo saqué con mucho cuidado. Quitando el tapón del odre que lo contenía, me acerqué al lecho de mi *hemet*, dispuesto a verter el contenido entre sus labios y devolverla a la vida.

—No lo hagas, *Rameses*—. Me detuvo una voz.

Impactado, casi vierto el preciado contenido sobre las sábanas. Me di lentamente la vuelta, incrédulo, para encontrarme con un rostro que no esperaba volver a ver en aquella realidad.

—¿Mut...? ¿Qué...? —Quedé mudo, no acertaba a articular palabra alguna—. Estás muerta... yo mismo te acompañé a la tumba —conseguí decir.

La *Mut-Nesu*^[80] Tuya, luciendo la hermosura de la que disfrutó durante su juventud, me sonrió. Ella fue mi más grande consejera junto con la enferma que se acercaba de forma peligrosa a las puertas de la *Duat*. Bajo sus alas el reino prosperó, llegando a ser uno de los más grandes de todos los tiempos.

—Sí, *Rameses*. Mi envoltorio terrenal llegó al final de su existencia. Pero no he venido a hablar de eso. Estoy aquí, una vez más, para evitar que hagas una tontería —dijo con voz autoritaria.

Enmudecí, olvidando por un momento el odre que sostenía en mi mano. No comprendía sus palabras. Tan solo quería recuperar a mi *hemet*... Una vez más, casi derramo el contenido por un descuido.

—*Tameryt*... —dijo acercándose y retirando el frasco de mis manos—. Ella renunció a su destino por ti—. Con suma delicadeza y mimo colocó el tapón al frasco—. Era una *Hem-Netjeret*, la más alta que *Ast* pudo soñar en poseer—. Me golpeó con un dedo en el pecho, remarcando cada una de sus palabras—. El Don de *Hut-Hor*^[81] es muy difícil de encontrar. Ella debía comandar a los *Waej* en las batallas, no acabar pariendo niños como una vaca, por muy dignos y reales que éstos sean. Te lo ha dado todo ¡Todo! —exclamó—. ¿Y qué les has dado tú? —preguntó enarcando una ceja—. Yo te lo digo. Dedicarte a corretear de batalla en batalla. Y ella se encargaba de calentar tu cama, criar a tu numerosa prole y resolver los problemas del

reino que presumes gobernar. Ella ha cargado «sola» —recalcó la palabra para que me quedara muy clara— todo el peso de las coronas de *Kemet*, y tú te dedicabas a saltar de lecho en lecho como un semental, ocupándote de demostrar a la posteridad cuán grande eres como *Nesu*... follándote a todo el *Jeneret*.

—¡*Mut*! —exclamé compungido.

Se cruzó de brazos, agitando el elixir de color rojo rubí con el ceño fruncido. Entonces vio mi pálida cara y relajó el gesto.

—Sé que la amas, *Rameses*. Y si es así, déjala partir—. Acarició mi rojo cabello, tan igual al suyo—. No destruyas el regalo que te ha hecho. Tu legado. Una dinastía que perdurará en el tiempo—. Acarició mi cabeza, como hacía cuando era un niño.

Estuvimos tan unidos. Tuvo dos hijos varones y fui yo, el segundo, quien robó su corazón. En mí se fusionó la sangre de ambos progenitores y procuró siempre controlar mi explosivo temperamento, sacándome lo mejor. Por fortuna, tuvo éxito y todo ello se lo debía a la mujer que yacía en la cama. Nefertari, con su calmada paciencia, supo dominar a la bestia que habitaba en mi interior.

El día que abandoné su cuerpo, pegando alaridos y con el salvaje cabello rojo pegajoso por la sangre, se enamoró locamente de su pequeño. Le dolía verme sufrir de aquella manera. Claro que las cosas eran como tenían que ser.

—Partirá a Occidente. Allí, entre los grandes, esperará el momento en que decidas acompañarla. El día de la última batalla, cuando los ejércitos de *Hor-Hur* se enfrenten finalmente contra las fuerzas de *Sutej*, combatiréis juntos una última vez. Espalda contra espalda, antes de haceros Uno para la eternidad. Y por las noches vendrá a ti en sueños, como mi amado *Suteji* acudía a mí—. Besó con dulzura mi frente y se despidió.

—¡Espera! —grité confundido—¿Quién... eres... en realidad?

Mi *mut* sonrió una vez más. Esta vez, besó mis labios.

—Naciste de mi vientre mortal. Pero la sangre que corre por tus venas es sangre *Netjeru*. Soy *Nebet-Het*^[82], hermana de *Ast* y *Mut* del señor de *Kemet*—. Y diciendo esas últimas palabras, se desvaneció.

Permanecí en silencio. Mis pensamientos eran un torbellino, mezclados con el dolor por la pérdida. Tuya siempre supo tocar mi alma. Finalmente comprendí por qué. Me acerqué alicaído al lecho de mi dama, lamentando la oportunidad perdida de recuperarla.

Las plañideras acudieron a la estancia azul. Henuttawy sollozaba abrazada al frío cuerpo de su *mut*. Los hijos mayores permanecían en un triste silencio, con las manos entrelazadas y sosteniéndose unos a otros. El pequeño Merira estaba ausente, era demasiado joven para comprender lo que sucedía en aquella estancia, por lo que permanecía en el exterior distraído con sus juegos.

La enfermedad la había devorado, consumiendo lentamente su belleza y su cuerpo, dejando apenas una sombra de la hermosa *Hemet Nesu* que fue. Las otras mujeres se acercaban despacio, haciendo honores a su señora y depositando regalos que luego la acompañarían a la tumba.

Astenefret entró luciendo sus mejores galas, buscando llamar mi atención. Su rival y hermana había muerto. Depositó un hermoso espejo de bronce dorado con unas delicadas flores de loto azul, las favoritas de la difunta, labradas en el mango. Dejó que una lágrima solitaria se deslizara de sus ojos. Besó sus manos con ceremonia y se retiró a un rincón para observar el resultado de su actuación. No sirvió de nada. Permanecí de pie junto a mi *hemet*, con la mirada perdida.

El mismo *Inpu* se personó para guiar a mi amada *Hemet Nesu*. Coloqué el *Kheper* de lapislázuli sobre su pecho, justo en el lugar donde antes latía su corazón. A través de éste, el *Netjer* extrajo el *ba* de mi *meryt*. Puede ver los ojos de la deidad llenándose de compasión.

Malditos fueran todos. Él solo era un simple recadero, el Guardián de las Puertas. No podía siquiera comprender el dolor que se siente cuando te arrancan parte de tu alma. El *ba* de Nefertari brillaba con fuerza; su belleza, más esplendorosa que en vida, deslumbraba mis ojos. El Halo de *Hut-Hor* la envolvía como un sudario, retorciéndose en olas de colores que bailoteaban a su alrededor.

Cómo la amaba... *Inpu* extendió su enorme mano y los delicados dedos de la *Hemet Nesu* se posaron en ella. Me sonrió con dulzura una última vez antes de partir. «Cuidala, maldito perro, sino juro que desearéis que *Apep*^[83] hubiera destruido el mundo» amenacé para mis adentros. Y desapareció... Se la llevó...

La vida perdió su valor. Su luz se apagó en el reino y partió para iluminar el de los *Netjeru*. Mi *hemet*, mi amor, mi *ib*, mi vida... Me había

abandonado. Pasaría el resto de mi existencia sumido en la oscuridad. El sol ya no volvería a salir...

El cortejo fúnebre se desplazó lentamente desde la «ciudad turquesa» hasta las Puertas de *Amenti*^[84], morada de las *Ta Hemet Nesu*. Allí reposaban los restos de mi *mut* y mi *mutentit*^[85]. Sería el lugar donde mi *tameryt* descansaría por toda la eternidad. La tumba llevaba tiempo terminada, esperando a que su señora acudiera a habitarla. Demasiado pronto...

No tenía por qué vivir ese momento, no tendría que haber partido antes que yo. El hipogeo estaba excavado en las entrañas de la tierra; en su útero sagrado para que los difuntos que allí descansaban renacieran con facilidad desde su interior.

Conducía personalmente el carro que transportaba al féretro. A mi lado, Amenher y Pareher me acompañaban. El resto de príncipes y princesas nos seguían detrás, desfilando en orden junto a su progenitora. Marchaban en silencio, roto tan solo por los cantos de los *Hem-Netjeru*, que rendían homenaje a su señora y los lamentos de las plañideras.

El sol salió y se puso a nuestro paso durante el largo periplo que nos llevó a su triste destino. En la entrada de la tumba, tomamos de forma ceremoniosa los restos que descansaban en el pesado sarcófago dorado. Los embalsamadores de *Per-Nefer* pusieron especial empeño en conservar los restos de la amada *Hemet Nesu*. Fue un proceso largo y delicado, realizado con mucho respeto y cariño ¿Quién en el país de *Kemet* no adoraba a mi *meryt*?

Los tesoros que la acompañarían en la Otra existencia fueron depositados con sumo cuidado para que la Señora de *Kemet* pudiera disfrutar de ellos. Descendimos con gran esfuerzo los dieciocho escalones que conducían al primer nivel. Allí, la dejamos reposar un momento, para así desmontar el carro e introducirlo junto con el resto de ofrendas traídas desde *Pí-Rameses*.

Nefertari fue una poderosa guerrera, así que el carro, símbolo de su estatus marcial, la transportaría durante su periplo por la *Duat*. Para ello, los caballos que durante su juventud nos guiaron juntos a la batalla fueron

trasladados desde mi tumba. Eran unos hermosos alazanes a los que la vejez se llevó, solícitamente preparados para acompañarme en mi último viaje. Mi *meryt* los necesitaba. Ya habría otros equinos que condujeran el mío. Los más veloces, para llevarme lo antes posible junto a ella.

Una vez dispuesto, volvimos a tomar el féretro y a internarnos entre las entrañas de la tierra. Desde la antecámara, descendimos otro tramo de escaleras para llegar a la cámara mortuoria. Los frescos pintados en el lugar encumbraban a mi *hemet*, situándola al nivel de los *Netjeru* y mostrando de forma metafórica su Don de *Hut-Hor*. El tocado de la *Netjeret* relucía sobre su cabeza, mostrando su gran Poder.

Nefertari tenía la tumba más rica que cualquier otro *Nesu* que hubiera pisado aquellas tierras. En el centro, descansaba un pesado sarcófago de piedra donde yacía una anciana *Hem-Netjeret*. Amiga y compañera de mi *meryt*, se ofreció en tributo para acompañarla durante su viaje. El sacrificio inesperado de la mujer fue meditado de forma cuidadosa. Deseaba proteger el *ka* de la *Ta Hemet Nesu* a toda costa. Suplantándola en la cámara central, sus restos reposarían en paz en otra estancia secreta, diseñada de forma especial para evitar a los saqueadores de tumbas.

Una vez depositada en su lugar de descanso, la Familia Real fue despidiéndose de su más querido miembro. Los hijos no podían contener las lágrimas y sus nietos clamaban por su *mutentit*. Meritamon y Nebettawy besaron la máscara que la cubría, y ayudaron a sus hermanos a colocar y sellar los diferentes sarcófagos que la guardaban.

Me encontraba desolado. Fallaban mis fuerzas y creí desfallecer. Con el pecho desgarrado, rezaba para que mi *ib* fuera también puro, ya que Nefertari se lo llevaba con ella. La balanza del juicio de *Usir* cargaría con doble peso...

—Dejadme a solas —pedí a punto de romperme.

Los hijos mayores hicieron salir al resto de la comitiva. Nadie amó tanto como yo amé a la favorita entre mis *hemet*. Abandonaron la tumba, dejándome en soledad para la última despedida.

El hombre, no ya el *Nesu*, cayó de rodillas ante los pies de fría piedra. Lloré lágrimas amargas, golpeando con mis puños el pulido suelo, impotente ante el dolor. Mi *meryt* me había dejado solo, desamparado; sin fuerzas para seguir adelante sin ella. Clamé llamando a *Ast*, a mi *Mut*, a todos los *Netjeru* para que me devolvieran la luz de mis ojos. Un *Hem-Netjer* había realizado la ceremonia de la Apertura, abriendo todos los

orificios de su cuerpo para que, en la *Duat*, disfrutara de todos los placeres de los que gozaba en vida. Un *ushabt*^[86] me representaría ante ella. Pero no era yo... Hasta que las oscuras garras de la muerte me robaran el último aliento, no sería yo...

Una *Sheut*^[87] lo observaba. Intentó acariciar sus cabellos para ofrecerle consuelo y los dedos traspasaron la carne. El *ka* de Nefertari, liberado tras la ceremonia, sentía su mismo dolor, sufría con su misma pena. Su *maryem* se había esmerado en dejarle un lugar de reposo digno de una *Netjeret*. Las pinturas que decoraban las tumbas eran tan ricas en detalles y colores, que podía sentirse viva en ellas.

El sol se ponía y debía partir hacia Occidente. El *Kheper* azul reposaba en su pecho y la protegería de todos los peligros del camino. No tenía miedo al viaje, lo que la atemorizaba era dejar a su *maryem* tan roto. Los *Netjeru* la reclamaban... Escuchaba su llamada y debía marchar...

CAPÍTULO 7

Año 1996

Discoteca Txitxarro, Alto de Itziar

País Vasco

Sheritra regresó apurada a su puesto de trabajo. Al verla, Egil se acercó a la barra y le pidió un botellín de agua. Cómo deseaba tomarse una cerveza... Una de verdad, no aquel potingue asqueroso que bebían en aquel lugar. La chica le sirvió distraída.

—¿Todo bien? —preguntó el vikingo tras pegar un trago con el que liquidó casi toda la botella—¿Has tenido algún problema fuera?

—No —mintió con la vista clavada en un punto de la disco—. Todo correcto.

—¿Y cómo es que has tardado tanto? Suelen ser rápida.

Algo no le olía bien. Sheritra se encontraba un tanto extraña. Más de lo habitual. Parecía incómoda y no paraba de buscar entre la muchedumbre.

—Egil, por favor —suspiró exasperada—. ¿Has visto el lugar en que nos encontramos? —Cogió la bayeta y la pasó furiosa sobre la barra, limpiando el alcohol que se había ido vertiendo de las copas—. Odio esta música. Me revienta los oídos. Encima, está a un volumen que no solo tengo que escucharla, sino que me vibra hasta en los huesos. He aprovechado para dejar descansar un rato mi cabeza.

Lo miró a los ojos con intensidad, intentando convencerlo de la veracidad de sus palabras que en parte no estaban muy lejos de la verdad. El vikingo asintió más tranquilo. Se terminó el botellín y lo dejó sobre el mostrador para que ella lo recogiera. Hizo un gesto a las chicas que estaban en sus puestos y se marchó a continuar su ronda.

Eliminaron otros doce más antes de finalizar la jornada. Abandonando el local, se marcharon de vuelta a casa para descansar. La noche había sido bastante fructífera y en efecto, habían podido comprobar que el número de Demonios de Sangre era inusualmente elevado. Sheritra seguía inquieta. El maldito Renegado la acechó durante toda la noche como un león a su presa. Sentía sus ojos clavados en ella, vigilando cada uno de sus movimientos. Se removió nerviosa. Lo peor era su odiosa libido. Podía sentir cada mirada como una caricia que la ponía muy caliente. Cuando movía los labios, los imaginaba recorriendo su cuerpo. La excitaba. A veces lo prohibido era lo más fascinante y debía reconocer que aquel Renegado exudaba feromonas por todos los poros de su piel. Apretó los muslos deseando llegar a su dormitorio para liberarse de aquellas sensaciones que la atormentaban con impudicia. Tenía que tomar una decisión. Contarle lo sucedido a Akhesa o mantenerlo en silencio y plantarle cara. Se sentía mucho más inclinada hacia la segunda opción. El peligro la atraía como nunca y ese parecía ser el nombre de su gran dilema.

Nemutawy tampoco se encontraba tranquila. Le había parecido reconocer una forma familiar entre la multitud y si era cierto que él estaba allí... Era sinónimo de problemas. Grandes problemas.

Había cosas que era mejor olvidar, apartar de su mente y alejarse de los oscuros recuerdos del pasado. Lo odiaba. Odiaba todo lo relacionado con él; si aparecía nuevamente en su vida, tendría que matarlo. Jamás perdonaría cómo le fueron arrebatados sus seres más queridos. Y todo por su culpa. Su maldito egoísmo los condujo a todos a la ruina. Y estaba decidida a alcanzar su venganza, en esta o en la otra vida.

Año 1255 a.C.
Ciudad de Pí- Rameses
Kemet

Era una alcoba vacía. Los esclavos recogieron todas sus pertenencias para depositarlas en la tumba. El lugar se veía desnudo y desolado, como su propia alma. No soportaba estar allí sin ella... Se encerró en sus habitaciones acompañado de dulce cerveza. Pasó tres días bebiendo y sus hijos lo evitábamos. La pequeña Henuttawy cada vez que veía sus ojos inyectados en sangre, rodeados de oscuras ojeras y tomados por la locura, huía entre gritos. Creía que su *it* era un fantasma que penaba tras la muerte de su *mut*. Todos sufríamos en el que había sido nuestro hogar; mi *mut* fue una persona dulce y amable. No permitió ningún tipo de maltrato en su presencia, a diferencia de la otra *hemet*...

Astenefret paseaba furiosa por sus dominios en el *Jeneret*. El *Nesu* tendría que haber solicitado ya su presencia como su única *Ta Hemet Nesu* o para complacerlo en la alcoba. Hasta entonces se mantuvo en las sombras, luchando por conservar a sus hijos en puestos de poder. Sabía que, si intentaba algo en contra de su hermana, *Rameses* la expulsaría del palacio. O peor, podría condenarla a muerte. Por suerte había desaparecido. Conocía los dones de los *Hem-Netjeru*, sabía perfectamente que Nefertari pudo tomar el elixir de la *Netjeret* y salvar su vida. Era demasiado buena, demasiado correcta. Siempre fue la mejor de las dos.

Le robó el amor de su *mut* y más tarde, la corona. Ella tenía que haber sido la *Ta Hemet Nesu* principal. Desde un principio fue prometida al *Iry-Pat*, el hermano de *Rameses*, pero murió joven.

Eran niños y ya conocía el afecto especial que existía entre ellos. A pesar de la diferencia de edad, compartían sus juegos y eran igual de salvajes y atrevidos. Su *mut* perdió la esperanza de convertir a su pequeña hija en una

auténtica dama, por eso Astenefret redobló los esfuerzos para agradar a su progenitora. Aun así, los mimos y caricias siempre se dedicaron a la menor; ella recibía tan solo una fría aprobación. Y cuando nombraron a *Rameses Iry-Pat*... Los celos la consumieron... sabía quién ocuparía el lugar designado para ella.

El *Iry-Pat* maduró y se sintió deslumbrado por su belleza. Sin dudarlo, aprovechó para llevarlo a su cama e intentar atraparlo dándole un hijo. No fue necesario.

Nefertari era todavía una niña sin formas, desgarbada y delgaducha, que correteaba descalza como una salvaje. *Rameses*, en cambio, era un adolescente vigoroso y lleno de lujuria que cayó rápidamente ante los coqueteos de una sensual dama como ella. El *Iry-Pat*, encaprichado de su hermoso cuerpo, la solicitó como *hemet* y se casaron.

El sufrimiento de la niña la colmó de dicha. Decidió tomarse la revancha llevándola a vivir a palacio para que adoleciera con su propia felicidad. Y la venganza fue su ruina. Nefertari también floreció, cautivando de tal forma a su *het* que entró al servicio de la *Netjeret Ast* tomándola bajo el Rito del Matrimonio Sagrado. Y a partir de ahí, su hermana fue encumbrándose. Y ella desterrada nuevamente a un segundo lugar.

La venció incluso hasta en la hora de traer un heredero. El parto de la *Ta Hemet Nesu* se adelantó, alumbrando primero cuando el suyo estaba a punto de nacer. Y ahora que quedaba ella sola, *Rameses* no la llamaba...

Me cansé de esperar. De carácter tan explosivo como el de mi propio *it*, acudí a sus habitaciones y lo saqué de entre las sabanas a patadas. Furiosa, lo arrastré por los brazos, arrojándolo a una de las piscinas que dominaban el patio de su estancia. El *Nesu* chapoteó asustado, escupiendo agua por la boca, jadeando sorprendido. Permanecí frente a él, de brazos cruzados y observándolo con fiereza. Me parecía a mi *mutentit*. Vestía una simple túnica de lino, cruzada en mis pechos. El cabello, del mismo tono que el suyo, brillaba con fuerza bajo los reflejos del sol y mis ojos dorados y felinos lo escrutaban enfurecidos.

—Levanta, maldito estúpido —gruñí—. Es hora de que regreses a *Kemet*. Las dos tierras te necesitan—. Volví a golpearle con el pie—. Y si lo

que quieres es echarte a morir en un rincón, cédele las dos coronas de una vez a mi hermano, para que pueda reinar libre de una escoria como tú.

Asqueada y viendo el aspecto deplorable que presentaba el Señor de *Kemet*, mojado y derrotado como un pollo en el agua, le lancé un faldellín y me marché de allí de la misma forma que había llegado, como un furioso tornado.

Amenherjepeshef, *Iry-Pat* y corregente del país de *Kemet*, se frotaba la cabeza, molesto con los ornamentos que dignificaban su autoridad. A su lado, mi hermana Merytamen suplía las funciones legadas por nuestra *mut*. Mi otra hermana y *hemet* del *Iry-Pat*, susurraba conmigo en un rincón de la sala de audiencias, entre divertida y horrorizada.

—¿Qué has hecho qué? —preguntaba, mirando de un lado a otro para asegurarse que nadie nos escuchaba—. Estás loca, hermanita ¿Cómo se te ha ocurrido semejante tontería? *It* se pondrá furioso —exclamaba con disimulo.

Me podía imaginar una sonrisa en sus labios. De todos era conocido que *it* e hija éramos idénticos, tanto en lo físico como en el genio. Nadie podía negar que su semilla era la que me había engendrado. En cambio, Nefertari Tasherit y Baketmut eran morenas y de ojos oscuros. Y Merytamen... Qué decir de ella... Era la viva imagen de nuestra difunta *mut*.

Los descendientes de la casa de Nefertari nos amábamos entre nosotros. Durante la infancia nos criamos correteando libres por palacio, a diferencia de los otros hijos del *Nesu*. Bintanat y el príncipe Rameses, nuestros medio hermanos, también compartieron con nosotros el mismo cariño y las travesuras infantiles. Hasta que la madurez nos separó. Las intrigas de la segunda *Ta Hemet Nesu* nos distanciaron. Su *mut* se encargó de envenenarles las mentes, alejándonos para siempre.

La hija de Astenefret era también una beldad, fría y distante. Una dama altiva de ojos verdes y piel morena. Al igual que a su *mut*, le gustaba usar intrincadas pelucas que señalaban su posición social. Nunca dejaba su cabello al aire, a diferencia nuestra que, como nuestra *mut*, solo las utilizábamos para las ceremonias oficiales. Resultaban incómodas y molestas.

El *Nesu* se presentó en la sala, vestido, aseado y luciendo sus atributos reales. Sonreí satisfecha, dando un discreto codazo a mi hermana. Él me

guiñó un ojo. Gracias al maltrato que le propiné comprendió que, si se sumía en un pozo de vergüenza y autocompasión destructivos, no solucionaría nada. Si su *hemet* lo hubiera encontrado de aquella manera, habría reaccionado de forma similar. Ya la lloraría más tarde, en la intimidad de su dormitorio. El *Iry-Pat* aliviado se apartó cediéndole su lugar. Tomando a su preciosa Meryt de la mano, procedió a continuar con las riendas del gobierno.

Apoyado en una terraza, observaba las claras aguas del canal. Los mandé construir porque... fueron un regalo.

«—Mira, *tameryt*, tengo algo muy especial —dijo destapando sus ojos.

La joven *Ta Hemet Nesu* quedó extasiada observando la nueva ciudad que los acogería. Toda azul y verde, sus colores favoritos. Los canales rodeaban las diferentes calles, confiriéndole una apariencia casi irreal. Un bello paraíso creado para ellos dos.

—Mira —dijo señalando los canales—. El agua tiene el mismo color de tus ojos.

La *Ta Hemet Nesu* rio. Aquél era su *Rameses*. Todo, absolutamente todo lo que hacía, era específico para ella. ¿Cómo una mujer podía lograr conquistar un corazón así? Agradeciendo a los *Netjeru* su buena suerte, se lanzó a los brazos de su *het* fundiendo sus bocas en un arrebatador beso».

—Rameses...

La voz rompió mi dulce recuerdo. Me giré molesto por la interrupción para encontrarme con el rostro de mi caprichosa *hemet*. Ésta se había acicalado con esmero para la ocasión. En el pasado fue una gran belleza. La edad no la había tratado demasiado bien y la vida perezosa en la corte pasaba su factura. Las arrugas surcaban su rostro, aunque intentara ocultarlas con maquillaje. Su figura se había vuelto blanda y redonda, perdiendo su piel el esplendor de antaño. Relucía, sí, pero tan solo por el brillo de los aceites.

Le tenía afecto. Me había dado muchos hijos fantásticos y hasta durante un corto intervalo de tiempo, la amé. Mas mi Nefertari llenó mi corazón de tal forma, que no hubo más lugar en él para nadie más.

—*Het* —dijo ella acercándose y depositando su blanca mano en mi pecho.

A ella le seguía sorprendiendo el poder de los *Hem-Netjeru*, manteniéndome tan joven como siempre. Mi cuerpo, duro y fuerte, musculoso como el gran guerrero que era. Retiré con delicadeza la mano.

—No, Astenefret, ya no... —dije suspirando y apartándola con ternura—. Estoy cansado y ya no somos jóvenes, *thaserit*—. Me dolía llamarla de aquella manera, pero necesitaba utilizar un apelativo cariñoso para que el rechazo no fuera tan doloroso.

Ella asintió cabizbaja, las lágrimas huyeron de sus ojos y abandonó la estancia entre sollozos.

«Ya no somos jóvenes» seguía escuchando en su cabeza. El peso de la edad le hacía daño. Era cierto. Su lozana belleza murió tras destrozar su cuerpo con los numerosos hijos que le había parido. Y ahora la rechazaba. Temió por su posición en la corte. Sabía que *Rameses* nunca la relegaría a una *hemet* menor. Si no lo había hecho con ella en vida, no lo haría con ninguna otra. Eran sus hijos quienes podrían sufrir el desafortunado hecho de que otra mujer llegara a ocupar su lecho.

Tenía que pensar y rápido... No estaba dispuesta a renunciar a todos aquellos años de duro trabajo para conseguir que sus retoños ocuparan los mejores puestos de la corte.

Su hija aprovechó ese momento para acudir a consultar a su *mut* sobre unas chucherías que había encargado a un orfebre, y los ojos se le iluminaron llenos de malicia. Ahí tenía la respuesta. Bintanat la superaba cien veces en belleza. Tenía un porte elegante, unos rasgos armónicos y un cuerpo que no dejaba indiferente a ningún hombre. Era una mujer en la flor de la madurez y nunca se había desposado. Su *mut* quería sobre ella una corona, pero las princesas de *Kemet* se quedaban en *Kemet*. Su sangre era sagrada y no se entregaban en matrimonio a extranjeros. Perteneían al *Nesu*. Era su oportunidad...

Al anochecer, recibí otra visita en mis aposentos. Una mano de piel morena se deslizó por mi pecho, acariciándome el torso. Abrí los ojos y me encontré con una mirada de agua.

—Nefertari —susurré.

Los dedos de mi *hemet* cubrieron mis labios, silenciándome

—No digas nada, *maryen*. No tienes que decir nada

Y me besó.

Montó sobre mi cuerpo, deslizando mi pene ya endurecido en su interior. Ella estaba desnuda y los deliciosos pezones despuntaban maduros, dispuestos para ser devorados. Tal y como mi *mut* predijo, el *ka* de la *Ta Hemet Nesu* acudía a mi lecho para compartir una dulce noche de placer. Los días los pasaría en soledad, y las noches serían tan solo nuestras...

Cuando un rayo de luz me despertó, sentí unos cálidos brazos rodeando mi cuerpo. Ronroneé rememorando la noche anterior y abracé a mi *hemet*...

El sopor del alcohol se hizo a un lado y los recuerdos me golpearon con fuerza. Observé estupefacto el hermoso cuerpo que descansaba lánguido entre mis brazos. No era mi *meryt*. Era otra. La princesa Bintanat había compartido mi lecho, con todas las connotaciones que aquella desgracia podía acarrear.

Entré como una fiera en el dormitorio de Merytamen, jurando en diferentes idiomas. La ira me envolvía como un vendaval, haciendo que todos aquellos que se cruzaban a mi paso huyeran asustados. Ella conocía la causa, pues también se sentía altamente ofendida.

—¡Cómo ha podido hacerlo! —gritaba furiosa—. ¿Cómo? —Golpeé con fuerza una columna, haciéndome daño en la mano—. Acabamos de dejar a nuestra *mut* en la tumba. Él, que tanto sufría y la amaba... Lo llego a saber y lo ahogo en el canal... —Las lágrimas de rabia corrían por mi rostro—. ¿Cómo ha podido hacerle esto a nuestra *mut*, Meryt? No lo comprendo...

Mi hermana me abrazó. Ella sentía las mismas ganas de llorar. Algo más introvertida que yo, prefería guardar sus sentimientos.

—Porque es como debe ser, hermanita —me dijo secándome el rostro, igual que cuando éramos más pequeñas—. La estirpe debe continuar. Sabes de sobra que este tipo de matrimonios son habituales entre la realeza—. Continuó intentando meter algo de sensatez en mi cabeza.

—¿Por qué con ella? ¿Por qué no contigo? —exclamé pesarosa—. *Mut* te dejó a ti las responsabilidades de la *Ta Hemet Nesu*. ¿Por qué no te eligió a ti?

Eso mismo se preguntaba... Un escalofrío de decepción la recorrió. Cuando nuestra *mut* le comunicó el inminente fin que le aguardaba, le hizo jurar que adoptaría todos los aspectos de una *hemet* que fueran necesarios. Ella no estaba desposada, por lo tanto, podría suplir absolutamente todas y cada una de sus funciones. Acabó por aceptar aquella idea que nuestra *mut* sembró en su mente, por ello, aquel sorprendente acto del *it* le hería en lo más profundo.

—No lo sé, Ttawy —suspiró—. Tal vez le recuerde demasiado a nuestra *mut*. Además, Bintanat es preciosa y sabrá ser una gran *Ta Hemet Nesu*.

Se había resignado.

—Pero no es justo —seguí protestando—. Tienes que hacer algo, Meryt. No podemos dejar *Kemet* en las manos de Astenefret. Destruiría todo por lo que *mut* ha luchado. Nuestro *it* ni siquiera se daría cuenta. Porque en el fondo, ¿qué sabe él, sino luchar en guerras fuera de nuestras fronteras?

Yo tenía razón. Por una vez en su vida, debía dejar la docilidad a un lado y proteger a los nuestros. *Mut* nos contó muchas historias de lo que sucedía en el *Jeneret* de otros *Nesu*, y un tanto asustada temió por nuestros hermanos, si la maliciosa *Ta Hemet Nesu* se hacía con el control.

Olía a loto azul. Los jardines me traían su recuerdo. Me froté dolido el corazón. Sentí que la había traicionado... También podía escuchar sus palabras, como si en ese mismo instante estuviera allí susurrándomelas al oído:

«Las cosas son como son, mi *maryen*, una vez hechas no podemos cambiarlas. Tan solo atenernos a ellas y cumplir con nuestro deber».

Ella siempre cumplió con el suyo, llevándolo hasta las últimas consecuencias: la muerte. Hice lo correcto. Los cortesanos y mis consejeros

aprobaron de buen grado aquella decisión. Una *Ta Hemet Nesu* joven y hermosa sería del gusto de los *Netjeru*, eso dijeron los sacerdotes de Amón. Si Bintanat engendraba un hijo, sería aceptado como un sagrado miembro de la Familia Real.

Una nueva *hemet* era lo que menos necesitaba, aunque tal vez me mantuviera entretenido y me alejara del oscuro abismo en el que caía cada noche.

Escuché unos ligeros pasos deslizarse por el suelo. Mi corazón comenzó a palpar veloz, esperando verla de nuevo, incluso siendo una *Sheut*. Unos ojos de agua me observaron tímidamente. Tan bonita...

Meryt era el vivo retrato de mi *tameryt*, el recuerdo de nuestro poderoso amor hecho carne. Su cabello, sus ojos... hasta las mismas formas. Tal vez...

Mi mente dejó de divagar cuando el vestido de la joven cayó al suelo. Se acercó a mí, desnuda, con los pezones erectos por el frescor de la tarde. La observé extasiado. Era como volver atrás, a aquellas noches de locura en que me perdía entre sus brazos.

—Nefertari... —susurré—. *Tameryt*...

A ella no le importó que la llamara por otro nombre. Ya sabía que mi corazón jamás sería suyo. No de esa manera, nuestro amor era diferente. El apego por su adorada tierra era mucho más grande y se sacrificaría a sí misma si era necesario. Toda su vida se preparó sin saberlo para ese momento. Su *mut* así lo quiso y así sería...

Sonreí triunfal. Astenefret iba a recibir un duro golpe. El *Nesu* presentaría a la nueva *Ta Hemet Nesu* al pueblo. Y sabía quién iba a ser la favorita. Imponente, *Rameses* portaba sus tributos reales; sus hijos, tras él, nos separábamos en dos facciones: por un lado, los descendientes de su principal *hemet*, Nefertari y por el otro, los hijos de su segunda *hemet*, Astenefret. La rivalidad entre nuestras dos familias era palpable para todos los presentes, exceptuando al propio *Nesu*, ignorante de lo que se cocía entre sus propias paredes.

Tomó los crótalos y golpeándolos rítmicamente, inició la ceremonia. Las damas lo acompañábamos agitando los sistros y un hermoso canto se elevó

hacia el cielo. Cuando el *Nesu* se detuvo, cayó un espeso silencio. Enumeró los títulos de sus hijos comenzando por Amenher, su *Iry-Pat*.

Poco a poco todos los príncipes fueron nombrados, hasta llegar el turno de las mujeres. Empezó con su *hemet* Astenefret, al ser una de las principales. La siguió Meryt que recibió todos los títulos pertenecientes a nuestra *mut* junto con alguno más. Ante la sorpresa de la otra familia, fue elevada al rango de primera *Ta Hemet Nesu*.

Podía imaginarme la ira en los ojos de las otras dos mujeres. Mi hermana, tan hermosa, tan delicada, se acercó al *Nesu* y recibió de sus propias manos la corona de *shuty*^[88], símbolo del poder de la *Netjeru Ma'at*. Tras recibir su tocado, se colocó a su derecha.

—Nebettawy —llamó.

Me adelanté asombrada. Esperaba que el *Nesu* llamara a Bintanat para anunciarla como otra de sus consortes.

—Acércate —dijo cuando vio que me quedaba apartada.

Me acerqué desconfiada. Los rostros de Amenher y Meryt sonreían. En cambio, en la mirada de Pareher se dibujaba un atisbo de tristeza. Mi hermana se me acercó portando el tocado de *Nejbet* que colocó con orgullo sobre mi cabeza. El *Nesu* enumeró mis títulos, los mismos que los de mi *mut* y mi hermana. Anunció que ambas, las dos *Ta Hemet Nesu*, seguiríamos cumpliendo las funciones legadas por nuestra *mut* y que realizábamos de forma impecable desde el principio de su enfermedad. Incrédula, me coloqué a la izquierda del *Nesu*. Baketmut, Nefertari Tasherit y Henuttawy batían palmas en silencio, celebrando nuestro triunfo.

Posteriormente, le tocó el turno a Bintanat. Por fuera se la veía tranquila y serena y en su interior era un volcán de rabia y odio. A ella le correspondió el tocado del *Uadjet*^[89], siendo elevada también al rango de *Ta Hemet Nesu*. A diferencia nuestra, quedó un paso por detrás. Y eso no nos lo perdonaría jamás...

Año 1996
Bergara, País Vasco
España

Nemutawy dejó a un lado sus habituales rituales de purificación y buscó a Akhesa. Ésta se encontraba en una pequeña salita habilitada como despacho. Tenía una decoración muy femenina, por lo que dedujo que en el pasado debió de ser una estancia dedicada a las mujeres de la casa. Entró como una tromba, sin saludar siquiera y fue directamente al grano.

—Está aquí —dijo exasperada.

Akhesa levantó los ojos del ordenador con el que trabajaba y la miró inquisitiva.

—¿Llevas gafas...?

Se sorprendió tanto que hizo la pregunta en voz alta. La líder quitándose las gafas de los ojos, sonrió y las dejó sobre la mesa.

—Es una vieja costumbre de cuando trabajaba con los *Remetj* —respondió sonriendo—. Pero creo que no has venido a eso, ¿verdad...? ¿Quién según tú, está aquí?

—Él —escupió con fiereza, pues no quería pronunciar su maldito nombre—. El *Nesu* de los *In-Tep*.

Akhesa se llevó los dedos a los ojos y los presionó con un ligero masaje. Le esperaba una buena...

—Demasiado pronto —murmuró para sí.

—¿Qué? —rugió enfurecida.

—Creo que esto es algo que debes comprender, Tawy. Y debería explicártelo alguien que no soy yo —aclaró un poco seca—. ¡*Hor-Hur*! —llamó.

El Dios se materializó ante ellas, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. No le gustaba que la *Hem-Netjeret* lo llamara. No en aquellos momentos...

—Lleva a Nemutawy junto a tu *Mut* —pidió señalando a la otra—. Necesita que la *Netjeret* le cuente lo que sucede. No quiero interferencias de ningún tipo en esto —sentenció con claridad—. Si no es así, las consecuencias pueden llegar a ser nefastas para todos.

El Dios asintió serio, comprendiendo al instante sus palabras y antes de que le diera tiempo a protestar, Nemutawy desapareció con él.

—Estamos jodidos —gruñó haciéndose un ligero masaje en las sienes—. Muy, muy jodidos...

CAPÍTULO 8

Sheritra localizó a Akhesa en la oficina. Llevaba una lista que el Artesano le había entregado, con elementos necesarios para continuar con su trabajo.

—¡La lista de la compra! —canturreó agitando el papel por delante de las narices de la Líder.

Akhesa lo arrancó de su mano para leerlo, divertida por la actitud de la *Waej*. Y... ¡*Puff!* De la nada surgieron el Dios Horus y Nemutawy, quien traía un gesto abatido y se amplió nada más verla. Sus ojos se volvieron acuosos y conteniendo un sollozo, escapó del lugar. Sheritra se quedó sin habla, dirigiendo una mirada interrogante a Akhesa.

—Acaba de hacer un viaje muy especial —comentó, dudando sobre qué decirle y qué no—. Es algo muy privado con *Ast*. Nemutawy fue una de sus últimas *Hem-Netjeret*. Durante el ataque al *Hut-Netjer* perdió a toda su familia.

El Dios apoyó una mano sobre su hombro, saludó a la *Waej* con un gesto y se esfumó de la misma forma que había aparecido.

—Comprendo... —dijo Sheritra.

No podía siquiera imaginar cuán duro podría llegar a ser aquello. De momento, ella no tenía familia. Tan solo a sus Hermanos y a la Líder. Llevaba con ellos cincuenta y cuatro años, más los dos de entrenamiento y preparación necesarios para el Renacer. Debería ser una anciana y parecía estar en la flor de la juventud. Y qué decir de Akhesa... con más de tres mil años de edad...

—Hoy es mejor que la dejemos tranquila —indicó—. Por cierto... ¿No deberías estar durmiendo? Habéis llegado hace apenas un rato.

Sherit rio.

—La verdad es que me muero de sueño —Y lo acompañó con un bostezo. Solo de pensarlo le vencía el agotamiento—. Alex venía hacia aquí y... Bueno... Siora también estaba allí y...

—Ya... —cortó Akhesa—. No te preocupes. Lo entiendo. Ve a descansar.

Y con un gesto le indicó que se marchara. Sherit asintió. Despidiéndose, corrió hacia su cuarto. Había pillado a la pareja en una situación bastante comprometida y acordarse hacía que se le subieran los colores. «Sal de mi cabeza, maldita imagen» gruñía «No quiero verlo otra vez». Necesitaba una pequeña escapada y una buena sesión de sexo. Llevaba demasiado tiempo practicando el celibato y en aquella casa llena de hormonas alteradas, no era nada recomendable.

¡Lo tenía...! Con su nombre y la Sangre en su interior, podía localizarla. Los viejos conjuros seguían presentes en su memoria a pesar del tiempo pasado. Utilizando las palabras exactas, su *ka* perseguiría su esencia como si de una señal luminosa se tratara. Estaba ansioso por tenerla solo para él.

A pesar de la mala jugada de *Ast*, se sentía... ¿podría decir que contento...? Le encantaban los retos y la pequeña tenía su carácter. Sí... iba a disfrutar mucho con ese juego...

Siora rugía de rabia y dolor, caminando hacia el pueblo. Necesitaba salir de la casa, darse una vuelta, escapar de aquellas paredes de piedra entre las que se sentía atrapada. Era un continuo ni contigo ni sin ti.

No podía sacarse a Alex de adentro, aunque rechazara su presencia. El solo hecho de que la tocara de aquella forma... Un escalofrío recorrió su columna, el ahogo fruto de la ansiedad le atenazó la garganta y comenzó a sudar. El vacío de su interior se hizo más grande y la oscuridad amenazaba con apoderarse una vez más de ella. No quería caer al abismo.

Corrió entre los campos, saltando cercos, muros; esquivando árboles y piedras. Iba descalza. Llevaba los zapatos cogidos en las manos, agitándolos con el vaivén de sus brazos. Se los puso antes de alcanzar el

pueblo, tampoco quería llamar demasiado la atención. Algo absurdo, ya que su sola presencia era un faro que atraía todas las miradas.

Tenía una belleza que en aquel siglo se conocía como escocesa; con sus cabellos del color del fuego y rizos enloquecidos rodeando su pecoso rostro. Una boca sexy, labios rosados que incitaban al beso y unos ojos de un azul deslumbrante, como el cielo en un claro día de verano. Su gesto sensual estaba acompañado por un escultural cuerpo de bellas formas, perfectamente proporcionado.

Y le encantaba provocar. Llevaba un ligero vestido de gasa, tal vez demasiado fresco para aquella época del año. Se adaptaba a su cuerpo, destacando sus curvas. A su paso, los hombres giraban la cabeza admirados.

En uno de los pubs de la calle por la que caminaba, un chico despertó su interés. Tenía unos bonitos ojos de un azul nublado, casi grises y la mandíbula cuadrada y firme. El tipo de hombres que la atraían. Su cuerpo se veía bien formado, se notaba que pasaba muchas horas en un gimnasio ejercitándose con pesas. Estaba muy bueno...

La miraba descaradamente, de arriba abajo, apreciando sus piernas moldeadas y su llamativo escote. Cuando miró sus ojos, quedó fascinado. Se le acercó coqueta. Necesitaba desquitarse y él le valía como cualquier otro.

La invitó a una copa. No preguntó su nombre, no le interesaba. Estuvieron charlando un buen rato de asuntos banales, quedando claras sus intenciones. Al final, la invitó a acompañarlo. Salieron del bar perdiéndose por las calles y se dirigieron a la casa del chico.

Nada más entrar por la puerta Siora se lanzó sobre él. Le sacó la camiseta por la cabeza tirándola al suelo, sin importarle donde caía. Desabrochó sus pantalones con avidez y le sacó la polla. Tras empujarlo al suelo, se empaló sobre él, atrapándolo con sus caderas y sosteniendo sus manos con fuerza contra el suelo. Ambos jadeaban y Siora lo cabalgaba frenética, montándolo una y otra vez.

No duró mucho. El chico eyaculó entre espasmos de placer. El gemido masculino estalló en sus oídos, arrancándola del borde del abismo en el que se encontraba. Y se sintió... sucia... vacía.

Su cuerpo traidor la dejó indiferente. La indiferencia dejó paso a la pena; ésta, al arrepentimiento. Asqueada de sí misma, se levantó dejando al otro

en el suelo, recuperándose de la tormenta que acababa de experimentar. Cuando quiso darse cuenta, estaba solo...

Alex sintió un duro golpe en el pecho que lo dejó sin aliento. Comenzó a jadear, algo confuso. Dolía. Joder, cómo dolía. Era como si unas garras despedazaran su carne. Lo que ignoraba es que aquel dolor era compartido. En la calle, apoyada en una pared, Siora sentía lo mismo. Era un castigo de la diosa Isis por su mal comportamiento.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó Horus con frialdad.

Ella le miró con los ojos llorosos y asintió de forma ligera. Mejor en la casa que allí, donde cualquiera podría confundir sus síntomas con un infarto y acabar llevándosela a un hospital. El Dios la tomó con fuerza del brazo y... aparecieron en el taller del Artesano. Las lágrimas descendieron por sus mejillas al descubrir las repercusiones de su error. El romano estaba en el suelo, encogido, sosteniéndose el pecho con las dos manos.

—Díselo —ordenó el Dios inmisericorde.

Alex temió lo peor. La había forzado demasiado y cuando aquello sucedía, la celta no reaccionaba nada bien. Su mal carácter era de sobra conocido; por algo Akhesa los mantenía vigilados y eran los únicos que no patrullaban.

Ella lo miró a los ojos y pudo ver el remordimiento en ellos. El agobio comenzó a apoderarse de ella y no solo por el dolor físico.

—Yo... —jadeó—. Yo... Lo siento, pero... Necesitaba probar ...

Fue incapaz de continuar. Miró a Horus, esperando algo de clemencia del Dios de la justicia; quien comprendió que no iba a ser capaz, ni arrastrándola hacia la muerte. Lo amaba. Lo negaba ante todos y se lo negaba a sí misma. Sí, lo amaba. Vio la oscuridad de su interior, aquella que la empujaba a alejarse de su pareja...

Debía indagar sobre el asunto con su Madre, tal vez ella le arrojara algo de luz sobre los problemas de la muchacha. Su curiosidad se había despertado y no pararía hasta descubrir la verdad.

—No importa —dijo suavizando su tono—. Recuerda que no puedes esconderte de los *Netjeru*, pequeña. Y que las consecuencias de tus actos lo arrastrarán a él contigo —sentenció señalando a Alex—. La unión es fuerte. Ya no sois tan solo *Waej*. Sois *Hem-Netjeru*. Deberíais meditar sobre lo que eso significa.

Hizo un gesto con sus brazos y desapareció. El dolor fue remitiendo con lentitud. Los latidos regresaron a la normalidad y pudieron respirar con libertad. Siora quiso acercarse al romano y él la rechazó.

—No quiero saber qué has hecho para enfadar a Horus —dijo enfurecido—. Intenta no meterme a mí en tus líos. Te lo agradecería bastante —espetó furioso alejándose de ella—. Ya tengo suficiente con tener que soportarte, como para cargar también con tus estupideces. Vete. No me apetece verte.

Y le dio la espalda.

Siora salió del taller en silencio, con el corazón completamente desgarrado. El dolor que ahora ella portaba, tardaría mucho en sanar. Comenzaba a comprender cómo se sentía Alex con cada rechazo.

Año 61 d.C.

Cerca de Londinium...

Britannia

Aquella noche, las hogueras se alzarían hasta los cielos entregando su tributo a los *Tuatha*. El despiadado asesinato de los *drwidy* sería compensado y el equilibrio nuevamente restaurando. Los prisioneros que habían escapado de las garras de la muerte, serían entregados en sacrificio para aplacar la ira divina. El fuego purificaría sus cuerpos y liberaría sus almas...

La diosa Morrigan nos acompañaba durante la batalla, trayéndonos la victoria. Era la protectora de *Màthair*; venerada en su pueblo natal, en las altas montañas del Norte. Durante nuestra niñez nos enseñó a conocerla y adorarla. Según ella, descendíamos de su linaje; *Màthair* y yo heredamos su intenso cabello rojo. Entre nuestra gente se rendía culto a la *Tuatha* Andrastea, mas nosotras adoptamos a la mentora de nuestra familia materna. Éramos igual de fieras en la batalla, sin compasión ante el enemigo.

Había perdido la cuenta de la cantidad de vidas romanas que había sesgado y mantenía la esperanza de seguir, hasta expulsarlos de nuestras tierras. Para siempre. Odiaba a Roma con todo el corazón...

Mis sueños cambiaron a la fuerza; en lugar de ver la ciudad blanca y dorada, deseaba ver una ciudad roja y oscura. Fuego, sangre y cenizas... Rezaba a los *Tuatha* para cumplir mi objetivo y ser la que arrancara la cabeza del águila de su pedestal. En lugar de ansiar un hogar, hijos y un hombre que calentara mis mantas, me llenaba de gozo ensartar mi espada en vientres gordos y blandos, acostumbrados a la buena vida gracias al sufrimiento de mi gente.

Odiaba a Roma. La sangre manchaba mis manos y ropas, salpicaba mi rostro y mi cabello, y me sentía feliz por ello. Me fascinaba el sonido del acero al cortar la carne, el del hueso roto al amputar un miembro. Me fascinaba la tortura con fuego, el chisporroteo al contacto con la piel, el olor a carne quemada. Odiaba a Roma...

Isolda floreció durante aquel año. Su belleza superaba al de todas las mujeres y su sonrisa aceleraba el corazón de los hombres. *Màthair* arengaba al ejército en su compañía y ella gritaba a su lado, exaltando a los guerreros en la batalla.

Hombres, mujeres y niños en edad púber luchaban codo con codo, tras una largo y exhaustivo entrenamiento. Todos y cada uno de los allí presentes dominaban el uso de la espada, el arco, la lanza, el cuchillo... Todos y cada uno de ellos estaban preparados para enviar al invasor de vuelta a sus tierras, con el rabo entre las piernas o sin él...

Se arrepentirían del día que posaron sus pies sobre la amada tierra que nos dio la vida. Nuestros *Tuatha* se habían alzado, los habíamos convocado y nos dirigirían hacia la lucha. *Màthair* fue elegida como líder; su valor, su temple y su dominio del arte de la guerra era altamente conocido. Se rumoreaba que la fortuna de *Athair* no residía en sus propiedades y tierras, sino en el corazón de la mujer que logró conquistar.

La ceremonia comienza. Nos repartimos el hidromiel, embriagándonos hasta perder la conciencia. Bebemos en honor de los caídos y de los que les seguirán en la próxima contienda. Los cánticos sagrados se mezclan con los alaridos de las ofrendas. Las puertas del Otro Mundo se abren, dejando pasar a aquellos que perdieron la vida de forma cruel y trágica. Nuestros *drwidy* pueden continuar su largo viaje, guiándonos desde el otro lado en compañía de nuestros antepasados. Éstos nos observan, orgullosos de nuestro coraje.

Puedo ver a *Athair*... Me sonrío y le saludo con un gesto seco. «Athair, lo siento» murmuro «Ya no soy tu pequeña. La dulce Siora murió al tiempo que tú nos dejaste». Las lágrimas se derraman por mi rostro. El placer de la victoria no me embarga. No, hasta que el último de los bastardos que mancilló mi inocencia pague por ello.

He podido encontrar a tres. Han muerto bajo mis manos... y no he sido clemente. Su sufrimiento superó al mío con creces. La guerra no ha terminado. En pocos días nos enfrentaremos a ellos en campo abierto y el malicioso romano ha elegido una buena disposición. Nada puede hacer contra nosotros que dominamos todos los terrenos.

Màthair nos observa en silencio. Ella tampoco participa de la celebración. Su rencor por los invasores es mayor que el mío. Tan solo la venganza puede aplacar su ira y tal vez ésta no muera nunca. Temo por ella... Algo me advierte del peligro, por desgracia, aquel aciago día perdí mi don. No sé qué nos depara el futuro; y si he de morir, que sea luchando.

Año 1996

Bergara, País Vasco

España

Y así habría de morir... Salió de forma furtiva de la casa, dolida aún por las palabras de Alex. Corrió de nuevo hacia el pueblo, esta vez con un objetivo diferente.

Vestía de negro, con unas ligeras botas de piel creadas por ella misma. Se hacía su propio calzado al estilo *iceno*. El suave cuero amortiguaba sus pasos y aportaba firmeza a sus pies. Una forma de honrar a su gente; los llevaba con ella en la lucha para rendirles tributo de cada *Am-Mut* que enviaba al oscuro infierno del que jamás debieron salir. Maldito fuera Seth ahora y siempre. Ella era la nueva Morrigan.

Sus Dioses abandonaron este mundo tiempo atrás, dejándola a ella como su ejecutora; la Protectora. Y ni siquiera era capaz de cuidarse a sí misma.

El nauseabundo olor a podrido la puso en alerta. El *Kheper* parpadeó de la forma habitual, revelando una presencia. Se acercó en silencio, decidida a plantar batalla. Llevada por sus lúgubres pensamientos, había descuidado la

precaución y se encontraba rodeada por... demasiados. No era capaz de contarlos. Sí... moriría luchando...

No tramaba nada bueno. Podía sentirlo. Al igual que la pena, el miedo y... otro sentimiento que no era capaz de identificar. Él sí se había abierto al Poder, a la fuerza de la Sagrada Unión; a diferencia de ella, que la rechazaba constantemente complicando de manera brutal su existencia. Mosqueado, decidió seguirla. Temía que cometiera una nueva tontería. A veces, era como una niña pequeña. No tuvo tiempo de crecer, de madurar; estaba atrapada en un momento de su vida que era incapaz de superar.

Alex también amó a su madre, pero no estaba dispuesto a pagar eternamente por unos pecados que no fueron suyos. Los errores lo condujeron a aquel lugar, con aquella gente. Fue duro en su momento; ahora, no era capaz de imaginar una vida mejor. Era un guerreño, un asesino, un cazador... Y le gustaba. Tomó sus armas, adivinando sus intenciones y salió tras ella.

Liberó la espada y gritando furiosa se lanzó al ataque. A diferencia de sus Hermanas, su Don no estaba relacionado con la guerra; tan solo podía confiar en su acero. Se llevó a dos por delante tras el primer mandoble.

Unas manos la sujetaron por detrás y el muy estúpido le mordió en el cuello. Cayó al suelo entre convulsiones y lanzando espumarajos por la boca. «Imbécil» pensó. La Sangre de Isis corría por sus venas y ésta era un veneno mortal para los niños de Medusa. Los deshacía por dentro, como pastillas efervescentes cuando han sido lanzadas al agua. Un final terrible, doloroso en exceso y muy desagradable de ver. Como estaba ya muerto, se concentró en los otros.

Quedaban muchos. Si la capturaban podrían envenenarla con su sangre, transformándola en una especie de monstruo incontrolable: al igual que la diosa Sekhmet en una vieja leyenda.

Un *Am-Mut* cayó al suelo abatido. Luego otro... y otro más. Alex disparaba desde las alturas portando un hermoso arco. Las sibilantes flechas surcaban el viento, rápidas y veloces, atravesando a sus objetivos antes de que pudieran pestañear.

Siora aprovechó la confusión y volvió al ataque. El romano corrió a su lado, liberando sus hachas gemelas. Pelearon juntos, perfectamente coordinados; como si de un sangriento ballet se tratara.

Disfrutaban de la masacre. La muerte era su medio de vida y la saludaban cada vez que enviaban a la oscuridad a alguno de los *Am-Mut*. Acabaron solos, rodeados de sangre y miembros amputados; jadeando y sonriendo. Se miraron, se tentaron. Y como siempre, terminaron en suelo forcejeando por alcanzar un furioso clímax. Alejándose después con el corazón dolorido...

Año 61 d.C.

Cerca de Londinium...

Britannia

Habíamos sido traicionadas. Yacía aterrorizada bajo el cuerpo de aquella bestia. Mi bella *piuthar*, la dulce Isolda, fue la primera. Mientras éramos obligadas a mirar, uno de los monstruos desgarró sus ropas y la montó como un salvaje. Aguantó de forma estoica, pues era una mujer fuerte y su orgullo equiparaba al de la *Banrigh*. Hasta que la mordió. Desgarró uno de sus pechos, bebiendo con avidez su sangre. Los gritos de horror de mi *piuthar* resonaron por los restos de lo que fue nuestro campamento.

No pude contener las lágrimas; se deslizaron silenciosas por mis mejillas. Invocaba a Morrigan y la *Tuatha* parecía no escucharme. Quedó con la mirada vacía, clavada en el techo. Su cuerpo inerte se deslizó entre los brazos de aquel ser demoníaco que le había robado su esencia más vital.

—Y ahora tú —dijo agarrando a *Màthair*.

Su fuerza era sobrehumana; poco pudo hacer para defenderse. Le clavó los dientes en el cuello, sorbiendo con rapidez los fluidos que la llenaban de vida.

—¡No! —pude gritar al fin—. ¡Déjala! ¡Suéltala!

El pánico se apoderaba de mí, amenazando con arrastrarme a la oscuridad. El monstruo no mató a *Màthair*. Llevándola al límite entre la vida y la muerte, se desgarró la muñeca y la obligó a beber de allí. Al principio la *Banrigh* se resistió; luego, lo agarró con fuerza y empezó a

beber con voracidad. No daba crédito. ¿Qué estaban haciendo con mi *Màthair*?

—Ya basta —dijo la bestia apartándola de un empujón.

Los ojos de Bodica seguían codiciosos la sangre, que manaba de la muñeca del demonio con forma de hombre. Pasó su lengua por la herida y la cerró al instante.

—Qué preciosidad —murmuró el que me sujetaba—¿Puedo divertirme con ella? —dijo mordiéndome la oreja y manoseando mis pechos.

—Espera que ésta comience—. Señaló el otro a Bodica—. Pero no la mates. Tengo planes mejores para ella.

Sentí náuseas. Sabía lo que se avecinaba y no creía ser capaz de soportarlo. Mi *Màthair* comenzó a convulsionar. Vomitó vaciando su estómago, porque todo su cuerpo se purgaba por dentro; poco a poco, entre terribles sufrimientos, sus funciones vitales se apagaron. La luz de sus ojos se extinguió y la vida escapó de sus labios en un último suspiro.

Se divirtieron, vejándome de mil formas diferentes. Ni la muerte, ni la oscuridad se apiadaron de mí. Fui consciente de cada una de sus acciones. Ambos disfrutaron a la vez y por separado, hasta que mi cuerpo pareció no resistir más.

Me dejaron desmadejada en un rincón, esperando...

¡*Crack!* El sonido de un golpe atrajo mi atención. Un hermoso *Tuatha* de mirada gris había destrozado el cráneo de uno de ellos con sus propios puños. El otro se lanzó por él, armado con una espada. Un sable curvo rajó la garganta del monstruo, que cayó entre borboteos de su sangre maldita. Remató al otro para evitar que volviera a levantarse con la misma arma.

El joven *Tuatha* acudió a ver mi estado y suspiró aliviado. Viviría a pesar de todas mis heridas. Cubrió con delicadeza mi cuerpo, acunándome entre sus brazos. Me removí asustada y él comprendió, dejándome libre.

Bodica abrió los ojos. Una mirada fría, muerta, se clavó en mí. Se relamió los labios, casi saboreando a su presa.

—Cuidado —me dijo el *Tuatha*—. No te muevas. Yo me ocupo.

No le di tiempo. Tomé su sable y corté la garganta de la *Banrigh* con un rápido golpe. Comprendí sus planes en cuanto vi aquellos ojos. Iba a ser su alimento. La humillación total que remataría el final de mi familia. El *Tuatha* me miraba sorprendido, interrogándome con la mirada.

—No era mi *Màthair* —fue mi única respuesta...

En un lugar que jamás será revelado...

Observo la procesión, escondida. Creen que estoy muerta... Los *Tuatha* no nos abandonaron, tan solo llegaron tarde. Los pueblos *britannos* que se habían levantado contra el *Caesar* yacían en una fosa, olvidados... Sus cuerpos en descomposición eran devorados por los gusanos. Hombres, mujeres, niños...

El *Generalis* no tenía alma. El castigo al que fueron sometidos fue tan brutal que hasta la mismísima Roma lo consideraba un desatino. Los Demonios de Sangre enviados como perros para hacer el trabajo sucio no dejaron alma con vida.

Me siento humillada. Suetonio narra una falacia sobre nuestra destrucción. La traición corroe mi alma, clamando venganza con mayor intensidad que en el pasado.

Los carros portan los cuerpos de *Màthair* y *piuthar*. Y el mío... Tres tumbas... Tres, que acogerán los restos, enterradas entre grandes honores por las gentes de mi *Màthair*. Cuando el *Waej* me salvó de una terrible muerte a manos de aquella que me dio la vida, se dedicó a buscar entre los cadáveres.

Los sollozos que escapaban de mi pecho y me acerqué a ellas. Isolda y *Bodica*... Sus hermosos rostros me persiguen en sueños. Me piden que tome las armas y cumpla sentencia. Morrigan entró en la tienda, seguida de sus guerreros. Me tomó entre sus brazos y curó mis heridas, acunándome como a niña y dejando salir mi pena.

El joven de ojos grises regresó al cabo de un tiempo. Arrastraba un cuerpo con él. Entre todos le ayudaron, disponiéndolo de forma similar al de mi hermana. Sus cabellos eran negros y abundantes. Sus ojos muertos y su rostro atrapado en una mueca de auténtico terror, eran muy similares a los míos.

Morrigan me soltó tras acariciar mis mejillas y secar las lágrimas que la surcaban. Se acercó a los restos de la joven y pasando su mano por aquellos cabellos, los tornó en un color rojo intenso. Era como si pudiera verme a mí misma muerta... Partí con ellos. Morrigan me puso a su cuidado, regresando a su tierra donde también se combatía contra aquellos monstruos.

Observo cómo depositan a mi familia en aquel oscuro lugar, donde reposarán sus restos por toda la eternidad. Nadie dirá jamás nada. Si son halladas, las tumbas serán espoliadas para triunfo de Roma. Mi *Màthair* venció en la muerte. No pueden profanar sus restos y exhibirlos cual trofeo. No lo harán.

Me despido de ellas por una última vez. Mi destino es incierto. Tan solo sé que debo hacer algo para calmar el ansia que me corroe. Tal vez me una a los hombres de Morrigan; tal vez parta a Roma... No lo sé... Él me espera junto a los caballos. Quiere hablar conmigo sobre mi futuro. Observo sus ojos tiernos. Tal vez... No, no lo sé...

CAPÍTULO 9

En su noche libre a Egil le gustaba aprovechar el tiempo. Con ese pensamiento, eligió un numero de agenda al azar y llamó. Tras quedar con una chica, se marchó silbando y dejando el olor de su colonia impregnado por toda la casa.

Sheritra había comenzado a trabajar en el jardín por las tardes y decidió quedarse en la casa. El resto se organizó con Akhesa para la partida de caza y se fueron tras la puesta de sol. Alex y Siora seguían distanciados, percibiéndose un sutil cambio entre ellos. Esperaba que arreglaran sus problemas. El Artesano parecía un buen tipo y deseaba lo mejor para su amiga.

Tomó una frugal cena y se recogió en su cuarto. No tenía sueño; sus costumbres eran más bien nocturnas y se entretuvo con un buen libro. Extrañaba a su pequeño Horus. Llevaba desaparecido un par de días y aquello la inquietaba. Ojalá no se hubiese cansado de ella. No quería que la abandonara, pero era un ave salvaje. Lo más lógico era que se topara con una hembra de su especie y juntos formaran su propio nido. Podía imaginar a las pequeñas crías de halcón... Le sacó una sonrisita y volvió a concentrarse en la lectura. Unos golpecitos sonaron contra el cristal, haciendo que saltara de la cama. Esperaba que su pequeño rapaz volviera a casa.

Vigilaba la casa en la distancia. No podían detectarlo; no era ni un *Am-Mut*, ni un Renegado. Ni siquiera podrían llegar a imaginarse que él se atreviera a personarse en ese lugar. Y allí estaba.

Una única luz permanecía encendida. Podía sentir su esencia desde aquella distancia. Cerró los ojos y visualizó su *ka*. Era deslumbrante, reluciente. Se encontraba relajada, descansando en la calma de su alcoba. Aquella noche iba a reclamarla...

Abrió la ventana y... nada. Decepcionada, se quedó observando el exterior atraída por la oscuridad. Era una noche fantástica, de suave brisa para la época del año en que se encontraba. El cielo, cuajado de estrellas, resultaba fascinante. Una silueta se perfiló en el jardín, despertando sus sentidos. Su cuerpo respondió ante su presencia...Y la llamaba...

Acudió al jardín. Llevaba tan solo un suave camisón de raso que enfatizaba la sinuosidad de sus curvas. Al frescor de la noche, sus pezones se erizaron marcándose contra la tela. Su cuerpo era fuerte, lleno de formas que invitaba a los hombres a perderse entre ellas.

Se observaron en silencio. La electricidad entre ellos era palpable. Él lucía un simple faldellín anudado a la estrecha cintura, con el pecho desnudo y mostrando su poderosa musculatura. Más que resultarle extraño le parecía tremendamente adecuado.

Acortó la distancia, invadiendo su espacio personal. Era tan grande... Le hacía tan pequeña sentirle tan cerca... Extendió una mano y acarició uno de sus pechos a través del tejido. Pellizcó suavemente el enhiesto pezón, provocando un chispazo que recorrió sus terminaciones nerviosas. Jadeó. Sintió la humedad entre sus muslos y apenas la había tocado. La mano fue sustituida por la boca, succionando su pecho con auténtico placer. Los dedos masculinos se deslizaron hasta su cintura, apretándola contra él, empujándola más hacia su boca. La otra mano caminó por su cuerpo, buscando, hasta alcanzar la oquedad que se escondía entre sus piernas.

Sheritra se dejó hacer, sumisa... de momento. Los dedos encontraron el botón de placer, dibujando ligeros círculos alrededor. «Deliciosa» pensaba saboreándola. Introdujo el pulgar en su rendija; estimulando, jugando, incitando. Estaba muy mojada. A ella le temblaba todo el cuerpo y las piernas se le volvieron de mantequilla. Si no la tuviera bien sujeta, se escurriría hasta el suelo.

Abandonó el excitado y enrojecido pezón para dedicarse al otro con el mismo entusiasmo. Ella se aferraba a sus hombros, apretándolo contra su cuerpo de forma inconsciente. Cerró los ojos y se dejó llevar, con la boca abierta por el placer y soltando pequeños gemidos que lo enardecían.

Ramsés bajó los labios por su cuerpo, descendiendo entre cálidos besos que humedecían la prenda hasta alcanzar sus muslos, entre los que se

perdió. La boca volvió a sustituir a la mano, hurgando entre sus pliegues y degustando su sabor. La penetraba con su lengua, entre mordiscos, la chupaba y lamía hasta que la miel anegó sus labios. Estaba a punto... y era el momento. En el mismo instante en que ella alcanzaba el clímax, clavó sus largos colmillos en la vulva. Chupó el clítoris junto con sus deliciosos jugos y la sangre que se le acumulaba con fuerza en los labios, aumentando un placer que explotó en ella como un volcán y la recorrió de arriba abajo. De dentro hacia fuera.

En su paladar se mezclaron los dos sabores: la embriagadora sangre y el néctar de sus fluidos. Perdió el control... su cuerpo lo traicionó y eyaculó como un adolescente poco experimentado. Retiró los colmillos y deslizó la lengua por las heridas. Su saliva hizo que cicatrizaran al momento.

Sheritra se encontraba mareada por la intensidad de la experiencia vivida. ¿Qué la había poseído para que reaccionara de tal forma? La había mordido en la parte más íntima de su cuerpo, bebido de ella... y en lugar de repelerle su orgasmo había sido brutal; alcanzando la culminación más intensa de toda su existencia, dejándola débil y vencida. Ramsés levantó el rostro, que seguía oculto entre sus piernas y ambos se miraron.

—¿Qué eres? —preguntó intentando recuperar el aire y sujetándose con fuerza a sus hombros.

—Ya lo sabes —respondió con aquella perversa sonrisa que la volvía loca.

Desconcertado por su inesperada reacción, no supo ver cómo ella se iba recuperando con rapidez. Cabreada con sus instintos traidores, lo empujó con fuerza para apartarlo de ella. Su mente racional volvía a funcionar y desconfiaba de él. A pesar de ese momento tan íntimo compartido, el asunto del mordisco disparó una alarma que despertaba todas sus sospechas.

—Todavía ignoras muchas cosas de los *Waej, tasherit*.

Aquella palabra escapó de forma natural de su boca. En otros tiempos se lo habría cuestionado, pero le pareció adecuado usar ese apelativo cariñoso con ella.

—No vuelvas a hacer eso —dijo apartándose—. Es... es... asqueroso.

Era una mentira flagrante y él lo sabía, su sonrisa y la mirada que le lanzó se lo mostraba. Lo había disfrutado, y mucho... No pensaba confesarlo jamás. Era darle un poder sobre ella que no tenía ninguna intención de otorgar. Ramsés intentó acercarse y Sheritra retrocedió.

—No debes temerme —dijo mostrando sus palmas en señal conciliatoria.

—No te temo —respondió seca—. Solo quiero que te marches.

—Esto no ha terminado todavía... —amenazó y volvió a avanzar hacia ella.

Usando su pulsera, Sheritra sacó su lanza y lo atacó con ella. Ramsés, estupefacto, la esquivó de milagro. Otra vez su pequeña sacaba las garras; era otra leona. Cruzándose de brazos, en esa postura típica de guerrero que a ella comenzaba a parecerle familiar, la miró de arriba abajo, devorándola con sus ojos y dijo:

—Por hoy quizás. Pero volveremos a vernos... —advirtió.

Antes de desaparecer de un salto, ella le escuchó decir burlón:

—Demasiado intenso para ti...

Permaneció escrutando la oscuridad, molesta, sujetando su lanza con firmeza y dispuesta a insertar a quien se pusiera ante sus narices. Pasaron los minutos y la calma invadió el lugar.

Se dejó caer al suelo de rodillas. Seguía excitada. Su cuerpo pedía más, necesitaba más. No estaba conforme con las decisiones tomadas por su cabeza, que tampoco ayudaba. Recordar cómo la había tomado en su boca...

Bufando, bajó la vista al suelo y una mancha en el césped llamó su atención. La tocó con sus dedos sintiendo su textura viscosa. Y sonrió. Sí, demasiado intenso, pero no solo para ella...

Era el día de la inauguración de la tienda de Johanna y sus Hermanos querían estar presentes. Se levantaron un poco más temprano de lo habitual, vistiéndose de forma casual.

El vikingo lucía una sonrisa que llenaba toda su cara y piropeaba a cada chica que se le cruzaba por delante. Sus Hermanas reían divertidas, en cambio sus parejas lo fulminaban con la mirada. En la tienda, su compañera se acercó apartándolo del resto.

—Déjalo, anda —dijo Sheritra entre risas—. Si sigues así, alguno de nuestros Hermanos acabará por cortarte ese miembro del que tanto presumes.

Y le guiñó un ojo. Travieso, Egil abrazó a su amiga levantándola por los aires. Un fuerte empujón casi los tira al suelo y soltando a la chica para disculparse, se encontró con unos furiosos ojos dorados de mirada asesina. Por lo visto aquel tío no tenía ningún sentido del humor.

—Lo siento —dijo pacificador—. No me había dado cuenta que había alguien al lado nuestro. Perdona si te hemos golpeado.

El otro siguió mirándole con el ceño fruncido y la mandíbula apretada. «Este no ha cagado hoy» pensó burlón el vikingo al ver su cara de mala leche.

Sheritra se asomó curiosa entre sus brazos y ahogó un grito. Se deshizo del apretón de Egil y corrió lanzándose a los brazos del otro hombre, que la recogió encantado.

—¡Qué bien que estás aquí! —exclamó—. Me alegro muchísimo de verte.

Y plantó de forma familiar un ligero beso sobre sus labios. Los dos chicos la miraron sorprendidos. Ella fingió una alegría que no sentía. ¿O sí...? No era momento de analizar sus sentimientos, sino de evitar una confrontación.

—Egil, Hermano —dijo remarcando la palabra—, él es...

Se quedó en blanco. No sabía su nombre. Ramsés acudió al rescate ya que en ninguno de sus encuentros se lo había dicho. Si conocía el de ella, era porque consiguió arrancárselo a la fuerza. Alargó la mano y se presentó.

—Ramsés —dijo amistoso—. Perdona mi reacción, me sorprendió...

—Tranquilo —dijo Egil arrastrando la «a» de forma elocuente y aceptando el saludo, miró a su amiga con la picardía brillando en su rostro—. Lo comprendo. Os dejo un momento que creo que me están llamando por allí...

Señaló un lugar al azar y se dirigió hacia el lado contrario, guiñándoles un ojo y dejándolos solos. Ramsés aprovechó para sujetarla con fuerza. Si quería dejarlo plantado, la chica tendría que montar la escena que parecía deseosa de evitar.

—Si llego a saber que vas a recibirme así, habría venido antes —susurró en su oído.

—Vete a la mierda —espetó ella sin tapujos, con una sonrisa disimulada—. Debería haber dejado que Egil te cortara como un filete con su espada. Si no lo hago, es por no romper nuestra tapadera. El local está a rebosar.

Ramsés se echó a reír. No sería la primera vez que un *Waej* tiraba de hechizos para ocultar un suceso público desagradable.

—Creía que estaba prohibido pelear durante el día.

Clavó sus dorados ojos en ella. Por fin podía apreciarla a plena luz. Tenía una mirada preciosa, de ojos grandes y un tanto rasgados en la parte exterior. Y ese tono avellanado... lleno de motitas verdes. El pelo era de un color similar al de sus iris, tirando hacia el caramelo. Se veía tan suave como lo era al tacto. Los destellos de sol le arrancaban algún que otro brillo rojizo aquí o allá. Y aquellas pequitas sobre su nariz decidida... «Sí» reafirmó «Deliciosa».

Para ella fue un error mirarlo. Bajo el sol era mucho más atractivo. Tenía la piel dorada, lo que destacaba los rasgos angulosos de su rostro. La mandíbula estaba rodeada de una suave pelusilla de color rojizo, igual que el de su cabello. Jamás hubiera imaginado que era pelirrojo. Normalmente éstos solían ser blancos y pecosos, como su amiga Siora. Y aquellos ojos de león: dorados, brillantes y tan profundos... Sus pestañas eran tan oscuras que le confería una mayor intensidad a su mirada. Se le hizo la boca agua...

—Solo está prohibido con los *Am-Mut* —replicó—. Como todavía no sé dónde encasillarte, tengo vía libre.

Él volvió a reír. También era divertida, cosa que le agradó. No podría soportar a una compañera seria y aburrida.

—¿Por qué no salimos fuera y te explico dónde puedes ponerme...? —preguntó con la voz enronquecida y alzando las cejas para remarcar el doble sentido de sus palabras.

Esperaba poder alejarla de sus compañeros para seducirla. Quería terminar lo iniciado la noche anterior y la paciencia no estaba precisamente entre sus mejores virtudes. No en lo que a ella concernía. El sabor de su sangre le seguía rodando por la lengua. Ansiaba más. Mucho más. Ella no estaba dispuesta a dejarse engatusar. Era joven, no estúpida.

—No pienso ir contigo a ninguna parte. Así que, mejor vete y ya hablamos en otro momento; en el que cuando me molestes, pueda ensartarte con mi lanza.

Los ojos de Ramsés brillaron maliciosos.

—¿Sabes que suena a proposición indecente? —bromeó—. Prefiero ensartarte yo con la mía —susurró en su oreja para que solo ella pudiera escucharle—. Atravesarte con ella una y otra vez. Hundirla hasta la

empuñadura, para que te corras y grites mi nombre; una vez detrás de otra...

Sheritra contuvo un jadeo. Sus palabras eran tan explícitas que hasta podía imaginarlo sobre ella... Si era sincera consigo misma, lo deseaba. Maldito fuera por ponerla así. Se removió incómoda, sintiendo el calor que las palabras provocaban en su cuerpo. Allí donde sus cuerpos se juntaban, el fuego quemaba la piel.

Se escurrió de entre sus brazos, sacándole la lengua antes de escaparse. Ramsés sonrió fascinado. Le encantaba. Para él era todo un estímulo... No tenía ninguna oportunidad de escapar de un experimentado cazador. Iba a seguirla cuando unos ojos, idénticos a los suyos, lo detuvieron. Fue invitado el exterior y aceptó, olvidando su buen humor.

—*Rameses* —saludó seca.

—Nemutawy —respondió de la misma forma—Creo que ese es tu nombre ahora ¿Me equivoco?

Ella asintió con brusquedad. No le gustaba su presencia allí. A pesar de las advertencias de *Ast*, no era capaz de tolerarlo.

—Aléjate de ella.

—No ¿Vas a impedírmelo o qué?

Comenzaba a enfurecerse.

—No puedo—. Se cruzó de brazos al igual que él—. Pero sí sé lo que le sucede a todos los que te rodean. Así que, si de verdad te importa algo, déjala.

Ramsés la miró sorprendido. Esperaba una dura discusión: insultos, amenazas... Aquella furiosa resignación lo dejó descolocado. Estaba acostumbrado a la *Waej* airada; sabía cómo tratarla, cómo picarla y enfurecerla hasta hacerle perder el control. En cambio, a esta nueva actitud no sabía enfrentarse. Vio la profunda tristeza de sus ojos, lo que tocó su corazón endurecido. Como antaño... Los recuerdos acudieron a su mente, desarmándolo y dejándolo tan débil como a un niño.

—No hagas más daño —suplicó—. Vete, *Rameses*. Vete y no vuelvas jamás...

Se alejó en silencio. Una herida que creía cicatrizada mucho tiempo atrás, se abría de nuevo...

Noche de caza. Buscan a su presa siguiendo un rastro de pútrido olor. La han encontrado y pueden verla. Se esconde en la oscuridad esperando pasar desapercibida. No para ellos, grandes depredadores de la noche que preparan sus armas dispuestos al ataque.

Un ruido a sus espaldas les advierte del peligro, por lo que no son sorprendidos. Son acometidos por seres furiosos que rugen intentando atraparlos, con la saliva goteando de sus bocas como animales rabiosos.

Logran separarlos y él pelea diestro mientras lo van alejando de ella. Una cuchillada certera logra alcanzarle, haciendo que el dolor estalle. «Imposible... No puede ser...» Tan solo las Armas Sagradas pueden dañarle.

Ella se defiende por el suyo. Libera su poder, invocando el Halo de su Diosa protectora. Los Demonios de Sangre caen bajo su embrujo y danzando en la batalla, arranca sus vidas de una en una.

Tan solo una hermosa mujer, de cabellos tan oscuros como sus ojos, queda en pie. Le amenaza con un arma y la cazadora sonríe. Invoca su poder con más fuerza y...

Algo se clava en su vientre penetrando hasta sus intestinos. La mujer retuerce el arma disfrutando con ese gesto, sonriendo altiva y sabiéndose vencedora. Antes de perder la conciencia y caer fulminada al suelo, el recuerdo de unos intensos ojos dorados acude a su mente...

—¡No! —gritó Ramsés enfurecido, deteniendo la cuchillada que iba a rematarla.

Erzsébet portaba un *Iry-Seuser*, pero a él no iba dañarlo. Lo miró furiosa, forcejeando para librar su brazo.

—¡Para! —rugió—. Si le haces más daño, yo mismo me encargaré de que tus pedazos lleguen a manos de *Sutej*.

La ira reflejada en sus ojos la asustó. Relajó el brazo y Ramsés le arrancó el arma de las manos, un puñal finamente labrado. Para poder herirla con él, tuvo que acercarse demasiado. ¿Cómo no lo había visto venir? No comprendía cómo había bajado tanto la guardia para que la Am-Mut pudiera vencerla de esa forma.

Erzsébet se frotó la dolorida muñeca. El maldito Renegado era demasiado fuerte. Si no fuera por la prohibición impuesta por su Padre, que la estrangularía con sus propias entrañas en caso de provocarle el más mínimo rasguño, disfrutaría mucho jugando con él... Poco podía hacer y menos sin el arma. Antes de que cambiara de idea y decidiera acabar con ella, tomó la decisión de huir. Aprovechó el interés que despertaba en él la chica que yacía desangrándose en el suelo, y se escabulló sirviéndose de la oscuridad. De todas formas, la estúpida *Waej* pronto abandonaría este mundo. Las heridas eran demasiado profundas y en pocas horas estaría muerta. Tenía una jugosa historia para regalar en los oídos de su Padre. Cualquier debilidad que pudiera usarse en contra del Rey de los Renegados, sería bienvenida.

Se estaba muriendo, la vida se le escapaba en cada aliento. La tomó delicadamente entre sus brazos y por primera vez en mucho tiempo, oró a los Dioses. Seguía su rastro cuando presintió el peligro. Aceleró sus pasos, llegando demasiado tarde. El dolor provocado por el cuchillo también le alcanzó, doblándolo en dos y obligándolo a detenerse. Aun así, el temor a perderla fue más intenso que la del martirio al que estaba siendo sometido su cuerpo. Reponiéndose a la tortura, aceleró el ritmo de sus pies. Un segundo más y... No quería ni pensarlo.

Su preciosa sangre escapaba a borbotones por las heridas, mezclándose con el líquido que emanaba de los intestinos. En pocas horas, moriría entre terribles sufrimientos. Tan solo había una manera... Ni las manos de las Sanadoras, ni los más grandes conjuros podrían salvar su vida. Solo el poder de la Diosa y... Tan solo había una manera... Corrió con ella en brazos, sosteniéndola con delicadeza. Esperaba no llegar demasiado tarde....

El agudo timbre del teléfono resonó por todo el despacho. Su repiqueteo insistente fastidió a toda la casa, que acababa de recogerse para dormir. Hastiada, Siora abandonó su cuarto con pasos firmes y molesta. Llamó la puerta del dormitorio de Akhesa y nada. No estaba.

Al no recibir respuesta y considerando que algo importante debía suceder para ser importunados de una forma tan enfática, se dirigió al despacho a acallar al ruidoso aparato. Descolgó el teléfono y respondió con voz seca.

Casi se le escurre de entre los dedos escuchando a la voz que hablaba desde el otro lado. El resto de la casa, alertados también por el pesado ruido, aparecieron por allí; la palidez en el rostro de la celta los puso en guardia. Akhesa entró y se lo arrancó de las temblorosas manos.

—Soy Akhesa ¿Quién habla?

—Will, *Hem-Netjeret* —respondió una voz masculina y procedió a narrarle las malas noticias.

La mirada de Akhesa perdía luz poco a poco. La situación había empeorado. Tendrían que tomar cartas en el asunto de forma rápida y eficaz, antes de que las consecuencias resultaran desastrosas.

—Comprendo —dijo tras una pausa—. Reúne a tu equipo. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Yo haré lo propio con el mío. Y Will... —Su tonó de voz cambió, tornándose más cariñoso—. Tened mucho cuidado.

La voz del otro lado se despidió y cortó la llamada. Akhesa permanecía pensativa con el auricular todavía en la mano. Siora la observaba horrorizada. La tensión podía palpase en el despacho.

—Vayamos al salón —dijo antes de dejar el teléfono en su sitio.

Se dirigieron con paso ligero, expectantes y preocupados por la reacción de ambas mujeres. Una vez reunidos, fue consciente de dos ausencias. El asunto era tan urgente que no podía esperar a que se personaran en el lugar, más tarde hablaría con ellos.

—Una de nuestras *Per-Mut* ha sido atacada. En ella se encontraban almacenadas diferentes *Iry-Seuser* y algunos *Kheper*; han sido robados por Erzsébet y sus *Am-Mut* —calló un momento para dejar que las palabras calaran entre su gente.

Los rostros de los presentes pasaron por diferentes emociones: preocupación, miedo, ira...

—Comprenderéis las repercusiones que este suceso puede provocar. Sois vulnerables ante esas armas. Pueden dañaros e incluso mataros; y ni siquiera el Don sanador de Jonsu podría curar vuestras heridas... —Observó a todos los presentes con decisión en sus ojos—. En lo que lleven los *Kheper* encima, no pueden ser detectados. Vuestros Dones serán inútiles porque los protegerán de los hechizos, ya que no han sido conjurados para ser el recipiente de ningún *ba*. El peligro al que nos enfrentamos es grande.

Los *Waej* se removían inquietos. Nemutawy mantenía una expresión seria. Tiempo atrás, los *Am-Mut* ya se hicieron con los *Iry-Seuser*. El resultado fue terrible. Tanto, que sus vidas cambiaron de forma radical. Era una muy mala señal que en el momento en que se iniciaba la recuperación de los viejos modos, la historia volviera a repetirse.

Ladè se mantenía estoica. Su Don no peligraba, puesto que el efecto actuaba sobre su persona. No le gustaba nada la situación porque detestaba sentirse vulnerable. Su cuerpo mostraba las viejas cicatrices de los *Iry-Seuser*, recibidas de forma ritual en un viejo templo, desaparecido milenios atrás.

Siora temblaba. El pánico y la rabia se mezclaban, embargándola por completo. Sus recuerdos del pasado, frescos en la memoria a pesar del tiempo transcurrido, la atormentaban más que nunca. La sangre de su madre y su hermana clamaba justicia desde su tumba perdida. Si ella caía, jamás hallarían la paz.

Alex no temía por él. Le asustaba perder a la pelirroja que ponía su mundo patas arriba. Deseaba abrazarla para calmar su miedo, pero no soportaría un nuevo rechazo. Cada día se le hacía más y más difícil sobrellevarlo, el dolor se hundía en su corazón como un cuchillo.

—Tenemos que advertir a los demás —dijo Siora apesadumbrada.

—Yo mismo iré. Puedo ir a buscar a Jacques y Johanna—. Ofreció Alex

—Y yo a Layla —dijo Akhesa—. Te acerco y te dejo cerca de su casa. Luego voy por ellos. Por cierto ¿Alguien ha visto a Egil y a Sherit? No les he sentido llegar —preguntó extrañada.

Se miraron entre ellos, negando con sus cabezas o con un gesto.

—Los espero levantada.

Se brindó Siora.

—Los demás, id a descansar —sentenció la Líder—. Nos espera un trabajo duro. Tenemos que recuperar los *Iry-Seuser* y los *Kheper* a toda costa. Sois todos grandes guerreros, los mejores que conozco. Haced todo lo que tengáis que hacer.

Los despidió con un gesto abandonando la sala acompañada por el Artesano. Cogió las llaves de su vehículo y salieron por la puerta. No llegaron muy lejos...

El vikingo apareció arrastrándose, sangrando por numerosas heridas y vivo a duras penas. Akhesa y Alex lo recogieron de forma rápida y cuidadosa para trasladarlo a su habitación. Lo recostaron en la cama y Siora procedió a cortar la ropa para examinar sus heridas. Eran muchas y parecían muy dolorosas, pero no revestían gravedad. Su hermoso cuerpo quedaría surcado por cientos de cicatrices de diferentes formas; por fortuna no le acarrearía mayores consecuencias. Se limitó a lavar, coser y vendar los cortes hasta que finalizó la laboriosa tarea.

Era una lástima. Su cara, de la que tanto se jactaba, quedaría marcada para siempre con una fea cicatriz que le cruzaba todo el rostro, desde la ceja a la barbilla. La aguja e hilo con que efectuó las suturas eran un precioso regalo del Artesano, realizado con los mismos hechizos con que creaba los *Iry-Seuser*. Le otorgaba una cualidad especial: lograba que las heridas provocadas por las Armas Sagradas se mantuvieran cerradas y cicatrizaran antes de lo habitual.

Con ayuda de su compañero hizo tragar al vikingo un poderoso brebaje, cuya receta la aprendió de los *drwidy* que habitaban las Altas Montañas. Egil lo escupió con un furioso rugido y abrió los ojos. Al verse rodeado de rostros familiares se relajó, acomodándose en la almohada. Hasta que los recuerdos de esa noche lo asaltaron.

—She...rit... —Logró decir con la voz enronquecida—. ¿Don... donde... est...a? —preguntó inquieto, intentando incorporarse.

Siora tuvo que usar todas sus fuerzas para empujarlo al colchón. Alex y ella se miraron preocupados. Sheritra no había vuelto; si el experimentado vikingo había regresado de aquella forma... Intentaron no dejarse llevar por el pánico, hasta que el otro pudiera explicarse.

Siora colocó un dedo sobre sus labios, pidiéndole silencio con ese gesto.

—Luego nos cuentas, Egil —susurró—. Ahora necesitas descansar para recuperarte.

Y besó su frente con cariño.

Salieron juntos del dormitorio, con un mal presentimiento en sus corazones. La celta se encontraba al borde del llanto, los ojos húmedos así se lo mostraban. Amaba a su Hermana, su amiga. Daría la vida por ella si fuera necesario. Así de leal era ella. Hubo un tiempo en que también la habría dado por él... Aquel no era momento para lamentarse por su mala suerte. Tenían que encontrarla de forma urgente.

Siora se quedó al cuidado de Egil, esperando a que despertara para poder averiguar qué era lo que había sucedido. Por desgracia podían hacerse una clara idea...

El vikingo se removía inquieto en sueños, hablando en algunos momentos en un idioma que la celta no supo identificar. Imaginó que era su idioma natal.

Gotas de sudor resbalaban por su frente y ella, solícita, las limpiaba con un paño mojado en agua fresca. Parecía tener fiebre, por eso lo controlaría hasta la puesta de sol. En cuanto la Sangre de la Diosa tomara nuevamente fuerzas en su cuerpo, acabaría desterrando el mal que pudiera aquejarlo.

De sus labios escapaba una y otra vez un nombre femenino: *Gunnhildr*. Poco sabían de la vida anterior al Renacer del vikingo. Existía una vieja leyenda donde se hablaba de él como un antihéroe; la auténtica verdad nadie se la había planteado. Debió quererla mucho por la forma en que lo pronunciaba. Picó su curiosidad y se planteó preguntarle por ella cuando superaran el problema que se les venía encima.

Se repartieron las diferentes zonas del pueblo. Johanna no podía abandonar la tienda, y el resto del grupo salió en busca de su Hermana, entre la esperanza y el miedo. Sheritra era una chica lista. Lo más probable es que eludiera el peligro y anduviera buscando de forma incansable a su amigo.

Se dedicaron a buscarla hora tras hora por todas partes y... nada. Regresaron tristes y cansados a la casa, donde Siora les esperaba agitada. Egil había despertado y se reunieron alrededor de su cama para escuchar la historia de sus propios labios.

Los ojos del vikingo estaban llenos de pesar, enrojecidos al contener unas lágrimas que pugnaban por salir. No la había protegido. Su niña estaba bajo su cuidado y le había fallado. Intentó varias veces abandonar el lecho desesperado por buscar a su Hermana. Siora no le dejaba y los sombríos rostros de sus Hermanos aumentaban sus peores temores.

Sheritra estaba desaparecida y era muy probable que se encontrara muerta. Tan solo deseaba localizar su *Kheper* para liberar su alma y entregársela a la Diosa. Si ésta caía en manos del enemigo... No quería, no podía ni pensarlo...

CAPÍTULO 10

Templo de Isis Otro Mundo...

Perdido entre las arenas del desierto en un lugar olvidado de Egipto, se hallaba la puerta a la morada de la Diosa. Solo se necesitaba conocer el camino y el acceso a la otra dimensión donde la Madre se refugiaba, se abriría para ella. Horus la esperaba en la puerta, así que ya sabían que estaba allí.

Siguió al Dios a la sala del trono donde Isis gobernaba vigilando a sus *Hem-Netjeru* a través de las aguas sagradas del Nilo, que nacían en su morada. La fuente principal se unía a través de una puerta dimensional a la que brotaba en el Mundo del Medio, en las montañas, mucho más al sur de Egipto, fluyendo cada vez más grande hasta desembocar en las aguas saladas del mar. Hubo un tiempo en que Isis residía en el Mundo del Medio, en los diferentes Templos creados para Ella en Egipto. Allí fue donde se desposó con Osiris antes de que fuera traicionado y descuartizado por su Hermano Seth. El Culpable de todos sus pesares, repartió los restos de su Amado por las diferentes tierras del reino para que la poderosa Diosa no pudiera hallarlo.

Se equivocó. Con la ayuda de su también Hermana Neftis, por entonces Esposa del Traidor, y de la Sombra del propio Osiris, se dedicaron a recorrer el mundo en busca de sus despojos. Poco a poco los fueron recuperando, los unieron y gracias a su poderosa magia pudo devolverlo a la vida. Por desgracia, Osiris había pasado demasiado tiempo entre los muertos. Para mantener el equilibrio entre los diferentes mundos, abandonó Egipto y se dirigió a la *Duat*, donde gobierna con mano firme desde su palacio de *Amenti*.

Antes de separarse, los Esposos se amaron una última vez y fruto de aquella unión nació Horus, el Dios de los ojos de halcón, Amo y Señor de las tierras de Egipto y Vengador de su Padre. Su lucha contra Seth removió los cielos y la tierra, incomodando a los Dioses que habitaban otros lugares. Ra tuvo que intervenir e imponer una prohibición que ambos Dioses y sus seguidores estaban obligados a cumplir.

Seth fue finalmente derrotado, pero no cedió en su venganza. A pesar de los eones transcurridos desde aquel suceso, seguía empeñado en destruir a la Diosa que frustró sus planes y lo apartó del dominio del mundo.

El lapislázuli y la turquesa dominaban la estancia, decorando los muros con hechizos tan poderosos como el mismo tiempo. El trono era de un metal dorado procedente de otros mundos. Finalizaba en forma de cuernos de vaca con dos plumas en su centro. Éstos eran largos, de un blanco tan puro que deslumbraba a los ojos. Llenas de un fantástico colorido tan magnífico con el de un pavo real, alargadas y enormes, eran las plumas que la propia Diosa cambiaba después de cada muda.

Isis se incorporó en cuanto accedieron a la sala. Su vestido, hecho con diferentes escamas de oro, lapislázuli y coral, ceñía su cuerpo cayendo hasta los tobillos. Un tocado en forma de trono decoraba su espeso y negro cabello, cubierto de miles de trenzas finalizadas en unas cuentas doradas, que tintineaban a cada movimiento de su cabeza y llegaban hasta sus pies. Extendió unas largas y poderosas alas, en las que predominaba el mismo azul que el de sus ojos, el color de su gema favorita, nacida de las lágrimas derramadas tras la muerte de su Esposo.

Jamás dejaría de sentirse sobrecogida ante la magnificencia de la Gran Madre de Egipto. Era tan hermosa, tan espléndida, que solo deseaba lanzarse a sus pies para besarlos; tal era la adoración que provocaba su sola presencia.

Isis saludó a su Hijo y lo besó en los labios. El Dios ocupó el trono de forma perezosa, sentándose de una forma poco apropiada para un Rey. Su Madre le lanzó una mirada de reproche; Él sonrió y siguió en sus trece. Sabiendo que no lograría nada, la Diosa decidió ignorarlo y centró su atención en la *Hem-Netjeret*.

—Sé lo que te ha traído hasta aquí —dijo con su voz cantarina, tan dulce como el arrullo de una nana—. No debes preocuparte. Está bien y en buenas

manos. Pronto volverá a vosotros—. Se acercó a Akhesa y acarició con mimo su rostro—. En cuanto a los objetos robados... No necesito decirte que son de vital importancia. Sin ellos, nuestros hijos están en un serio peligro y el *ba* de aquellos que deben iniciar su Renacer no puede ser guardado. Nos quedamos sin nuevos guerreros.

Ella asintió nerviosa. Los *Kheper* eran los depositarios de las almas de aquellos que se integraban a la guardia *Waej*. Sin ellos, los cazadores estaban desprotegidos de los hechizos oscuros de los *Am-Mut* y otros seres demoníacos, siendo un blanco fácil para los seguidores y amigos de Seth. Debían esperar para ser Iniciados hasta la recuperación de los amuletos. Y qué decir que para un *Waej* extraviar el suyo era perder por completo el alma...

—Tranquila, hija mía. Sé que lo conseguiréis. Confío plenamente en vosotros. Y cambiando de tema... —dijo sonriendo— veo que mis nuevos *Hem-Netjeru* se van adaptando.

Se oyó un bufido a su espalda y Horus comenzó a reír. Eran tan grandes sus carcajadas, que tenía que sujetarse el abdomen por el dolor que le provocaba la risa.

Su Madre lo miraba horrorizada por las malas costumbres mortales que estaba adquiriendo. Tal vez dejarle en el Mundo del Medio no fuera tan buena idea...

—Hacen lo que pueden —respondió Akhesa fulminando al Dios con la mirada.

Sus carcajadas resonaron más fuertes por la estancia, haciéndose eco entre las paredes. Se escuchó un chasquido y el Dios desapareció acompañado de un fogonazo luminoso. Y ataviada con unas ropas similares a las de Isis, la Diosa Neftis se acercó hasta ellas.

Besó a Akhesa en los labios como saludo y guiñó un ojo a su Hermana, quien contuvo un gruñido, exasperada. Horus no era el único que había sido contaminado por los humanos. La estadía de la Diosa entre ellos también dejó graves secuelas en su Hermana favorita.

A diferencia de la morena Isis, Neftis lucía una esplendorosa cabellera de fuego; oscura, brillante e intensa. Sus ojos eran verdes y resplandecientes, su piel algo más pálida que la de su Hermana.

—*La ha encontrado.*

Era más una afirmación que una pregunta, hecha para la mente de su Hermana.

—Sí —confirmó Isis en voz alta—. La ha encontrado.

Una sonrisa iluminó el hermoso rostro de la Diosa. Amaba profundamente a su hijo; le dolían muchísimo los pesares que tuvo que sufrir por culpa del cruel engaño perpetrado por su Abuelo. Esperaba que volviera a ser feliz nuevamente y parecía que aquello podía ser al fin posible. Isis leyó sus pensamientos y decidió revelarle la amarga verdad.

—No es como deseas, *Meryt*. No es ella. Esta niña tiene otro pasado, otra vida y tal vez no lo acepte —dijo acogiéndola con cariño entre sus alas.

—Su *ba* es muy poderoso, *Mut* —replicó, firme en sus creencias—. Sé que lo es. Y si fue capaz de sacrificarse por amor, podrá volver a encontrarlo en su interior. Confío en ellos... Además, *Rameses* no es un hombre cualquiera. Es mi hijo. Ninguna mujer por muy fuerte que sea, podrá resistir su cortejo. Lo conozco bien. Nació de mis entrañas. Como mujer, lo ayudé a forjarse como un Gran *Nesu*. Pase lo que pase no renunciará a ella. Y tú lo sabes mejor que nadie... —espetó mirándola de reojo.

Akhesa asistía en silencio al interludio de las Diosas, leyendo entre líneas de sus palabras aquello que había ido a buscar.

—Perdonadme, Señoras —dijo interrumpiéndolas con una reverencia ceremonial—. Mi deber está con mis *Waej*. Solicito permiso para partir, *Mut*.

Isis, que había olvidado la presencia de la *Hem-Netjeret* perdida en la conversación con su Hermana, le hizo un gesto para que se marchara. Neftis besó de nuevo sus labios, dándole sus bendiciones y con un mensaje que debía entregar en su debido momento. Akhesa asintió y extendió sus propias alas para regresar al lugar donde debía estar.

La Hermana de su Madre tenía un humor muy retorcido. En un instante se encontraba bien acomodado en su trono, y al otro aparecía de forma muy fastidiosa en la endeble rama de un árbol. Y tan frágil que era... En el momento en que intentó moverse para descender de las alturas, se partió con un sonoro crujido y cayó en una postura poco digna al suelo. Frotándose el trasero, más por orgullo que por dolor, el Dios maldijo el nombre de su Tía levantando amenazante el puño al cielo, y escuchó su risa

cantarina atraída por la brisa. La muy bribona se burlaba de Él, del más Poderoso, el más Aguerrido... El más Tonto, según Neftis.

Tenían una vieja rivalidad familiar, nada serio. Disfrutaban provocándose el Uno al Otro. Un juego de niños con el que su Madre no estaba nada conforme. Su adorada progenitora era demasiado protocolaria para su gusto. El mundo de los mortales estaba poblado de emociones tan intensas y diferentes a las que se vivían en el Otro Lado, que se sentía fascinado y atraído por él. El *ba* de los humanos era tan magnífico, tan brillante que deslumbraba, y sus mujeres exuberantes y sensuales desataban su apetito sexual. No como la fría y distante belleza de las Diosas de su Mundo.

Eones atrás, fue emparejado con la hermosa Hathor. Al principio, joven como era, aceptó emocionado a su esposa; hasta que descubrió como era Ella en realidad. Viciosa, amante de los lujos, mandona, caprichosa y con un endiablado carácter que pretendía hacer de su esposo un esclavo. Horus había librado al mundo de la perfidia de su Enemigo, encontrando otro mucho peor en su propia casa.

Aquello no funcionó. La Diosa regresó a su reino celestial, abandonándolo por Jonsu. Y Él lo festejó con mujeres. Muchas, muchas mujeres mortales... ¡Oh, sí! Qué grandioso aquel recuerdo... Se ponía duro al acordarse...

Sacudió sus ropas y al igual que hizo la Diosa para enviarlo allí, chasqueó los dedos para volar hasta la casa.

Alex se encontraba como siempre en su taller. Estaba enfrascado en un nuevo tipo de armadura, realizada con una aleación ligera, capaz de protegerlos de los *Iry-Seuser* en sus zonas más vulnerables. Horus entró ataviado con ropa moderna y el pelo recogido en una coleta. El egipcio levantó los ojos de su labor y estudió al Dios con curiosidad. Éste tomó una

de las piezas de la mesa y la volteó entre sus manos admirando el magnífico trabajo.

—Ptah estaría orgulloso de una labor como ésta, Artesano. Debes de ser su favorito —alabó devolviéndole el objeto.

Alex enrojeció de placer. Recibir aquel tipo de halago de una deidad no era algo habitual, por lo que se sintió terriblemente satisfecho. El Dios siguió curioseando por el taller, preguntándole sobre uno u otro objeto. Una hermosa lanza llamó su atención y la cogió con ambas manos. Era exquisita.

—Puedes quedártela —dijo el Artesano—. Es digna de un Dios. Será para mí un gran placer que la aceptes como regalo.

Horus la agitó, probando su ligereza y asintió satisfecho por la ofrenda.

—Me gusta —dijo sonriendo—. La blandiré con orgullo en las batallas venideras... Y en honor a su creador, la llamaré *Kleópatra*, la última de las *Ta Hemet Nesu* en portar nuestra Sagrada Sangre.

Lo ojos de Alex se humedecieron e hizo lo posible por evitar que las lágrimas se derramaran. Se moriría de vergüenza si lloraba ante el Dios... Él era el último de su estirpe. Por desgracia, apenas tuvo tiempo para gobernar. En cambio, su madre fue magnífica y ser recordada de aquella forma... Era el mejor presente que podían otorgarle.

Advirtiendo la emoción que sus palabras habían provocado en el *Waej*, el Dios disimuló analizando otro de sus artefactos para darle tiempo a recuperarse. El obsequio entregado de una forma tan natural y sin ninguna petición a cambio, merecía ser retribuido. Y sabía perfectamente cómo. Las indagaciones en la casa de su Madre fueron fructuosas, consiguiendo averiguar el secreto que escondía la compañera del egipcio. Así que le pagaría con un gran consejo.

—Nunca olvides que al igual que tu *mut*, eres un *Nesu*. La Sangre de los *Netjeru* corre diluida por tus venas tras el paso de los milenios y sigue latiendo con fuerza... Es una lástima que el último señor de *Kemet* sea un cobarde que tema a su propia *hemet*...

Sus palabras fueron como un jarro de agua helada. Alex se quedó tieso, pálido. Su cuerpo comenzó a temblar por la rabia... Qué sabría Él... Le regalaba uno de sus más costosos trabajos y era pagado con un insulto. La situación era absurda. Se sentía ridículo.

—No lo tomes como una ofensa, pequeño *Nesu* —dijo Horus intentado calmar su encendido ánimo—. Es tan solo un consejo que espero que

escuches y analices bien. La eternidad es demasiado larga para vivirla en una constante agonía. Tu *hemet* tiene un problema que no puede superar... sola. Te necesita.

El ánimo de Alex se calmó al comprender las insinuaciones del Dios. Debía imponerse, tomar las riendas de su relación. Eso era lo que tal vez podría liberarlo... o terminar de destruirlos a ambos.

—Enfrentarse a los propios miedos hace que estos acaben perdiendo su valor. En este mundo dicen que, si te caes del caballo, vuelve a montar otra vez...

—De la bici —corrigió.

—¿Qué...? —preguntó el Dios extrañado.

—Se dice que, si te caes de la bicicleta, vuelve a montar. Es lo que se les cuenta a los niños para que pierdan el miedo —aclaró.

—Da igual; el trasto ese, un caballo... La clave radica en plantar cara al temor. Si lo logras, vencerás.

Y realizando un saludo militar con la lanza, salió del taller dejándolo solo con sus pensamientos.

Estaban en medio de una crisis, pero Horus tenía razón. Con Sheritra en paradero desconocido, el vikingo herido y todos en una situación peligrosa y vulnerable, Siora estaría mucho más receptiva.

La buscó por toda la casa y la localizó en el dormitorio de Egil, donde el vikingo se peleaba con ella para levantarse y dejar el lugar donde lo tenían convaleciente. La celta observaba preocupada las suturas, temiendo que cualquier brusco movimiento del gruñón al que reprendía, las hiciera reventar. Sería muy complicado coser de nuevo aquellas heridas si volvían a abrirse. La piel desgarrada y a medio curar haría que el proceso fuera más difícil, la cicatrización más lenta y las cicatrices mucho peores. La piel no se regeneraría bien, provocando adherencias musculares molestas y dolorosas a cada movimiento. Akhesa acudió al rescate en el momento justo y pidió a la pareja que abandonara el lugar para mantener una seria conversación con el furioso herido.

Alex empujó a Siora, obligándola a entrar en su dormitorio. Ella se encontró apretada contra el suelo por el duro cuerpo de su compañero, quien la forzaba para que lo mirara a los ojos. El pánico se apoderó de ella. Removiéndose como una loca, intentó apartarlo haciendo uso de toda su

energía. Él utilizó su ventajosa posición para inmovilizarla con su propio peso. Aterrada, Siora sintió el abismo abrirse a sus pies, aquella oscuridad que se apoderaba de su mente y su cuerpo... El miedo la dominó.

Chilló con todas sus fuerzas, intentando una vez más escapar y Alex acalló su grito con un beso. Se movía sobre ella, usando las rodillas para hacerse hueco entre sus muslos...

La oscuridad estalló en su mente. Le mordió furiosa, desgarrándole la piel y provocando una fea herida en su cuello. Harto y enfadado por tener que luchar siempre contra ella, la golpeó para calmar su histeria. Quería soltar el poderoso agarre de la fiera contra su garganta antes de que le destrozara la yugular con sus afilados dientes, con tan mala suerte que la cabeza de la chica se dio un fuerte topetazo contra el suelo. Asustado y temiendo haberle hecho daño, relajó su abrazo. Craso error...

Siora liberó su *khopesh*, atacándolo con ojos enloquecidos. Si Horus no llega a socorrerlo deteniendo el golpe con *Kleópatra*, el Artesano habría muerto en ese instante. El Dios le dio un suave toque a Siora en el pecho con su dedo índice y cayó inconsciente entre sus brazos. Alex jadeaba por el susto y el esfuerzo. No era la primera vez que lo atacaba de aquella manera. Una vez más, vio el rostro de la muerte frente a sí. ¡Maldita fuera, estaba completamente loca!

Agonizaba entre sus brazos. La acostó sobre la cama, desgarrando sus ropas para contemplar la enormidad de sus heridas y dejarlas respirar. Erzsébet se había cebado en su cuerpo. Aquella endemoniada mujer disfrutaba con la tortura, por ello era una de las favoritas de Seth.

Le había arrancado jirones de piel de los brazos y el torso con cruel premeditación. Su rostro se veía desfigurado por los numerosos cortes con que se había ensañado, sobre todo en las mejillas... transformando su piel en un extraño amasijo de carne desgarrada y deformada.

El dolor debía ser tan intenso que la muerte sería un gran alivio para ella. Acomodándose en el lecho junto a la joven, la colocó con sumo cuidado entre sus piernas, de forma que la cabeza descansara sobre su pecho. Debía darse prisa. Su corazón palpitaba veloz, asustado por no ser capaz de llegar a tiempo o dejarla, en el peor de los casos, horriblemente mutilada. Usó un

cuchillo *Iry-Seuser* para cortarse en el pecho, evitando así que la herida se cerrara y muy cerca de donde reposaba la cabeza de Sheritra. Acercó los labios de la joven a la herida, de donde ya manaba su sangre. No reaccionaba...

Cambió de idea. Tomó de nuevo el arma y se aplicó otro corte, esta vez en la muñeca. Apoyando la cabeza de la chica en su antebrazo, dejó caer las primeras gotas de sangre sobre su boca. Sheritra se atragantó y escupió. Obligada por la postura no tuvo más remedio que tragar y el líquido vital fue entrando por su garganta muy lentamente. Poco a poco, su rostro fue recuperando el color.

Ramsés suspiró aliviado. Las heridas comenzarían pronto a sanar, desde dentro hacia afuera y eran tan numerosas que aquella cantidad de sangre no sería suficiente. Sus ojos de mirada vacía se abrieron, observando con fijeza la sangre que goteaba en su boca. Se llenó de hambre. Olvidó el dolor que la taladraba y atraída por el tibio líquido que revitalizaba sus sentidos, se incorporó como pudo.

Ramsés volvió a acomodarla, aproximando otra vez su cabeza al pecho. La humedad de la lengua femenina le excitó. Su boca se apoderó de la herida y comenzó a succionar; al principio de forma suave y lenta; después, con fuerza y ansia.

Sheritra se encontraba perdida en aquel sabor que la envolvía, fortaleciendo y llenando de vida sus miembros, su corazón, su alma. Su cuerpo despertó, el roce con la piel masculina estimulaba sensaciones muy intensas en su interior. Ramsés acarició su hermoso cabello con mimo y viejos recuerdos lo traspasaron...

Año 1289 a.C.
Ciudad de Waset
Kemet

Antes de acudir a palacio y entregarme a los brazos de mi ardorosa *hemet*, decidí darme un buen baño en el río para limpiar el polvo del camino. La campaña junto al *Nesu* fue todo un éxito y los soldados cantaban alabanzas sobre mis numerosas hazañas en el campo de batalla. A pesar de mi juventud, el *Nesu* me había nombrado corregente, preparándome para asumir el trono en el futuro y ser un gran líder. Comandaba a mis hombres con fiereza, sin temor; mis enemigos huían aterrorizados cuando me veían aparecer como una furia sobre el carro, los cabellos sueltos brillando con el fulgor del fuego envolviendo mi cabeza como si del disco solar se tratara, igual que un halo celestial. El *Nesu* reía orgulloso y agradecía a los *Netjeru* la estratagema urdida por mi *mut* Tuya para demostrar mi ascendencia divina.

El sonido de una ligera respiración llamó mi atención, advirtiéndome de compañía en aquel lado del río. Caminé con sigilosos pasos de cazador y hallé a una fantástica criatura. Descansaba en la orilla casi desnuda, con unos hermosos pechos de oscuros pezones apuntando al cielo. La larga cabellera de un negro tan profundo como la noche, envolvía su esbelto cuerpo de piel morena.

Quedé cautivado y observando en silencio. Tan seducido estaba que cometí un error colosal, advirtiéndole de mi presencia. Con mi alta estatura le cubría el sol, lo que hizo que abriera sus ojos. Una deslumbrante mirada de color agua se clavó en mí y la reconocí al instante...

La última vez que la vi era apenas una niñita sucia y desgarbada. Acababa de desposar a su hermana, a la que sedujo con ardientes miradas entre las sombras del palacio. Mi *hemet* fue la prometida de mi hermano, quien falleció muy joven a causa de unas fiebres. No llegó a alcanzar la edad adulta... Me críe con la pequeña, siempre juntos a pesar de nuestras diferentes edades. Mi abuelo, el primer *Rameses*, bromeaba con que seríamos una graciosa pareja y decía que tenía planeado desposarnos en un futuro. Al parecer, la niña se lo tomó al pie de la letra.

Cuando elegí a Astenefret como mi *hemet* se alejó llorando y no volví a verla. Y allí estaba, mirándome con fijeza sin miedo alguno, tan hermosa como un amanecer... Extendí mi mano hacia ella, fijándome con disimulo en sus preciosos pezones, maduros para el amor... La tomó y la rodeé con calidez entre mis brazos.

—¡Qué alegría volver a verte, *Rameses*! —exclamó separándose entre risas de un abrazo demasiado ardoroso.

Conocía mi reputación y pudo apreciar el deseo en mi mirada. Olvidando mi baño, caminamos juntos hasta palacio, charlando sobre nuestras travesuras infantiles. Y descubrí con desaliento que de la misma forma en que había vuelta a mi vida, en breve, desaparecería de ella. Estaba destinada al *Hut-Netjer* y tanto su cuerpo como su *ba* pertenecían a los *Netjeru*. Su ingreso en el *Hut-Netjer* estaba muy cerca y no hubo manera alguna de convencerla para que desistiera en su empeño. La decisión estaba tomada y no había vuelta atrás...

—¡*Mut*! —llamé al penetrar en la alcoba de Tuya—. ¿Por qué lo has permitido? —regañé frustrado.

Mi *mut* se encontraba frente a un espejo y una de sus esclavas le retocaba de forma cuidadosa el maquillaje. Me hizo un gesto para que me acercara.

—Imagino que hablas de mi dulce Nefertari ¿Cómo la has encontrado?

Ignoró mi enfado sin mirarme siquiera. Ella no estaba nada conforme con la *hemet* que había elegido. La joven era caprichosa, engreída y maliciosa; todo lo opuesto a su hermana que era dulce, amable y bien dispuesta. Disfrutaba con mi estupor al descubrir que la belleza de una superaba con creces la de la otra. Me dejé llevar por la lujuria y la astuta princesa supo aprovecharlo; al ser una niña, Nefertari quedaba fuera de juego. Ahora que tenía un delicioso cuerpo de mujer, me encontraba con que no podía tenerla. Decepcionada y cansada de sufrir, ella se consagró a los *Netjeru*.

La frustración era algo nuevo para mí, acostumbrado a ver cumplidos todos mis caprichos desde la más tierna infancia. Mi *mut* opinaba que me vendría bien un poco de humildad.

—No me hables con rodeos, *mut* —rugí enfurecido por su burla—. Sabes perfectamente de qué te estoy hablando. Podías haberlo impedido... y me encuentro con que has estado alentándola —gruñí.

Tuya se dio la vuelta, enfadada con mi comportamiento.

— Tú elegiste. Si lo hiciste mal, atente a las consecuencias. No todo gira a tu alrededor y cuanto antes seas consciente de ello, mejor para ti... y para todos —me regañó—. ¿Qué esperabas? ¿Qué languideciera en un rincón hasta que te dignases a posar tus ojos en ella? No, *Rameses*. Nefertari no es un hermoso decorativo para este palacio. Es una mujer inteligente, versada

y que tiene muy claro lo que desea. Si la quieres, si de verdad te interesa... tendrás que acudir al templo de la *Netjeret* y preguntar a *Ast*, con humildad, si le permite que sea tu *hemet*... ¿Porque eso es lo que deseas, no...? ¿O tan solo divertirme un rato hasta saciar tus apetitos y relegarla después al *Jeneret*? ¿Qué crees que opinará tu *hemet*...?

Sabía que con aquella réplica me había ganado. Primero, porque hería mi orgullo de hombre; segundo, porque los caprichos de Astenefret me aburrían de forma sublime. Tan solo disfrutaba con ella cuando compartíamos el lecho.

Permanecí unos segundos en silencio, meditativo. Tras analizarlo, asentí. Sí, conocía a la joven desde siempre. Había algo especial entre nosotros desde que tenía memoria y ella poseía una mente despierta y analítica como nadie. Estaba seguro de que sería una gran *Ta Hemet Nesu* a mi lado...y su belleza me había deslumbrado...

—Hablaré con la misma *Netjeret* si es necesario, *mut*. Nefertari debe ser mi *hemet* —sentencié finalmente antes de abandonar la estancia.

Vi aparecer una sonrisa maliciosa en los labios de la reina. ¡Oh, sí! Iba a tener que negociar con la misma *Ast* para poder conseguir a la joven, y no iba a resultarme nada fácil. Cómo le habría gustado a mi *mut* poder presenciar ese encuentro...

Lo que la *Netjeret* me pedía era imposible. Era el corregente del *Nesu*, me debía al trono, no a una divinidad veleidosa que me consideraba apenas un insecto en su presencia... Si no actuaba y pronto... la perdería.

Iba a ser entregada a un *Hem-Netjer*, quien compartiría con ella sus días y sus noches. Los celos me corroían. No podía tolerar que mi preciosa *tasherit* fuera de otro hombre... Las decisiones en batalla eran mucho más sencillas de tomar, a pesar de que la muerte nos acechaba en cada momento. El problema es que no solo estaba en juego mi vida; también su felicidad, tanto en esta existencia como en la siguiente. Las dudas me estaban matando... No quería perder a mi Nefertari...

El sol ocultaba su rostro en su descenso a la *Duat*. Las futuras Iniciadas entraron danzando y entonando cánticos sagrados dedicados a la *Netjeret Ast*. Se colocaron de forma ordenada en semicírculo, frente a la Suprema *Hem-Netjeret*. Sostenía un bello cáliz entre sus manos e iba ofreciendo pequeños sorbos a las muchachas. Ellas bebieron del rojo Elixir que dejaba en sus bocas un regusto metálico.

—Bebed la Sangre de la *Mut* que pasará a formar parte de vosotras. Hacedos Una con la divinidad... —repetía.

Las dulce voces de las jóvenes resonaron entre las paredes del *Hut-Netjer*. Las *Hem-Netjeret* aparecieron tocando unos bellos sistros y las otras danzaban con movimientos ondulantes y sinuosos. La Suprema Sacerdotisa elevó también su voz, acompañándolas en sus cánticos.

Nefertari sentía el calor extenderse desde su interior... El brebaje corría fuerte por su torrente sanguíneo, otorgándole un Poder inimaginable. Su visión se enturbió y el fuego se apoderó de ella. Se deshizo de su vestido, al igual que el resto de sus compañeras. Comenzaron a moverse, imitando los gestos y sinuosos contoneos de las danzarinas. En pleno éxtasis, eran llamas... agitándose descontroladas por el gran salón, destinado únicamente a los sagrados cultos.

Las *Hem-Netjer* las tomaron de los brazos y las guiaron por oscuros pasillos hasta unas pequeñas estancias. Cuando entró en la suya, unos brazos la acogieron entre ellos. La piel le ardía, quemaba. El fuego nacía en su vientre, repartiéndose por todas sus terminaciones nerviosas. Unos cálidos labios tomaron su boca, profundizando el beso, invadiéndola con la lengua. Deseosa de más, abrió la suya para ofrecerla. Ambos cuerpos se fundieron en un poderoso abrazo, tocándose, saboreándose. La lujuria los consumía, incitados por la oscuridad. No podían verse, no todavía. Y no importaba; solo necesitaban el roce de sus miembros, la fricción incesante de una piel contra otra. Dejó escapar un dulce gemido cuando su templo fue profanado. Él esperó con paciencia a que ella se acostumbrara a su grueso falo, a ser llenada por completo. Las paredes de su vagina palpitaban, aspirando el miembro viril hacia su cérvix.

Comenzó a bombear contra su cuerpo, marcando un ritmo lento y pausado. Ella se aferraba a sus hombros y apretaba los muslos con fuerza para fundirse a él y llevarlo hasta el fondo de su ser. Los impulsos aumentaron, la cadencia se aceleró y algo poderoso creció en su matriz. Su hambre despertó... Sus colmillos crecieron y se clavaron sobre la piel del

hombre, agujereándola y permitiendo la salida de un flujo de sangre que bebió con avidez. Él también la tomó. Se alimentaron el uno del otro, uniendo su *ba* y su *ka*, formando uno solo. El orgasmo los arrolló, dejándolos debilitados, con sus cuerpos enredados y jadeantes. Él besó sus labios con ternura. El Poder seguía latente, volviendo a estimularlos; sus instintos, dormidos un pequeño instante, despertaron con más fuerza y volvieron a acoplarse de nuevo. Tras varios asaltos, cayeron agotados y vencidos por el sueño

Un rayo del sol golpeó en su rostro despertándola al instante. Nefertari se encontró ansiosa por conocer a su *Hem-Netjer*, su *het*... El rito del Sagrado Matrimonio había sido tan intenso que le costaba creer que fuera real. Su *ib* ya tenía dueño y siempre le pertenecería a él, pero la Sangre de la *Netjeret* era tan poderosa que la poseyó por completo.

Los sistros sonaron de nuevo, acompañado de las voces masculinas y femeninas de los *Hem-Netjeru*. Daban la bienvenida a los nuevos Iniciados y los invitaban a unirse a la familia del *Hut-Netjer*. Los brazos de su compañero la rodearon con fuerza y escondió el rostro tras su espalda, para huir del molesto sol que deslumbraba sus ojos. Los cabellos de su *het* eran largos y suaves. Llevó un mechón a sus labios y observó atónita su color... Sorprendida, giró con brusquedad, encontrándose con unos devoradores ojos de oro. El corazón palpitó fuerte en su pecho, tanto que pensó que escaparía. Su *het*, el *Hem-Netjer* al que había sido entregada, no era otro que su amado *Rameses*, *Iry-Pat* y Corregente de *Kemet*...

Vernos luchar juntos era un auténtico regalo para los *Netjeru*. Nos movíamos como uno solo, perfectamente sincronizados, iniciando una danza de sangre y muerte. Nos protegíamos con nuestros escudos, cubriéndonos las espaldas el uno al otro. Nefertari saltaba y yo atacaba por debajo; realizaba una finta y ella se mantenía firme con la lanza. Nuestros cabellos se agitaban, mezclándose durante el combate. Rojo y Negro, Sangre y Muerte. Ella era feroz, seducía a los enemigos con su Halo y yo les arrancaba la vida de forma inmisericorde. Dirigía nuestro carro,

mientras ella anclaba fuertemente los pies sobre el suelo y disparaba flechas letales. Ningún Matrimonio Sagrado fue tan magnífico como el que ambos formábamos...

Llegaron los niños y ella permanecía inquieta en palacio, esperando... Después, el peso de la corona que recayó con fuerza sobre sus delicados hombros... La Sangre de la *Netjeret* era demasiado intensa; con tristeza tuvo que elegir: su familia o el *Hut-Netjer*. Retornó a la *Mut* el preciado regalo de su Elixir Divino, y con la espalda encorvada por el peso que suponía gobernar prácticamente sola todo un reino, regresó al trono de Kemet...

CAPÍTULO 11

Año 1996

Bergara, País Vasco

España

Sheritra le trajo al presente... se giró, colocándose a horcajadas sobre su cuerpo. Se recuperaba veloz, alimentada por él. Aquello le llenó de orgullo, enardecido por arrancarla de los brazos de la muerte. Comenzó a frotarse contra la dureza que asomaba en su pelvis. El líquido que llenaba su boca le provocaba un placer indecible, mas sentía que algo le faltaba y sus muslos apretaban insatisfechos las caderas masculinas.

A Ramsés le palpitaba la polla y arrancándose los pantalones, la volcó sobre la cama, penetrándola de una sola estocada. La cópula se transformó en una lucha de la que ambos intentaban arrancar del otro el mayor placer. Consiguió a duras penas inmovilizarla contra el colchón y clavó los dientes en su cuello.

—¡Qué dulce néctar! —susurró sin despegar los labios, a la vez que sus caderas la embestían con fuerza.

Ella no se quedó atrás y también mordió. Se alimentaban, unidos como salvajes, jadeando, gritando. El arrollador clímax los golpeó y se corrió en su interior, dejándolos prácticamente inconscientes. Ramsés advirtió que el Poder del Matrimonio Sagrado era más intenso en aquella ocasión. Tal vez, porque su sangre era más madura, más vieja, más sabia. Estaban unidos para siempre. Y Ramsés no pensaba renunciar a ella...

Todo el cuerpo le dolía... Cada centímetro, cada poro; hasta las uñas y el cabello. Intentó moverse... y algo se lo impedía. Abrió los ojos, que sentía

hinchados y miró a su alrededor. Se encontraba en una estancia desconocida, decorada en tonos blancos y tostados. La persiana estaba apenas levantada, manteniendo el lugar en una semi penumbra que en aquel momento agradecía.

Intentó moverse una vez más, descubriendo sus miembros encadenados. Las muñecas y tobillos se encontraban atrapados en unas esposas de piel castaña, finalizadas en unas gruesas cadenas sujetas por grandes anillas a la pared. Se retorció con fuerza intentando liberarse, quebrarlas o arrancarlas de su agarre. Tan solo consiguió dañar sus dolidas extremidades.

—Están forjadas con los Modos Sagrados —dijo una voz—. Por eso no puedes romperlas.

Buscó con la mirada a su propietario, se hallaba escondido entre las sombras del cuarto y no consiguió verlo. Esa voz... Su mente giraba. Las pesadillas se mezclaron con los recuerdos y se encontró perdida, sin saber qué era real y qué no.

Ramsés vio el dolor reflejado en su rostro y la preocupación pudo con él. No soportaba verla sufrir; desde el momento en que se hicieron uno, compartía sus emociones más intensas.

—Tranquila —susurró acercándose y acariciándole el pelo—. Es solo por seguridad. Hasta que tu mente recupere el control.

Y besó ligeramente sus labios.

Un hambre voraz despertó en el interior de Sheritra. Deseaba morderlo y montarlo... o a la inversa. Mejor incluso si eran las dos cosas a la vez.

Ramsés vio sus pupilas dilatadas y la reacción del cuerpo femenino ante su cercanía. La necesidad la poseía y sonrió. Todavía no le reconocía. No tardaría mucho en hacerlo y había preferido tomar precauciones. Era demasiado pronto para dejarla libre. Sus heridas habían mejorado, sí, pero necesitaban más tiempo para sanar por completo. Y por lo que podía notar en su interior, el Despertar de su compañera se encontraba cerca... demasiado cerca.

Era consciente de su cuerpo desnudo bajo la sábana que la cubría, el simple roce de la tela sobre su piel la estimulaba. Sus pezones se erizaron y cosquilleó en su nariz el aroma masculino: incienso y madera, mezclado con otro más sutil; un olor que no supo identificar. Gimió ansiosa.

—Es tu esencia... Loto azul. Crece en las zonas pantanosas del *Iteru*.

Su mano ascendía por la sábana, recorriendo su cuerpo desde los muslos hasta el pecho. Los iris dorados la taladraban, parecía un lobo a punto de

devorarla. Y ella necesitaba que se la comiera. Tomó el borde de la ropa de cama, deslizándola suave y lenta, como una caricia y activando sus ya de por sí estimuladas hormonas. Una vez la tuvo desnuda, se acostó sobre ella, cubriéndola por completo. Era tan grande...

Un vago recuerdo acudió a su mente y fue rechazado de un plumazo. Necesitaba un tipo de estímulo que no era mental y él se lo entregaba a la perfección.

Besó su cuello, siguiendo una línea hasta alcanzar la clavícula. Sus manos se movían por todas partes, tocándolo todo, sin dejar ni un solo rincón olvidado. Ella suspiraba, jadeaba, gemía... Bajó hasta sus pechos, succionando las puntas de lanza. Siguió descendiendo su boca hasta el ombligo, jugueteando en él con la cálida lengua y una vez más, hizo el camino inverso.

Sheritra se encontraba perdida en una nube de placer, amoldando sus curvas a las manos del hombre que incitaba todos sus sentidos y la embriagaba como el más fuerte de los licores. Con una rodilla empujó para separar sus muslos y ella se abrió como una flor. Introdujo su dura verga en la apretada vaina, que palpitaba buscando la plenitud.

—¡Oh, sí! —gimió—. Apriétame así, *nefret* —gruñó al sentir cómo su interior lo tomaba por entero.

—No es suficiente —protestó ella frustrada.

Lo quería por completo y el ritmo con el que la penetraba era demasiado lento.

Apretó los pies contra el colchón, tomando impulso para clavarse en él y acabar con aquella agonía que estaba consumiéndola. Y el hambre... Otra vez el maldito hambre. Su olor la envolvía enloqueciéndola y su dura polla la llenaba, despertando unos instintos desconocidos hasta entonces para ella... Se movía en su interior, de forma intensa y poderosa, atravesándola, embistiéndola sin piedad y desatando el fuego en su matriz.

Sintió un ligero mordisco, unos dientes clavándose en la carne, atravesando la piel y succionando. Una rugiente fiera escapó de su interior apoderándose de su ser y ella liberó a la bestia. Desgarró su carne, dejando caer sobre sus labios el preciado y rojo líquido, sorbiendo en fervoroso frenesí; saboreando la poderosa alma del hombre en cada trago. Y se sintió grande, se sintió inmensa, como una Diosa... El éxtasis final la golpeó con fuerza. Perdió el sentido del tiempo y el espacio, tan solo el sabor de su

sangre. Él la siguió con un furioso rugido de triunfo, derramándose en su interior una vez más...

Permanecieron así tres días. Tres gloriosos días que pudo Ramsés robarle al tiempo, gracias al estupor en que se encontraba sumida su mente tras el shock provocado por la cercanía a la muerte. Agradecía cada minuto, cada segundo en su compañía; cada caricia, cada beso... No duraría mucho más. Su cuerpo estaba completamente recuperado y su mente pronto escaparía de la neblina en que se hallaba atrapada. Solo dormía. Cuando despertaba, copulaban y se alimentaban entre ellos. Después, su cuerpo necesitado de reposo volvía a descansar. Cada instante que pasaba, era mayor el tiempo que permanecía despierta, lo que significaba que pronto la perdería. Mas el vínculo ya estaba forjado. Estaban unidos y nada ni nadie podría romperlo. Ni siquiera los mismos *Netjeru*.

La tercera noche, tras la puesta de sol, la sangre obró su magia. Al entrar al dormitorio, unos airados ojos se clavaron en él.

—Suéltame —susurró con fría calma.

—No —respondió con tranquilidad—. Es demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto para qué? —preguntó enfadándose tras su negativa respuesta.

Miró a su alrededor, observando detenidamente las esposas que la tenían sujeta. Su mente analítica había vuelto y estudiaba la forma de poder librarse de sus ataduras para escapar. En silencio, él esperaba su reacción. Pronto comprendió que sin la ayuda masculina no podría soltarse, por lo que bufó frustrada.

—Por lo menos podrías taparme, ¿No crees? —refunfuñó indignada.

—¿Y perderme las vistas...? Ni que fuera tonto.

Lo fulminó con la mirada y él sonrió de forma traviesa. Odiaba esa mueca de medio lado, era en exceso provocadora y no le gustaba lo que le hacía sentir. Se encontraba en una posición muy vulnerable. Atada de pies y manos, completamente desnuda y en una cama revuelta... que olía a sexo.

Los recuerdos acudieron de golpe a su mente, lo que la hizo enrojecer hasta la raíz del cabello.

La sonrisa masculina se ensanchó más todavía, y caminó con paso seguro hacia la cama. Se sentó en el borde del colchón y la examinó de arriba abajo, con una ardiente mirada. No podía estar más expuesta...

—Apenas se ven cicatrices —dijo deslizando la mano con lentitud sobre su estómago—. Por aquí podían verse los intestinos y ahora... solo queda una pequeña marca. Un poco más y desaparecerá del todo.

Recordó el dolor, el miedo, la resignación a la muerte... Y de repente se encontraba completamente curada. Algo casi imposible.

—¿Cómo...? —preguntó, atascándose con las palabras—. ¿Cómo he podido curarme...?

Ramsés se subió a la cama, colocando las rodillas junto a sus caderas y mostró su miembro duro y empalmado. Sheritra tragó saliva. Era enorme... Inclinandose hacia su boca, tocó sus labios con los suyos y susurró con voz ronca:

—¿No lo recuerdas...?

Un escalofrío recorrió su columna y su vientre rugió exigente... «¡Muérdele!» gritaba una voz en su cabeza «¡Aliméntate!». Era su propia voz. Y recordó...

Mordió su labio inferior, clavando los colmillos con ganas y bebiendo con placer, incitándolo con la mirada. Los ojos dorados la quemaban, la atravesaban como un hierro candente que dejaba sus miembros laxos, llenándola a la vez de pura energía bruta. Un poco de líquido preseminal escapó de la punta de su verga, cayendo sobre el abdomen de la joven; ésta lo sintió como un golpe de tan sensible que notaba la piel. Soltó el labio y se lanzó a su boca, sin dejar de beber el precioso néctar que brotaba de la herida. El tórrido beso acabó con una fuerte embestida del cuerpo masculino, arrasando su feminidad de forma indómita y clavando su cuerpo al colchón. Ella jadeó, perdida en el éxtasis y él tomó un pezón, jugueteando con la lengua al ritmo de sus caderas. Lo mordió con saña y succionó con fuerza.

—¡Ramsés! —gritó al sentir la mezcla de placer y dolor, empujando sus caderas contra su ingle.

Lo rodeó con sus piernas apretándolo contra sí, inmovilizándolo. Percibía su sonrisa sobre la piel mientras bebía de su pecho. Enfebrecida comenzó a retorcerse, buscándolo, sujetándolo contra su pubis; acogiéndolo en su interior y exprimiendo su esencia masculina. Ramsés abandonó el pecho y se concentró en la boca. Volvieron a morderse el uno al otro. Se

alimentaron, compartiendo su sangre con un hambre voraz... Cayeron exhaustos, saciados. Él se derrumbó sobre ella, que aceptó su peso con goce. Y luego, tras recobrar la cordura, lo golpeó con fuerza en toda su masculinidad.

—¡Ay!

Se levantó de un salto sujetando sus doloridas partes. Sheritra le lanzó una mirada triunfal, relamiéndose la sangre de los labios.

—¿Qué me has hecho? —preguntó furiosa.

El sabor metálico palpitaba en su boca.

Se acercó a ella con cuidado, pendiente de cualquier movimiento traidor que pudiera atacarlo de nuevo. Sentándose en la cama, sujetó con rapidez sus rodillas que se lanzaban al ataque y las inmovilizó con fuerza contra el colchón.

—Estate quieta, fiero y te explicaré.

Cometió el error de mirarlo a los ojos. Un hechizo cayó sobre ella, dejándola con una sensación de calma y sosiego, dominándola. Susurraba unas palabras que le resultaron familiares y que no supo identificar. Agitó su cabeza, molesta, intentando librarse de su poder.

—¡Está bien! —claudicó nerviosa—. ¡Me rindo! No sigas...

Ramsés sonrió de nuevo y deslizó las manos por su cuerpo de forma posesiva. Su piel brillaba cremosa, suave, como seda al tacto. Las cicatrices se habían evaporado y su mente había vuelto a tomar el control. Con pesar en su corazón, sabía que debía liberarla; antes, ella debía comprender el vínculo que habían sellado. La necesidad del uno por el otro sería imposible de rechazar. Por mucho que intentara apartarlo de su vida, el apetito por su sangre la lanzaría a sus brazos una y otra vez. Era suya. La había reclamado y no pensaba renunciar a ella.

—Era la única forma de salvarte. El Poder de la Sangre de la *Netjeret* corre por nuestras venas, eso ya lo sabes. Pero la sangre de nuestra pareja es tanto o más poderosa. —Ella quiso interrumpirle y se lo impidió silenciándola con un rápido beso—. No frunzas el ceño, *tasherit*. No he hecho nada malo.

Y volvió a besarla como castigo.

Optó por callar para evitar sus labios y lo dejó continuar desconfiada. No le gustaba nada lo que insinuaban sus palabras.

—Cuando unimos nuestros cuerpos y nuestras esencias, tanto el *ba* como el *ka* se funden...

Hizo una pausa dramática para enfatizar su historia y de paso, jugar con su ombligo. El ceño de Sheritra se arrugó más todavía, la furia parecía apoderarse otra vez de ella.

—Solo dura unos instantes... Hace que seamos uno. Y cuantas más veces nos fundimos, mayor es la conexión. La sangre de una pareja es tan fuerte que puede sanar cualquier herida por muy grave que sea. Incluso alejarla de las puertas de la muerte. Por desgracia... —sus ojos se llenaron de tristeza— no se puede devolver la vida a los muertos...

Sintió una punzada en su interior. El dolor del hombre penetraba en su pecho y a la vez le dejaba una sensación de... ¿Traición...? Comenzaba a asustarse. No esperaba una reacción posesiva de su parte. Como si... como si fuera suyo «¡No!» gritó su mente «¡No! ¡No! y ¡No!».

—Suéltame. —Volvió a pedir rabiosa.

Ramsés supo leer sus expresiones y resignado, la liberó de sus ataduras. Esperaba el primer golpe, por eso lo esquivó; el segundo no le alcanzó de milagro y el tercero impactó con fuerza contra su cara. Le había abofeteado. Su leona lo asesinaba con la mirada, altiva como una reina en su hermosa desnudez y desafiándolo con su cuerpo. Se lamió el corte provocado por el impacto. Era fuerte su pequeña fierecilla.

Su esencia invadió las fosas nasales de Sheritra. Incienso y madera. La envolvió con fuerza y reactivó su hambre. Observaba con avaricia la sangre de su labio y sintió deseos de lamerla... tan solo un poquito. Era terriblemente adictiva y aún no comprendía cuánto.

—¿Puedes olerme, verdad...?

Ella asintió. Sus ojos lo seguían en cada movimiento. Era su presa y en cualquier momento saltaría sobre él.

—No puedes negar lo que somos, *tasherit* —dijo limpiándose con un dedo e introduciéndolo en su boca—. Me necesitas. Necesitas esto. —Le enseñó el líquido rojo y volvió a chuparlo—. Y yo lo necesito todo de ti.

Bajó la guardia, fascinada con sus palabras y por el movimiento de sus músculos al sorber su propio dedo. Ramsés aprovechó y se lanzó sobre ella, atrapándola contra la pared y arrasando su boca. La chica se debatió con fuerza, golpeándolo con saña; hasta que, hastiado de pelear, la soltó. Necesitaba tiempo. Ambos necesitaban tiempo. Debía dejarla marchar. Lanzándole una de sus camisetas para que se tapara, señaló hacia un rincón.

—Ahí tienes un teléfono. Puedes llamar para que vengan a buscarte.

Tomó su ropa del armario y la dejó sola en la habitación.

Sheritra apoyó la espalda en la pared y se deslizó hasta el suelo, abrazando sus rodillas. Estaba abrumada. ¿En dónde se había metido...?

El sonido del teléfono repiqueteó otra vez por toda la casa, seguido de unos pasos presurosos. Acudieron al despacho de Akhesa, buscando unas noticias que aguardaban con ansiedad.

Egil caminaba despacio, todavía dolorido por las heridas recibidas durante el ataque de los *Am-Mut*. Le escocía, los puntos tiraban y resultaba muy molesto. Siendo un simple mortal, recibió otras mucho peores; llevaba tantísimo tiempo siendo inmune a las armas ordinarias que había olvidado lo molestas que podían llegar a ser, y le estaba costando una barbaridad volver a adaptarse. Se apoyaba en el brazo de Nemutawy, quien lo había encontrado en las escaleras intentando bajar por ellas de manera infructuosa. Se ocupó de él con delicadeza, intentado no maltratar su tocado orgullo. Fueron los últimos en llegar y aguardaron impacientes a que la Líder terminara con la llamada. Cuando Akhesa colgó y los miró con una sonrisa, todos respiraron aliviados.

—Era Sherit. Necesita que alguien vaya a recogerla. Vuelve a casa.

Layla dio saltitos de alegría como una niña. Johanna y Jacques se fundieron en un abrazo y la morena lanzó a Guillaume una mirada de «te lo dije», apoyando la cabeza en su hombro. Egil se limpió con disimulo unas lagrimillas y se sorbió la nariz. Ladè acarició su espalda de manera comprensiva.

—Voy a buscarla —dijo Nemutawy casi saliendo por la puerta.

Era la única que no parecía conforme con aquella noticia.

—No, Tawy. —Akhesa la detuvo, lanzando las llaves de su coche a la atlante—. Ve tú, Ladè.

—Pero... —protestó Nemutawy.

—He dicho que no —zanjó cortante—. *Ast* lo dejó muy claro. No puedes interferir. Ni ninguno de vosotros —concluyó dirigiéndose a todos ellos—. Estuvimos a punto de perderla y él la salvó. La sangre de una pareja unida por el Rito es tan poderosa que es lo único que puede traerte de vuelta si no has cruzado el umbral de la muerte... Por eso necesitamos de vuelta a los Hem-Netjeru... Espero que lo aceptéis y actuéis en consecuencia. Es muy

importante para todos. Su Despertar está cerca, tal vez demasiado. Y el regreso de Ramsés es muy importante para nosotros —terminó con un suspiro.

Nemutawy clavó una mirada rabiosa en ella, optando por callar. Se sentía terriblemente frustrada y enfadada. Estaba atada de pies y manos por su juramento; no le quedaba otra que aceptar las órdenes apartándose a un lado. E iba a ser muy doloroso... Ella era fuerte. Tan solo esperaba que no se equivocaran y la historia no se repitiera. Porque entonces sí que no tendría piedad; ninguna promesa, por muy poderosa que fuera, podría detenerla.

Reinado de Rameses II...

Pi-Rameses

Kemet

Los años pasaban y la ciudad de *Pi-Rameses* prosperó junto con el reino de *Kemet*. Grandes monumentos se elevaron para honrar a los *Netjeru* y al *Nesu*, que dominaba todo y a todos con puño de acero. La fertilidad del *Nesu* era notoria y sus hijos, harto numerosos, ocupaban todos los grandes cargos, tanto en la corte como fuera de ella. Sus dos *hemet* principales éramos igual de amadas por el pueblo como anteriormente lo fue nuestra *mut*.

Los matrimonios de estado se sucedían uno detrás de otro, y el *Jeneret* se llenó con sus *hemet* menores y los numerosos hijos engendrados por él; príncipes y princesas que perpetuarían el sagrado linaje por los siglos venideros. Su semilla era muy poderosa... mujer que tomaba, vientre que fecundaba.

Meryt se movía presurosa por el palacio hinchada por otro embarazo y yo la perseguía con mis pequeñines amarrados al pecho. A diferencia del resto de matronas, prefería ocuparme de mis propios hijos antes que entregárselos a un ama de cría. Disfrutaba de la dulce maternidad que había llenado mis mamas de leche y no tenía pudor alguno en ofrecer el alimento

a mis hijos en cualquier momento. Meryt solía reprenderme en privado, incapaz de hacerme entrar en razón, sobre todo porque a *Rameses* le divertía mi rebeldía. Ponía nerviosos a los dignatarios que, acostumbrados al recato de sus propias mujeres, me observaban fascinados. Entonces carraspeaba, fingiendo una ofensa no cometida; éstos, apurados por la falta de cortesía a tan poderoso señor, claudicaban sin mucha discusión ante sus demandas.

Pero la desgracia se cernía sobre la casa de Nefertari... El primero en partir tras su *Sheut* fue el joven Pareher. Era un gran experto en el manejo del carro y un accidente fatal acabó con su lozana juventud. Sus restos fueron trasladados a las Puertas de *Amenti* en el Valle de las *Hemet Nesu*, a una tumba especial construida para todos aquellos hijos del *Nesu* que descendían a la *Duat* antes de tiempo.

Grande fue el dolor de nuestra familia; la vida continuaba y otros ocuparon su lugar. Fui quien más tiempo pasó de duelo por mi hermano, ya que sentía un aprecio especial por él. Durante mucho tiempo creí que acabaría siendo mi *het*. La pérdida de nuestra *mut* truncó mis sueños al ser destinada al lecho del *Nesu*, ocupando un lugar primordial junto al trono como su *hemet*. Algo que hizo que mi relación con Pareher se tornara distante. Siempre ocupó un lugar espacial en mi *ib*.

La siguiente en abandonarnos fue la reina Astenefret. Para nosotras supuso un alivio. Lo que ignorábamos es que las semillas del odio que en un pasado plantara en el *ib* de sus hijos, diera un fruto tan venenoso. Si las intrigas de la *mut* fueron pérfidas, las de la hija la superaban en maldad y crueldad. Su brazo se hizo tan largo que desencadenó nuestra completa caída...

Meryt entró en los trabajos de parto y la comadrona acudió presurosa a la llamada. La *Hemet Nesu* pujó con fuerza en la silla, donde después de una rápida serie de esfuerzos, trajo una preciosa niña de rojos cabellos al mundo. La tomé entre mis brazos. Me fascinaba la belleza de los bebés que abrían por primera vez sus ojos a la vida; tan pequeña, tan preciosa...

El ahogado grito de una de las esclavas llamó mi atención. Miré hacia el lugar que ésta señalaba y descubrí la sangre que descendía de forma violenta entre las piernas de mi hermana. Horrorizada, dejé a la niña en su cunita y corrí a socorrerla.

—¡Detén la hemorragia! —grité a la comadrona, intentando pararla con mis propias manos—. ¡Haz algo, maldita seas! —rugí llevada por la desesperación.

La mujer me miraba con tristeza sabiendo que no podía hacer nada. La *Ta Hemet Nesu* se había roto por dentro y por mucho que usara su ciencia, sus conocimientos eran insuficientes. Entre lágrimas, observé impotente cómo los hermosos ojos de Merytamen se apagaban y abandonaba la vida con un suspiro resignado. Rota por el dolor, golpeé la silla de partos con tanta fuerza que la partí en dos. No podía... Mi hermana no podía abandonarme. No tan pronto... Sollozando, busqué a la pequeña princesa para consolarnos de forma mutua y la encontré en su cuna con un pálido color azul y fría. También estaba muerta...

La visita de un embalsamador del *Per- Nefret* me sorprendió. Los restos de mi amada hermana y la pequeña estaban en sus manos, adecuando sus cuerpos para el descanso eterno. Las noticias me llenaron de una furia tan ciega que tuve que contenerme para no derribar el palacio piedra a piedra. Sus muertes no fueron naturales, sino provocadas. Alguien infringió en su interior una herida imposible de sanar, lo que desembocó en la rápida hemorragia que se llevó su vida; y la pequeña... fue asfixiada. Sus extensos conocimientos sobre la muerte así lo certificaban y decidieron advertirme con premura. La esclava que la atendió había desaparecido y la comadrona... sus restos aparecieron en uno de los canales que rodeaban el palacio.

Esperaba la llegada de Amenher, le había dado aviso para que regresara de la campaña militar que dirigía y juntos se lo comunicaríamos al *Nesu*. Las muertes de Meryt y su pequeña no quedarían impunes. Hallaría al culpable como fuera. Y tenía una ligera idea por dónde empezar...

El *Iry-Pat* y corregente de *Kemet* corría presuroso hacia su carro. No tenía tiempo que perder, lo necesitaban con urgencia en palacio. Con el corazón destrozado por la trágica noticia, tomó las riendas de su carro y

partió sin avisar a sus hombres. Unos ojos vigilantes acechaban a su paso y perdido en su congoja, no prestaba atención a lo que acontecía a su alrededor hasta que un sonido sibilante logró alertarlo. Reaccionó demasiado tarde y fue incapaz de evitar el impacto de la gruesa piedra, del tamaño de un puño, que golpeó su sien derribándolo al instante. La caída fue aparatosa y su cuerpo derrapó por la arena quemándole la piel y dejándolo herido y magullado. Logró amarrar la lanza y, clavándola en el suelo, frenó su arrastre en seco. Sentía un doloroso palpito en la cabeza que le arrancaba quejidos de tormento, sin contar con el resto de su apaleado cuerpo. Intentó incorporarse, las fuerzas le fallaron y se derrumbó contra el suelo.

Una oscura sombra se cernió sobre él. Instantes antes de que aplastara su cráneo con otra piedra, pudo contemplar el rostro de su asesino: *Rameses*, su medio hermano y segundo en la lista sucesoria se preparaba para asestarle el golpe final. El pedrusco cayó con fuerza sobre su cabeza, desparramando sus sesos por la arena y matándolo al instante...

Amenhenjepeshef, *Iry-Pat* y corregente del *Nesu*, no llegó a contemplar cómo sus instintos de guerrero vengaron su propia muerte antes de ser arrancado de este mundo de forma cruel y violenta. En un último esfuerzo por proteger su vida, atravesó el corazón de su asesino cuando éste descendía sobre él, quien cayó inerte sobre su cuerpo. La sangre real de ambos príncipes bañaba el suelo del desierto y se filtraba entre los granos de arena. Pronto, si alguien no lo remediaba, los buitres se darían un festín con quienes fueran la promesa de un futuro glorioso.

Loca de dolor irrumpí en los aposentos reales. *Rameses* se encontraba como un despojo humano entre los brazos de mi medio hermana Bintanat. La podrida mirada que ella me dirigió, me hizo temblar hasta los cimientos de mi *ba*, empujándome a obrar con premura.

Esa misma noche, Nefertari Tasherit y yo huimos de palacio en compañía de nuestros hijos. Temiendo por nuestras vidas, optamos por refugiarnos entre los *Hem-Netjeru* bajo el refugio de las poderosa alas de *Ast*. La pequeña Henuttawy y Merira eligieron quedarse. No compartían nuestros recelos, achacándolos al dolor sufrido por la triple tragedia. Y la

más joven de mis hermanas, soñaba con ocupar un lugar especial en el trono tras mi marcha. Qué equivocada estaba...

Bintanat se sentía triunfante. Había llegado a apreciar e incluso ansiar las escasas visitas del *Nesu*. Adoraba su fornido cuerpo, sus músculos poderosos y la potencia animal con que era tomada. La lujuria la invadía cada vez que sus ojos dorados se clavaban en ella y le enfurecía la obsesiva adoración que sentía por sus medio hermanas. Una vez muerta su preferida y tras la noticia de la pérdida de sus primogénitos, cayó directo entre sus brazos. Había logrado lo que su *mut* jamás fue capaz: al *Nesu* y al hombre tan solo para ella. Sus otras hijas huyeron asustadas, allanándole en camino. Y la que quedaba... Esa no sería ningún problema. Había sido tan fácil... Ojalá se le hubiera ocurrido tan solo a ella. Tendría que pagar la deuda con su hermano Merenptah, en su debido momento...

La había vuelto a perder. Mi amada Nefertari, mi bella esposa... Y mis hijos... Las tumbas acogían sus rígidos cuerpos, donde reposarían por toda la eternidad. Tras despedirme de ellos, ordené al sequito que iniciara el regreso mientras me internaba entre la oscuridad de las tumbas.

Elevada a la posición de *Ta Hemet Nesu* principal y portando un tocado que no le favorecía —pues otros cabellos mucho más hermosos y brillantes estaban hechos para lucirlo—, Bintanat protestó ante aquel desatino.

Desoí sus histéricos chillidos y continué mi lúgubre camino en soledad. Mis pies me llevaron hasta su tumba, aquella que albergaba los restos más preciados que existieron sobre aquella hermosa y cruel tierra.

Utilicé los túneles secretos, buscando a tientas el lugar de su eterno reposo y una vez más, lloré a sus pies. Un arrebatador impulso me llevó a robar su cuerpo del refugio de piedra. Cargué con el adorado cadáver sobre mis espaldas, día y noche, arrastrándome bajo los crueles rayos del sol y corriendo veloz cuando éste se ponía.

La *Netjeret* me esperaba en su trono junto a su Divina Hermana, quien observaba con tristeza los despojos de un gran hombre, del fruto de sus entrañas. Coloqué reverente el cuerpo momificado de mi *hemet* a los pies de *Ast*, dejando que las lágrimas corrieran por mis mejillas.

—Devuélvemela, Sagrada Mut, al igual que lo hiciste con el *Nesu* que rige la *Duat* —supliqué cayendo de rodillas y con el alma rota—. Tráemela y seré tu eterno esclavo. No habrá cosa que me pidas, que no cumpla sin tardanza. Seré tuyo. Sólo... dámela... —sollocé arrastrándome por el suelo hasta llegar a los pies de su trono.

Lágrimas de impotencia descendieron por las mejillas de *Nebet-Het* y su Poderosa Hermana la tomó de la mano con dulzura. Descendió de forma regia y tomándome por los hombros, hizo que me incorporara. Estaba completamente desmoronado. Perder tan bruscamente todo lo que amaba me había asestado un golpe brutal.

Ella no podía hacer nada por mí. Tenía que recuperarme y seguir adelante. No podía intervenir más en los asuntos de los *Remetj* sino quería ser castigada. Bastante se habían implicado ya...

—Lo siento *Rameses*, hijo mío —dijo con todo el amor que fue capaz de liberar de su divino corazón—. No puedo interferir. Nefertari eligió su propio destino. —Besó mis labios cuarteados con cariño, sanándolos—. Te espera en el *Amenti*, orgullosa de tus logros y por seguir sus numerosos consejos. Si la amas, déjala descansar y espera a que llegue tu turno —dijo acariciando mi rostro y clavando sus ojos de lapislázuli en los míos—. ¿Quieres que te extraiga la Sangre...? —preguntó esperando una respuesta afirmativa.

Nebet-Het me conocía mucho mejor y no se sintió sorprendida ante mi reacción. Empujé a la *Netjeret* apartándola de mi lado, quien cayó contra su trono con la sorpresa dibujada en su perfecto rostro. Tomé los restos de mi *hemet* y con un furioso aleteo, abandoné el *Hut-Netjer* desesperado.

Busqué un nuevo lugar donde ocultarla, donde nadie pudiera hacerse con ella y apartarla nuevamente de mi lado. Me interné en lo más profundo del desierto, esquivando los oasis y las rutas de caravanas. No deseaba ser hallado, no deseaba ser reconocido. Una fuerte tormenta me sorprendió, no me arredré ante ella y me adentré con decisión entre las furiosas arenas, sin temor a la muerte. En su núcleo, *Sutej* me esperaba. El verdadero *it* de mi *it*,

con el cabello rojo fuego extendiéndose a su alrededor por la furia del viento. No tenía miedo. Buscaba una respuesta y no pararía hasta encontrarla. Lágrimas de alivio descendieron por mis ojos tras escuchar sus palabras.

Pero no se puede confiar en el Señor de la Perfidia. Me engañó y los resultados de tan craso error pesarán como una losa sobre mi *ba* el resto de mi existencia. Los *Am-Mut* atacaron el *Hut-Netjer* principal, donde familias enteras de *Hem-Netjeru* habitaban. Gracias a la información ofrecida y convencido de que obraba en forma correcta, lograron hacerse con las *Iry-Seuser* y cometer una de las más brutales y horribles matanzas de la historia.

Hombres, mujeres, niños... No quedó alma con vida. Sus cuerpos fueron mutilados con saña, para que los restos no pudieran ser compuestos nuevamente y su *ka* vagara convertido en *Sheut* el resto de la eternidad.

Tal fue el dolor de las dos *Netjeru* que cerraron el *Hut-Netjer* para siempre. Los *Hem-Netjeru* desaparecieron y quedamos un único grupo de guerreros: los *Waej*. Todo cambió. Algunos estábamos ausentes, perdidos en una cacería para abastecer con carne nuestro hogar. Y en un instante, descubrimos el verdadero horror. Mis Hermanos enloquecieron, autolesionándose, gritando en una agonía infernal hasta que, completamente desangrados, cayeron muertos sobre la arena del desierto. No quedó nadie... Y al regresar al *Hut-Netjer*... Todos muertos. Mis hijos, mi hermana, mis sobrinos... Desde el instante en que vi sus cuerpos cruelmente profanados, la venganza anidó en mi *ib* y lancé un rabioso grito de furia que llegó hasta el reino celestial de los *Netjeru*.

Ignorante de lo sucedido, guie a *Sutej* hasta el lugar donde descansaban los restos mi *tameryt*. El *Netjer* se acercó al cuerpo y golpeándolo con su

bastón, lo transformó en polvo. Escuché el doloroso grito de su *ka* cuando perdió el refugio de la carne que lo contenía y una herida profunda se abrió en mi pecho. Mi preciosa Nefer... perdida para siempre.

—Si quieres recuperarla, deberás servirme de forma fiel y devota. Entonces, te la devolveré —dijo con frialdad—. Si no, será un maravilloso regalo para las fauces de *Ammi*^[90].

Y la maldad en su risa resonó por toda la tumba.

Sutej tampoco me conocía. Lo que él celebraba como un triunfo sobre *Ast*, sería en realidad una molesta espina clavada en su piel. Ante su atónita mirada, *Nebet-Het* intervino y me llevó con ella.

Vacios y apagados, mis ojos observaban los restos de la carnicería. No supe cómo, pero pude reconocer entre aquellos destrozos lo que quedaba de mis hijos. El *ib* me dejó de latir por un segundo y la oscuridad se apoderó de mí. Caí al suelo, completamente desmoronado y sangrando por dentro.

—¿Qué he hecho...? —Grandes sollozos escaparon de mi pecho—. Mis hijos... Mis... Mis niños...

Y lloré.

Mi brutal egoísmo había destrozado a mis seres más queridos. Allá donde estuviera, Nefertari jamás me perdonaría. Estaba condenado, sufriría por toda la eternidad...

Sutej pagaría el atrevimiento. Dedicaría el resto de mi existencia a vengar aquella sangre inocente derramada sobre el suelo sagrado.

No descansé hasta ocuparme de todos los cuerpos. Dedicué día y noche a recomponer sus carnes de la mejor forma posible, con la ayuda de mi *Mut* y de *Inpu*, mi Medio Hermano, quien ayudó con su Magia. *Ast* no quiso verme; estaba demasiado dolida para enfrentarse a la traición. También se culpaba a sí misma, por ello permanecía entre las sombras oculta a mis ojos, llorando en silencio y obrando su magia para proteger a aquellos que quedaban. Cuando concluyó mi labor, partí para nunca regresar...

Un joven cubierto de sangre se lanzó desesperando a mis pies. Lo tomé con fuerza del cuello en cuanto descubrí los colmillos que sobresalían de su boca. Me encontraba desarmado, pero acabaría con aquella bestia con mis propias manos si fuera necesario.

—Mátame, por favor —suplicó el *Am-Mut*—. Sin ella no quiero vivir... ¡Mátame! —sollozaba.

Lo solté sorprendido. Esa no era la reacción que esperaba de un *Am-Mut*. Los conocía muy bien; llevaba demasiado tiempo luchando contra ellos.

—¿Qué eres? —pregunté con fiera.

El despojo se echó a temblar, asustado. Creyó que era un *Netjer*, con mi cabello rojo y despeinado, la mirada furiosa e inhumana y una altura descomunal. Mi *meryt* siempre me decía que poseía un porte divino y en parte no estaba equivocada.

—Vivíamos en el templo. Mi *meryt* Nefrura y yo íbamos a unirnos en el Rito del Sagrado Matrimonio... —Sus ojos se llenaron de profunda tristeza—. Pude... Vi cómo la desmembraban ante mis ojos, después de... de abusar...

No fue capaz de continuar. Lágrimas de sangre descendieron por sus mejillas y lo obligué a seguir hablando.

—Me emponzoñaron con su veneno y cuando... cuando desperté... Yo... ¡Oh, Sagrados *Netjeru*! —gimió y comenzó a llorar desgarrado—. Yo... tenía hambre y... no... no sabía lo que hacía y...

Lo detuve con una mano comprensiva en su hombro. Podía imaginar el resto de la historia, aunque había algo en él que me desconcertaba. No estaba dominado por una furia demoníaca y la sed de sangre. Aquel... lo que fuera, era un ser racional, arrepentido de sus acciones. Decidí perdonar su vida e investigar qué estaba sucediendo, por lo menos de momento...

Y no sería el único. Más como él se nos fueron uniendo. Y así nacieron los *In-tep*, conocidos por los *Waej* como Los Renegados...

Año 1996

Bergara, País Vasco

España

Los numerosos recuerdos se agolparon en la mente de Nemutawy. Los juegos de la infancia, donde sus padres se amaban con locura y compartían sus vidas con ellos. Ramsés tomándola en brazos y lanzándola al aire para luego recogerla con un cálido abrazo. Su hermosa madre contándole viejas historias antes de dormir. Sus hermanos... la dulce Meryt, el orgulloso

Amenher, la siempre traviesa sonrisa de Pareher, la decidida Nefertari Tasherit, la frescura de Henuttawy y la inocencia de Merira...

Después, llegó la pasión vivida entre los brazos del Faraón, el cálido brotar de su pecho cada vez que miraba a sus hijos... De todo aquello solo quedaban tristes recuerdos... y un odio tan profundo, que apagaba toda la luz que hubo alguna vez en su alma. Estaba muerta por dentro, tan muerta como todos ellos...

El Poder latía con fuerza en cada palpito de sus venas. Podía sentirlo... El nauseabundo olor a sangre putrefacta la golpeó con fuerza. Cerró los ojos y lo vio. La Visión de Horus era su Don, permitiéndole encontrar todo aquello que quería ver.

Era una espada corta al viejo etilo romano, un *gladius*^[91] con inscripciones doradas en latín, solicitando la protección de los Dioses. Y el *Kheper* con su disco solar labrado en oro y cuerpo de aventurina. El amuleto estaba vacío, no contenía alma alguna. Aun así, su Poder llegaba hasta ella.

Como *Hem-Netjer*, Nemutawy poseía algunas facultades que el resto de sus compañeros desconocían y comenzaban a descubrir tras los Ritos Sagrados. Entre ellas, el poder localizar la energía especial que emitían los *Kheper*. Algo con lo que el enemigo no contaba. Los Viejos Modos regresaban, trayendo algunas ventajas con ellos.

Isis realizó una jugada magistral adelantándose nuevamente a los acontecimientos. El *Am-Mut* se sentía seguro, creyendo que no podía ser advertirlo.

Liberó su *khopesh* y se lanzó al ataque como una rugiente pantera. El *Am-Mut* hembra reaccionó demasiado tarde y el *gladius* cayó al suelo junto a la mano que lo sostenía. Chillando como un cerdo en el matadero, llevó su otra mano al muñón y lo cogió aturdida. Quiso correr, pero la *Waej* no estaba para tonterías y descargó toda su furia sobre ella.

Su Arma cortaba aquí y allí, desmembrándola de forma eficiente y sin perder ritmo, hasta que solo quedó su cabeza sobre los hombros. La mirada de terror del Demonio de Sangre se apagó con el último golpe y la ira de Nemutawy no paraba de crecer.

No se había defendido. No había luchado. Resultó tan fácil que siguió golpeando los restos sanguinolentos con rabia; hasta que llevada por el

cansancio que le provocaba la cercanía del amanecer, recuperó la cordura.

Jadeando, dejó que las lágrimas aguantadas tanto tiempo escaparan de sus ojos y se hundió en el suelo junto con un lamento que escapó de lo más profundo de su ser. Llevaba tanto tiempo conteniéndose...

Sintió una presencia a su lado. Al girarse descubrió unos ojos claros, con la pena reflejada en ellos.

—¡*Mutentit!* —sollozó lanzándose a unos brazos que se abrieron acogedores—. ¡Oh, *Mutentit!*

Las compuertas se abrieron y todo aquello que contenía en su interior se desbordó, como las aguas del Nilo en plena crecida.

—Llora mi *tasherit*, llora *nefret*... —susurró Neftis, besando los labios y las mejillas de su nieta—. No se puede sujetar todo ese dolor tantísimo tiempo, mi *ib* —la consolaba la Diosa.

Era desolador ver así a su niña. Porque a pesar de los milenios transcurridos, eso seguía siendo para ella. Demasiada carga para un corazón tan puro como el de su pequeña. Dejó que se desahogara, que expulsara los demonios que la corroían desde aquel trágico día.

—Te llevaré a casa —dijo limpiándole las lágrimas con sus largos dedos—. Recoge los Objetos Sagrados, *tasherit*.

Nemutawy asintió, sorbiendo por la nariz como cuando era pequeña. La *Netjeret* extendió una mano y de sus dedos surgió una luz que consumió los restos de la criatura, limpiando de la misma forma la sangre que cubría a la *Waej*. Su nieta se refugió nuevamente entre sus brazos y desaparecieron en un rápido destello.

CAPÍTULO 12

En cuanto Alex vio el lugar al que Horus los había llevado, dio media vuelta decidido a marcharse; el Dios lo retuvo extendiendo una de sus manos. Llevaba a Siora colgada de un hombro como si la chica fuera un saco de patatas.

Se encontraba entre agradecido, indignado y enfadado; una curiosa mezcla nada sorprendente debido a las circunstancias. El Dios le hizo un gesto para que lo siguiera y se internó en la tienda, donde siglos atrás encontró a la joven aguardando la muerte. Creía comprender las intenciones de Horus y tras los acontecimientos más recientes no se creía capaz de poder hacerlo.

Con un gesto de sus manos, el Dios hizo desaparecer sus ropas, dejándolos completamente desnudos. Dejó a su compañera en el suelo sin muchas contemplaciones, lo que le llevó a recibir una furiosa mirada del egipcio. A Horus no le importaba demasiado, concentrado como estaba en intentar recrear aquella escena del pasado, con unas ligeras mejorías de su propia cosecha que esperaba ayudaran a la infeliz pareja.

—Venga, hombre —dijo apresurándolo—. No tenemos todo el día. Los acontecimientos se están precipitando y os necesitamos a ambos enteros. Así que espabila —exclamó exasperado.

Dubitativo todavía, pues no confiaba en salir indemne a otro ataque de la joven, Alex se colocó sobre ella en la misma posición en que encontró al *Am-Mut* tantísimo tiempo atrás. El Dios asintió satisfecho y levantó la lona para abandonar la tienda. Antes de salir, se acordó de algo y girando la cabeza se lo comunicó:

—Tranquilo, yo me ocupo de que se esté quietecita. —Realizó otro gesto con los dedos—. No necesitas tu fuerza para someterla. No podrá moverse. Cuando claudique, será liberada.

Y los dejó solos.

Iba a ser muy duro... Miró su hermoso rostro, aquellas deliciosas pecas que le conferían un aire travieso. Sus ojos azules seguían cerrados, pero era

capaz de evocarlos en su mente. Y su boca... se moría por besarla. El hambre le atacó con fuerza. Su sangre le llamaba y su polla se endureció de forma dolorosa. Cuanto antes terminara con aquello, mejor...

Estaba pasando... Se encontraba en el suelo, boca abajo y en posición vulnerable. El peso del *Am-Mut* la aplastaba contra la tierra, saqueando su cuerpo con insaciable lujuria. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Quería gritar, quería huir y defenderse. No tenía fuerzas. Todo había sido un sueño. Nadie la había liberado, nadie la amó...

Los sollozos se intensificaron y el monstruo que la poseía se detuvo. La giró con delicadeza, tomando sus manos entre las suyas y entrelazando sus dedos. Volvió a penetrarla, deslizándose en su vagina con inquietante lentitud. Una voz llenó su mente, alejándola de la oscuridad en la que se encontraba perdida. «*Siora, soy yo...*» decía una y otra vez. «*Siora, mírame. Vuelve conmigo, agápi mou*^[92]...». Penetró entre las tinieblas y vio su rostro querido a un lado. Al otro, su *Màthair* y su *piuthar*, pálidas y muertas, esperaban a que cruzara con ellas; los romanos que la violaron se lo impedían... Recordaba todos y cada uno de sus rostros y la aguardaban con sus penes enhiestos... para pasar debía...

Aterrorizada, quiso seguir la voz que la llamaba, el rostro amado. El *Am-Mut* seguía en su interior, mancillándola, desgarrándola, alimentándose de su preciosa sangre. «¡Siora!» gritó la voz desesperada y con ella surgió una luz que lo barrió todo...

—¡Siora, maldita sea! ¡Mírame! —gritó furioso Alex ahondando en ella con poderosas acometidas.

Quería que lo viese, que supiera que era él quien estaba dentro. Que nadie más volvería a tocar su cuerpo, a ultrajarla. Antes tendrían que pasar sobre su cadáver.

—Siora... —sollozó, aguantando al borde del orgasmo.

No quería correrse. No cuando ella se encontraba perdida en un negro abismo. Al fin abrió sus ojos, de un azul tan claro como el cielo, clavándolos en él. La vida volvía a ellos y... gimió.

Se apretó contra él, hincando los colmillos en su antebrazo. Abrió las piernas, ofreciéndose y el egipcio no dudó en aprovecharse. La mordió en su pálido cuello, como tantas y tantas veces había soñado hacer y ambos explotaron al unísono. Siora soltó su mordisco y lamió la herida. Desconcertado y anhelando besarla, Alex respiraba agitado.

—Gracias —susurró—. Solo tú podías traerme de vuelta y...

Las lágrimas cayeron de nuevo y Alex las recogió con dulces besos. Sus manos seguían entrelazadas y ella las apretó con fuerza. Horus la había liberado y ya podía moverse. Había claudicado.

—No era capaz de verlo—. Siguió soltando una de sus manos para acariciarle la rasposa mejilla—. Me daba tanto miedo... —confesó.

Ella, su princesa guerrera, su fiera endemoniada, la más valiente de todas... Siglos atemorizada por un recuerdo traumático que le impedía amar y entregarse de forma completa. Ella...que fue su amor, su vida... Los ojos de Alex se llenaron también de lágrimas; de alivio, de dicha, de amor por ella...

—No llores, *amadan*^[93] —dijo secándoselas con el dorso de sus dedos.

—Tú tampoco llores —respondió incómodo.

—Yo no lloro. —Sus labios se abrieron en una radiante sonrisa—. Las chicas no lo hacemos nunca. ¿No lo sabías? Es que se me ha metido algo en el ojo —bromeó.

Divertido, le dio la vuelta agarrándola de su perfecto trasero para iniciar un nuevo ataque a sus sentidos, pero la voz de Horus los interrumpió de golpe.

—Lo siento, niños —cortó asomando la cabeza y aprovechando para echar un buen vistazo—. Tenemos que irnos. Hay problemas en el paraíso.

La pareja gritó indignada y Alex intentó cubrir a su mujer con su cuerpo. Horus les guiñó un ojo, riendo descarado y dejó caer la lona para darles intimidad. Al instante se encontraron vestidos. Por suerte... ya que aparecieron en aquella postura tan poco digna en el salón de la casa, ante la vista de todos sus Hermanos que los miraban boquiabiertos.

Año 64 d.C.

Templum Isidis

Egypt

El disco solar se ponía sobre las arenas del desierto que rodeaban el *Templum*. En el interior nos encontrábamos frescos y en penumbra. La alta *Hem-Netjeret* que dirigía la ceremonia se fue acercando a cada uno de nosotros con un pequeño cáliz entre sus manos.

Los *Waej* mentores, se encontraban a nuestras espaldas y pude sentir la cálida mirada de mi maestro. Mi corazón palpitaba con fuerza llevado por la emoción. Pronto sería una más, podría luchar contra los *Am-Mut* y vengar la muerte de mi familia... con un pequeño fallo en ese plan: no lo recordaría.

La morena *Hem-Netjeret* de ojos felinos, se detuvo ante mí y me hizo repetir el sagrado juramento.

—¿Cuál será tu nuevo nombre cuando regreses a la vida, *tasherit*? —preguntó de forma solemne.

—Siora —contesté segura—. Quiero poseer al menos eso de mi pasado.

Asintió comprensiva y mojó su índice en el líquido. Abrí la boca y saqué la lengua, ofreciéndosela. La *Hem-Netjeret* depositó una gota de rojo líquido en ella y recitó unas palabras que no pude comprender. Lo saboreé y tragué. Sabía a... sangre...

Repitió el mismo procedimiento con el resto de mis compañeros, luego se detuvo en el centro del círculo y extendió los brazos. De éstos surgieron unas preciosas alas en tonos negros y verde esmeralda. Las plumas eran muy hermosas y nacieron desde sus extremidades hasta extenderse por su espalda, donde comenzaron a batir con fuerza. Una Poderosa Energía, impulsada por el aleteo incesante se extendió por todo mi cuerpo.

—La Sangre de *Ast* se hace Uno con vosotros —recitó—. Vosotros sois Uno con *Ast*, sois su Esencia.

Los mentores se adelantaron, portando cada uno un amuleto que colocaron sobre el pecho de sus pupilos. Y todo se volvió negro...

Recogí el cuerpo inerte de mi pupila antes de que cayera al suelo. Lo dejé con mimo sobre el sarcófago que la aguardaba, cruzando sus brazos en forma solemne sobre sus pechos. Coloqué el *Kheper* que ahora contenía su *ka* sobre el corazón y la cubrí con un velo. Así reposaría tres días en los que su *ba* viajaría por la *Duat*, despidiéndose de su vida anterior.

Acababa de realizar un pacto por el que encomendaba su *ba* a la *Theá Ísis*; antes, tenía que superar la prueba de la balanza. Se presentaría ante el mismísimo *Ósiris* y allí repetiría su juramento. Si no era sincero, sería devuelta al *Naós* y expulsada del mismo. Su mente se rompería sin remedio y enloquecería. Esperaba... no, deseaba que fuera sincera.

Desde el instante en que contemplé por primera vez aquellos asustados ojos, sentí algo nacer en mi pecho. Todos aquellos duros años de instrucción solo consiguieron que aquel sentimiento creciera en mi corazón.

Siora era una niña preciosa, de corazón valiente y osada como pocos. En ella habitaba una poderosa guerrera y ansiaba combatir a su lado. La Sangre de *Ísis* despertaba en nosotros unos instintos que estaba deseoso de explorar.

Velé esos días junto al féretro donde yacía inmóvil. Cualquier profano que observara aquella escena, pensaría que aquellos jóvenes habían sido sacrificados en un macabro ritual; nada más lejos de la realidad. Volverían nuevamente a la vida con una fuerza, una potencia y unas ganas de vivir mucho más poderosas e intensas. Aunque sí sacrificaban algo: sus recuerdos... Eran un tributo a la *Theá*. Renunciaban a su identidad para Renacer a una nueva existencia con un único objetivo en ella: servirla. A cambio, los Dones recibidos eran inmensos.

Siora inhaló profundamente, llenado de oxígeno su renovado cuerpo. Durante esos dos años había madurado y florecido. Su cuerpo fuerte, joven y vigoroso rebosaba de la lozanía de la juventud. La Sangre de *Ísis* le otorgaba un nuevo resplandor que resaltaba su inocente belleza y la observé arrebolado. Vi pequeños cambios muy sutiles que pasarían desapercibidos para el ojo humano. Sus ojos eran más azules, más limpios. El cabello brillaba con más fuerza, de un intenso cobrizo refulgente y sus formas... se habían acentuado. La piel aparecía sin imperfección alguna, exceptuando las pecas que eran su toque personal. Deslumbraba...

Ella me miró, estudiándome inquisitiva. En aquellos momentos, solo sus instintos primaban, así que me aparté de su lado para dejarle espacio. Necesitaba acostumbrarse a su nueva existencia...

Resultó ser en exceso viciosa... Aprovechaba cualquier excusa para acabar entre mis brazos y comerme a besos. Al principio, era tan solo una necesidad física empujada por la Sangre de la *Theá* y poco a poco se fue transformando en algo más. Hasta que fuimos separados y cada uno enviado a un extremo diferente del mundo...

Año 1996
Bergara, País Vasco
España

Todos los ojos se clavaron en ellos, mirándolos en silencio, muy sorprendidos por su repentina aparición. Siora enrojeció abochornada y escondió la cara entre sus manos. Horus era un auténtico capullo. Maldijo en silencio y agradeció que por lo menos, los hubiera vestido.

—A mí también me gusta mucho esa postura —bromeó Layla cortando la tensión.

Todos rieron y la pareja pudo relajarse un poco. El Dios se divertía apoyado contra la chimenea y Akhesa lo fulminó con una mirada. Se acercó con disimulo y susurró:

—Tú y yo tenemos que hablar...

El buen humor del Dios desapareció por arte de magia y fue sustituido por un gesto de hastío. La siempre correcta *Hem-Netjeret* tenía la mala costumbre de cortarle el rollo. Le iba a caer un buen rapapolvo y cómo no... seguro que de su Madre también.

Alex y Siora se levantaron del suelo y fueron bien recibidos por sus Hermanos que los pusieron al tanto de las nuevas dificultades. Sheritra estaba también allí y ambas amigas se dieron un caluroso abrazo. A la *Waej* no se le escapó el cambio en los ojos de la pelirroja y la interrogó con un gesto.

—Luego te cuento... —susurró de forma queda para que solo ella la escuchara.

La Líder organizó los diferentes turnos con un ligero cambio... Sheritra cazaría sola. Estaba completamente recuperada y Egil se encontraba aún en un estado lamentable, reafirmado por la celta en cuanto revisó sus heridas. Nadie del grupo dijo nada por aquel cambio de planes, pero Sheritra fue consciente de que sabían algo que ella ignoraba. No se preocupó mucho por aquel asunto, puesto que lo que más deseaba era recuperar los Objetos Sagrados y encontrarse cara a cara con aquella bruja que casi le arranca la vida. Cómo iba a disfrutar en cuanto la tuviera en sus manos. Aún recordaba con horror la tortura y cómo disfrutaba ella en cada momento.

Ya en su habitación revisó su cuerpo. Nada. Ni una sola cicatriz que mostrara las penurias por las que había pasado. Y su cara... perfecta, más lustrosa tal vez, más luminosa... Sus ojos tenían un nuevo brillo y la observaban con fiereza desde el espejo. Recordó aquello que la había transformado... El sabor de la sangre inundó sus papilas gustativas y el olor del hombre la envolvió, mareándola. El aguijón del hambre golpeó su estómago y el deseo su vientre...

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su cabeza, pero era demasiado tarde. Había nacido una extraña conexión entre ellos que más tarde exploraría... En ese momento su preocupación era la caza... y pensaba dar cuenta de un buen número de presas.

Ramsés la observaba desde uno de los tejados. Se movía segura, tranquila... Tras la mala experiencia vivida días atrás, el miedo no se había apoderado de ella como tal vez pudiera sucederle a cualquier otra criatura. Era como si su mente fuera capaz de dividirse y esconder la parte que no le gustaba en lo más profundo de su psique. Tan profundo, que no afectaba a su presente más reciente.

En un acto de rebeldía, había dejado su largo cabello suelto, cayendo en salvajes ondas por su espalda y hombros. Una sonrisa feroz se dibujaba en

su rostro y los ojos brillaban con el fulgor de la batalla...

Sintió una punzada. Le recordaba tanto a ella... Su mismo porte, la misma intensidad, el mismo Don... sin embargo, no era ella... Desde aquella distancia pudo apreciar cómo su cuerpo se tensaba. Levantó los ojos y le miró. Ramsés sonrió como tan solo él sabía hacerlo y bajó de un salto. Sheritra se plantó frente a él con las manos en las caderas y cara de pocos amigos.

—¿Qué me has hecho? —gruñó enfadada.

—¿Salvarte la vida...? —respondió con sarcasmo—. Tal vez un: «Gracias, Ramsés, ha sido una fantástica experiencia» no estaría mal —aportó con una sonrisa socarrona.

Sheritra frunció el ceño muy cabreada y acortó las distancias. Se encaró al él... más o menos, ya que era muy pequeña en comparación. Con toda la dignidad que le permitía su altura, se lanzó a su cuello y tomó sus labios con un beso abrasador. Ramsés la sostenía, asombrado y agradecido por ese torbellino que comenzaba a enloquecerlo.

No, no se parecía en nada a Nefertari. Este pequeño demonio siempre conseguía sorprenderlo. Estrechó el abrazo, saqueando su boca con deseo. Aquel no era el momento ni el lugar adecuado. Sus instintos les advirtieron a tiempo y separándose, ambos se colocaron en posición de ataque, espalda contra espalda.

Sheritra liberó su lanza, sosteniéndola con ambas manos sobre su pecho; Ramsés sacó la espada y un *khopesh* del cinturón que portaba.

—Un día de estos me tienes que decir dónde has conseguido esa chuchería —comentó divertido.

—Cállate —espetó con brusquedad—. A ti te lo voy a decir...

En su fuero interno sonreía, se divertía con las pequeñas escaramuzas verbales.

Tres *Am-Mut* se acercaron a ellos e iban armados. Uno portaba un impresionante *claymore* de manufactura escocesa. A Sheritra le pareció reconocer la empuñadura y supo a quién pertenecía.

—Es la espada de Will —gruñó, molesta porque robaran algo tan personal de alguien a quien apreciaba.

Will fue durante un tiempo su compañero, un guerrero rudo pero encantador. Apenas trabajaron dos años juntos, naciendo entre ellos una bonita amistad y quería recuperar el arma de su Hermano. En cambio, Ramsés sintió el pinchazo de los celos. Acababa de conocer a la joven y aun

así, escuchar el nombre de otro hombre en sus labios —desconociendo la relación que ambos pudieran tener— le carcomía por dentro. Sheritra era suya... y no estaba dispuesto a compartirla.

Los otros portaban un *skeggöx*^[94], un hacha de confección vikinga y otro *khopesh*. Por lo visto aquella arma egipcia era de las favoritas entre los *Waej*. Los Demonios de Sangre les rodearon despacio intentando ponerlos nerviosos, algo que ambos guerreros tenían de acero. Vigilaban sus movimientos sin apenas moverse, esperando el momento oportuno para actuar.

Uno de ellos se lanzó por ella, pensando equivocadamente que era el flanco débil. Qué sorpresa se llevó cuando Sheritra esperó hasta el último segundo para ensartarlo en su lanza con un ligero movimiento de muñeca, lanzándolo por los aires. Con el estupor reflejado en su rostro, cayó al suelo, golpeándose de forma muy ruidosa la cabeza. Si fuera humano, habría muerto al instante. Se levantó furioso y atacó de nuevo. Sus compañeros observaban divertidos, esperando que les abriera el camino y poder reclamar después su premio. Volvió a atacar con el *claymore* alzado, buscando los puntos vulnerables de la guerrera. Una vez más, fue pillado por sorpresa. Con un hábil movimiento de su cuerpo, Ramsés puso a la chica del otro lado, siendo él quien quedó frente al agresor. Como éste esperaba encontrarse otro cuerpo diferente, erró el golpe y el egipcio aprovechó para partirlo en dos con su espada. La parte superior se deslizó lentamente sobre el corte hasta derrumbarse en el suelo.

«Uno menos» pensó. Sheritra le miraba rabiosa. Ocultó la lanza y se lanzó a sus pies, apoderándose así del *claymore*. El espadón era casi tan grande como ella y parecía terriblemente pesado; aun así, ella lo blandía como si de una pluma se tratara. Se miraron y asintieron. Ambos se lanzaron al unísono por los *Am-Mut*.

Sheritra esquivó el *khopesh* agachándose. Sabía que poseía una ventaja sobre su compañero. No querían matarla, tan solo herirla para poder divertirse con ella. El *Am-Mut* la cogió del pelo y tiró con fuerza para desequilibrarla. Ella lo esperaba y aprovechó el movimiento para impulsarse contra él. Cargó con el *claymore*, clavándolo en el abdomen de la criatura y empujándolo con todas sus fuerzas, lo atravesó. La mitad del arma asomó por su espalda. Giró varias veces la muñeca con precisión, destrozando los órganos vitales del Demonio de Sangre y con un grito de guerra, la extrajo de un tirón. La criatura cayó entre convulsiones,

expulsando sangre por la boca y por el enorme agujero abierto en su interior.

Ramsés detuvo el golpe del *skeggöx* cruzando su *khopesh* con la espada. Era mucho más grande y fuerte que su enemigo, así que aprovechó su tamaño y peso para repeler el ataque. Su Arma se acercaba peligrosamente al rostro del *Am-Mut* que, tras ver la muerte en los ojos dorados del egipcio, soltó el arma y huyó.

Sheritra remató a su víctima, clavando la espada en su corazón usando ambas manos. Miró a su alrededor y asintió satisfecha. Ramsés la observaba orgulloso. Sonreía de medio lado, de aquella forma que le encantaba.

Estaba manchado de sangre apestosa, al igual que ella y apoyaba relajado las dos armas en sus hombros. Podía apreciar su poderoso pecho, que llevaba al descubierto y las musculadas piernas. Volvía a vestir el faldellín que, todo había que decirlo, le sentaba a la perfección. Alejó las imágenes que se formaban en su mente y se concentró en la tarea que tenía por delante. No quería distraerse con más pensamientos calenturientos, protagonizados por el egipcio.

Recogió las Armas y buscó los Amuletos. Por desgracia, habían perdido uno de ellos. Suspiró frustrada. Ya lo recuperarían otro día...

—¡Vaya! —exclamó Ramsés arrancándole el frasquito que acababa de sacar de entre las manos—. El Aliento de *Inpu*... —susurró admirado observando el brillante líquido—. Hacía milenios que no veía uno de estos —se lo devolvió a una enfurruñada Sheritra y sonrió nuevamente—. ¿Sigue siendo igual de efectivo? —preguntó curioso.

Le encantaba molestarla, cabreada estaba preciosa.

Ella suspiró exasperada e ignorándolo se dedicó a deshacerse de los cadáveres. Ramsés se la comía con los ojos. El calor encendía cada zona de su cuerpo donde posaba su mirada y la estaba poniendo muy nerviosa. El hambre volvió a apoderarse de ella... y sabía que él se encontraba en la misma tesitura. No quería caer tan rápido y sin pensárselo dos veces, cerró con fuerza el tapón lanzándole el frasquito. Guiado por un impulso milenario ante algo sagrado, corrió para recogerlo; momento que ella aprovechó para desaparecer.

Ramsés lo tomó con reverencia, guardándolo en su cinturón y bufó frustrado. Le acababa de plantar con una sucia jugada y un buen calentón. Cuando la pillara de nuevo, se lo iba a hacer pagar con creces. Menuda arpía estaba hecha... Se cruzó de brazos y miró hacia abajo, donde su pene

hacía acto de presencia levantando el faldellín. Acabó riendo a carcajadas. Lidiar con aquella fierecilla lo iba a mantener entretenido. Muy, muy entretenido. Y pensaba salir victorioso de aquella batalla de voluntades. Se guardó las Armas y siguió patrullando en silencio.

CAPÍTULO 13

Cuatro Iry-Seuser y tres Kheper. Podía considerarse una muy buena noche para empezar. Akhesa llegó a la sala acompañada de un joven desconocido. Era alto, guapo y de complexión atlética. Tenía unos preciosos ojos de un color azul grisáceo, con la mirada afable y risueña. Sus cabellos eran castaños, algo rojizos y llenos de rebeldes rizos. De mentón firme, labios generosos y sonrisa fácil. Se acercó a la mesa donde estaban las Armas y tomó una de ellas con reverencia.

—El *gladius* de *Nero*^[95]. —dijo con emoción contenida revisando la espada corta.

Siora palideció, agarrándose con fuerza a su compañero. Él la tomó de los hombros intentando tranquilizarla. Temía su reacción al escuchar ese nombre.

—¿Nerón...? —preguntó ella— ¿Lo... conociste?

El joven la observó curioso y asintió. Su mirada era dulce y comprensiva. La celta se relajó. El *Waej* le transmitía confianza y sus instintos jamás fallaban, a pesar de tener la mala costumbre de no escucharlos. Si le decían que no se dejara llevar por la cólera, intentaría hacerles caso por una vez en su vida. Aunque solo fuera para calmar la ansiedad de su compañero.

—¡La hija de *Bodica*! —exclamó acercándose y tendiendo su mano en señal de paz—. Siento mucho lo ocurrido a tu familia. Toda Roma lloró ante su desgracia... —se llevó su otra mano al pecho en señal de duelo—. *Nero* lamentó mucho no poder protegeros... era su deber, pero... Se decía que los brazos del *Caesar* llegaban a toda Roma... Menuda panda de mentirosos. Bastante tenía con las intrigas en su propia casa como para ocuparse de todo el *Imperium*.

Agitó la cabeza, turbado y algo molesto, manteniendo la mano a la espera de que ella aceptara su oferta. Incómodo, Alex la sujetó con más fuerza. No le gustaba ni un pelo la mirada apreciativa del desconocido sobre su mujer.

—¿No decían que se había suicidado como un cobarde? —preguntó a la defensiva.

—Cesarión, el último *Rex* de *Egypt* —dijo observándolo de tal forma que llegó a ponerle los nervios de punta—. Lo mismo dijeron de la *mater* de tu chica, ¿no es cierto...? Y nada más lejos de la realidad.

Alex abrió la boca como un pez. ¿Cómo podía saber aquello? Tan solo unos pocos privilegiados conocían la verdad. La mayoría yacían en sus tumbas desde hacía siglos y los pocos que quedaban juraron guardar el secreto.

—Claudio sabe cosas —dijo Akhesa en su defensa, cortando la tensión que se acumulaba entre ellos—. Suyo es el Don de *Dyehuty*^[96].

—Creía que el don de Thot era otro —comentó Johanna mirando a su marido, quien también tenía ese Don.

—Un mismo *Netjer* tiene diferentes atributos. Por lo tanto, reparte sus Dones de manera diferente —dijo la Líder—. Puede haber muchos *Waej* que posean el mismo Don, que se desarrollará en cada uno de manera diferente. Claudio puede conocer sucesos de la vida de otras personas y Jacques puede descifrar todos los lenguajes habidos y por haber. Pero el Don sigue siendo el mismo.

Se miraron pensativos y Claudio, al ver ignorado su gesto de simpatía, se dedicó a las Armas.

—Will se va a poner muy contento —exclamó al tomar el *claymore*—. Es una espada muy querida para él. Que acabara en manos de los *Am-Mut* le ponía de un humor terrible —guiñó un ojo a Siora que sonrió cohibida.

El día anterior se hubiera puesto como una furia al descubrir que su visitante era romano. Tras su interludio con Alex, no le importaba lo más mínimo. Era cierto lo que decía el chico: la versión oficial no era siempre la verdadera. Comenzó a arrepentirse de no haber aceptado su disculpa y se le acercó, dejando a Alex rumiando su cabreo en silencio.

—Gracias —respondió ella—. Es muy importante para mí el comprender qué sucedió.

Él se giró y tomó su pequeña mano entre las suyas para llevársela a los labios, donde depositó un suave beso. El gruñido del egipcio pudo escucharse por toda la habitación. Siora lo ignoró.

—Si alguna vez decides visitar Roma, te acompañaré encantado —y sonrió con dulzura.

La celta enrojeció, recordando sus sueños infantiles. Alex no pudo soportarlo más y se acercó a ellos, rodeando a su compañera con los brazos en un gesto posesivo; advirtiéndole al otro que aquel era su territorio. Ella se removió incómoda y a la vez halagada por sus celos.

—Si ella decide ir a Roma, no necesita tu compañía, amigo —cortó seco—. Yo también puedo mostrarle la ciudad.

—¡Fantástico! —exclamó el otro con un brillo especial en sus sorprendidos ojos—. Los Viejos Modos han vuelto. Sois *Hem-Netjeru*...

Los estudió como a bichos bajo un microscopio.

Un sonoro bostezo atrajo la atención de todos. Sheritra estirando los brazos y con cara de sueño, les lanzó una mirada de inocencia.

—¿Qué? —se defendió— es hora de ir a la cama...

La carcajada fue general. Fascinado, el romano acababa de descubrir a una belleza escondida en un rincón del hogar. Ni las mismas Diosas podían ser tan hermosas como aquella increíble criatura. Primero despertó su atención el cabello, del color de la nata. Luego sus ojos, tan brillantes como las piedras preciosas. Unos labios preparados para el placer y un cuerpo esbelto y delicado. Y ya no pudo apartar la vista de ella.

—¿Cuándo dices que debo mudarme, Akhesa? —preguntó atontado.

—Todavía no, Claudio —dijo divertida tras descubrir la cara de bobo del romano, que no apartaba la mirada de la atlante—. Hay que asegurar el buen funcionamiento de la otra casa. Luego, ya podréis venir aquí.

Claudio suspiró de forma dramática y recogió los Objetos para ponerlos a buen recaudo. Miró a la Líder poniendo ojillos de cachorrillo, pero ella no dio su brazo a torcer. Encogió los hombros, paciente y se despidió del resto con un cordial saludo. Le tocaba azuzar a Will para que acelerara todos los trámites y poder trasladarse a aquel paraíso lo antes posible. Tan solo rezaba para que el tenaz guerrero no se le adelantara y cortejara a la dama antes de que él pudiera acercarse siquiera.

Akhesa los miraba entre divertida y resignada. La maldita libido que heredaban de los Dioses a veces les hacía comportarse como verdaderos idiotas. Y no había forma de evitarlo. Los Hermanos se fueron retirando a descansar y ella se marchó a la oficina para arreglar algunos asuntos que tenía pendientes.

Alex se dirigía hacia su taller cuando Siora lo interceptó a medio camino. Le echó los brazos al cuello y besó sus labios. Él la aceptó de buen grado, deseoso de mucho más, con miedo a dar el primer paso. Todavía no sabía qué esperar de ella.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó mimosa, restregando su naricilla en el pecho del hombre.

—A trabajar —dijo él— tengo un...

No le dejó terminar. Volvió a comérselo con la boca, invadiéndolo con su juguetona lengua.

—De eso nada —exclamó tomándolo del brazo y arrastrándolo a su habitación.

Una vez allí, lo empujó contra la cama y se arrancó la ropa, quedando completamente desnuda ante él. Alex babeaba contemplando su delicioso cuerpo.

—Quítate la ropa —ordenó.

Se sintió decepcionado, temiendo que volviera a sus antiguas costumbres. Aun así, obedeció. La deseaba, la necesitaba y el hambre gritaba desde lo más profundo de sus entrañas. Tenía el miembro completamente endurecido y apuntaba firme como un mástil esperando hundirse en lo más profundo de aquella mujer.

Siora rodeó despacio la cama, como una tigresa acechando a su presa y dispuesta a atacar; no lo hizo. Se subió al colchón, mostrando sus partes más íntimas y se le ofreció, colocándose a cuatro patas.

Embobado, Alex aceptó aquel regalo tan valioso para él. Acarició sus hermosas nalgas, dejando que sus dedos se deslizaran juguetones sobre el pubis; buscando el capuchón del clítoris, que activaría todo su cuerpo y lubricándola con sus propios jugos. Deseaba probarla así, en esa postura tan abandonada. Movié las manos hasta alcanzar sus caderas y bajó la boca para lamer su dulce néctar.

Ella dejó escapar un jadeo satisfecho. Sabía lo que se avecinaba y lo esperaba ansiosa. Se dejó caer hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la cama y permitiendo que él la saboreara de aquella forma tan íntima.

Chupó, lamíó, mordió, succionó su sabrosa carne y dejó que una oleada de intenso placer la barrierá antes de penetrarla de forma profunda y posesiva. Pujaba en su interior, agarrado a su duro trasero. El orgasmo que los barrió fue tan intenso que cayeron desmadejados sobre la cama; él sobre

su espalda y ella hundida en el colchón, sudorosos y felices. Aún no habían terminado. Alex le dio la vuelta, volviendo a hundirse en sus profundidades y se alimentaron, compartiendo la sangre que los hacía uno.

Año 1040 d.C.

Maebad 'Tizis

Misr

Llevábamos meses viajando hacia *Aígyptos* acompañados por los bereberes de Sitt al-Muk. Hastiada de las intrigas que llevaron a la muerte al Califa Al- Hákim, su hermano, la princesa se retiró a los desiertos donde se unió a la guardia *Waej*, tras casi perder la vida a manos de los *Am-Mut*. Era la hora de mi Despertar... Las pesadillas llevaban acosándome durante meses, al punto de casi arrastrarme a la locura. Gracias a la princesa, a su constante atención y cuidados, lograba mantener a duras penas la paz mental. Si Siora estuviera conmigo... A pesar de transcurrir casi un milenio desde la última vez que estuvimos juntos, seguía teniéndola muy presente.

Durante el día el calor era abrasador, lo que nos obligaba a viajar por las noches, momento en que la energía de los *Theoí* despertaba de su letargo. Sitt me vigilaba con preocupación. Temía perderme tras el Despertar, que yo recordara los brazos de otra mujer y la abandonara por su recuerdo. Lo que ignoraba es que esa mujer ya existía, manteniéndose fuerte en mi alma y mi corazón. Los *Theoí* decidieron separarnos y cada uno tuvo que aceptar continuar con su existencia. Ella estaría en otra parte del mundo, tal vez perdida entre los brazos de otro hombre. Y no la culpaba por ello. La Sangre de los *Theoí* despertaba en nosotros unos apetitos tan intensos que era imposible negarlos. Para sobrevivir, debíamos aceptarlos y la excitación de la batalla provocaba tal fuego en nuestros cuerpos que era mejor apagarlo a través del acto carnal.

Alcanzamos finalmente el *Naós*. Los Hermanos aguardaban congregados nuestra llegada. Llevábamos tres días de retraso, provocados por una tormenta de arena que nos desorientó, modificando nuestra ruta hasta que hallamos de nuevo el camino. Al entrar, me separaron de mis compañeros, llevándome junto a la *Iereía* que gobernaba el lugar. Ella me entregó a las Iniciadas que se ocuparon de mis necesidades.

Tras un día de descanso, fui conducido a una estancia oscura del *Naós* donde un *Waej* me serviría de guía y sería mi sostén durante el proceso. Era una mujer de bellas formas, cubierta con un oscuro velo que ocultaba por completo sus rasgos. Vestía a la moda del tiempo de los grandes Faraones, con suave y transparente lino. Al trasluz del fuego, su silueta se adivinaba bajo las prendas. Tan solo el rostro permanecía oculto y era imposible de imaginar.

Pensé que poseería alguna deformidad que la llevaba a esconderse tras la prenda.

La *Waej* se acercó en silencio, ayudándome con mis ropas y conduciéndome al pequeño estanque de cálidas aguas que se encontraba al fondo de la estancia. Eran aguas sanadoras y de extraño olor que purgaban el organismo y la mente. Se sumergió junto a mí y el vestido se pegó a su piel. Quedé embrujado observando sus hermosos pechos, de altos pezones. Ignorando mi poderosa erección, procedió a lavarme de forma meticulosa, sin dejar ni un solo hueco de mi cuerpo sin frotar. Aquella situación se hacía molesta y algo dolorosa. Podía sentir el roce de la tela en mi piel, los dedos femeninos tocando y friccionando, instigando mis sentidos de una forma nada erótica, que a la vez me enloquecía. Cuando acabó la tortura, me obligó a salir del agua.

Seguía ignorándome, lo que enturbiaba mi orgullosa hombría. Intenté acercarme a la mujer y ella me detuvo con un gesto. La *Iereía* aprovechó para entrar en la estancia portando un cáliz que me ofreció en silencio. No hubo palabras rituales. No hubo una gran ceremonia. Tan solo me ofreció beber la copa completa. Bebí sediento y agradecido por la fortaleza que otorgaba el Sagrado Elixir de la *Theá*. La joven *Waej* tomó mi *Kheper*, colocándolo sobre mi pecho. Y todo se tiñó de rojo y negro...

Año 31 a.C.

Batalla de Accium

Golfo de Ambracia

Era un movimiento desesperado. La insalubridad del lugar donde se habían refugiado provocó que parte de su ejército mermara debido a la enfermedad y las deserciones. Los comandantes habían perdido el entusiasmo por la guerra y *Marcus Antonius* era incapaz de poner orden entre sus soldados. Una vez más, tendría que tomar las riendas y ocuparse de establecer la estrategia que lograra sacarlos de aquella trampa que se cernía sobre sus cabezas. La *Vasilissa* no estaba dispuesta a rendirse y haría lo que fuera necesario para salir indemne, por sus hijos y por su pueblo. Todo era por su pueblo...

El romano se agitaba nervioso en sueños. Ella se levantó y observó meticulosa los pergaminos donde se desplegaban las directrices de la contienda. Tenían que salir de allí lo antes posible... Así la encontró horas después su amado. La abrazó por la espalda, besando su cuello, deseoso de disfrutar otra vez los placeres que le brindaba su hermoso cuerpo. Ella lo rechazó.

—Una batalla por mar —dijo señalando los papeles—. Es nuestra única salida, *Marcus*. Necesitamos plantar cara inmediata a nuestro enemigo y nuestra flota es muy superior en potencia a la de *Octavius* —puntualizó.

Marcus Antonius no parecía muy convencido, no era un gran marino y agitó la cabeza negando aquella idea. Más no le sirvió de nada. *Kleópatra* consiguió convencer a todos, arengándoles a una batalla naval y asegurándoles la victoria. Qué equivocada estaba...

Fue un auténtico desastre. Muchas de nuestras naves no estaban preparadas para la guerra e incluían tesoros capturados tras los saqueos de las numerosas escaramuzas. Logramos huir a duras penas y ponernos a salvo, mas la mayor parte de la flota fue destruida. Observaba desde la borda cómo mis barcos eran capturados; mis hombres asesinados o esclavizados, alejándonos sin hacer nada para impedirlo. La derrota era muy amarga, lo mismo que las lágrimas que rodaban por mis mejillas.

Por primera vez en mi corta existencia, comencé a dudar de la divinidad que mi *mitéra* había inculcado en mí desde el nacimiento. Un *Theós* jamás permitiría tamaña afrenta contra su gente. Me sentía impotente, frustrado. Y el odio hacia el *sýzygos* ^[97] de mi *mitéra* creció en mi pecho.

Los placeres de la corte habían logrado que aquel que fuera un poderoso *Generalis* se transformara en un borracho, obsesionado con mantener a la orgullosa *Vasílissa* ensartada en su polla. A veces los espiaba, celoso por tal atrevimiento. La *Vasílissa* debería ser mi *gynaíka* ^[98] como dictaba la costumbre. Merecía mucho más respeto de parte de aquel bárbaro. Era Faraón y no poseía poder alguno. Amaba demasiado a mi *mitéra* para arrancarle las riendas del trono y hacerme cargo del reino. Sería una humillación que jamás me perdonaría y era tal la adoración que sentía por ella, que prefería arrancarme las venas a someterla de esa forma. Así que callaba, apartándome a un lado y dejándole hacer. Y comenzaba a arrepentirme de ello...

Año 30 a.C.

Isindireyya

Aígyptos

Los gritos resonaban por todas partes: ¡Los romanos! ¡Se acercan los romanos! Intentaban esconder sus tesoros y ocultar a sus hijos para que no fueran llevados como esclavos y sometidos a una vida peor que la muerte. *Marcus* estaba muerto, se quitó la vida como un cobarde guiado por un malicioso rumor que lo convenció de la muerte de la *Vasílissa*. *Kleópatra* se había encerrado con su cuerpo y mis hermanos estaban en paradero

desconocido. Rhodon, mi tutor, me conminaba a seguirlo por órdenes de la *Vasilissa*. Acostumbrando a obedecer, lo seguí sin mediar palabra.

Huimos disfrazados, solos... Nos acercábamos al puerto para tomar un barco que nos llevaría a lejanas tierras, cuando sentí un profundo dolor en el costado. El hombre que me había visto crecer, mi tutor, al que había amado como a un padre y en el que mi *mitéra* depositó toda su confianza para sacarme de *Isindireyya*, me apuñaló por la espalda, empujándome a las turbulentas aguas del mar con una patada en mi vientre. Tenía tan solo diecisiete crecidas y conmigo, toda una dinastía milenaria llegaba a su fin. Todavía portaba el amuleto que la *Iereía* me regaló en el *Naós*. Lo tomé frente a mis labios, susurrándole una petición de auxilio antes de que la oscuridad del furioso mar me tragara...

Unos delicados brazos me sacaron del mar. Agonizaba, desconocía si por mis heridas o por la gran cantidad de agua salada ingerida. La joven colocó el oído en mi pecho y pudo escuchar el endeble latido de mi corazón. Comenzó a apretar mi estómago, obligándome a expulsar todo el líquido tragado. Vomité varias veces, para mi absoluta consternación. Ella me dio la vuelta con cuidado y revisó la sangre que me brotaba por la espalda. Chasqueó la lengua y rasgó sus vestiduras para crear un improvisado vendaje.

—Sobrevivirás a ésta —dijo—. Quien intentara asesinarte no era muy diestro, por fortuna para ti. Deberías aprender a nadar, muchacho.

Permanecí en silencio, rumiando mi desgracia. Deseaba haber muerto. ¿Por qué aquella maldita chica no me dejaba en paz? Me giré dolido, enfrentándome a mi «salvadora». El aliento murió en mi garganta.

Era una belleza de cabellos que refulgían con un oscuro fuego y unos ojos tan dorados que me dejaron clavado en el suelo y con la boca abierta.

—Eres Ptolomeo ¿Verdad? —me interrogó.

Dudé tan solo un instante. Acababan de intentar asesinarme y no sabía si era buena idea revelar mi verdadera identidad, aunque ya pareciera saberlo.

—Tranquilo. Te he sacado del agua ¿Recuerdas...?

Se levantó, sacudiendo su túnica y extendiendo una mano.

—Ven conmigo. Tengo algo que mostrarte —me dijo tirando de mí cuando se la tomé.

Había algo en ella que me atraía. Mi suerte estaba echada y mi destino decidido. Apresurándome a seguirla, arrastrando los pies, temí la nueva sorpresa reservada para mi futuro...

CAPÍTULO 14

En sus horas muertas, Sheritra trabajaba en lo que ella ya consideraba «su jardín» tras eliminar la maleza y plantar algunas flores aquí y allá. Restauró todas las tumbas, honrando la memoria de los ancestros que habitaron aquella casa en el pasado.

Limpiaba la superficie de una de las lápidas, completamente fascinada. Aquel nombre: Manuel... palpitaba en su pecho, saboreándolo en su boca cada vez que lo pronunciaba entre susurros. Manuel...

En su imaginación era un joven de pálidos ojos azules y mirada gatuna, cabello rubio peinado hacia atrás y sonrisa cálida. Un hombre cariñoso, de ideales firmes por los que daría su vida y un corazón tan grande que la mujer que ganase su amor lo tendría para siempre. Fantaseaba con aquella imagen, intentando desterrar de su mente otra mucho más terrenal que la tenía avasallada. Arrasaba su mente, robándole el aire y ocupando todo el espacio hasta hacerla sentir pequeña. Tanto, que ansiaba refugiarse entre sus brazos y olvidarse de todo.

Suspiró contrariada, centrándose en la idea que se formaba de ese desconocido llamado Manuel. Desplazó sus ojos hacia la otra tumba. María debió ser muy especial para él. Ella era...

—Su esposa —susurró la voz de la Sombra en su oído—. No llegaron al altar, pero se pertenecían el uno a otro en cuerpo y alma...

Sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral y la piel se le erizó. Se levantó de un brinco. Un sudor frío cubría su frente, estaba mareada y se dejó caer al césped, esperando que el raro malestar se le pasara.

—¡Despierta, Mari! —gritaba la sombra girando a su alrededor—
¡Despierta!

La encontró desmayada en el suelo. Sus fuertes brazos recogieron el pequeño cuerpo con cuidado, llevándola con suavidad hasta el dormitorio y la depositó sobre la cama. La liberó de sus ropas sudorosas, cubriéndola con

las mantas para que no se enfriara. Besó su frente y acurrucó su cálido cuerpo a su lado, esperando a que la indisposición la abandonara. Antes de dejarse caer por completo en la oscuridad de la inconsciencia, Sheritra pudo ver unos ojos amarillos que le recordaron a su pequeño halcón.

«La tierra estaba yerma. Golpeaba una y otra vez con la azada, intentando extraer algo de la dura tierra. Tenía muchísimo frío. Mis manos apenas podían sostener el apero de labranza, pero el hambre me acuciaba. Estrujaba mi estómago de forma tan brutal que me daba fuerzas para continuar. Si no, moriríamos. Golpeé una y otra vez, frustrada, furiosa. El sudor corría por mi espalda tras horas de duro trabajo infructuoso cuando la ya gastada madera cedió, partiéndose en dos. Al borde del llanto y cegada por la rabia, lancé la rota herramienta contra el duro suelo. Otra noche más que nos quedaríamos sin nada que llevar a la boca...».

«Saltamos la alambrada y nos apresuramos hacia el huerto, tomando todo aquello que pudiéramos cargar entre nuestros enclenques brazos. Contuvimos los gritos de alegría por la suerte que nos había llevado hacia ese lugar, repleto de succulentos manjares con los que alimentaríamos a la familia por una temporada. Me enzarcé con las coles y mi hermana recogía unas berenjenas. Tan concentradas estábamos en nuestra tarea, que no escuchamos el ruido de una puerta. Algo rozó mi hombro y asustada eché a correr, agarrando con fuerza los alimentos que me dio tiempo a coger. Mi hermana me seguía con la misma rapidez y ambas saltamos de nuevo la valla, con tan mala suerte que mi falda se enganchó con el alambre. Tiré con todas mis fuerzas para soltarme, mas ya era demasiado tarde. Ella se dio la vuelta para ayudarme, temiendo por mi vida. Un nuevo disparo resonó en mis oídos, haciendo blanco en su pecho y reventando su corazón. Murió al instante... La sangre brotaba a raudales, manchando sus ropas y cayendo sobre mis manos. Terror, hambre, arrepentimiento, incertidumbre; todas esas sensaciones me rodearon, impactando contra mi mente. Mi dulce niña, tan lozana, tan alegre, tan bonita... yacía aún caliente y sin vida en el suelo... Escuché de nuevo el sonido de la escopeta y con el corazón acongojado, abandoné su cuerpo. Hui, llevándome los alimentos que habíamos robado...».

«Ojos dorados... cabellos oscuros como la sangre... Estaba atrapada en un lugar desolado, oscuro y frío. No podía moverme, no podía abrir mis ojos; solo permanecer quieta. Un ser tan hermoso como monstruoso se burlaba de mí y su risa malévola violentaba mi alma... ¿Cómo escapar de aquella prisión...?».

«El hombre estaba a los pies de la fría tumba. Lloraba desconsolado, pronunciando mi nombre una y otra vez. Estaba a su lado. No podía verme. Extendí mi mano para tocarlo y los dedos lo atravesaron. Era una Sombra y mi lugar estaba entre los muertos. Y me dolía abandonarlo. Era un hombre tan fuerte... Mi orgullo, mi vida, mi amor... Una puerta se abrió y unos brazos me arrancaron con brusquedad de aquel lugar. Llamé y grité, estirando las manos hacia mi amado. La criatura me arrastraba hacia el abismo...».

Y gritó. Seguía gritando aterrada cuando unos cariñosos brazos se cerraron sobre ella, aprisionándola contra un sólido cuerpo. Unas dulces palabras susurradas en un idioma tan desconocido como familiar, la reconfortaron. Y lloró. Se dejó llevar por la angustia por primera vez desde su Renacer. Las pesadillas empeoraban cada día, dejándola desorientada y dolida, sin comprender qué le estaba pasando. Era tan pronto... Parecía que se acercara su Despertar y el terror la invadió, asfixiándola. No podría superarlo. No ahora, que su existencia era un caos total.

—El orden surge del caos, *tasherit* —le dijo Ramsés, calmándola con suaves caricias—. Y el caos se acerca. Cuidaré de ti, mi *meryt*. No temas.

Abrió los ojos y vio al hombre que besaba con mimo su rostro y su pelo. Se dejó querer por una vez, liberando su mente del férreo control al que siempre la sometía. Ofreció sus labios y él aceptó. Se fundieron en un tierno beso, más destinado a calmar su pesar que a encender el fuego en su interior.

Ambos eran de naturaleza tan apasionada que no podían tocarse sin que las llamas estallaran a su alrededor. El beso se intensificó, cambiando su forma, la intensidad y la profundidad. Sus lenguas se buscaron, se

saquearon, mordiéndose y saboreándose, como dos seres famélicos que necesitaban calmar la intensa hambre que los devoraba por dentro. De los besos pasaron a las caricias, de las caricias nuevamente a los besos. Se tocaron, explorándose de forma mutua, sin prisa, buscando el placer del otro, alcanzando el suyo al provocarlo.

Ella tomó su poderosa verga en la boca, llevándola hasta lo más profundo de su garganta y rozando la delicada piel con sus afilados colmillos. Él jadeaba, moviéndose en su interior, intentando controlar el impulso de pujar contra sus labios. Chupaba y lamía, recorriendo la cabeza con la lengua, pura seda, mientras sus manos frotaban los hinchados testículos con destreza. Ramsés apretaba sus manos con fuerza contra el colchón, soportando la deliciosa tortura. Deseaba correrse en su boca y a la vez quería postergar el momento; disfrutar al máximo de aquella sensación. Su sólido control se desmoronó cuando le mordisqueó la punta y lo volvió a acoger en su garganta, succionando con intensidad. Explotó en su boca y ella lo devoró hasta la última gota, lamiendo juguetona los últimos restos de su masculinidad.

Era tan deliciosa... Sus pechos llenos y grandes, con fantásticas areolas rosadas coronadas por incitantes diamantes, el cabello despeinado y los labios inflamados por sus besos. Tan pequeña, tan preciosa...

—Me gustas así... —susurró con voz ronca— preparada para mí. Tan caliente... tan mojada... —dijo pasando los dedos por su pubis, alcanzando la raja que reposaba bajo su monte y sintiendo la humedad de sus jugos, lo excitada que estaba por él.

Ella tomó de la cintura, deslizándose entre sus flujos y llenándola con su vara. Ella le rodeó la cintura y se apretó contra él, impulsándose con sus piernas para montar a su semental. Agachó la cabeza para tomar sus pechos, devorando uno y luego otro, embistiéndola con fuertes estocadas, siguiendo el ritmo de una danza tan antigua como el tiempo.

—Ramsés... —gimió— ¡Oh, Ramsés! Dios...

—Eso quiero ser para ti —jadeó tomando impulso—, un Dios...

Ella cedió primero, dejó caer su cabeza hacia atrás y le ofreció su exquisito cuello. Clavó sus colmillos en la yugular femenina, llenando su boca con el delicioso elixir que potenciaba todos sus sentidos, siguiéndola al instante. La llenó con su simiente una vez más y cayó derrumbado hacia atrás, con ella desmadejada sobre su cuerpo.

Su cálida lengua paseó por su piel y luego, los afilados dientes de la chica le desgarraron, hincándose en su hombro. Ella bebió con placer, emitiendo excitantes ruiditos que volvieron a inflamarle, pues seguía dentro de ella. Volvieron a copular como salvajes, una y otra vez, hasta caer agotados.

Un sospechoso ruido le despertó. Dormían juntos, sus brazos rodeando el pequeño cuerpo femenino de forma posesiva y dominante. Ella descansaba acurrucada entre ellos, con el rostro relajado.

Se preparó para saltar de la cama en cualquier momento y proteger a su mujer, cuando vio a una pequeña ave rapaz salir aleteando de la habitación colindante.

Alertada también por el sonido, Sheritra despertó sobresaltada, aflojando su tensión nada más ver a la avecilla. Se acomodó mejor entre sus brazos y tomando su cara entre las manos, lo hizo girar hacia ella.

—No es nada —dijo tranquilizándolo—, tan solo es Horus, mi pequeño halcón.

Susplicaz, Ramsés echó un rápido vistazo al ave con una ligera sospecha. Los ojos amarillos del animalito lo miraron inocentes y soltó una especie de quejido. Los sonidos que le habían despertado no eran precisamente los que pudiera emitir una pequeña rapaz. Más bien sonaban como...

—Así que Horus... —soltó con calma.

Entrecerró sus ojos que no apartaban la vista del animalillo.

Fue todo muy rápido. Sacó un puñal que escondía bajo la almohada y lo lanzó con mortal precisión hacia el ave. El cuchillo quedó suspendido en el aire, a apenas unos centímetros de distancia del pecho de la criatura.

—¿Se puede saber qué hacías ahí? —preguntó Ramsés seco.

El ave tomó forma humana al instante, transformándose en el Dios. Horus sonreía perverso; retando al hombre, desafiándolo con la mirada.

—¿Tú que crees? —respondió malicioso—. Con la nochecita que lleváis, necesitaba un poco de... alivio...

—Eres un pervertido, Horus —gruñó— ¡Maldita sea! ¿Desde cuando llevas aquí...?

La ira creció en su interior. No le hacía ninguna gracia que sus asquerosas alas revolotearan por el cuarto de su esposa.

Sheritra no podía creerlo. Todo ese tiempo... Liberó su lanza y de un salto atacó furiosa al Dios. Ramsés tuvo que ser rápido y la tomó por la cintura, sujetándola con fuerza en el aire contra su pecho. Ella pataleaba enfurecida. Quería ensartar a Horus con su arma y no iba a dejar de intentarlo una y otra vez.

Éste se había quedado clavado en el suelo, pasmado ante la rabiosa reacción de la joven. Si Ramsés no la hubiera atrapado a tiempo, en ese momento sería un pinchito moruno, Divino, pero un gran trozo de carne atravesado por metal.

La puerta del cuarto se abrió de golpe. Varios rostros preocupados se asomaron, alertados por los gritos enfurecidos de la chica y se encontraron con una curiosa escena: la pareja forcejeando completamente desnuda y el Dios intentando esquivar el ataque de su colérica Hermana, con las alas extendidas.

Alguien soltó una exclamación ahogada y Sheritra se detuvo alertada por ella. La vergüenza la recorrió y Ramsés se apresuró a ocultar su desnudez con la propia, mostrando sus más que abundantes atributos. Abochornada, se refugió tras él y el resto de mujeres pudieron agradarse la vista ante la perfección del hombre que la acompañaba.

—¡Vaya...! —exclamó Siora apreciando las cualidades del compañero de su amiga, lo que le valió una furiosa mirada de su pareja.

Quien enrojeció entonces fue Ramsés. La fiereza de su mujer le había puesto tan cachondo que lucía una erección más que generosa.

Nemutawy no paraba de reír. Las inusitadas carcajadas escapaban de su pecho y su risa cristalina resonó por todo el dormitorio. Entre lágrimas provocadas por la diversión, cerró de un golpe la puerta en los morros de los curiosos, momento que Horus aprovechó para esfumarse.

Se quedaron solos.

—¡Dios mío, qué vergüenza! —exclamó Sheritra.

Y al igual que la egipcia, estalló en carcajadas derrumbándose sobre la cama. Ramsés la miraba con la boca abierta por la sorpresa.

—Estás loca —gruñó cayendo sobre ella.

Entre bromas y sin ningún tipo de pudor, volvieron a revolver las sábanas.

La puerta se cerró ante sus narices y se quedaron observándola embobados. Las carcajadas de Nemutawy resonaban por todo el pasillo, no podía parar de reír. «Ramsés va a sudar lo suyo» pensó saboreando el triunfo «dudo mucho que sea capaz de controlarla». Aquello le hizo sentir más tranquila. La chica no se dejaría manipular por él. Tenía una personalidad fuerte, junto con un carácter indomable y muy mal genio cuando la contrariaban. ¿Y quién sabe qué pasaría tras su Despertar...? El Rey de los Renegados iba a sufrir más de un dolor de cabeza. Apostaría lo que fuera.

—Niños, a la cama... —bromeó la Líder divertida, poniendo orden en el gallinero.

Los cuidadosos planes de Isis tomaban forma. Estaba claro que ya habían consumado su unión en todos los sentidos. Como siempre, Horus metía sus narices donde no debía, aunque esta vez se había llevado una gran sorpresa. La *Waej* tenía un temperamento terrible cuando la enfurecían y no le iba a perdonar con facilidad la cara dura que demostraba el Dios. Por suerte, Ramsés se lo había tomado con bastante tranquilidad, teniendo en cuenta lo posesivos que solían ser los *Hem-Netjeru* con sus parejas. Dibujó una sonrisa en su hermoso rostro, en el cual un gesto de preocupación se había mantenido durante los últimos tiempos. Por fin volvería a casa. Esperaba que el sacrificio no fuera en vano...

Amanecieron enredados en la desordenada cama. Al abrir los ojos se encontró con la profunda mirada de Ramsés que depositó un suave beso en sus labios. Sheritra sonrió. Desperezándose como un gato, estiró sus miembros con sensualidad. Se encontraba de maravilla. Había dormido como un tronco, protegida entre sus brazos y sin sufrir ningún tipo de pesadilla.

Las manos del Renegado se deslizaron juguetonas por sus curvas, alentadas por la provocación implícita de sus movimientos. Ella lo detuvo

temiendo que, si comenzaban otra vez, no dejarían el dormitorio en todo el día. Y tenía que aclarar aquel asunto con sus Hermanos.

Tras esa noche, terminó por aceptar la extraña conexión existente entre ellos y más después de una curiosa conversación que mantuvo con Siora, horas atrás. Temía escarbar demasiado en sus pensamientos, encontrando algo que no sabía si podría encajar. No estaba preparada... Viviría el presente y aprovecharía lo que el Renegado tenía para ofrecerle. Esperaba que no fuera un problema para sus compañeros...

—Arriba, guapetón —dijo escapando de los brazos que se aproximaban para cerrarse sobre ella, una prisión de la que no podría escapar—. ¡Me muero de hambre! —exclamó saltando de la cama y corriendo hacia su armario.

Suspiró decepcionado y se dejó caer en la cama espatarrado, mostrando su más que generoso falo. Sheritra se relamió al ver la verga endurecida, sin dejarse convencer. Si no salían pronto de allí, volverían a revolcarse como animales... Ramsés volvió a soltar otro suspiro exagerado, señalando sus partes y lanzando una de esas miradas que la derretían.

—¿Harás algo con esto... o tengo que salir así? —preguntó con una sonrisa perversa.

Le guiñó un ojo divertida, vistiéndose ante sus hambrientos ojos.

—¿Tal vez una ducha fría? —preguntó maliciosa.

El hombretón volvió a quejarse, fingiendo sentirse ofendido a la vez que negaba con la cabeza.

—¿Quieres que te traiga hielo? —preguntó ella solícita, como si fuera a hacerle un gran favor.

—Se me ocurren mil maneras diferentes de usar el hielo, que creo no coinciden con tu misma idea —gruñó con voz ronca.

La risa escapó de su boca y Ramsés, sabiéndose derrotado, optó por ceder ante ella. Comenzó a vestirse, lento y pausado. Sheritra lo observaba comiéndoselo con los ojos. Mostró su perfecto trasero y ella tuvo que contener un gemido. Estaba buenísimo y la tentación de pasar sus manos por aquellas nalgas tan impresionantes era muy poderosa. Se arreó un pellizco disimulado para evitar cometer una tontería. La provocaba a propósito. Quería salirse con la suya el muy pillo, aunque Sheritra mantenía un férreo control sobre sus emociones, exceptuando aquellos momentos en que las pesadillas la dejaban trémula e indefensa; o cuando alguien cometía la estupidez de liberar su mal carácter. Ramsés terminó de vestirse y fue por

ella como un depredador. Lo esquivó de nuevo, lanzándole una de sus zapatillas y abandonando la habitación presurosa. Muerta de la risa, tras ver cómo el proyectil impactaba contra su frente, dejándolo pasmado y con cara de idiota.

Entraron juntos a la cocina. La mujer que se ocupaba de los quehaceres de la casa y que acudía ciertos días de la semana para prepararles el desayuno, los recibió con cariño. Se sentaron a la mesa, donde les preguntó qué deseaban tomar.

Después de pedir lo que querían para comer, se encontraron con varios ojos inquisitivos clavados en ellos. Ramsés se sentía incómodo y fuera de lugar; algunas de las miradas que recibía no eran precisamente muy halagüeñas. Aguardaron a que Maritxu abandonara la cocina y entonces comenzaron las preguntas.

Sheritra respondió a todas con calma y el egipcio asentía comiendo en silencio. Podía sentir los ojos de Nemutawy perforándole con una mirada que él prefería rehuir. Sabía que jamás podría perdonarle por la muerte de sus hijos y eso era una sombra que siempre pesaría sobre su *ba*. ¿Cómo iba a explicárselo a su nueva esposa...? Temía su reacción tras saber quién era en verdad, además de... Esos pensamientos no le traían nada bueno. Decidió apartarlos de su mente y disfrutar del momento. Ahora era suya; por mucho que se enfureciera con él, siempre lo necesitaría.

La miró con intensidad. Estaba relajada y sonreía afable. Sus ojos tenían un brillo especial que le confería una belleza diferente. Eran preciosos, tan cambiantes y desconcertantes como ella, con una mirada pícaro y traviesa que le ponía a mil. Quería tenerla solo para él y no compartirla con nadie...

El vikingo entró en la estancia y lo saludó alegre, golpeándolo en la espalda con tanta fuerza que casi le hizo tirar el café que sostenía en la mano. Ramsés gruñó en respuesta, e iba a lanzarle una réplica cuando se fijó en la inflamada cicatriz que surcaba su rostro. Se quedó tan impactado que guardó silencio. Si no fuera por su sangre y su mujer hubiera llegado a salvar la vida, tendría muchas peores que esa.

Egil se sentía feliz por su Hermana. Ese hombre era todo un guerrero y la protegería en la batalla. Pudo comprobarlo la noche anterior cuando utilizó su propio cuerpo para cubrirla, quedando desvalido ante los demás. Aunque prefería borrar de sus recuerdos la imagen del Renegado en pelotas,

le gustaba tener otro tipo de formas más femeninas en su cabeza. Y estaba encantado; el hecho de que salvara su vida cuando había estado a punto de perderla, era otro gran punto a su favor. Le importaba una mierda quien fuera, siempre que cuidara de ella.

—Bienvenido *Rameses* —dijo la Líder al entrar.

El Renegado se levantó cortés y la saludó con un gesto reverente que sorprendió a todos. Menos a Nemutawy, pues ella debía contenerse muchas veces para no reaccionar de la misma forma ante la presencia de la *Hem-Netjeret*.

—*Akhesenamon* —respondió ceremonioso.

Ella sonrió y besó sus labios de forma maternal. Ramsés contuvo una exclamación. El gesto lo había sorprendido y emocionado. Sentía la calidez en su mirada y descubrió que la bienvenida era genuina ¿Tal vez había sido perdonado...? Miró a Nemutawy. El odio en su mirada arrancó de cuajo aquella esperanza que murió al instante. Jamás lo harían.

—Ha pasado mucho desde la última vez que nos vimos... —siguió ella, intentado un acercamiento entre ellos—. Espero que te sientas a gusto entre nosotros de nuevo.

Él asintió. El brillo en sus ojos se había apagado y su rostro mantenía una expresión pétrea. Resignada, la *Hem-Netjeret* se retiró dejando a los *Waej* solos.

—¿De verdad tenías tantas esposas? —preguntó Alex con curiosidad.

Todos los ojos se volvieron hacia él y Sheritra se removi6 inc6moda en la silla. La verdad era que no lo conocía. Apenas habían tenido unos pocos encuentros, muy intensos sí, pero escasos para llegar a un entendimiento mutuo; por lo visto, el resto sabía más de su vida que ella. Le lanzó una mirada inquisitiva y un tanto venenosa a su amiga, y Siora le respondió con un encogimiento de hombros. La celta tampoco sabía quién era.

—Era la costumbre —respondió reticente—. Tiempos muy diferentes...

—La última vez que estuve en *Aígyptos* acudí al *Naós*. Es... fascinante... —siguió entusiasmado el alejandrino—. Lástima que en mi época las construcciones no fueran tan... —buscó una palabra que pudiera definirlo— grandiosas. Sí, eso es. Eran grandiosas. Los colosos, el templo, la tumba de Nefertari...

Ramsés se tensó al escuchar su nombre. Aquel tema era demasiado personal y delicado para hablarlo con unos desconocidos.

—Debo irme —dijo levantándose incómodo de la mesa.

Sheritra sintió una extraña desazón en su pecho, comprendiendo que su Hermano había tocado una cuerda que no debía.

—Espera —hizo lo mismo—, te acompaño.

Negó con la cabeza y plantando un dulce beso en sus labios le pidió con la mirada que se quedara.

—No, *tasherit* —dijo cariñoso, acariciando su preocupado rostro—. Quédate con tus Hermanos. Nos vemos más tarde.

Y despidiéndose, abandonó la cocina.

Permanecieron en silencio, hasta que las preguntas comenzaron a salir disparadas. La joven se fijó en cómo la fría mirada de Nemutawy lo seguía y decidió averiguar qué era lo que ella sabía sobre aquel hombre.

Consiguió arrinconarla en el pasillo. Nemutawy quería evitar una confrontación al saberse descubierta, por lo que contestó solo aquello que no pudiera comprometer su juramento. Sheritra no daba crédito. Ramsés era uno de los grandes Faraones de la antigüedad; el más importante, si lo que contaban sobre él era cierto. No paraba de sorprenderse en los últimos tiempos. Se encontraba rodeada de ilustres personajes. Conocía la verdadera identidad de Siora y hacía muy poco que había descubierto quién era el compañero de su amiga. Ahora, alucinaba con la idea de compartir algo especial con un Gran Faraón. Y por lo que sospechaba, la egipcia tenía alguna relación cercana con él. El parecido físico entre ellos era bastante sospechoso... No quiso forzar más la situación. Tarde o temprano acabaría enterándose.

Nemutawy se encontraba atrapada. Cada pregunta se acercaba más y más a la verdad. Ella más que nadie sabía lo dañinos que podían resultar los celos, y lo que menos deseaba en este mundo era enemistarse con ella. Con ella no. Sería un golpe demasiado duro. Intentó revelar lo menos posible, aunque no pudo evitar advertirle:

—Sherit, hazme tan solo un favor. Te lo pido de todo corazón —dijo bajando la mirada.

—Te escucho —dijo ella, cruzándose de brazos a la espera de sus palabras.

—No te enamores de él... —susurró con miedo a enfadarla.

La chica se lo tomó con calma y ladeó la cabeza. Había despertado más su curiosidad.

—¿Por qué no debo hacerlo?

—Porque él solo amó y amará a una mujer en toda su existencia —la actitud tranquila de la joven le dio fuerzas para continuar y decidió sincerarse—. A su *hemet*... su esposa Nefertari. No hay lugar en su *ib*... en su corazón para nadie más —en cierto modo era verdad aquello que le confesaba—. Si te enamoras... sufrirás, ya que nunca será verdaderamente tuyo.

Sheritra meditó aquellas palabras. Escocía un poco, pero lo aceptó serena.

—No te preocupes, Nemutawy —respondió con una sonrisa traviesa—. No tengo ninguna intención de entregar mi corazón a nadie. El amor no está hecho para mí. Eso sí, hay placeres que no pienso negarle a mi cuerpo en esta vida...

Y le sacó la lengua divertida

Nemutawy aceptó de buena gana su respuesta y respiró aliviada. Por suerte para todos, ella no era como su madre...

Aquella noche tenían turno en la discoteca. Sheritra dedicó más tiempo del necesario a vestirse, poniendo especial cuidado en su maquillaje. Los chicos silbaron al verla aparecer, sobre todo Egil que ya de por sí tendía a ser muy escandaloso.

Llevaba un mini short con chaleco a juego, ambos de cuero y teñidos de un azul eléctrico con detalles plateados; unas botas altas de tacón de aguja, adornadas con cordones negros que se cruzaban hasta la rodilla; y unos brazaletes exclusivos para esa noche, también plateados. Le tocaba bailar en una plataforma ejerciendo de gogó, por lo que estaría en contacto directo con la gente y tal vez no pudiera utilizar su lanza en medio del bullicio. Al accionar el mecanismo diseñado por el Artesano, el cual no dejaba escapar ningún detalle, dos puñales gemelos salían de sus muñecas; ideales para las distancias cortas.

Llevaba una coleta alta muy tirante y Siora había alisado su pelo. Estaba muy sexy. El resto de las chicas no se quedaron atrás y lucían despampanantes. Inflado de orgullo por la belleza de sus Hermanas, Egil extendió los brazos para acogerlas entre ellos y besuquearlas con cariño.

Entre risas, ellas lo esquivaron para que no les arruinara el maquillaje o el peinado y salieron de la casa con Alex, ya que el vikingo seguía recuperándose.

Un coche apareció derrapando en el camino y frenó con brusquedad cerca de la entrada. La ventanilla bajó y un rostro conocido asomó por ella. Le hizo un gesto para que montara y Sheritra, guiñando un ojo a sus compañeros, se dirigió a la puerta del copiloto. Ramsés aulló como un lobo, fascinado al verla y ella le respondió con un pequeño empujón en el hombro. Se lo frotó fingiendo dolor y la joven rio divertida. Era un payaso. De la misma forma que llegó, sacó el coche del lugar y juntos se dirigieron a su destino.

Ramsés se removía inquieto. Su mujer bailaba con sensualidad sobre la plataforma. Un montón de babosos se acumulaban a sus pies e intentaban llamar su atención. Toda esa acumulación de testosterona alrededor de ella, le ponía muy nervioso y sentía una gran tentación de liarse a puñetazos. Le estaba volviendo loco.

Bailaba para él, incitándolo, atrayéndolo... Sus miradas se cruzaban y ardían, cargadas de deseo. Llevaba horas empalmado como un adolescente y la incomodidad iba en aumento según transcurrían las horas. Así no había forma de concentrarse para localizar a los *Am-Mut*. Ir con ella esa noche resultó una muy mala idea.

El ritmo de sus caderas se aceleró, los movimientos se volvieron más sinuosos. El Halo de Hathor la envolvió, extendiéndose y tocando con su energía a todos aquellos que la rodeaban. Ella clavó la vista en un punto fijo al que Ramsés siguió.

Lo descubrió entre la multitud, embobado con la sexualidad de la joven. El *Am-Mut* permanecía inmóvil, olvidado de todo aquello que lo rodeaba. Dispuesta para la acción, Sheritra abandonó su puesto, moviéndose ágil entre la gente y esquivando aquellas manos que intentaban tocarla o acercarse a ella. Se colocó frente al Demonio de Sangre y tentadora, rodeó su cuello con uno de sus brazos.

Ramsés se tensó, temiendo que fundiera sus labios con los del monstruo, dispuesto a atacar si era necesario para evitar aquello como fuera. Ella le pertenecía y no podía ir por ahí seduciendo a otros, por mucho que esa fuera

su costumbre. Mientras se dirigía hacia ellos, vio como las pupilas del *Am-Mut* se dilataban por la impresión y caía entre los brazos de la *Waej*. Ella lo acogió entre ellos, arrastrándolo con disimulo hasta la salida. Ramsés la alcanzó antes de que abandonara el edificio y lo empujó contra él. Comprendió que estaba muerto. Entre los dos lo sostuvieron como si fuera un amigo que llevaba una borrachera monumental, sacándolo de allí. En la calle, escondidos entre la maleza, lo dejaron caer al suelo y ella se deshizo del cuerpo.

—¿Cómo has...? —preguntó curioso.

Accionó el mecanismo de uno de los brazaletes que rodeaban sus muñecas para que viera cómo funcionaba. Asintió divertido. Aquellas *Iry-Seuser* eran auténticas cajas sorpresa. Tal vez hablara con Akhesa y le solicitara hacerse con algunas de ellas. No le vendrían nada mal a su equipo.

Aprovechó para tomarla entre sus brazos y darle un tórrido beso que los puso a cien. Respondió con tanta hambre como la suya y si no hubieran sido interrumpidos, habrían terminado retozando entre los matorrales.

—¡Joder, tíos! —exclamó Alex al verlos—. Todavía tenemos trabajo. Dejad el polvo para más tarde.

Y se tapó los ojos como si le horrorizara verlos revolcándose por el suelo.

Se soltaron reticentes, demasiado ansiosos el uno por el otro. El Artesano tenía razón; les quedaban varias horas de trabajo y tan solo habían localizado a uno de ellos. Por desgracia, no llevaba nada encima. Decepcionados, volvieron dentro y siguieron provocándose en la distancia.

Despertaron casi al anochecer en la cama de Ramsés. Durante toda la mañana liberaron sus instintos más salvajes, cayendo agotados en un profundo sueño. Él se encontraba sentado sobre la cama, con las piernas cruzadas y formando un nido en el que mantenía abrazada a Sheritra, besando su cuello desde la oreja hasta la clavícula. La chica suspiró satisfecha y muy relajada.

—Háblame de ella —pidió con suavidad.

Ramsés se paró en seco a mitad del recorrido. No sabía qué decirle, temía que lo rechazara al contarle la verdad. Sheritra sintió la tensión de su cuerpo y deslizó sus manos por los poderosos brazos en una caricia tranquilizadora.

—Háblame de tu esposa, Ramsés.

Girando el cuello, clavó sus preciosos ojos en los suyos. Tragó saliva, agobiado. Sostuvo la mirada de la joven y pudo ver en ella solo una inocente curiosidad. Nada de enfado o celos. Suspiró aliviado.

—¿Cuál de ellas...? —preguntó precavido.

Sheritra sonrió y le dio un golpe cariñoso en el hombro. Una costumbre generada por estar rodeada de compañeros más grandes y rudos que ella.

—No intentes escaquearte, tonto —dijo divertida—. Ya sabes a quien me refiero. Esta mañana saliste huyendo cuando Alex pronunció su nombre. ¿Tan importante es para ti...? —preguntó con el gesto más serio.

Paralizado, apartó los ojos evitando su mirada. ¿Cómo explicarle a su nueva esposa que su corazón dejó de latir milenios atrás, cuando su amada murió...? ¿Cómo decirle que podría llegar a quererla, pero nada más? Porque pese al tiempo transcurrido seguía amando a otra...

Sheritra sintió la desazón que le provocaba aquella pregunta. Tenía miedo a perderla, a pesar de todo. Se dio la vuelta y abrazó su cuerpo, apoyando con mimo la cabeza sobre el pecho.

—Nemutawy me lo advirtió.

El aliento masculino quedó contenido en sus pulmones y el corazón comenzó a latir veloz.

Tomó su rostro por el mentón y lo empujó suave hacia ella, obligándolo a mirarla.

—Me dijo que nunca podrías quererme como a ella. Y... ¿sabes qué? No me importa. No poseo recuerdos. No tengo ideales románticos sobre el amor o la pareja. No siento celos... No sé qué es eso —dijo sorprendiéndolo por la naturalidad con que se abría a sus emociones—. Debí ser una persona maravillosa para que despertara tantísima lealtad y la admiro por ello.

Sonrió con dulzura, besando sus labios. Ramsés agradeció con fervor a los Dioses aquel regalo. Esa criatura que reposaba en su regazo no solo tenía un cuerpo que volvía de revés su sentido común, sino que poseía un espíritu maravilloso y una mente comprensiva y abierta.

—Gracias —susurró conmovido.

La cálida sonrisa le llegó al alma y fue capaz de abrir su propio corazón. Habló de Nefertari durante horas, con la mirada triste y perdida en el pasado. Apoyada en él, Sheritra escuchaba en silencio; jugaba con su cabello, descubriendo más de él en aquellas palabras de lo que pudiera revelar hablando de sí mismo. Se sintió cohibida por la profundidad de los sentimientos del hombre, fascinada por su pasado y apenada por la dolorosa pérdida de un amor tan inmenso. No podía imaginar un dolor tan grande como el que anidaba en su interior.

—Me hubiera gustado conocerla —suspiró.

Contagiada por la pena se colocó a horcajadas sobre él, enredando las manos en su cabello y dejando caer la frente sobre la suya. El miembro masculino respondió a la cercanía femenina y ella lo tomó en su interior, empalándose hasta el fondo. Ambos jadearon, mirándose con ardor. Sheritra le consoló de la mejor manera en que podía hacerlo y Ramsés se dejó, clavando los dientes en uno de sus pechos.

Soltó un gritito, más de sorpresa que de dolor y se meció contra él. El hombre sintió las pulsaciones de la vagina apretando su miembro y respondió succionando el duro pezón. Ella llevaba las riendas y aceleraba o reducía el ritmo a su antojo, provocando diferentes sensaciones que lo enardecían. Lo cabalgó como una fiera amazona hasta que el clímax la alcanzó con tanta potencia, que las reverberaciones de sus paredes lo empujaron a seguirla. Se miraron, sonrieron y volvieron a besarse. La vida le daba una nueva oportunidad y pensaba aprovecharla al máximo.

CAPÍTULO 15

El cuarto se encontraba vacío. Se deshizo de su forma de halcón, recuperando la humana y deslizándose por la ventana entró al dormitorio. Olía a ella. Le fascinaba la joven Waej. Su ba era muy intenso, había luchado tanto por escapar de la oscuridad que su luz brillaba de forma impresionante. Y era una auténtica fiera en la cama. Cómo disfrutó observando a la pareja... Las caricias que se prodigaban no eran solo físicas, aunque ellos no fueran capaces de verlo. El problema era que el Despertar de la chica había llegado y tal vez su pasado los separara. Esas tumbas...

Caviló en silencio sobre las repercusiones que aquello podría provocar en los planes de su Madre y arrugó la frente, preocupado. Debían disponerlo todo cuanto antes. Cuanto menos tiempo permanecieran en la incertidumbre y supieran a qué atenerse, mejor. El final de la guerra estaba muy cerca y debían prepararse para la última batalla. Seth no era ningún estúpido y si descubría su jugada... podría destruirlos a todos. Necesitaban a Ramsés y a sus Renegados. Y la única forma de lograrlo era a través de ella. Sintió una punzada de pesar por la chica. Quería protegerla.

—¡*Hor-Hur!* —llamó Akhesa desde la puerta—. Sabía que estarías merodeando por aquí.

Estaba muy enfadada, con su ceño arrugado en un gesto severo. A la *Hem-Netjeret* no le gustaba que se jugara con sus *Waej* y le inquietaba el inusitado interés que demostraba por Sheritra.

—Akhesa —saludó con respeto—. Ha llegado el momento.

La solemnidad del Dios la dejó sin palabras. En sus ojos amarillos brillaba la determinación y el Poder fluctuaba a su alrededor. Asintió en silencio. Había llegado la hora...

Siora recibía suaves besos en el hombro mientras su compañero la inmovilizaba contra el colchón con sus poderosas piernas de guerrero. Estaba enamorada. Era la primera vez que lo reconocía y le dolía todo el tiempo perdido por su estupidez. Fue muy injusta con él, quien pagó el castigo de sus propios errores. ¿Cómo podría compensarlo? ¿La amaría también a ella o tan solo era la magia de Isis lo que los mantenía unidos, la necesidad de su sangre...? Dos veces... casi lo mata dos veces y seguía a su lado. El arrepentimiento hería su liberado corazón ¿Podría perdonarla alguna vez...?

Alex sintiendo su nerviosismo, la empujó con suavidad y le hizo girar para verse cara a cara. Besó sus labios y suspiró al ver la tristeza en sus ojos.

—Dime, *agápi*^[99]. ¿Qué te turba...? —preguntó tomándola entre sus brazos y dejando que la mejilla reposara sobre su pecho.

—Yo... —le fallaron las palabras.

Besó con mimo su cabello, esperando a que decidiera abrirle su corazón. La paciencia era una gran virtud que había llegado a dominar de manera sublime. Pero en cuanto a ella concernía, le costaba sostenerla. Tan preciosa era para él.

—Lo siento.... Yo...

Tragó saliva y se separó un poco para poder mirarlo a los ojos. Éstos la observaban con ternura, con ese fascinante color gris que tanto la embujaba. Quería perderse en ellos y no ver nada más allá.

—Siento por todo lo que te he hecho pasar. Estaba al borde de la locura —logró decir—. Me hicieron demasiado daño y no era capaz de sobrellevarlo.

Las lágrimas amenazaron sus ojos. Alex acarició su amado rostro y tomándola por la barbilla, acercó sus labios para depositar en ellos un tierno beso.

—Eras demasiado joven, *agápi*. Apenas una niña. Lo comprendo y no necesitas excusarte —dijo restando importancia al asunto.

Ella estaba dispuesta a soltarlo todo. Había llegado el momento de dejar de esconderse en el pasado y tomar las riendas de su vida. Para ello, debía liberarse completamente. Alex tenía que escucharla.

—Te quiero Alex, *mo ghraidh*.^[100]

El corazón del joven comenzó a latir con fuerza. Llevaba tanto esperando aquellas palabras que en un principio creyó haberlas imaginado.

—¿Qué? —preguntó confuso.

—Te quiero —dijo Siora temerosa de no ser correspondida.

Se echó a temblar llevada por la incertidumbre. Los fuertes brazos se cernieron sobre ella, aprisionándola en un fuerte abrazo. No fue capaz de seguir hablando, ya que se apoderó de sus labios y liberó en ellos todo el amor que contenía su corazón. Ella se derritió, empujándolo hacia sí, necesitada de él.

—¿Decías...? —preguntó Alex con una sonrisa pícaro, deteniendo el beso.

—Te quiero *Aléxandros*, Ptolomeo, Cesarión o como te llames —dijo solemne—. Te quiero desde el mismo instante en que acudiste a socorrerme en aquella pútrida tienda y vi tus ojos por primera vez. Pero la oscuridad de mi alma no me permitía ver nada.

Volvió a apoderarse de ella, esta vez sin intención de soltarla.

Siora lo detuvo.

—Espera... —dijo apartándose—, no he terminado todavía.

Los ojos grises la miraban con tanta intensidad que fundían todos sus circuitos mentales. Tenía que concentrarse para poder continuar y confesar sus pecados. Quería empezar de cero, sin obstáculos, sin reproches. Y por ello debía contarle todo.

—Y te odié. Como nunca odié a nadie. Porque eras fruto de la semilla que representaba la destrucción de mi gente, de mis raíces. He tardado mucho en comprender que lo que importa no es lo que fuimos o de dónde venimos, sino quienes somos ahora. Lo siento... —siguió diciendo con el corazón en la boca—. Horus tenía razón...

Se levantó de la cama nerviosa. Los ojos del guerrero seguían clavados en ella, siguiendo todos y cada uno de sus movimientos, estudiándola como un cazador.

—Aquel día... —sus ojos se llenaron de lágrimas que comenzaron a caer como un torrente, derramándose sobre sus pálidas mejillas —, el... día del castigo —siguió.

Alex sabía que aquello no iba a gustarle y se sentó entre las sábanas, temiendo que sus palabras pudieran romper la paz que habían logrado después de tanto tiempo separados.

—No sigas, Siora. Olvídalo —pidió.

Ya no podía detenerse.

—Estuve con otro hombre... Quería demostrarme a mí misma que nada nos unía, que aquello era una falacia de los *Tuatha* y en realidad éramos libres. Qué equivocada estaba...

El corazón del egipcio se detuvo durante un instante. No siguió escuchando. No podía. Se levantó en silencio y abandonó el cuarto, dejando a la celta sola y abandonada.

Rompió a llorar desconsolada. Los sollozos agitaban su pecho y el dolor que corroía su alma superaba a los de todos los horrores pasados. Ahora sí que lo había perdido. Sus recuerdos la envolvieron y las lágrimas no cesaban de caer.

Año 1040 d.C.

Templum Isidis

Egypt

Empecé a gritar y no me detuve en tres días. La mujer velada me sujetaba con fuerza, evitando que golpeará mi cabeza contra el suelo cada vez que me retorció. El grito taladraba mis oídos y ella se mantenía estoica, soportando toda la situación con extrema paciencia. Se había preparado para ello durante los últimos cinco años, encerrada en aquel templo, sola, con las escasas visitas de la *Hem-Netjeret*. Sudaba copiosamente y ella me refrescaba con un paño. Habían preparado una de las estancias para que pudiera reposar el tiempo que fuera necesario. Aceptar los recuerdos perdidos era una dura prueba, sobre todo si la vida anterior al Renacer fue complicada. Era el sacrificio final por pertenecer a su orden de guerreros y servir a los *Theoí*. Vida eterna a cambio de un alma humana...

Cuando mi mente aceptó al fin el pasado, dejé de gritar. Cuando desperté, me dolía la garganta y todo el cuerpo. Unas suaves manos acariciaron mis mejillas, secando las lágrimas que las habían irritado.

—*Ner...neró*^[101]... —pedí con gran esfuerzo.

La *Waej* del velo me ofreció un odre y el fresco líquido se deslizó por mi garganta, proporcionándome un gran alivio. Estaba destrozado. Arruinado. Tardaría mucho en aceptar mi identidad y mi pasado. Los *Theoí* no abandonaban a sus hijos y por eso, ella estaba allí. La muchacha se levantó, depositando el odre en una mesa cercana y dejó que su vestido se deslizara hasta el suelo.

Pese al sufrimiento por el que mi mente pasaba, era un hombre y la Sangre de la *Theá* corría por mis venas. Mi ingle respondió a la belleza desnuda de la mujer y ansié perderme entre sus muslos. Ella se acercó a mí. Sentí su peso sobre la cama y se colocó a mi lado. Sus manos me acariciaron por todas partes, despertando mis sentidos y apartando mi mente de los oscuros pensamientos que me ahogaban. Deseaba ver su rostro y besar sus labios. En cuanto intenté levantar la tela me detuvo. Aparté mis manos del velo y las dejé sobre sus hermosos pechos, coronados por unas deliciosas areolas rosadas. Me lancé a devorarlas con la boca y colocando a la joven bajo mi cuerpo, me hundí en ella. Se aferró a mí, aceptando mi hombría y acogiéndome en su interior. Exploté dentro de ella, quedando exhausto y complacido. Los fantasmas abandonaron mi mente gracias a la sensual intervención de la joven.

—Gracias —susurré apoyando la cabeza en su pecho.

Sentí la suavidad de la tela acariciar mi espalda y levanté curioso la mirada. Se había despojado del velo y sus ojos azules me taladraron.

—Siora... —Me lancé como loco por ella, buscando sus labios como un hombre sediento al caer junto a un arroyo— eres tú...

Sobraron las palabras. El silencio se rompió tan solo con nuestros susurros y suspiros de pasión.

Año 1996
Bergara, País Vasco
España

Y después de amarse durante horas, él le contó su pasado y ella le consolaba entre besos. No durmieron aquella noche, alimentados por su necesidad mutua. Pasaron tres días más en el templo y después lo abandonaron juntos. La joven que lo había acompañado fue despedida antes de la ceremonia, por lo que partió del lugar con todos sus hombres. No quiso preguntar por ella. Tampoco le importaba. No volvieron a separarse hasta... hasta el Despertar de Siora...

Alex caminaba furioso hacia su taller. Eran sus dominios y embarcarse en un nuevo proyecto liberaba su mente de la tortura a la que le sometían sus funestos pensamientos. Y tanto que habían sido castigados. Los Votos realizados ante los Dioses no podían tomarse a la ligera. Debería dar gracias a que Horus fuera un Dios benevolente, sino estarían muertos. Porque eran Uno y lo compartían todo. Maldita mujer. Maldita fuera una y mil veces. Y maldito el día en que la conoció. Mas no podía engañarse a sí mismo. La amaba. Con todas sus fuerzas y todo su ser. Durante siglos, se sintió perdido sin ella, sobreviviendo a duras penas acompañado por los recuerdos. Por eso, en cuanto la *Hem-Netjeret* le ofreció a oportunidad de volver a verla, se lanzó sin pensárselo dos veces.

Cómo dolía la traición. El sentimiento de posesión era tan potente después del Matrimonio Sagrado, que sentía que le arrancaban las entrañas de tan solo imaginarla en brazos de otro hombre. Le cegaban los celos de tal forma que deseaba golpearla para desquitarse. Y no podía, jamás podría hacerle daño. Ya había sufrido bastante en su vida como para que él...

Era mejor dejar que las llamas de la furia se calmaran y estudiar la situación desde otra perspectiva. Hablaría de nuevo con Horus. El Dios le había demostrado ser un gran consejero y tal vez pudiera encontrar la forma de solucionar sus problemas de una vez y para siempre. Tomó una espada muy similar a la que él tuvo tiempo atrás. Su pequeña furia... Una sonrisa triste se dibujó en su cara. Acabaría matándolo de una forma u otra...

Año 1170 d.C.
Stonehenge

Britain

El reino de Britania se encontraba agitado por un funesto suceso que lo había sacudido por completo. Thomas Becket, arzobispo de Canterbury y gran amigo de la causa de los *Waej*, acababa de ser asesinado cobardemente por culpa del mismísimo Rey Henry, cuyas rencillas con la propia Reina eran la comidilla del lugar y provocaba que sus habitantes se encontraran agitados y temerosos. Sin embargo, otra guerra se mantenía entre las sombras y continuaba sin tregua para aquellos que estábamos inmersos en ella.

Acampamos junto al *Ionad Naomh*^[102], donde las grandes piedras milenarias se repartían de forma singular sobre el terreno. Era una noche estrellada, algo inusual en aquella época del año por aquellas tierras. El frío se calaba en los huesos y la humedad mojaba nuestros ropajes. Muy pocos eran los *drwidy* que quedaban, encontrándose repartidos por todo el mundo. Y en deferencia a la realeza de mi sangre celta, uno de ellos se ocuparía de officiar la ceremonia. *Aléxandros* estaba muy preocupado, temiendo el sufrimiento que los recuerdos podrían causarme. Por suerte él estaba allí, a mi lado y no pensaba abandonarme.

Estaba nerviosa, más emocionada que asustaba. Me deshice de mis ropas y el *drwidy* me ofreció a beber de un cáliz. Rojo como la sangre, el líquido recorrió mis venas, llenándome de una poderosa fortaleza que me hizo sentir inmensa, como si mi cuerpo abarcara todo el lugar. *Aléxandros* se acercó con mi *Kheper* en la mano y lo depositó sobre mi pecho.

El caos estalló en mi mente...

Los recuerdos llegaron con intensidad. El odio surgió con tanta fuerza que me mantuvo entera, dándome fuerzas para soportar la oscuridad que se abalanzaba contra mí. Mi compañero me tenía entre sus brazos, sosteniéndome asustado. Estaba inmóvil y rígida, como una estatua. Mis ojos se abrieron y la muerte brilló en ellos.

—Romano... —susurré llena de ira.

No vio venir el primer golpe, ni supo reaccionar al segundo. Impactó contra el suelo con un ruido sordo y lo atacué con rudeza. Le pegué una y otra vez, sin tregua alguna, destrozando los rasgos de su cara con una pesada piedra.

—¡Asqueroso romano! —gritaba— ¡Muere!

Tomé la espada que portaba en su cinto, alzándola para asestar con todas mis fuerzas el golpe final.

Mi cuerpo reverberó ante el bloqueo. Otra arma me detuvo y furiosa miré de frente a mi nuevo adversario. Los verdes ojos de Morrigan me desafiaron a seguir y enfrentarme a ella.

—¡Detente, niña! —rugió la *Tuatha*.

No atendía razones. Solté la espada, huyendo a toda la velocidad que me permitía la rabia.

Alertado por la *Tuatha*, el *drwidy* corrió en mi ayuda. Horrorizado, procedió a sanar todas y cada una de mis heridas.

—Ve tras ella, Lailoken —dijo Morrigan acercándose cuando comencé a abrir los ojos—. No permitas que muera. Haz todo lo que sea necesario.

El *drwidy* asintió y salió tras ella. Había recuperado la consciencia. Mi mirada estaba vacía, sin vida. Esa otra yaga tardaría muchísimo más tiempo en curarse. La *Tuatha* me ayudó a incorporarme y caminó conmigo, cargando mi peso sobre su hombro.

—Ven, chico —dijo con lástima—. Te llevaré de vuelta a casa.

CAPÍTULO 16

La Sombra flotaba sobre las tumbas. En el cielo brillaba un pequeño pedazo de luna, oculta de forma ocasional por algunas nubes que cubrían el cielo. Los insectos emitían sus cantos, llenando de vida la noche. El pequeño cementerio familiar había sido despejado y tratado con mimo. Las lápidas despojadas de musgo y maleza, mostraban los nombres de aquellos que reposaban bajo ellas en su descanso eterno. Otra forma oscura apareció en el lugar, deslizándose entre los muros de piedra hasta el viejo rosal. Arrancó un precioso capullo, de un rojo tan intenso como la sangre y se desplazó hasta el sitio donde se hallaba. No lo vio o fue ignorado, tampoco es que le importara demasiado... Depositó la rosa en una de las tumbas, elevando una vieja plegaria por el alma de su propietaria. Permaneció allí unos instantes, en absoluto silencio y tras dejar reposar sus labios sobre la oscura piedra en un emocionado beso de despedida, se deslizó nuevamente entre los muros, hasta desaparecer...

Ramsés estaba furioso. Horus le impedía la entrada con los brazos cruzados sobre el pecho. Sentía unos profundos deseos de desenfundar su arma y atravesar con ella al Dios, que lo miraba con una sonrisa socarrona en su cara. Sabía que aquello era imposible. A pesar de poseer Sangre Divina, nunca podría vencerlo. Bufó frustrado. Se preparaban para el Despertar de su esposa y no le dejaban verla. Habían elegido al vikingo como acompañante, lo que le llenaba de una oscura y peligrosa ira. Ella era suya. Y nadie mejor que él para permanecer a su lado en aquellos momentos tan difíciles. Egil depositó una mano conciliadora sobre su hombro, intentando apaciguarlo.

—No te preocupes, Ram—. El Renegado le fulminó con la mirada. Se tomaba unas confianzas que nadie le había dado—. Para mí es como una

hermana o... una hija.

Consciente de la ácida expresión de Nemutawy, Ramsés guardó silencio. Las palabras del vikingo no eran precisamente tranquilizadoras para él.

—Olvidas que es un Faraón, Egil —rio Alex—. Tenían por costumbre tomar por *gynaíkes*^[103] a sus hermanas e hijas —aclaró explicando el bochorno de Ramsés

—¡Vaya...! ¡Qué crack! —exclamó el vikingo sorprendido.

—Egil la conoce desde su vida anterior, *Rameses* —le explicó Akhesa—. Es mejor que alguien que recuerde de su pasado esté junto a ella en ese momento. Créeme, lo va a necesitar —dijo acercándose a él y acompañándolo hacia la salida—. Déjanos hacer. Te necesitará más tarde, cuando la peor parte del proceso haya pasado. Prometo avisarte de inmediato.

Ramsés asintió poco convencido, pero seguro de las palabras de la *Hem-Netjeret*. Si había alguien que podía inspirarle confianza era precisamente ella. Abatido, abandonó la casa sin dejar de mirar atrás y esperando que su pequeña no sufriera demasiado, que los Dioses fueran benévolos y la protegieran.

Había escuchado muchas cosas sobre el Despertar de los *Waej*, lo que provocó que un amargo escalofrío recorriera todo su cuerpo. Volvería a su casa y no descansaría hasta recibir noticias. Haría de tripas corazón, tirando de su escasa paciencia, hasta ser llamado por Akhesa.

Era un lugar casi mágico. Rodeado por robles, hayas y pinos, el pequeño claro estaba cubierto de hojarasca, creando un manto castaño sobre la verde maleza. Muy cerca, un pequeño riachuelo dejaba escuchar el suave murmullo del agua. La humedad era intensa, tanto, que los troncos de los árboles estaban poblados por un musgo suave, semeando terciopelo al roce de sus dedos. El color verde estallaba a su alrededor en una profusión de diferentes tonalidades y el olor a tierra fresca inundaba sus fosas nasales. El lugar se llamaba *Iturburu*^[104] y era el recinto sagrado elegido para su Despertar.

Se quitó la ropa, sumergiéndose en una de las pequeñas pozas para purificarse con el agua helada proveniente de los manantiales más puros de

la montaña. Al salir, Akhesa y Egil la esperaban en el claro, rodeados de pequeños árboles que extendían sus ramas hacia el cielo, intentando alcanzar la luz del sol. La *Hem-Netjeret* acercó la copa a sus labios y bebió con avidez. Estaba ansiosa por recordar su pasado y detener las pesadillas de una vez. O por lo menos, encontrarles sentido. Como era costumbre, Egil tomó su *Kheper* de lapislázuli y lo colocó sobre su pecho.

Un profundo abismo se abrió a sus pies y cayó por el...

Los recuerdos llegaron de golpe, desgarrándola por dentro y destrozando su alma pedazo a pedazo. Recordó su infancia, feliz y libre; a su familia, padres y hermanos; recordó el inicio de la guerra y los ideales que llevaron a su familia a la destrucción; a Manuel... el hombre al que se entregó como mujer y que arrebató su corazón. Aquel amor brillaba intenso, copando la mayor parte de su mente con una luz arrebatadora y sumiéndolo todo en la más negra oscuridad tras su pérdida; recordó sus besos, sus tiernas palabras, su dulce mirada azul... Los horrores de la guerra, las bombas cayendo a sus pies y cómo poco a poco, sus seres queridos iban abandonándola... Los golpes, los insultos y... la sangre de su hermano Mikel manchando sus manos...

La oscuridad le procuró el alivio que necesitaba, mientras su mente y su cuerpo asimilaban unos recuerdos que podrían matarla.

Despertó con un intenso dolor de cabeza y se encontró entre los brazos de Egil, como aquel funesto día que... Lanzó un horroroso grito que nació desde lo más profundo de su alma y empujando al guerrero, echó a correr. No supo por cuánto tiempo, solo sentía aquella herida abriéndose una y otra vez, destrozándola por dentro. ¿Por qué había tenido que volver a recordar? ¿No era preferible permanecer eternamente en el olvido...?

Muchos de sus sueños cobraron sentido, otros la dejaron perturbada. Alcanzó la casa. «Su casa». El viejo hogar que la vio nacer, la misma por la que su madre se sacrificó, vendiendo a su hijo mejor a cambio de unas tierras que eran suyas por derecho y donde sufrieron las vejaciones hasta el día de la muerte de su madre. Y el jardín... Las tumbas que estaban vacías... Tanto su padre como Manuel yacían en una fosa perdida en algún lugar desconocido y Mikel... Ella misma le dio muerte con sus propias manos.

Su querido hermano regresó a casa una oscura noche de invierno en la que ella paseaba llena de pesar por las afueras del hogar. Se lanzó a sus brazos, emocionada y recuperando el brillo de la esperanza, pero... un profundo instinto la alertó y tomó posesión de ella. En lo que Mikel la abrazaba, cogió una vieja guadaña que usaban para la siega y decapitó al muchacho; horrorizada tras ver la sangre que manchaba sus manos, se desmayó.

Egil seguía al *Am-Mut* y la encontró junto al cuerpo que no tardaría en regenerarse. Tras rematar a la criatura, la tomó entre sus brazos y se la llevó de allí. Ella nunca más regresó. Por eso, la última tumba era suya. Llevaba su nombre escrito en la fría piedra: María...

Rota por el dolor, incapaz de soportarlo y ansiando reposar verdaderamente en la oscura tierra a sus pies, comenzó a golpear su cuerpo contra el suelo, auto mutilándose, buscando la muerte. Desarmada como estaba, no podía quitarse la vida de forma rápida. Solo desangrándose podría librarse de aquella oscura existencia. Quería morir y descansar una vez más entre los brazos de su amado...

Le dolían terriblemente los brazos y la espalda, como si algo se abriera paso entre ellos, desgarrando piel y huesos. El dolor era insufrible, y la muerte el alivio que podría calmarlo.

Advertido de su huida, Horus la encontró en aquel estado de desesperación. Asustado por la locura que se había apoderado de ella, la envolvió entre sus brazos, creando un nido protector con sus enormes alas. Los lamentos de Sheritra eran desgarradores y los profundos sollozos, desoladores. La vida se desvanecía de sus ojos y la esperanza moría en su mirada. No podía permitirlo. Ella era muy importante para todos y debía sobrevivir. Sobre todo, para él. Había llegado a apreciarla de una forma muy especial. Adoraba su indomable espíritu y tocaba algo muy profundo en su interior el verla tan rota.

—No...*tameryt*... —susurró con dulzura— no puedes dejarnos de esta forma. No después de todo lo que has sacrificado...

Besó con cariño su cabello, sujetándola con fuerza para evitar que siguiera dañándose.

Sintió su corazón latir desbocado, a un ritmo tan rápido que si continuaba de aquella manera acabaría por romperse. Tomó una rápida

decisión a la desesperada. Se hizo un profundo arañazo en el pecho, acercando a la joven para que oliera su Sangre.

Hipnotizada por las pequeñas gotas de color rubí que se deslizaban por los poderosos pectorales del Dios, Sheritra dejó de removerse. Atraída, deslizó su lengua por la herida, lamiendo con inusitado placer.

El dolor desapareció y acercando sus labios, succionó con fuerza, llenándose de una potente energía transmitida por el líquido sanador. Horus estaba en pleno éxtasis y la miraba embelesado. Los pequeños movimientos de la lengua enviaban poderosas descargas por todo su cuerpo, hasta alcanzar la ingle y provocarle una enorme erección. Ella se frotaba contra él, emitiendo pequeños gemidos de placer que lo enloquecieron.

La arrancó de su pecho y arrasó su boca con una pasión desenfadada. Tan frenética como él, Sheritra agarró su polla para conducirla a su interior, clavándose en él. Al sentir la plenitud que la llenaba, lanzó un profundo gemido de placer. Dejó caer su cuerpo hacia atrás, para sentir la Potencia divina mucho más profundo y expuso su hermoso cuello a la ansiosa boca del Dios. Horus no pudo resistir la visión de su palpitante vena y clavó sus colmillos en ella, poseyéndola en su totalidad. La *Waej* no se quedó atrás y mordió con fuerza su antebrazo, tomándolo también. Se acoplaron como animales, como bestias salvajes en una lucha feroz a vida o muerte. Las poderosas pujas del Dios se combinaban con los envites de la mujer, sin que ninguno de ellos pudiera considerarse vencedor.

Ella explotó y enardecido por el éxtasis femenino, el Dios derramó su simiente en ella. Agotada por las diferentes experiencias a las que había sido sometida en tan corto espacio de tiempo, Sheritra cayó en una profunda inconsciencia entre sus brazos. Conmovido y jadeando tras la violenta cópula, besó su vientre con dulzura y apoyó la cabeza con mimo sobre él. Estaba hecho. Su *ba* se había fundido, formando solo Uno... Ramsés iba a matarlo...

—¡Oh, *Mut*! —exclamó confundido— ¿Qué he hecho...?

Despertó en su cama con fuerzas renovadas. Estaba sola y no recordaba haber llegado hasta allí. Se encontraba dolorida, sobre todo en la zona de la

espalda. Por suerte, su mente fría y analítica había vuelto y los recuerdos estaban siendo controlados, de forma que podía tratarlos con tranquilidad.

Era su pasado, tantos años habían pasado que ni siquiera debería importarle; ya no era la misma persona y era muy joven por aquel entonces. Recordó a Manuel... Por algo podía imaginárselo con tanta claridad, porque formaba parte de ella, un pedazo de su ser que se mantuvo siempre oculto en su corazón.

Se levantó con cuidado. Tal vez una ducha lograra relajar un poco su dolorida musculatura y calmara esa horrible molestia de la espalda. Al ver su reflejo en el espejo, quedó petrificada... Unas magníficas alas de plumas azules y castañas como su cabello, se extendían desde sus omóplatos hasta alcanzar el largo de los brazos. Eran tan hermosas... Los ojos se le llenaron de lágrimas y agradeció a los Dioses el regalo por superar aquella terrible prueba. Eran suaves, de plumas sedosas, delicadas y tan largas como sus dedos.

Se dio una ducha para limpiar los restos de sangre, dejados por unos arañazos ya curados y se vistió para bajar al jardín. Quería volver a ver su tumba y despedir el pasado.

—Mari —susurró la Sombra.

Se giró y por fin pudo ver sus rasgos. Sus mismos ojos, el mismo cabello... un rostro amado y perdido. Sheritra se acercó al fantasma y extendió su mano sabiendo que no podría tocarlo.

—Mi Mari *txiki*^[105]... —susurró él.

—Mikel... —dijo con lágrimas en los ojos— perdóname, hermano... —sollozó llevándose las manos a la cara para ocultar su rostro, muerta de la vergüenza.

Una suave brisa agitó su pelo, deslizándose por su mejilla. Era la caricia provocada por aquellas manos fantasmales que, en otros tiempos, la tomaban en brazos para hacerle cosquillas o ayudarla a trepar a los árboles.

—Me liberaste, *maitia* —susurró él con tristeza—. Era un monstruo y tú me diste paz... Iba a matarte y... de alguna manera lo supiste... Doy gracias a Dios por ello todos los días.

Ella asintió en silencio. Sí que lo sabía. Desde el mismo instante en que vio sus ojos, supo que su naturaleza era maligna. Desconocía cómo algo en

ella la empujó a matar. La Sombra depositó un beso sobre su frente que fue como una corriente de aire fresco. Y se desvaneció en el aire.

—¡Sherit! —gritó Ramsés tomándola en sus brazos.

Ella se puso rígida entre ellos, lo que le llevó a soltarla. La observó preocupado, revisando con disimulo su cuerpo y certificando que no estuviera herida, que se encontraba en perfecto estado.

Sheritra no sabía cómo actuar ante él. Podía comprenderle, entenderle. Una parte de ella, antes dormida, exigía ahora toda su atención y necesitaba un poco de tiempo a solas para captar todas las implicaciones traídas por sus recuerdos recuperados. Aceptar quién era ahora y quién fue en el pasado, llegando a un entendimiento entre sus dos vidas. Y tomar las riendas.

—Estas bien —dijo suspirando aliviado.

Admiró las fantásticas alas de la joven, que ignoraba todavía cómo ocultarlas y se movían inquietas al ritmo de sus emociones.

—Son preciosas... —susurró con adoración— ¿Puedo...? —preguntó sabiendo que debía respetar su espacio, aguardando un no por respuesta.

Sheritra le ofreció la espalda, permitiéndole estudiarlas en todo su esplendor.

—Son iguales que las de...

Al percatarse de lo que iba a decir, calló.

—¿Que las de quién...? —preguntó cortante— ¿Que las de Nefertari? —terminó dándose la vuelta y plantándole cara.

Podía comprenderle. Ella también amó con intensidad y también perdió. Él tuvo la suerte de compartir parte de su vida con su esposa, cosa que ella no. Y escocía. Vaya si escocía. Sus sentimientos estaban todavía descontrolados y despertaban sensaciones para las que no estaba preparada.

—Sí... —respondió advirtiéndole su frialdad.

Era como si levantara un muro entre ellos.

—Sherit... yo...

No sabía qué decir. Pasó hora tras hora preocupado por ella, deseando tenerla entre sus brazos para consolarla, sufriendo su mismo dolor en el pecho. Y aquel recibimiento tan inesperado le dejó fuera de juego. Quería abrazarla y besarla, también temía ser rechazado. Esa no era su *tasherit*, era una mujer muy diferente. Akhesa intentó prevenirle y no quiso verlo. Derrotado, se dio la vuelta, sintiendo que allí estorbaba.

Ella le agarró del brazo y lo empujó contra la pared. Arrancó su camiseta y clavó sus colmillos con fuerza en el hombro. Había ansiedad en la mirada femenina, la misma que él sintió al compartir su sufrimiento y cogiéndola decidido entre los brazos, la llevó hasta su cuarto.

Tres hombres esperaban en su puerta la llegada del Rey de los Renegados. Se plantaron frente a él, con los rostros serios y miradas amenazadoras. El primer rechazazo le rozó el pómulo; el resto pudo esquivarlos sin problemas, hasta que los tres se lanzaron a la vez contra él, derribándolo en el suelo. Los gruñidos se transformaron en carcajadas y los puñetazos en golpes de camaradería.

—¡Has perdido facultades! —exclamó el más alto de todos ellos, entre risas—. Casi consigo pegarte.

—Casi... —contestó Ramsés con un brillo travieso en sus ojos—, pero todavía te queda mucho para superarme —se jactó orgulloso.

Los cuatro entraron a la casa y se acomodaron como si aquel lugar les perteneciera. Uno de ellos, de piel morena y ojos verdes se acercó a la nevera y extrajo unas botellas de cerveza, que fue repartiendo entre sus compañeros.

—Te veo agobiado —le dijo Joss, arrancando la chapa con sus afilados colmillos.

Era un hombre alto, bien formado. Su masa muscular no era tan impresionante como la de su jefe, aunque tenía una constitución poderosa. Los ojos azules, del mismo color pálido del cielo y un tanto rasgados, le conferían una mirada casi felina. Era el más sensato de todos ellos y segundo al mando entre los Renegados.

—Lo estoy —dijo pegando un gran trago a la botella que Ahotep le había ofrecido.

El egipcio fue el primero entre sus hombres. Algo más delgado que sus compañeros, con un cuerpo fuerte y tonificado, tenía un largo cabello azabache. Su piel era morena, mucho más oscura que la de Ramsés, lo que hacía que sus ojos verdes resaltaran con intensidad en su bien formado rostro.

—¿Qué pasa, Jefe? —preguntó burlón— ¿Problemas en el lecho marital?

Ramsés asintió serio. Louise no dijo nada, esperando a que hablara y les detallara la situación. No era habitual en él permanecer en ese estado meditativo, exceptuando las pocas ocasiones en que su mente retornaba al pasado y rememoraba a su perdida esposa. La nueva compañera debería tenerlo entretenido, no taciturno como un espectro.

El francés era el más joven de los tres, en apariencia. Tenía el cabello rubio, algo más oscuro y dorado que Joss. Sus ojos también eran azules, de un color más intenso. Era un chico guapo que volvía locas a las jóvenes y que utilizaba su atractivo sin pudor alguno.

—Tranqui, Ram —dijo Joss palmeándole la espalda—. Ya les hice un pequeño resumen. Disimulan, pero se mueren de curiosidad. Son unas viejas cotillas —bromeó burlón, guiñándoles un ojo.

Ramsés dejó la botella sobre la mesa y se revolvió el pelo. No sabía si le apetecía hablar sobre el tema. En cuanto a Sheritra se refería, estaba muy perdido. Los últimos días con ella habían sido maravillosos y tras su Despertar se encontró a una persona diferente. Comenzaba a tomarle aprecio y eso le confundía. No sabía cómo sentirse frente a ella. Le estaba volviendo loco. Primero lo trataba con frialdad y después se arrojaba a sus brazos como si le fuera la vida en ello...

—No sé qué hacer... —dijo ofuscado—. Iba bien y luego... se ha ido todo a la mierda —gruñó.

Los chicos se miraron y Ahotep hizo un gesto. Louis asintió y Joss suspiró frustrado. Siempre le tocaba a él. Los otros abandonaron la casa, despidiéndose de su jefe y los dejaron solos.

—Ram, tío... —dijo acercándose— Si yo tuviera otra oportunidad no la desperdiciaría. He oído algo sobre los Despertares de los *Waej*. Por lo que parece... no son nada fáciles. Eso de que te roben la memoria... —pensó en su mujer y lo vacía que sería su vida sin su recuerdo.

Borrar su existencia sería el mayor castigo que podría recibir nunca. Su amor era lo que le mantenía en pie día tras días. El impulso de la venganza,

por arrancarla de su lado y enviarla a los brazos de la muerte...

—Estará confundida, amigo —siguió diciendo— ¿Recuerdas cómo me encontraste...?

Ramsés movió la cabeza en un gesto afirmativo. Joss tenía razón. Lo encontró vagando por los bosques, con las ropas desgarradas y el corazón roto. Medio enloquecido, como un animal salvaje. Aterrorizado por su atracción hacia la sangre y todo aquello que conllevaba.

—Debería dejarle algo de espacio —dijo más para sí que para su compañero.

—Sí, pero no demasiado —bromeó el otro—. No sea que se arroje a los brazos de otro. No creo que tenga ningún problema en encontrar voluntarios que la consuelen, por lo que me dijiste de ella. Si hace falta, yo me ofrezco.

Se ganó una furiosa mirada del egipcio y soltó una carcajada. Estaba claro que la chica le había calado hondo, mucho más de lo que se imaginaba. Ramsés suspiró apesadumbrado y sus ojos se llenaron de tristeza.

—Me recuerda tanto a ella... —confesó—. Su olor, sus gestos, hasta su forma de mirar. Pero es tan distinta que... —Se revolvió nuevamente el pelo, intentando sacudir los oscuros pensamientos de su mente—. Nefertari era... era impresionante... Más hermosa que ninguna otra mujer que jamás hayas visto. Su porte era real, sus ademanes delicados y muy femeninos. Delgada como un junco. Tan bella... Era calma y sosiego.

La añoranza brillaba en sus ojos con fuerza y los cerró para poder ver su rostro una vez más. Y fue desplazado por otro completamente diferente.

—Y Sherit es fuego... —dijo recordándola entre sus brazos—. Pequeña, voluptuosa y con un carácter endemoniado. Indomable e impredecible. Deberías haberla visto enfrentándose al *Netjer*.

No pudo contener la risa al recordar aquel momento. Le hubiera gustado golpear a Horus por atreverse a invadir su intimidad. No fue necesario, ella sola se bastaba para ponerlo en su lugar.

—No es arrebatadora, en cambio tiene algo... Lo cierto es que me pongo duro solo de pensar en ella —confesó.

Joss lo había observado hablando de ambas mujeres y se percató de los poderosos sentimientos que comenzaban a despertar en su amigo. Prudente, decidió guardar silencio. Era mejor que él mismo los descubriera.

—Me encantaría conocerla —afirmó complacido por Ramsés—, seguro que hacemos buenas migas.

—Eso seguro —confirmó algo más relajado, al poder hablar sobre ello—
A ella le encantará ver cómo me molestas a cada rato.

Lo bueno de su amigo era que tenía la capacidad de hacerle sentir seguro. Saberse escuchado y comprendido era algo muy importante para él, sobre todo después de pasar tantos milenios en soledad. Esperaba de corazón que su compañera y él congeniaran. No imaginaba cuánto iba a arrepentirse por semejante deseo.

CAPÍTULO 17

Se sentía una mala persona. Estaba tan sumergida en su propia miseria, que había descuidado a la persona que más quería en este mundo. Acudió con la cabeza gacha hasta su dormitorio y golpeó con timidez la puerta. Un rostro que en los últimos tiempos se estaba cansando de ver, la abrió de golpe, dejándola con la mano en el aire.

—¿Qué quieres? —preguntó Horus hosco.

La celta cerró la boca, abierta por la sorpresa. Tras el Dios apareció la cabeza de Sheritra, asomándose por un costado y arrastrándolo para que se apartara de la entrada.

—¿Quieres quitarte del medio de una vez y dejarla pasar? —gruñó frustrada por la insistente molestia del Dios.

Al final, Éste dio su brazo a torcer dejándola entrar, no sin antes revisarla con sospecha de arriba abajo. Sheritra gruñó contrariada y le propinó un empujón, sacándolo de la habitación y cerrando la puerta en su cara. Pudo escuchar sus quejidos, pero se dio la vuelta ignorándolo y por si acaso, se dirigió a la ventana y la cerró de golpe.

—¡Dios! —exclamó agobiada—. ¡Este Tío está insoportable!

—¿Qué le pasa? —preguntó confundida por la actitud del Dios.

Sheritra se encogió de hombros. No tenía la menor idea; desde su Despertar se había convertido en su perro guardián y no la perdía de vista. Resultaba un tanto pesado y estaba hasta las narices de aguantarlo.

—Está así desde la ceremonia. Debe pensar que voy a volverme loca o algo parecido —bromeó.

Siora sonrió. Era comprensible ya que en su caso así fue. Su amiga estaba hecha de otra pasta, tan solo había que verla. Estaba fantástica. Nada que ver con el resto de Despertares que había tenido la desgracia de presenciar.

—¿Cómo son...? —preguntó curiosa.

Sheritra liberó sus alas. Al principio pinchaba; surgían desde sus brazos, atravesándole la piel, hasta extenderse por completo. La celta las observó

maravillada y se acercó a tocarlas. Eran bellísimas. Las más grandes que había visto hasta ahora en una mujer. Los tonos castaños y azules se mezclaban, formando un bello dibujo que se repartía por todo el plumaje.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —le regañó Sheritra.

—Es un acuerdo tácito al que llegamos todos. Nunca las mostramos a los no Iniciados. Es injusto para ellos.

Y sonriendo, extendió las suyas. Eran tan rojas como el fuego. Contrastaban diferentes tonalidades del mismo color con pequeñas pinceladas azules del mismo matiz que el de sus ojos.

—¡Qué hermosura! —exclamó Sheritra al verlas.

Parecía una diosa de la guerra.

Una vez pasada la primera impresión, captó la tristeza en los ojos de su Hermana, lo que la llevó a interrogarla. Su primera reacción fue huir, más las lágrimas la delataron y confesó. Sheritra la abrazó, consolándola en su dolor y calmando su ánimo. Tras secárselas preguntó:

—¿Y qué piensas hacer?

—Voy a devolver la Sangre —contestó resignada—. Debo tener alguna tara. Siempre acabo dañando a todos aquellos que me rodean. Por eso, lo mejor es que hable con Isis y me libere del juramento.

La tristeza teñía su mirada y Sheritra sintió una profunda lástima por ella. Ya podía comprenderla. Sus recuerdos eran dolorosos y no eran ni la mitad que los que portaba la celta.

—¿Estás segura? Una vez hecho, no hay marcha atrás. Le perderás para siempre.

—Y será libre para ser feliz —afirmó rotunda.

Su alma se deshacía en pedazos al pronunciar aquellas palabras. Sheritra asintió y la abrazó con fuerza. Iba a echar mucho de menos a su amiga, aunque la apoyaría hasta el final. Suspiró fastidiada. Sabía lo que tenía que hacer para ayudarla. Y le daba una pereza tremenda...

—Hablaré con Horus —dijo exasperada—. Él te llevará con Isis.

Siora estalló otra vez en lágrimas y su amiga la consoló con dulzura, acogiéndola entre sus brazos.

Recogía sus cosas con lentitud, intentando alargar los minutos que faltaban para enfrentarse a la Diosa. La puerta se abrió con fuerza, golpeando la pared y Alex entró en tromba en su habitación.

—¡No! —gritó lleno de furia— ¡Te lo prohíbo! —exclamó empujándola hacia la cama y saltando sobre ella.

Pálida, Siora lo miraba sin saber cómo reaccionar. La aplastó con su cuerpo y reclamó con hambre los jugosos labios de la joven. Ella se ofreció sumisa, perdiéndose en un tórrido beso, alentado por la ira del guerrero.

—Eres mía —susurró en su boca—. Si quieres huir, tendrás que matarme.

Depositó un cuchillo en su mano y lo acercó hasta su cuello, clavando la punta en él. Una gotita de sangre se deslizó por su garganta, aterrizando sobre la clavícula.

—Mátame y podrás irte.

Sus ojos decididos y la rabia se mezclaban con un profundo dolor que brillaba en ellos.

—¡No! —gritó Siora dejando caer el cuchillo y derrumbándose entre lágrimas en sus brazos.

Pasaron así las horas y los sollozos de la celta rompían su pecho. Alex besaba su rostro, limpiando las lágrimas con sus labios y susurrando dulces palabras de amor. Nunca la dejaría marchar. Nunca...

Fueron convocados por la Líder. Acudieron al salón donde Akhesa los esperaba en compañía de otros cuatro guerreros. Reconocieron entre ellos a Claudio el romano y Sheritra gritó de alegría al encontrar a su amigo Will entre ellos. Se lanzó a sus brazos y el escocés la elevó por los aires, riendo como un niño. Era un hombre rudo, algo brusco en sus modales, con un corazón del tamaño de las *Highlands*. El vikingo también lo saludó de forma efusiva, ya que se conocían de muchos siglos atrás. Tras el cariñoso recibimiento, el guerrero fue al grano.

—Capturamos con vida a uno de los esbirros de Erzsébet —dijo serio— y tras un... pequeño interrogatorio —miró a la mujer morena, que había sido presentada como Artemisia— pudimos extraerle una valiosa información.

El otro hombre, un sioux llamado Mahpiya, colocó con cuidado un mapa de la zona sobre una de las mesas. En él había un lugar marcado con un círculo rojo.

—Aquí —señaló el círculo—. Este es lugar donde se esconden los Objetos robados.

Acercaron sus cabezas para poder ver el punto exacto. El lugar no quedaba lejos, parecía una especie de burla el tenerlos ocultos tan cerca de allí sin que ellos lo supieran.

—Es un pabellón en ruinas —siguió explicando Claudio—. En otro tiempo fue un almacén perteneciente a un viejo taller, lleva muchos años en desuso y está a la venta. Llamé para informarme y me confirmaron que está completamente vacío. Así que es un lugar perfecto para ocultar cualquier cosa —recalcó golpeando el lugar con la palma de su mano.

Akhesa asintió. Era el momento de recuperar las *Iry-Seuser* y los *Kheper*.

—Artemisia tiene un plan ¿No es cierto?

—Así es, *Iereía* —continuó la mujer morena—. Hay que atacar.

Expuso su plan y el resto asintieron convencidos.

Al caer la noche y bien pertrechados, se acercaron en silencio al viejo almacén. Estaba en un lugar apartado, cerca del monte y prácticamente escondido entre la vegetación. Se repartieron en tres grupos diferentes para poder cubrir todas las entradas que poseía el ruinoso local. El lugar estaba cubierto de polvo y suciedad. Olía a moho y a desperdicios. Lo más probable es que estuviera habitado por ratas, a juzgar por los excrementos que encontraron en su camino y el estado deteriorado de los pocos muebles que seguían en pie.

Se movían sigilosos, vigilantes, evitando los obstáculos que pudieran provocar ruidos innecesarios y preparados para atacar en cualquier

momento. Y... nada. Se juntaron en el centro, sin hallar ni un triste rastro que pudiera delatar a los *Am-Mut*.

—Creo que hemos sido engañados —susurró Johanna instantes antes de que se desatara el más absoluto caos.

Los disparos comenzaron a llover desde las alturas. Los diferentes proyectiles atacaban desde todas las direcciones y se descubrieron completamente indefensos ante ellos. Era una emboscada. Preparados para la lucha cuerpo a cuerpo, nada podían hacer contra las balas que surgían por todas partes.

—¡Qué estúpido! —gruñó Alex intentando esconderse tras recibir un disparo en el brazo— ¿Por qué no se me había ocurrido? —renegó—. Han debido fundir las Armas. Estamos perdidos...

Fueron cayendo uno a uno. Nada podían hacer, estaban acabados...

Una potente luz deslumbró a Sheritra, seguido del poderoso rugir de un motor y el ¡*Crack!* de los cristales al romperse, La potente moto entró reventando una de las ventanas y derrapando en el centro del local.

—¡Sherit-Ra! —rugió Ramsés.

Ella tomó un fuerte impulso y corrió hacia él, resbalando por el suelo para esquivar los disparos hasta alcanzar el vehículo. El egipcio la tomó del antebrazo, alzándola para que subiera tras su espalda. En cuanto se aseguró de que estaba bien sujeta, arrancó el vehículo y se movió por el almacén a toda velocidad, protegiéndola con sus enormes alas.

La *Waej* descubrió las posiciones de sus enemigos y tomando el arco que el Renegado llevaba al hombro, se levantó sobre el sillín sujetándose fuerte a los costados del hombre con sus rodillas. Tomó las flechas y disparó una a una con mortífera precisión. No erró ningún blanco. Ramsés había creado un escudo protector con sus alas alrededor de la chica, repeliendo las balas que chocaban contra ellas.

Los Renegados seguían a su Rey y entraron tras él, atravesando puertas y ventanas en busca de los *Waej* heridos. Joss vio una forma agazapada en el suelo y reconoció el color del cabello. Esquivó los diferentes proyectiles y

se acercó. Extendiendo su mano, le ofreció su ayuda. Nemutawy la tomó sin dudar y saltó tras él, mientras el resto recogían a sus compañeros. Estaba gravemente herida y perdía sangre con rapidez, pero se abrazó fuerte a su cintura. Joss aceleró y abandonó el lugar con su preciosa carga.

Horus apareció acompañado de una hermosa mujer, vestida con una armadura dorada sobre un peplo púrpura y que portaba un enorme escudo. Extendió su lanza y una niebla densa ocultó a todos los presentes, facilitando su huida. Horus buscó a su alrededor y descubrió a uno de sus *Waej* gravemente herido. Tomó al monje entre sus brazos y desapareció con él.

Se moría. La vida escapaba a través de sus heridas. Yacía en el suelo, esperando el momento en el que la muerte lo tomara en sus fríos brazos y temiendo por la supervivencia de sus Hermanos. Un bello rostro de mujer apareció ante sus ojos. Extendió la mano con las pocas fuerzas que le quedaban y tocó la suave mejilla de aquella dulce visión.

— Ya puedes llevarme al *Valhalla*, *Valkyrie*^[106]. He cumplido mi parte —susurró.

La mujer chasqueó la lengua molesta y le pareció escuchar «estúpido humano» antes de sumergirse en la oscuridad de la inconsciencia. Atenea —no era otra que la Diosa de la guerra, quien había acudido al rescate con los Renegados— colocó los brazos bajo las axilas del vikingo para poder sostenerlo, y desapareció con él.

Los Renegados salieron del almacén protegidos por la niebla creada por la Diosa. Tras asegurarse de que no quedaba nadie, Ramsés aceleró la Suzuki y replegó sus alas. Sheritra se movió al asiento, sentándose y sujetándose con fuerza. El Renegado metió gas, provocando que el vehículo realizara una acrobacia y escaparon veloces. Al sentir un fuerte impacto en el costado, supo que su compañera acababa de ser herida de gravedad. Volvió a extender las alas, para sostenerla en caso de que sus fuerzas fallaran. Ella siguió agarrada pese al dolor que la estaba destrozando. La bala había perforado parte del pulmón y respiraba con dificultad. Furiosa y

cansada por las artimañas de la favorita de Seth, tiró de todas sus fuerzas para mantenerse en su posición. Volverían a encontrarse... y la próxima vez se aseguraría que la *Am-Mut* recibiera su merecido.

Joss corría por la carretera en dirección a las coordenadas indicadas por su jefe. Notaba cómo poco a poco la *Waej* iba perdiendo las fuerzas. Las manos de la joven resbalaron de su cuerpo y tuvo que pegar un brusco frenazo, abandonado la moto de un salto para agarrarla antes de que callera al suelo.

—¡Joder! —exclamó al tomarla entre sus brazos.

Sangraba de forma copiosa por el vientre e intuyó que el proyectil estaba alojado en una zona peligrosa. La sostuvo como pudo entre su cuerpo y el manillar, acelerando y rezando para llegar a tiempo.

Detuvo el vehículo a la puerta de su casa y se giró para ver cómo se encontraba su mujer. La sangre manchaba la camiseta y se deslizaba por sus pantalones, goteando hasta el suelo. La cogió en brazos, entre débiles protestas de la chica y se dirigió a la habitación con ella. Angustiado, desgarró su ropa y buscó todas y cada una de sus heridas.

Sheritra inhalaba con dificultad. Un peligroso pitido se escuchaba en su respiración, poniéndole en guardia. Se arrancó de un tirón la camiseta, manchada de la sangre femenina y la lanzó al suelo.

—Bebe, *tameryt* —susurró con dulzura, acercando su cuello a la boca de la chica.

Consumida por el tormento, extendió sus colmillos y los clavó con fuerza. El dolor que sintió junto con el mordisco se mezcló con placer, enviando una corriente eléctrica hacia sus testículos que se inflamaron al igual que su polla.

Sheritra bebía con avidez, curándose a una velocidad sorprendente. Cuanta más sangre compartían, mayor era su Poder. Ella se estaba

excitando. Las fosas nasales de Ramsés se abrieron al recibir su perfume. Loto azul... Aspiró con fuerza, dejándose llevar por el deseo.

Deslizó su mano por las bellas formas del cuerpo femenino, deteniéndose en los puntos preferidos de su anatomía. Adoraba sus pechos, grandes y llenos, de pezones duros como diamantes. Los estimuló en lo que ella bebía. Pequeños gemidos escapaban de su garganta y liberó sus dientes. Deslizó la lengua por la herida, continuando el recorrido por el cuello hasta alcanzar la clavícula masculina. Siguió bajando, deleitándose en la fortaleza de los poderosos músculos, usando las manos para regodearse con toda su potencia abdominal. Y siguió bajando... deslizándose por los oblicuos, buscando el camino hasta su rígida verga. Las manos siguieron el mismo recorrido, ardientes y provocadoras. Una pequeña gotita escapó de la gruesa cabeza y Sheritra la recogió con la punta de su lengua.

—*Mmm*, qué rico —exclamó extasiada, observando cómo aumentaba su tamaño y grosor.

Se relamió de gusto y lo atacó con su boca, empujándolo al fondo de la garganta. Un rugido gutural escapó de los labios del hombre que la tomó por el cabello alejándola de su ingle. Si continuaba por ese camino iba a explotar antes de tiempo. Tomó su boca, saqueándola, introduciendo la lengua y buscando la suya. Era un beso tórrido, posesivo, con el que la reclamaba una y otra vez.

Sheritra se derritió entre sus brazos y dejó que el placer que le proporcionaba se extendiera por todo su ser. Las manos del hombre se tornaron más audaces, más exigentes. Cubrió el monte de venus con una de sus manos, acariciando con dulces promesas sus labios exteriores, activando el pequeño capuchón. Introdujo uno de sus dedos en el interior, buscando estimular el botón que la lanzaría a las estrellas. Con el pulgar trazó círculos sobre el clítoris, apretando, acariciando, pellizcando. Los grititos de placer que emitía junto con sus jadeos femeninos, lo empujaban a continuar con su exploración. Introdujo otro dedo más, dibujando ochos en su interior, alterando los nervios de las paredes femeninas.

—Así, *tasherit*... —la incitaba con voz ronca— estás muy mojada, *meryt*...

Nunca había sentido tantas sensaciones juntas. La estaba enloqueciendo segundo a segundo, caricia a caricia. Tomándola por las caderas, la arrastró por la cama hasta tumbarla y se apoderó de su vagina con la boca. Sheritra gritó su nombre una y otra vez. El orgasmo la barrió como un rayo. Ramsés

no se detuvo y siguió castigándola con la lengua y los dientes, hasta que sus súplicas y reniegos reventaron sus oídos. Sin darle tregua, la penetró de una sola embestida y ella volvió a correrse.

—Mía... —gruñó esperando en su interior a que los espasmos femeninos se calmaran.

Cuando la sintió relajada entre sus brazos, comenzó nuevamente a atormentarla con su polla. Primero de forma lenta y profunda, después con poderosas pujas que la hacían gemir. Aceleró el ritmo, sus testículos se tensaron y explotó anegando su interior. Su liberación fue tan potente que volvió a llevarla con él y lo succiono con sus espasmos.

Miró su rostro. Los labios inflamados por la pasión, los ojos brillantes con las pupilas dilatadas, sus curvas llamando a sus caricias.

—Eres mía —repitió una vez más antes de morder uno de sus pechos.

Sheritra jadeó de placer y sus ojos se pusieron en blanco.

— Otra vez... —jadeó mientras su cuerpo, con el mástil de Ramsés todavía dentro, volvía a explotar.

La Líder de los *Waej* lo condujo hasta uno de los cuartos, donde depositó el cuerpo inerte en la cama. La estaban perdiendo. Se fijó en la palidez de su rostro y pudo ver los primeros indicios de la muerte en él. Rebuscó por su cuerpo y encontró el problema. La bala se había quedado alojada entre una de las arterias y el bazo. Si permanecía más tiempo allí, la hemorragia la mataría. Llevado por la urgencia y sin pensarlo demasiado, acercó su boca a la herida y comenzó a chupar con fuerza.

—¡Qué haces! —gritó Akhesa preocupada—. Si ingieres su sangre, morirás.

Joss ya lo sabía, intentaría no tragar. Solo le preocupaba poder sacar el proyectil con la fuerza de sus libaciones. Sintió una presencia a su lado y vio a la Diosa, que le entregó un vaso con agua y su casco.

—Enjuágate la boca y escupe aquí la sangre —le ofreció.

Asintió y siguió con su ardua tarea. Por fin pudo sentir el proyectil cerca de los labios e introdujo los dedos en la llaga para poder sacarlo. Respiró aliviado cuando lo tomó entre ellos. Lo cogió con fuerza, dejándolo caer después en el interior del casco. Quemaba... Agotado, se limpió la sangre

que resbalaba por su barbilla con la manga e inhaló aire con fuerza para calmarse. Akhesa procedió a coser las heridas de la joven y sonrió al ver cómo su piel iba adquiriendo una tonalidad menos enfermiza. Nemutawy abrió sus ojos y los clavó sobre el Renegado.

Joss sonrió, iluminando su mirada. Tenía unos ojos tan azules... Unas gotas de sudor resbalaron por la frente del chico. Se limpió con la mano, pero fueron en aumento y muchas más comenzaron a caer. Sintió una especie de desgarró en su vientre y se dobló de dolor.

—¿Qué...? —preguntó Nemutawy al verlo retorcerse de aquella forma.

—Ha tragado sangre —dijo Akhesa valorando la situación.

Atenea se levantó de la silla en la que permanecía en silencio junto a la cama y se acercó al joven. Clavó sus uñas en el abdomen y susurró unas palabras tan antiguas como el tiempo. Los dedos se le llenaron de sangre y cuando consideró que estaba limpio, lo soltó. Tras lamérselos como un gatito, guiñó un ojo a la egipcia y sonrió.

—Casi nada, unas pocas gotas —comentó quitándole hierro—. Las suficientes para hacerle pasar un mal rato.

Tras llevarse la mano al dolorido vientre y ver cómo cicatrizaba con rapidez, Joss comenzó a respirar con normalidad. Nemutawy los observaba confundida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó perdida.

—Te ha salvado la vida arriesgando la suya —dijo Atenea encogiéndose de hombros.

La *Waej* intentó incorporarse y él se lo impidió. Se miraron a los ojos. Ella se sintió muy pequeña frente al guerrero. Experimentó una extraña punzada en su pecho. Esperaba que fuera parte de las secuelas del ataque. Sus iris la atravesaban y comenzó a temblar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Akhesa frunciendo el ceño.

—Sí, sí... —respondió con rapidez—. ¿Por qué...? —preguntó dirigiéndose a él con los ojos brillantes— ¿Por... por qué lo has hecho?

Sonrió con picardía y guiñándole un ojo se dio media vuelta.

—Porque si te dejas morir, Ramsés me mata. Y todavía tengo muchas cuentas que ajustar.

Tras esas palabras, abandonó la habitación. El corazón de Nemutawy comenzó a palpar veloz. La Líder se acercó a ella y depositó un beso en sus labios.

—Descansa, pequeña. Tienes que recuperarte.

La obligó a tumbarse, cubriéndole con las mantas al igual que haría una madre solícita y la dejó con la Diosa.

—Olvidalo —espetó Atenea cortante—. Es un *In-Tep*. Está tan muerto como tus hijos.

Y con esas duras palabras, se marchó del cuarto.

Los ojos de Nemutawy se llenaron de lágrimas. La rabia por ser vencida en una emboscada la hizo llorar. Porque... ¿Qué otra cosa podría ser...?

Despertó y sintió unos brazos rodeándola. Estaba aprisionada bajo su cuerpo y tuvo que hacer fuerza para poder apartarlo y levantarse. Su ropa estaba rota, hecha jirones y desparramada por el suelo. Otra vez. Le propinó un fuerte codazo que hizo que se despabilara de sopetón.

—¡Qué! —exclamó sorprendido cuando vio la furia en su mirada.

—¿Quieres, por favor, dejar de romperme la ropa cada vez que vengo a esta casa...? —soltó enfadada.

Ramsés miró a sus pies y al ver las prendas desgarradas y revueltas, una lenta sonrisa asomó a su rostro. Le lanzó una mirada socarrona, apreciando su cuerpo desnudo y con hambre en los ojos. El vello de su cuerpo se erizó, sintiéndose tocada. Saltó de la cama y se cubrió con las sábanas enfurruñada; él rio.

—Tranquila —dijo incorporándose y ofreciéndole una estupenda visión de su magnífico trasero—. Ahora pido a uno de los chicos que traiga algo de tu ropa —gruñó acercándose al teléfono.

Sheritra frunció el ceño, recordando el ataque de la noche anterior. Esperaba que todos sus Hermanos se encontraran bien. Deseaba ir a la casa para comprobarlo con sus propios ojos. Y también recordó...

En cuanto Ramsés colgó el teléfono saltó sobre él.

—¡Enséñamelo otra vez!

Ramsés la miró extrañado y meneó su verga, que como siempre ante su presencia, comenzaba a crecer y engordar.

—Estoy desnudo —dijo mostrando algo obvio—. Puedes verlo aquí.

Y señaló su pene.

—Ya, ya... —gruñó molesta, comiéndoselo con los ojos. Empezaba a babear y tuvo que disimular para que no la despistara—. Eso ya lo veo. No

hablo de tu rabo, burro. Me refiero a tus alas.

—¡Ah...! —exclamó él, sorprendido por la insólita petición.

Y decepcionado, al ver que unos atributos de los que se sentía muy orgulloso eran ignorados por unas simples alas. Llevaba tantos milenios con ellas que para él no eran nada extraordinario. Las extendió ante los deslumbrados ojos de la chica y ésta se acercó, acariciándolas con mimo.

—Son increíbles —susurró absorta con la suave textura.

Eran inmensas, casi tan grandes como las del Dios. Se mezclaban el rojo de su cabello, el dorado de sus ojos y el azul lapislázuli. Tan majestuosas que irradiaban un aura de Poder que la sobrecogían.

—¿Te gustan? —preguntó vanidoso y ronroneando como un gatito por sus caricias.

—Me fascinan —respondió al acariciarlas.

Ramsés se estremeció y su polla saltó, instigada por el toque femenino.

—Cuidado —sonrió con una pícara advertencia—, son muy sensibles.

Y la miró como un depredador. Ella sonrió. Su Renegado tenía hambre y sabía que ella iba a ser el plato principal.

CAPÍTULO 18

Una vez saciados y recuperados, descansaban unidos en un amoroso abrazo. Alex acariciaba su pelo, distraído, con la mirada perdida y a kilómetros de distancia de allí. Tenía el ceño fruncido por la preocupación. Siora estiró la mano para masajear su frente y deshacer la arruga. Él la miró, depositando un dulce beso en la punta de su pecosa naricilla.

Amaba a esa mujer más a que a nada en el mundo y el temor a perderla le había golpeado con fuerza. Cuando sintió el primer impacto, su instinto fue el de protegerla. Ya estaba tan herida como él. Si no llega a ser por la intervención de los Renegados... Un escalofrío recorrió su columna y la arruga volvió a estropear su frente.

Siora se acurrucó entre sus brazos, apoyando la mejilla en su pecho y escuchando los nerviosos latidos de su corazón. Sabía que los engranajes de su mente estaban trabajando en un nuevo prototipo de Arma para contrarrestar la maligna astucia de Erzsébet.

—Debería levantarme e ir a ver cómo están nuestros Hermanos —dijo incorporándose.

No la dejó. La estrechó con más fuerza, besándola con pasión y sintiendo como el cuerpo femenino se derretía ante su contacto.

—No creo que puedas hacer mucho, *agápi* —susurró contra sus labios.

Siora se retorció intentando escapar y haciéndole cosquillas para deshacerse de su abrazo. Alex jadeaba y reía, atrapado bajo las veloces y diestras manos de su compañera. Acabó relajando el cuerpo y dejándola libre.

—Algo podré hacer. No voy a quedarme tranquila hasta que no confirme que están todos bien. Y tú —dijo apuntándole con el dedo y clavándoselo en el pecho— deberías estar en el taller trabajando. Sé que te inquieta que fundieran las *Iry-Seuser*.

—¡Es una abominación! —exclamó ofendido— Mucho peor que la pizza con piña —bromeó besándola de nuevo—. Tienes razón. Tengo muchísimo que hacer —confirmó levantándose y comenzando a vestirse.

—¡Ese es mi chico! —dijo Siora entre risas.

Se besaron una vez más de forma apasionada, tomando después cada uno un camino diferente.

Artemisia estaba furiosa. Intentaba extraer del cuerpo de Mahpiya una de las balas que se había depositado en su hombro. Sus manos, hábiles tanto para la espada como para otros menesteres, trabajaban con delicadeza sobre la herida. El sioux mantenía una expresión estoica. Debía doler una barbaridad y su rostro no mostraba ningún signo de sufrimiento o queja. Era un gran guerrero y por eso le admiraba.

Habían caído en una trampa. No se podía infravalorar al enemigo y ese era el error que habían cometido. Los *Am-Mut* solían ser estúpidos y viscerales. Se guiaban por sus instintos más primarios, olvidando las consecuencias que acarreaban sus actos. Pero algunos, de una forma que escapaba a su conocimiento, superaban esa barrera y se transformaban en auténticos líderes de corazón negro. Y ella los había subestimado. Se juró a sí misma que nunca jamás volvería a cometer el mismo error. Era la última vez en su existencia que le sucedía.

Las heridas de Ladè eran numerosas. Por mucho que las cosiera, temía que su cuerpo debilitado por la pérdida de gran cantidad de sangre, acabara por perder la batalla. Eran demasiado graves y por desgracia, su Don en este caso no servía para nada. Siora dejó la aguja, frustrada. Retorciéndose las manos, clavó su mirada en Akhesa. Los ojos azules de la joven estaban llenos de tristeza y no auguraban nada bueno.

—Si tuviera pareja... —susurró.

Unos ojos se volvieron hacia ella, llenos de ansiedad. Will y Claudio habían intentado socorrerla cuando recibió la mayor parte de los disparos. Estaba en la línea central de tiro; por eso salió más perjudicada que los demás. El impacto en la cabeza los mantenía en tensión. Sabían que no había muerto todavía, y... aguardaban un desenlace fatal. Por eso las

palabras de la celta los puso en guardia. El romano se lamentaba por su mala suerte y el escocés seguía embobado por la belleza feérica de la joven.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Claudio.

Estaba demasiado nervioso para usar su propio Don.

—Si tuviera pareja su sangre podría salvarla. Es la única manera posible de evitar su pérdida... —comentó ella suspirando. Cubrió el pálido cuerpo con una sábana y se levantó—. Aquí ya no puedo hacer nada —dijo mirando a la Líder—. Voy a ver a los demás.

Con tristeza, abandonó el dormitorio. Will se acercó hasta la cama y sentándose en el borde, tomó una de sus inertes manos. Llevándosela a los labios, la besó con dulzura y miró a Akhesa. Había tomado una decisión.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

Claudio se removió nervioso. Aquello no le gustaba. El escocés tenía la mala costumbre de adelantarse a todos sus movimientos, dejándolo siempre en ridículo. Como todos... Gruñó para sus adentros, lamentando no ser tan decidido para ser el primero en actuar.

La Líder se acercó a Will y le susurró algo al oído. Éste asintió con fuerza y clavó sus ojos verdes en la joven. Akhesa tomó a Claudio del brazo y lo hizo salir. El corazón del romano dejó de latir por un segundo, decepcionado consigo mismo.

El vikingo estaba muy frágil. Apenas le quedaba un hálito de vida al que se agarraba con todas sus fuerzas. Era un auténtico guerrero; fuerte y poderoso. De espaldas anchas y complexión gruesa, su poderosa musculatura era impresionante.

La Diosa recorrió con los dedos las cicatrices que marcaban su piel. Había sido herido con anterioridad; al parecer, no estaba completamente recuperado. Se fijó en su rostro. Éste era duro, masculino. De frente ancha y despejada, con la mandíbula cubierta por una espesa barba rubia y rasgos bien cincelados. Una fea cicatriz, todavía rojiza, cruzaba su rostro. En lugar de afearlo, lo hacía más interesante. Era una verdadera lástima perder un hombre así...

Tomó su lanza y se hizo un pequeño corte en la muñeca. Cómo escocía... La acercó a la boca del vikingo, dejando que la Sangre se deslizara por su garganta. Recordaba las palabras de su Madre: «Todos mis guerreros son imprescindibles, Hija mía. Los necesito a todos. Tienes que velar por ellos. No debe sucederles nada». Por eso estaba ella allí.

Sentado en un taburete de la cocina, el Dios bebía una cerveza. Degustaba el fresco líquido con rabia en sus ojos amarillos. No estuvo allí para protegerla. Soltando un gruñido, hizo saltar el vaso de cristal por los aires. Lo apretó con tanta fuerza que lo hizo reventar. El líquido escurría por su mano, goteando desde sus dedos hasta el suelo. Siora que acababa de verlo, tomó una fregona y se dispuso a limpiar el estropicio.

—No puedes estar en todas partes por muy Dios que seas —dijo chasqueando la lengua y regañándolo con la mirada—. Por cierto... ¿Sabes algo de Sherit? —preguntó preocupada.

Sabía por su amiga que, desde el Despertar de ésta, Horus no se había separado de su lado. Algo sorprendente, teniendo en cuenta que Él estaba allí y Sheritra no. La mirada del Dios se perdió, como si con ella viajara muy lejos. En su rostro se dibujó, lenta, una hermosa sonrisa y tras unos segundos, clavó su vista en ella.

—Está bien —respondió seco—. Está con *Rameses*.

Y levantándose, la dejó sin darle las gracias siquiera.

—Pero qué borde eres —gruñó la celta con la fregona en la mano.

No le gustaba nada la forma en que la miraba. La arrancó de sus brazos, depositándola con delicadeza en el sofá.

—*Mon amour*, despierta —susurró con delicadeza.

Al ver que no respondía, se hizo un corte en la mano y la colocó sobre su boca. Cuando la sangre comenzó a gotear sobre sus labios, empezó a succionar débilmente. Jacques suspiró aliviado. Por suerte, sus heridas eran

superficiales. Pero su esposa recibió algunas un tanto preocupantes. Gracias a Dios que su sangre podía curarla.

El joven de cabellos dorados los observaba en silencio. Su mirada era sumamente intensa y se clavaba en su mujer de forma sospechosa. La había salvado y al menos, le debía algo de consideración. La succión se intensificó y Johanna abrió los ojos, que se quedaron clavados en el Renegado. Se incorporó de un brinco, con los labios manchados de sangre y temblando ante la mirada del joven. Jacques se tensó. ¿Qué demonios pasaba allí...?

Despertó gritando como un loco. Tuvieron que sujetarlo entre varios Hermanos, siendo imposible tranquilizarlo. Se debatía como un salvaje, gritando su nombre. Tuvo que intervenir Horus, inmovilizándolo contra la cama. La Sanadora se aplicó rauda en su trabajo, colocando vendajes aquí y allá. Los ojos enloquecidos del monje se movían de un lado a otro. Tenía que levantarse. Necesitaba levantarse. Debía ir por ella... Layla... su Layla... Sus Hermanos se miraron abatidos.

La compañera de Guillaume había desaparecido...

CONTINUARÁ...

EPÍLOGO

Cuando sonó el timbre de la casa, salió curiosa del baño. Llevaba una de sus camisetas que le quedaba enorme. Con un hábil nudo aquí y otro allá, había improvisado un vestido, que por cierto le quedaba muy sexi. Abrió la puerta y Joss le sonrió desde el umbral, portando un paquete en sus manos.

Se quedó petrificado en la entrada. Su rostro se llenó de incredulidad y Sheritra le observó con las pupilas dilatadas por la sorpresa. Un mal presentimiento atenazó el pecho de Ramsés. Se acercó con la duda pintada en sus ojos.

Se reconocieron con tan solo una mirada. Joss entró, soltó el paquete en los brazos del otro, ignorándolo y devoró el rostro de la joven. Ella extendió una mano dubitativa, con miedo a tocarle por si se desvanecía en el aire.

—¿Manuel...? —preguntó en un susurro quedo.

Ya sabía la respuesta.

Olvidado en un rincón, Ramsés sentía un profundo dolor apretar su garganta. Estaba condenado a repetir la misma historia. El aroma a loto azul lo envolvió, ahogándolo con su fragancia. Volvía a perderla. Otra vez... Y su corazón estalló en mil pedazos.

GLOSARIO

Aígyptos: Egipto, en griego.

Agápi: amor, en griego.

Agápi mou: amor mío, en griego.

Amadan: tonto, en gaélico escocés.

Amenti: es otro de los nombres por el que se conoce a la Duat. En este caso se usa para referirse al palacio en el que habita Osiris, a sus dominios.

Ammyt: Diosa denominada «devoradora de los muertos», era la que devoraba el corazón de un ser humano fallecido si no era considerado «Justo de voz» (puro) en el [Juicio de Osiris](#), perdiendo su condición de inmortal.

Am-mut: era otro de los nombres por los que se conocía a Ammyt, denominada «devoradora de los muertos», la que devoraba el corazón de un ser humano fallecido si no era considerado «justo de voz» (puro) en el Juicio de Osiris, perdiendo su condición de inmortal, en esta historia se utiliza para referirse a las criaturas creadas por el Dios Seth, se traduciría en este caso como «Demonio de sangre».

Apep: nombre egipcio de Apofis, una deidad maléfica en forma de serpiente.

Athair: padre. En Gaélico Escocés.

Ast: nombre egipcio de Isis, una Diosa Madre alada y protectora del trono real, los nombres que conocemos de los Dioses egipcios son transcripciones del griego.

Ásynjur: forma en que eran llamadas las Diosas en la mitología nórdica.

Awen: significa «Inspiración» en galés, en esta historia hacer referencia al Don de la profecía.

Ba: era como se llamaba a la fuerza anímica, se la representaba siempre acompañada del «Ka», la fuerza vital, ya que se necesitaban el uno al otro, para simplificar en esta historia, ya que las creencias eran un poco más complejas y se creía que los humanos estaban compuestos por seis esencias vitales, en esta historia el «Ba» simboliza el alma humana, en egipcio antiguo.

Banphrionsa: princesa. En gaélico escocés.

Bihotza: corazón, en euskera.

Britannia: nombre porque el que se conocía durante el Imperio romano la parte conquistada de Inglaterra.

Bodica: reina legendaria de los Icenos que se enfrentó a Roma, más conocida como Boudicca o Boadicea, que son los nombres latinizados.

Caesar: emperador, título por el que eran conocidos los emperadores de Roma.

Claymore: tipo de espada que necesitaba del uso de ambas manos para blandirla, su nombre viene de una acepción escocesa que significa gran espada.

Dannu: Diosa madre celta, de la que descendían todos los Dioses principales que eran conocidos como los Tuatha de Dannan: los hijos de Dannu.

Drwidy: druida

Duat: lugar por el que los egipcios creían que viajaban las almas tras fallecer, inframundo egipcio.

Dyehuty: nombre en egipcio del Dios Thot.

Ear Air Anglia: Este de Anglia, región del este de [Inglaterra](#), llamada así por el antiguo [reino anglosajón](#) del mismo nombre, que a su vez lo recibió por el [reino de Angeln](#) (Anglia en [latín](#)), uno de los primeros reinos daneses, de donde provenían los [anglos](#), pueblo fundador del reino, el territorio consistía en [Norfolk](#) y [Suffolk](#) («North Folk» y «South Folk», que podría traducirse como «pueblo del norte» y «pueblo del sur», respectivamente), aunque los límites que ocupaba no están muy claros.

Filiae: hijas, en latín.

Generalis: general, en latín.

Gladius: espada corta romana.

Gynaíka: esposa, en griego.

Gynaíkes: esposas, en griego

Hegemón: nombre utilizado en la antigua Grecia para denominar al rey o líder que estaba a la cabeza de todos los reinos.

Hemet: esposa, en egipcio antiguo.

Hem-Netjeret: palabra en egipcio antiguo que usaban para referirse a las mujeres relacionadas con las deidades, aquellas que tenían algo divino, en esta historia se traduce como «sacerdotisa».

Hem-Netjeru: plural de «Hem-Netjeret», válido tanto para el masculino como el femenino.

Het: esposo, en egipcio antiguo.

Hor-Hur: nombre egipcio de Horus, Dios con cabeza de halcón e hijo de la Diosa Isis.

Hut-Hor: nombre egipcio de Hathor, una de las Diosas más populares en el panteón egipcio.

Hut-Netjer: templo, en egipcio antiguo, su traducción literal sería algo así como «Casa del Dios».

Ib: corazón, en egipcio antiguo.

Iereía: sacerdotisa, en griego.

Ieroglifiká: jeroglífico, en griego.

Inpu: nombre egipcio de Anubis, Dios con cabeza de chacal y guardián de las puertas del Inframundo.

In-Tep: demonio de la mitología egipcia con apariencia de perro y muchas similitudes con un babuino, que custodiaba algunos lugares sagrados, en esta historia es el nombre que reciben los Am-Mut que mantienen su alma intacta por un asunto pendiente, se puede traducir, en este caso, como «Renegado».

Ionad Naomh: lugar sagrado, en gaélico escocés.

Iry-Pat: príncipe heredero, la traducción literal es algo así como «Miembro de la Élite», fue un rango antiguo hasta que en el Imperio Medio se otorgaba a menudo al príncipe heredero, por ello muchas veces se traduce así.

Iry-Seuser: palabra creada para esta historia, se traduciría como «Compañero Poderoso» y es el nombre con el que se les llama a las Armas Sagradas.

Isindireyya: nombre griego de la ciudad de Alejandría en Egipto.

Ísland: Islandia. En islandés.

It: padre, en egipcio antiguo.

Iteru: nombre egipcio del río Nilo. Era considerado también un Dios.

Iturburu: cabeza del agua, en euskera, nombre típico de algunos lugares en el País vasco y Navarra.

Jeneret: nombre con el que se conocía en Egipto al harem real, se traduce como «Casa de las Mujeres».

Ka: conocida como «Fuerza Vital», permanecía en el cuerpo una vez el individuo fallecía. En esta historia hace referencia a la conciencia o al «Ego» de la persona. En egipcio antiguo.

Kemet: nombre con el que se conocía en la antigüedad a Egipto.

Kheper: otro de los nombres de Khefri, escarabajo solar que representaba al Dios Ra en su aparición al amanecer, también es una especie de escarabajos típicos de la zona, se llamaba también así a los amuletos que tienen la forma de dicho animal en su forma alada, que eran representaciones de dicha deidad, en esta historia, hace referencia a dichos amuletos.

Khopesh: sable curvo, una de las armas más utilizadas en el ejército egipcio.

Lauburu: nombre en euskera que recibe la cruz de brazos curvilíneos, su traducción literal es «Cuatro cabezas».

Maebad ʿTizis: templo de Isis, en árabe.

Maitia: cariño, en euskera.

Maryen: Amado, en egipcio antiguo.

Màthair: madre, en gaélico escocés.

Mégas Aléxandros: Alejandro Magno, en griego latinizado.

Meryt: Amor, en egipcio antiguo.

Minoikós: minoico en griego, eran llamados los así los habitantes de la isla de Creta en el periodo prehelenístico, más conocido como era minoica.

Misr: Egipto, en árabe.

Mitéra: madre, en griego.

Mo ghraidh: amor mío, en gaélico escocés.

Mut: madre en egipcio antiguo, también era el nombre de una deidad.

Mut-Nesu: madre del Rey en egipcio antiguo.

Mutentit: abuela en egipcio antiguo, madre del padre.

Naós: templo, en griego.

Nebet-Het: nombre egipcio de la Diosa Neftis, hermana de Isis.

Neferut: nombre dado a las mujeres hermosas que habitaban el harém de los Faraones, se traduciría como concubina.

Nefret: hermosa, bella, en egipcio antiguo.

Nero: Nerón, en latín.

Neró: agua, en griego.

Nesu: título por el que era conocido el Faraón en la antigüedad, se traduce como «Rey».

Netjer: palabra utilizada para referirse a un Dios, en egipcio antiguo.

Netjeret: palabra utilizada para referirse a una Diosa, en egipcio antiguo.

Netjeru: plural utilizado para referirse a los Dioses, en egipcio antiguo.

Páteras: padre, en griego

Per-Mut: Casa Madre, término creado para esta historia juntando las palabras Per (casa o lugar) y Mut (madre), en egipcio antiguo.

Per-Nefer: Casa Hermosa, era el lugar destinado a los embalsamadores, donde se preparaban los cuerpos para la «Otra Vida», también llamado Casa de la Muerte.

Piuthar: hermana, en gaélico escocés.

Procurator: procurador, en latín, eran aquellos cargos romanos que estaban relacionados con las administraciones financieras.

Regina: reina, en latín

Remetj: palabra en egipcio antiguo que usaban para referirse a la gente normal, a aquellos que no tenían ninguna relación con las deidades, en esta historia se traduce como «mortal» o «humano».

Rex: rey, en latín.

Rìgh: rey, en gaélico escocés.

Senet: juego de mesa ideado en el antiguo Egipto.

Sheut: sombra, una de las diferentes partes en las que están constituidos los humanos, puede traducirse como fantasma.

Shuty: corona real representada por dos plumas de halcón, aunque sufre transformaciones, como la inclusión de dos cuernos o un disco solar, está relacionada con la unión de las Dos Tierras y de las dos diosas Uadjet (Bajo Egipto) y Nejbet (Alto Egipto), en el imperio nuevo se convierte en una corona que portan las mujeres de la casa real y las Divinas Adoratrices.

Skeggöx: se traduce como «Hacha barbuda». Era un hacha de guerra de confección vikinga, para el uso con una sola mano.

Sutej: nombre egipcio de Seth, Dios ctónico de la fuerza bruta.

Sýzygos: esposo, en griego.

Ta Hemet Nesu: Gran Esposa Real, título recibido por las esposas principales de los Faraones.

Tameryt: amada, en egipcio antiguo.

Tasherit: apelativo cariñoso, «la pequeña», en egipcio antiguo, usado también para referirse a las hijas que portan el mismo nombre que la madre.

Templum Isidis: templo de Isis, en latín.

Theá: Diosa, en griego.

Theoí: Dioses, en griego.

Tuatha: nombre por el que eran conocidas las deidades celtas principales o seres feéricos, en esta historia se traduce como «Dios» o

«Diosa».

Txiki: pequeño/a, en euskera.

Tyaty: nombre por el que era conocido el tercer hombre más importante de Egipto (el segundo era el príncipe heredero), sería algo así como «Gran Visir».

Uadjet: corona en forma de cabeza de cobra que portaban algunas reinas, simbolizaba al Bajo Egipto.

Ushabti: estatuas encontradas en las tumbas egipcias que representaban a personas, para realizar funciones por el difunto en la otra vida.

Usir: nombre egipcio del Dios Osiris.

Valkyrie: Valkiria

Vasiliadés: reyes, en griego

Vasilissa: reina. en griego.

Waej: élite de Guerreros de Horus, la traducción literal sería «soldado».

Waset: nombre egipcio de la ciudad de Tebas, capital del reino durante diferentes períodos de su historia.

Vir: esposo, en latín.

Ynys Dywyll: isla oscura en galés, hace referencia a la Isla de Anglesey en la provincia de Gales, asociada a los druidas.

-
- [1] Waej: elite de guerreros a las órdenes del Dios Horus.
- [2] Britannia: Nombre romano dado a las Islas que conforman el Reino Unido.
- [3] Ísland: Islandia en islandés.
- [4] *Hem- Netjeret*: Sacerdotisa en egipcio antiguo.
- [5] Per-Mut: Casa Madre en egipcio antiguo. Cuartel General.
- [6] Remetj: Ser que no se relacionaba con ninguna divinidad, en egipcio antiguo. Podría definirse como Humano.
- [7] Nesu: Rey. La palabra Faraón procede del griego. En la antigüedad esta palabra era una de las que se utilizaban para referirse al gobernante principal.
- [8] Ta Hemet Nesu: Gran Esposa Real en egipcio antiguo. Título dado a las esposas principales del Faraón.
- [9] Kemet: Nombre de Egipto, en egipcio antiguo.
- [10] Iteru: Nombre del río Nilo, en egipcio antiguo.
- [11] Netjeret: Diosa, en egipcio antiguo.
- [12] Ast: Nombre en egipcio antiguo de la Diosa Isis. Conocemos a estos Dioses por sus nombres griegos.
- [13] Am-mut: Demonio, en egipcio antiguo.
- [14] Sutej: Dios egipcio Seth.
- [15] Hem-Netjeru: Sacerdotes, en egipcio antiguo.
- [16] Kheper: Escarabajo alado usado como amuleto en Egipto.
- [17] Ba: Alma, en egipcio antiguo.
- [18] Ka: Conciencia o Ego, en egipcio antiguo.
- [19] Duat: Inframundo egipcio.
- [20] Dannu: Diosa Madre celta.
- [21] Vasilissa: Reina, en griego.
- [22] It: Padre, en egipcio antiguo
- [23] Mut: Madre en egipcio antiguo.
- [24] Maitia: Cariño, en euskera.
- [25] Bihotza: Corazón, en euskera.
- [26] Het: Esposo, en egipcio antiguo.
- [27] Netjer: Dios, en egipcio antiguo.
- [28] Tyaty: Gran Visir, en egipcio antiguo. Segundo hombre más poderoso después del Faraón.
- [29] It: Padre, en egipcio antiguo.
- [30] Jeneret: Harén real o Casa de las Mujeres de la Realeza.
- [31] Per- Nefer: Literalmente significa Casa Hermosa. Lugar donde llevaban a los muertos para ser embalsamados en Egipto.

- [32] Waset: Nombre antiguo de la ciudad de Tebas en Egipto.
- [33] Netjeru: Dioses, en egipcio antiguo.
- [34] Iry-Pat: Príncipe Heredero, en egipcio antiguo.
- [35] Khopesh: Sable curvo egipcio.
- [36] Hemet: Esposa, en egipcio antiguo.
- [37] Hut-Netjer: Templo en egipcio antiguo.
- [38] Hor-Hur: Dios Horus, en egipcio antiguo.
- [39] Bodica: Reina celta de los Icenos, más conocida como Boudicca o Boadicea.
- [40] Athair: Padre, en gaélico escocés.
- [41] Rìgh: Rey, en gaélico escocés.
- [42] Màthair: Madre, en gaélico escocés.
- [43] Caesar: Título por el que era conocido el Emperador de Roma.
- [44] Piuthar: Hermana, en gaélico escocés.
- [45] Tuatha: Como se conocen a los Dioses en la mitología celta.
- [46] Awen: Don entregado por los Dioses.
- [47] Drwidy: Druida
- [48] Ynys Dywyll: Isla de Anglesey en la provincia de Gales.
- [49] Banphrionsa: Princesa, en gaélico.
- [50] Iry-Seuser: Compañero Poderoso. Nombre dado a las Armas Sagradas por los Dioses.
- [51] Ásynjur: Diosa, en nórdico antiguo.
- [52] Lauburu: Amuleto en forma de cruz con brazos curvilíneos. Cuatro cabezas en euskera.
- [53] Claymor: Espada escocesa de gran tamaño. Debía sostenerse con ambas manos.
- [54] Inpu: Anubis, en egipcio antiguo.
- [55] Maryen: Amado, en egipcio antiguo.
- [56] In-Tep: Renegado, en egipcio antiguo.
- [57] Senet: Juego parecido al ajedrez muy popular en el Egipto de la antigüedad.
- [58] Ib: Corazón, en egipcio antiguo.
- [59] Meryt: Amada, en egipcio antiguo.
- [60] Patéras: Padre, en griego.
- [61] Mitéra: Madre, en griego.
- [62] Generalis: General, en latín
- [63] Vasiliádes: Reyes, en griego.
- [64] Hegemón: Rey o Líder de los estados miembros que constituían Grecia en la antigüedad
- [65] Theoí: Dioses, en griego
- [66] Aígyptos: Egipto en griego.
- [67] Naós: Templos, en griego.
- [68] Iereía: Sacerdotisa, en griego.

- [69] Ieroglyfiká: Jeroglíficos, en griego.
- [70] Procurator: Procurador, en latín
- [71] Regina: Reina, en latín.
- [72] Rex: Rey, en latín.
- [73] Filiae: Hijas, en latín.
- [74] Vir: esposo, en latín.
- [75] Thasherit: Título que se concedía a las hijas que portaban el mismo nombre que la madre.
- [76] Tameryt: Mi amor, en egipcio antiguo.
- [77] Usir: Osiris, en egipcio antiguo.
- [78] Nefret: Hermosa, bella en egipcio antiguo.
- [79] Neferut: Las Hermosas. Nombre dado a las concubinas del Faraón.
- [80] Mut-Nesu: Madre del Rey, en egipcio antiguo.
- [81] Hut-Hor: Diosa Hathor en egipcio antiguo.
- [82] Nebet-Het: Diosa Neftis, hermana de Isis.
- [83] Apep: Serpiente Apofis. Se decía que el día que devorase al sol, se acabaría el mundo.
- [84] Amenti: Otro de los nombres por el que era conocido el Inframundo egipcio.
- [85] Mutentit: Abuela. Madre de su padre.
- [86] Ushabti: Estatuilla con forma humana.
- [87] Sheut: Sombra en egipcio antiguo, podría considerarse un fantasma.
- [88] Shuty: Tocado especial que solo usaban las Grandes Esposas Reales.
- [89] Uadjet: Corona con una serpiente en la frente que utilizaban las Esposas de los Faraones.
- [90] Ammit: Diosa con forma de cocodrilo que devoraba los corazones de los malvados en el inframundo.
- [91] Gladius: Espada romana de hoja corta.
- [92] Agápi mou: Amor mío en griego.
- [93] Amadan: Tonto, en gaélico escocés.
- [94] Skeggöx: Hacha de mano típica de la era vikinga.
- [95] Nero: Nerón, en latín.
- [96] Dyehuty: Nombre egipcio del Dios Thot o Tot.
- [97] Sýzygos: Esposo en griego.
- [98] Gynaíka: Esposa en griego.
- [99] Agápi: Amor en griego.
- [100] Mo ghraidh: Amor mío, en gaélico escocés.
- [101] Neró: Agua en griego.
- [102] Ionad Naomh: Recinto Sagrado en gaélico escocés.
- [103] Gynaíkes: esposas en griego.
- [104] Iturburu: Algo así como «Cabeza del Agua» en euskera.

[\[105\]](#) Txikia: pequeño/a en euskera.

[\[106\]](#). Valkyrie: Valkiria. Diosas menores se llevaban a los guerreros fallecidos.